ESPIRITUALIDAD DEL SIGLO XIX

Para estudiar la espiritualidad de una persona concreta, en nuestro caso María Josefa, es del todo necesario precisar el ambiente eclesiástico-social en que vivió. La vida de la Iglesia tiene dos aspectos o facetas bien distintos: externo uno y otro interno. El primero es el que constituye el objeto principal de la historia:

- relaciones Iglesia-Estado,
- actuaciones de la Jerarquía,
- hechos sobresalientes y personajes célebres.

El segundo aspecto es:

- la vida cristiana del pueblo,
- el tema de la espiritualidad profunda o santidad,
- la literatura y corrientes espirituales.

Los elementos de esta faceta segunda son más escondidos y están más ocultos, haciéndose en general, más inaprensibles. Y sin embargo, es el campo más interesante de esa realidad misteriosa divino-humana que es la Iglesia instituida por Cristo. Se trata de la "espiritualidad", de esa vida de la Iglesia, en cuanto que es la realidad íntima de la comunidad y de las personas que la constituyen, sobre todo de aquellas que, de manera eminente, supieron encarnarla en sus vidas.

Este segundo aspecto interpreta a la Iglesia más como "comunidad" de fe y de caridad, o sea, de vida cristiana, que como "sociedad" jurídica y administrativa. Es como querer hacer su historia "por dentro" y acercarse, aunque tímidamente, a lo más secreto y escondido, a su "santidad". Santidad que percibimos reflejada en el *vivir* y en el *obrar* de la comunidad y de cada uno de sus miembros, sin poner nuestra atención, de manera preferencial, en sus escritos y literatura, aunque también ella sea un elemento exponente y significativo de sus vidas.

Para entender la espiritualidad cristiana de España en el siglo XIX, es del todo necesario recordar el fondo o marco cultural en que se desarrolló.

El nivel intelectual, durante la mitad del siglo XIX –que fue el que vivió la Sierva de Dios, María Josefa– fue sencillamente espantoso en su pobreza. No quedaba más que un poco de escolástica repetida, mezclada con infiltraciones de sabor jansenista y hasta protestante. Las facultades de teología en las universidades de España agonizaban y tanto los seminarios como las casas de formación de los religiosos, tenían una vida insegura y precaria por las circunstancias políticas y las guerras de aquellos años tristes.

En medio de esta precariedad y pobreza intelectual, brillaron como focos inmortales dos grandes hombres; un sacerdote y un laico:

– Balmes*,* con sus muchas obras: "El protestantismo comparado con el catolicismo". "Cartas a un escéptico"... Y en especial, las reflexiones referentes al clero católico, donde nos dibuja la figura y misión del sacerdote, sembradores de una espiritualidad humana y evangélica.

– Y Donoso Cortés*,* el más noble representante del romanticismo cristiano en España.

La religiosidad y piedad populares, fueron la solera más profunda de la espiritualidad a lo largo de los siglos XVII y XVIII; entendiendo por estos términos de "religiosidad y piedad populares", la *masa media*, además de algunos elementos selectos, que no están contra ella, sino más allá de ella. En realidad, los siglos XVII y XVIII fueron, respecto a la religiosidad popular*,* los mejores de España, con un ambiente tranquilo, repetitivo, pero sincero en el fondo:

– se rezaba mucho,
– se cumplían bien los preceptos de la Iglesia,
– se la respetaba, así como a los obispos y sacerdotes,
– y las costumbres eran sobrias y sanas en la masa popular.

Había deficiencias y miserias como siempre, pero se reconocían como tales y se clamaba continuamente contra ellas por los predicadores. La fe era verdadera, y la piedad se vivía con esfuerzo generoso. Tal vez un poco cerrado en su moral, sin que aquí se conociese apenas el jansenismo. Era, sobre todo, una piedad muy preocupada de la propia salvación que era, en ocasiones, no sólo el objetivo, sino el único y exclusivo de sus afanes y esfuerzos.

Sin embargo, no faltó la práctica de las "obras de misericordia", aunque impregnada de acumular méritos para conseguir la propia salvación.

1800 - 1875

A pesar de todo, la vida española está verdaderamente saturada de cristianismo que se expresa en todas las manifestaciones sociales correspondientes; y así:

- las campanas de los templos, señalan todavía la distribución de los quehaceres cotidianos, sobre todo en los pueblos,
- sus toques son del todo significativos: las tres Avemarías por la mañana, al mediodía y al anochecer,
- toques de ánimas, de queda, de fiesta, de peligros,
- los serenos dan las horas saludando con el Avemaría,
- las prácticas religiosas de misa dominical, cumplir con Pascua; el recibir los sacramentos del bautismo, confirmación, matrimonio y preparación para la muerte, es casi unánime,
- los ayunos y abstinencias se observan bastante bien,
- se toma la bula de la Cruzada casi masivamente,
- la Navidad, la Cuaresma y la Semana Santa, así como las fiestas patronales, es algo tan profundamente sagrado ambientalmente, que impacta a todos,
- las cofradías –de suyo numerosas– con más o menos vida, siguen enrolando a gente; y aunque limitados a algunos cultos y siguiendo tradiciones establecidas, sin embargo mantenían la fe y las costumbres cristianas de los españoles.

Por lo cual pudiéramos sintetizar que la piedad, hasta 1875, aunque doctrinalmente pobre, sin embargo, salvó lo esencial. El punto más oscuro y casi nulo, fue la formación y cultura bíblicas. Hemos de reconocer que ésta fue una deficiencia grave en la espiritualidad de entonces. Era además individualista. Faltaba el sentido de lo comunitario, de lo eclesial y por lo mismo, de lo litúrgico. Todo se concreta en la propia salvación; por eso hay un afán ansioso de ganar indulgencias. Esto no quiere decir que no se viviera lo elemental de la liturgia y en algunos de sus aspectos –a veces no los más importantes– abundantemente. En sentido comunitario, también se pide en los ejercicios de piedad: por la conversión de los pecadores, de los herejes, de los infieles; por las necesidades de la Iglesia y del Estado; por la perseverancia de los justos; y por las benditas almas del purgatorio.

Lo devocional fue algo muy subrayado en los siglos XVIII y XIX. Existió la devoción auténtica en muchos y buenos cristianos, pero abundaban, a su vez, las devociones y prácticas devocionales. Precisamente la Congregación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús usaría, durante mucho tiempo, el llamado: Manual de prácticas piadosas, y hay Hermanas ancianas que aún lo conservan como algo vital para ellas.

Y aunque las devociones han sido uno de los elementos necesarios de la piedad popular de siempre, en este período de tiempo, eran cultivadas aun por los más ilustrados y serios devotos. Este aspecto devocional, al mismo tiempo que sostuvo la fe de los más sencillos, sin embargo fue tal cúmulo que más bien acortó horizontes y restó vuelos. Fue activa y práctica. La misma necesidad de defender la fe y el patrimonio espiritual cristiano, tan amenazados y atascados, dio al catolicismo español y a su

espiritualidad un tono militante y activo. El quietismo no encontró nunca clima propicio en España[1].

Todo ello, en aquel tiempo, estaba envuelto –tal vez como consecuencia, al menos en parte, de la pobreza doctrinal– en un halo de sentimentalismo romántico que fue capaz de informar toda aquella cultura: de un estilo poético y afectivo; con poco contenido doctrinal, y con muchas interjecciones, puntos suspensivos, suspiros, etc. Se escribe y se predica, para conmover, para tocar el corazón, provocar las lágrimas y alentar fervores sensibles. A pesar de todo ello, no fue España la que abusó de tales excesos.

* * *

Desde 1875 en adelante, se abren nuevos horizontes y se prolongan y expanden las dimensiones de la espiritualidad, suavizándose así, y evolucionando positivamente, las posturas anteriores. De este modo: El individualismo se abre lentamente hacia una actitud comunitaria. Se trabaja más en los distintos apostolados. Las mismas devociones se refuerzan con un sello de más practicidad y solidez. La espiritualidad, aunque sigue siendo afectiva, es mucho más práctica. La devoción se ha centrado en la persona de Cristo. Se insiste en el desprendimiento como liberación interior. Se extiende cada vez más la práctica de los Ejercicios Espirituales. La proyección caritativa hacia los pobres, se vive desde la piedad cristiana. Y aumenta la devoción al Papa, como la nota eclesial más destacada.

A pesar de la pobreza de este siglo, y de los vientos contrarios a la Iglesia, la fuerza del Espíritu, en lo escondido y en silencio, estaba renovando el suelo de España en personas concretas que, favorecidas con los más diversos carismas, fundaron todo un arco iris de institutos que, naciendo en nuestra Patria, han florecido y extendido en países los más remotos.

1 Cf Jiménez Duque, Baldomero, *Historia de la Iglesia en España. Espiritualidad y apostolado*, pp. 395-474.

Queriendo recordar tan sólo los que se implantaron en los treintaisiete años de la vida de la Sierva de Dios, entre 1846-1883, contamos con los siguientes nombres, sólo en España:

1807-1870: Antonio María Claret, santo y fundador de la Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (Claretianos);

1809-1865: Micaela del Santísimo Sacramento, santa y fundadora del Instituto de Adoratrices;

1824-1891: Jerónimo Mariano Usera y Alarcón, Siervo de Dios y fundador de las Religiosas del Amor de Dios;

1826-1887: Soledad Torres Acosta, santa y fundadora de la Congregación de las Siervas de María Ministras de los Enfermos;

1835-1906: Marcelo Spinola, beato y fundador de las Esclavas del Divino Corazón;

1836-1909: Manuel Domingo y Sol, beato y fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios;

1840-1896: Enrique de Ossó y Cervelló, santo y fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús (Teresianas);

1842-1912: María Josefa Sancho Guerra, beata y fundadora del Instituto de las Siervas de Jesús;

1843-1897: Teresa de Jesús Jornet e Ibars, santa y fundadora de la Congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados;

1843-1900: Rafaela Ibarra, beata y fundadora de las Religiosas de los Santos Ángeles Custodios;

1845-1912: Cándida María de Jesús, beata y fundadora de las Hijas de Jesús;

1846-1883: Josefa Recio Martín, Sierva de Dios y fundadora de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús;

1846-1932: Angela de la Cruz, beata y fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Cruz;

1847-1890: Vicenta María López de Vicuña, santa y fundadora de las religiosas de María Inmaculada;

1848-1906: Ezequiel Moreno, santo, Obispo de Pasto; agustino recoleto;

1848-1911: Carmen Sallés Barrangueras, beata y fundadora de las Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza;

1848-1918: Dolores Rodríguez Sopeña, venerable y fundadora de la Obra de las Doctrinas;

1850-1925: Rafaela María del Sagrado Corazón, santa y fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús;

1857-1929: Francisco Gárate, beato jesuita;

1861-1936: Ceferino Jiménez "El Pelé", beato gitano;

1864-1929: José María Rubio, beato jesuita;

1870-1956: Genoveva Torres Morales, beata y fundadora de la Congregación de las Religiosas del Sagrado Corazón y de los Santos Ángeles (Angélicas);

1874-1936: Pedro Poveda, beato (mártir) y fundador de la Institución Teresiana

1877-1940: Manuel González, venerable y fundador de las Hermanas Misioneras Eucarísticas;

1883-1954: Joaquina Vedruna, santa y fundadora del Instituto de Hermanas carmelitas de la Caridad.

Este fue el panorama de santidad de España, durante los años que vivió la Sierva de Dios en esta tierra, y tememos que aún se nos haya olvidado alguno.

A UNA SOLA VOZ

Recordando la comparación simbólica de san Pablo, al hablar de la transformación de nuestro cuerpo caído en tierra como grano de trigo, y luego transformado en lozana espiga, la podemos aplicar en este caso a la Sierva de Dios, verdadero grano de trigo escondido en el surco por su humildad, anonadamiento y gesto heroico que, en fuerza de su virtud y del olor de Cristo que llevaba en su vida, comenzó a surgir su fama de santidad como "a una sola voz", cuyos ecos cada vez más potentes y expansivos han llegado a tierras las más lejanas del mundo.

La santidad –tomamos este calificativo misterioso en sentido general, sin querer adelantarnos a la decisión última de la santa Iglesia[1]– es siempre participación en la santidad de Dios, que es el **Santo**, por excelencia (Is 6,3) bajo el doble aspecto:

- ontológico*:* Dios transciende a todas las criaturas,
- y moral: Dios es Luz, y en él, no hay sombra de pecado.

En efecto, Dios quiere que nosotros participemos de su vida santa: él nos eligió en Cristo... para que fuéramos

1 Cf Decreto del Papa Urbano VIII y san Pío X.

su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia (Ef 1,4). Esta vocación universal a la santidad ha sido afirmada con energía por el Concilio Vaticano II: En la Iglesia todos están llamados a la santidad, lo mismo quienes pertenecen a la jerarquía que los apacentados por ella, según la frase del Apóstol: "Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación" (1Ts 4,3).

Si consideramos la vida cristiana bajo todos sus aspectos, descubrimos en ella varias tensiones; surge entonces la pregunta, si la vida espiritual tiene que referirse a un aspecto o a otro:

- a la vida de oración o actividad natural;
- al amor de Dios o amor al prójimo;
- a la vida teologal o compromiso temporal.

La respuesta en ese sentido, nos la ha dado la Iglesia de manera bien clara y terminante:

> "Una misma es la santidad que cultivan en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios y, obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y en verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la Cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios"[2].

Esta integración se realiza a través de dos actitudes que son de suyo universales: Una actitud religiosa: en

2 LG, 41.

todas sus acciones, además de las que –como la oración– son actos de religión, el cristiano puede y debe intentar rendir culto a Dios, es decir, procurarle la mayor gloria, tal como nos lo recuerda el apóstol: "En cualquier circunstancia, ya comáis, ya bebáis o hagáis otra cosa cualquiera, hacedlo todo para gloria de Dios" (1Co 10,31). "La religiosidad auténtica y sin tacha a los ojos de Dios Padre, consiste en socorrer a huérfanos y viudas en su tribulación y en mantenerse incontaminado del mundo" (St 1,27).

Y la caridad, o sea, el amor a Dios y al prójimo, ya que la caridad debe considerarse como la virtud que hace que todas las demás actividades del hombre, estén ordenadas a Dios y lleven al cristiano a la realización de la santidad.

Esta santidad tiene otro nombre en los manuales de espiritualidad y se llama perfección sobrenatural, que consiste en nuestra religación existencial y vital con Dios. O si queremos otra expresión que viene a decir lo mismo: la "devotio", o sea, la entrega total a Dios como reconocimiento amoroso de nuestra dependencia. Esta religión o religación a Dios tiene que vivirse en el plano sobrenatural de la gracia, pues existe una filiación divina que nos invita a la unión con Dios, que es en lo que consiste la perfección sobrenatural.

Gracia, cuyos principios próximos de operación son las virtudes teologales, que son las que informan las potencias del alma. Gracia y virtudes que constantemente unidas, progresivamente unidas son el termómetro de la intimidad del alma con Dios y por lo mismo, de su perfección y santidad. Pero esta perfección es un camino que recorrer, una meta que conseguir; ejercicio dinámico en el que la caridad exige la vida de la fe; la fe pide la esperanza y las tres unidas valorizan el ejercicio de las virtudes morales por la influencia de los dones del Espíritu Santo,

llevando toda la actividad humana a la unión con Dios, que es su fin.

La presencia y acción divinas en las almas, las consagran y santifican objetivamente; pero se les pide también una respuesta consciente y libre –como a personas que son– y una colaboración humana a esa tarea que, es por su parte, la santificación subjetiva.

Y ahora es cuando vienen las preguntas:

- ¿La Sierva de Dios, María Josefa, vivió tan intensamente las virtudes teologales y cardinales como para que la Iglesia llegue a darle el honorífico título de santa?
- ¿Qué opinión tuvieron sus hermanas sobre su vida?
- ¿Qué nos dicen los testimonios concretos recopilados hasta el momento actual?

La primera pregunta se contestará cuando expongamos su vida de fe, esperanza y caridad; ahora nos ceñiremos a las dos últimas. Hay testimonios generales, que aunque no se exprese de manera explícita la palabra santa, se halla en su significado general e implícito y así nos dice sor Teresa de Jesús Gener:

> "He puesto todo cuanto recuerdo, y cuanto pude observar de su vida ejemplarísima... Confiemos que el Espíritu Santo ilumine a alguna de sus hijas... a fin de poner ante el mundo entero la heroicidad de sus virtudes".

Hay ocasiones en que se percibe en las personas santas un halo que impresiona, y que, sin atrevernos a llamarlo santidad, se dice que hay en ellas un algo, un no sé qué que nos deja cierta impresión admirativa. "La luz interior

reverbera en sus rostros exteriores de tal modo que de su figura y de sus modales emana tal sencillez encantadora, tal contagio de tu caridad, Señor, que a veces incluso, los mismos espíritus rudos e incultos, sólo con mirarlos se sienten impulsados hacia tu amor.

De este modo, tales almas remontan la naturaleza a su origen, sin ayuda de doctor alguno, y se convierten en los docentes de Dios. Hasta sus mismos rostros, transformados por una disciplina espiritual, reciben cierta impronta que, más que rayos, reflejan una gracia especial" [3].

Esto es lo que recuerda sor María del Milagro Salanueva cuando, en su carta-testimonio, constata:

> "Yo, en mi interior, conservo una cosa especial de tantas cosas que no son para explicar".

En otras ocasiones son expresiones equivalentes a santidad, y así leemos lo que nos dice la misma hermana:

> "No parecía criatura de este mundo".
>
> "Todos se quedaban mirándola, y confundidos de ver sus virtudes".
>
> "En ella no se veía ninguna falta".
>
> "Todo confundía; era para conocerla y la pluma no puede explicar lo que siente".
>
> "En mi interior siento un recuerdo que mientras viva jamás la olvidaré".
>
> "Todos sus actos eran ejemplarísimos".

3 Guillermo de Saint Thierry: *Diálogos con Dios –Media vitae ora - tiones* XII, 14-15–. Cd. Padres Cistercienses, Tomo II, pp. 215-217; Azul, Argentina, 1977.

Sor María de la Purificación Aberásturi nos dice también:

> "Nuestra amada Madre era modelo acabado de todas las virtudes".

Y añade sor Cruz Cabeza:

> "Que las hermanas tengan conocimiento de las grandes virtudes que practicó".
>
> "Nuestra virtuosa Madre, era ejemplo dechado de todas las virtudes y exactísima en el cumplimiento de todo".

Y siguen varios testimonios en sentido del "buen olor de Cristo" que la Madre dejó.

Sor María Lorza:

> "Nuestra virtuosa Madre, practicó todas las virtudes en grado heroico".
>
> "Era un modelo acabado de todas las virtudes".

Sor Trinidad Franqueza escribe:

> "Nuestra Madre era un verdadero modelo de virtudes.
>
> No se tome esto a exageración, antes al contrario, por mucho que se diga en su alabanza, siempre quedaré corta para lo que ella merece en realidad. Si edificante fue su vida, edificantísima fue en sus últimos momentos".

Sor María del Rosario Zudaire dice:

> "De todas las virtudes era acabado modelo".

Son los santos el rostro más hermoso de la Iglesia, su perla más preciada. Y no es que fueran raza especial, sino exactamente como nosotros. Lo único que nos diferencia es que ellos no se cansaron nunca de ascender hacia Cristo y parecerse cada vez más a él.

Al contemplar a la Sierva de Dios, María Josefa Recio, sus hijas, las que la conocieron personalmente, y las que recibieron el testimonio por tradición oral, no tienen ninguna dificultad en afirmar que era una "santa" en sentido estricto. Y no solamente entre las más cercanas, sino que siguen hasta el día de hoy usando este término tan estricto, unas veces referido a ella sola, otras, relacionándola con el Padre Benito Menni, como a dos auténticos santos.

Sor Trinidad Franqueza escribe:

> "La Hermana Josefa... se distinguía por cierto aspecto de santidad que atraía".

Sor María del Refugio García es la más extensa en esta expresión de santidad sobre la Sierva de Dios:

> "Pude observar en ella rasgos de virtud eminente que le daban todo el aspecto de una verdadera santa".
>
> "Cuando le decíamos que algún día la veneraríamos como santa, solía contestarnos que ella deseaba en verdad serlo, pero no publicada, sino oculta".
>
> "Era gran pena ver sufrir –en la enfermedad– a aquella Madre tan buena, a la que todas considerábamos como una santa".

Sor María Lorza escribe:

> "Se dejaba ver la vida ejemplarísima de la virtuosa Madre; toda la casa estaba perfumada –el buen

olor de Cristo– con el ambiente de santidad que le caracterizaba y que rebosaba en su semblante".

Sor Rosalía Sesma afirma:

"Al ver aquella Madre tan cariñosa y santa no cabíamos de gozo...".

"Así como no se pueden contar las estrellas, así es imposible enumerar las virtudes de mi Madre. Eran virtudes verdaderamente heroicas. Voló al cielo dejándonos su santidad".

"Muchas más cosas pudiera decir de la santidad de nuestra virtuosa Madre Fundadora, pero mi corta capacidad me lo impide".

Finalmente, sor María del Milagro Salanueva, se expresa así:

"Parecía una santa en la tierra". "Murió mártir... y sufrió la enfermedad como una santa". "Todas poníamos los crucifijos sobre su cadáver para conservar el recuerdo de veneración de una santa".

"No vi más que hechos de admiración de buenos ejemplos y virtudes con una cara de santa en que reflejaba lo mucho que sufría (en la enfermedad) y no se le oía un «ay»".

* * *

Pero son los testimonios de María Angustias Giménez (sor Corazón de Jesús), la amiga de siempre de la Sierva de Dios, quien expresa más claramente la riqueza de espíritu de que la misma estaba dotada.

De María Angustias se conservan documentos, que aparecerán a lo largo de nuestra exposición, sin embargo es en su *Relación sobre los orígenes de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús* –obra escrita por indicación del P. Benito Menni[4]– donde aparecen directa o indirectamente los mejores testimonios sobre la santidad de la Sierva de Dios.

Al describir la vida de Comunidad, habla en no pocas ocasiones en plural, pero dentro de esa pluralidad estaba la Sierva de Dios a la cabeza, como Superiora, como General en sus últimos días, y como Fundadora.

Allá en los comienzos de su encuentro en Granada, como amiga entrañable, y cuando en la mente de María Angustias brillaba ya la idea de una fundación, se queja a Cristo y le dice, refiriéndose a la Sierva de Dios:

"¡Jesús mío! ya que has tenido la bondad de darme esta virtuosa compañera*,* ¿por qué no has querido que sea de mi mismo estado?" [5].

Y sigue diciendo:

"Sólo tengo una virtuosa amiga, que estamos tan unidas como si fuéramos hermanas, la que me inspira gran confianza por su mucha disposición y buena voluntad" [6].

4 "Hace tiempo siento la necesidad –según cuanto me indicó que hiciera– de manifestar a S. R. lo admirable y portentoso que Nuestro Señor se nos ha mostrado en la creación de la obra tan prodigiosa de nuestra nueva fundación de Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús... Le ruego se digne leer todo con la mayor detención, pues al desmenuzarlo, hasta las cositas más pequeñas, es para alabar la gran bondad de Dios Nuestro Señor" (RMA, pp. 33-34).

5 *Ibid.,* p. 53.

6 *Ibid.,* pp. 66-67.

Y recordándole como "Fundadora", cuatro años después de la muerte de la Sierva de Dios, María Angustias se expresa de esta manera:

> "Nuestra virtuosa Fundadora, en breve aventajó tanto en la virtud, que el olor suave que exhalaba (olor de Cristo) se extendía a sugerirle industriosos medios de caridad para robar los corazones de las tiernas plantas que Dios confió a sus maternales cuidados, facilitándonos lo escabroso del camino" [7].

Testimonio con ecos paulinos, cuando el Apóstol de las gentes dice a los cristianos, incluyéndose él mismo: "Nosotros somos para Dios el *buen olor de Cristo* entre los que se salvan y entre los que se pierden: para los unos, olor que de la muerte lleva a la muerte; para los otros, olor que de la vida lleva a la vida" (2 Co 2,15-16).

Más adelante, queriendo hacer una semblanza de la Sierva de Dios, dándole de nuevo el sublime calificativo de Madre virtuosa, sintetiza la riqueza de su vida espiritual hecha práctica diaria:

> "Sin alargarme a lo mucho que habría que referir sobre las virtudes de nuestra Madre Fundadora, indicaré algo: Nuestra Madre virtuosa se vio elevada a una altura que su humildad rechazaba; sólo le sirvió esta elevación para humillarse teniéndose por la menor de todas.
>
> De este cargo se aprovechaba para servir como de esclava a todas sus hijas, cuidando de ellas con amor materno, asistiéndolas con caridad excesiva; con ternura les prestaba los servicios propios de una verdadera madre. Su industriosa caridad le sugería reservar para sí los oficios más repugnantes, repartiendo con entrañas de caridad los más suaves y fáciles, cuidando que desempeñasen los que no les perjudicase la salud.
>
> Su conato lo ponía en ver de qué medios se valía para lograr que entre todas reinase un amor mutuo, evitando cuanto en ella estaba la menor discordia o desavenencia. Su amor la excitaba a ocuparse de todas las necesidades de sus hijas. Para ella la noche era igual que si fuese día. Al tener alguna necesidad de su asistencia, con cariño se dedicaba a servirla en todo y por todo. En particular, cuando notaba que alguna de sus hijas estaba triste, no sosegaba hasta haberla consolado y dejado tranquila.
>
> Valiéndose de los medios que Dios le inspiraba, se nos mostraba afable y benigna, obteniendo que con llaneza le abriéramos el corazón, viendo que si le hubiera sido posible, hasta su corazón nos hubiera dado para dejarnos tranquilas. Empero su caridad brillaba más con las de genio díscolo o soberbio, pues su rara prudencia le enseñaba que el hijo, que por sus deméritos se hace indigno de que le tengan deferencias, es el que la madre debe adolecerse más de él. Lo que hacía con estas pobrecitas era servirlas con más caridad, procurando que nada les faltase y con humildad les rogaba que se tranquilizasen, dirigiéndoles palabras breves, pero llenas de bondad. Les toleraba sus faltas con paciencia, esperando tiempo oportuno para hacérselas ver. De esto resultaba que, humilladas, reconocían su mal proceder y le pedían perdón.

7 *Ibid*., pp. 214-215.

Necesito suspender, porque al hablar de una *tan digna Madre*, no sé acabar. Si Dios no me quita la vida seré más extensa, pues sus acciones eran un compendio de perfección religiosa" [8].

* * *

Sor San José Morales expresa:

"Siendo la primera que faltaba de esta casa, nos parecía que se sentía obligada y quería enseñarnos a morir cristianamente, o mejor dicho, santamente".

Sor María del Milagro tiene una atestación densa, aunque no demasiado concreta, pero que sin duda apunta a la santidad de la Sierva de Dios:

"Parecía una santa en la tierra; sólo verla daban ganas de venerarla. Nos hablaba con tal dulzura que no parecía criatura de este mundo. Muchas veces tuve el gusto de salir con ella a los recados a la calle, y todos se quedaban mirándola y confundidos de ver sus virtudes. Ya podían decirle lo que quisieran, que en ella no se veía ninguna falta... Parecía una santa... Sufrió un año la enfermedad como una santa. En mi interior siento un recuerdo (de ella) que mientras viva, jamás la olvidaré: De su espíritu de sacrificio y de todas las virtudes".

Y una vez que murió la Sierva de Dios, sigue diciendo sor María del Milagro Salanueva:

"Hasta la hora del entierro, todas poníamos los crucifijos sobre su cadáver para conservar recuerdos

8 *Ibid.,* pp. 227-228.

de veneración de una santa. El P. Fundador, no sabía lo qué hacer para animarnos (en los funerales y entierro) y él mismo se veía cómo estaba, porque comprendía el ejemplo de virtudes que se nos iba, porque todos sus actos eran ejemplarísimos... En este mundo dicen que no hay criatura sin defecto, pero yo, en los nueve meses que tuve el gusto de conocerla, no vi más que hechos de admiración, de buenos ejemplos y virtudes.

El anhelo más profundo de las almas santas es pasar desapercibidas, viviendo el milagro de su espiritualidad e intimidad con Dios, a solas y en lo escondido; de ahí que nos recuerde sor María de la Purificación esta frase de la Sierva de Dios:

"Nuestra amada Madre era modelo acabado de todas las virtudes, pero en la que más resplandecía era en su ardiente caridad...

Muchas veces decía que quería y tenía que ser santa sólo de Dios conocida, y que quería ser olvidada en vida, en muerte y después de su muerte... Todo esto que he dicho no es sino un mínimo y pálido reflejo comparado con la realidad de sus hechos y virtudes practicadas por aquella alma abrasada toda en amor de Dios y del prójimo por amor de Dios".

Sor María del Refugio García es mucho más extensa y tiene afirmaciones categóricas:

"Muchas cosas y muy edificantes se dicen de nuestra dignísima e inolvidable Madre Fundadora, tanto en la Biografía de nuestro amadísimo y venera-

do P. Fundador, cuanto en el libro de *Prácticas* de nuestro Instituto, pero es todo poco para ensalzar a aquella humilde y santa religiosa de quien se valió el Señor para poner los fundamentos de ésta nuestra predilecta Congregación Religioso-Hospitalaria. Servidora tuve la dicha de vivir a su lado siquiera fuese poco tiempo (siete meses) y pude observar en ella rasgos de una virtud eminente que le daban todo el aspecto de una verdadera santa...

Era muy conocida su gran virtud entre las personas del pueblo que habían tenido ocasión de tratarla desde los principios de la fundación y la tenían en muy buen concepto... Aquella Madre tan buena a la que todas considerábamos como una santa... Sean por siempre benditos los adorables designios del Señor, que por tan poco tiempo nos permitió tener a nuestro lado una criatura tan privilegiada y adornada de virtudes, verdadero modelo para todas las que desean santificarse, según lo pide nuestra santa vocación Religioso-Hospitalaria, porque en ella todo inspiraba veneración y se prestaba para la imitación. Se conoce que Dios nuestro Señor la encontró muy en sazón para llevarla tan pronto, y acaso no la dejó más tiempo entre nosotras para que no pusiéramos demasiado nuestra confianza y cariño en la criatura, sino que en todo miremos y confiemos en él, que es de donde procede todo el bien que recibimos".

El comportamiento exterior, cuando es sencillo y espontáneo, siempre es reflejo de lo que se vive por dentro, por eso sor Trinidad Franqueza –refiriéndose a la Madre– irá de un edificante a un edificantísimo modelo de vida:

"La Hermana Josefa, nuestra muy amada Fundadora, vestía de negro y se distinguía entre todas por su modestia, amable trato y cierto aspecto de santidad que atraía. Los deseos del Rvdo. Padre eran muy bien acogidos por todas nosotras, de modo especial por nuestra dignísima Madre a quien tanto apreciábamos y que era un verdadero modelo de virtudes... Si edificante fue su vida, edificantísima fue en sus últimos momentos".

Sor María del Rosario Zudaire es capaz de sintetizar toda la vida de la Sierva de Dios en una cortísima frase:

"Ya no tuvo día bueno (en su enfermedad) y poco a poco fue terminando su vida, tan santamente como había vivido".

Volvemos de nuevo a la frase paulina del olor y perfume de Cristo, y por primera vez queda consignada la heroicidad de las virtudes de María Josefa Recio. Nos lo recuerda quien estuvo a su lado, sor María Lorza:

"Pronto se dejaba ver la vida ejemplarísima de la virtuosa Madre, toda la casa estaba perfumada con el ambiente de santidad que la caracterizaba y que rebosaba en su semblante... Mucho más pudiera decir de las virtudes de nuestra virtuosa Madre Fundadora, que todas las practicó en grado heroico".

Sor Rosalía Sesma, en su amplio testimonio, comienza por las primeras impresiones que recibiera al llegar a Ciempozuelos y saludar a la Madre. Luego, en un "crescendo", llega hasta constatar una visión.

"Una hermosísima corona radiada, parecida al arco iris que se asentaba solamente sobre la Casa de los Granados como signo y señal de que la Sierva de Dios estuviera ya en la gloria". ¿Ensueño? ¿imaginación? ¿ilusión? ¿fantasía piadosa?... Sin embargo, ha quedado escrito como testimonio. Fueron varias las que lo vieron, pero es ella sóla la que lo testifica: "Al ver aquella Madre tan cariñosa y tan santa no cabíamos de gozo... Todo cuanto se diga no sólo acerca de esta virtud (de la pobreza), sino de todas las demás, no se aproxima a la realidad de cuanto practicaba nuestra Madre... Muchas veces he recordado este episodio y he pensado para mí: así como no me fue posible contar las estrellas, aunque en ello puse empeño, tampoco me es posible enumerar las virtudes de mi virtuosa Madre, pues así como las estrellas se me escondían haciéndome difícil la tarea, del mismo modo sabía también ocultar nuestra Madre sus virtudes que, a no estar con una gran atención, se escapaban muchas a nuestra vista, pues su gran humildad las hacía aparecer a nuestros ojos como si fueran actos muy vulgares, lo que hoy veo yo, que eran virtudes verdaderamente heroicas...

Por fin, el día 30 de octubre del año 1883, a las cinco de la tarde, voló al cielo su hermosa alma a recibir el premio de sus virtudes, dejándonos a todas edificadas de su santidad, pero a la vez traspasadas de dolor por una pérdida tan irreparable... En aquella misma tarde vimos una cosa extraordinaria en el cielo; encima de nuestra casa apareció como una hermosísima corona parecida al arco iris pero con rayos brillantes, con la particularidad que solamente se extendía frente a nuestra casa, de manera que todas las que la vimos, quedamos convencidas de que aquello era una señal del cielo con la que se nos aseguraba que nuestra Madre ya estaba en la Gloria rogando por nosotras como lo había prometido...

Nuestro Rvdmo. Padre Fundador siempre nos decía que tuviéramos mucha confianza, que Nuestro Señor nos asistiría por los méritos y santidad de nuestra virtuosa Madre Fundadora, y así ha sido. Algunos años después nos volvió a decir nuestro Padre que tuviéramos mucha fe y confianza en nuestra virtuosa Madre, que él todo lo que le había pedido le había concedido y nos contó un hecho ocurrido en el manicomio de señores. Dijo que se les escapó un enfermo (creo que era pensionista) y por más diligencias que hicieron para encontrarlo, no dieron con él. Entonces nuestro Rvdmo. Padre dirigiéndose a nuestra Madre Fundadora, le dijo: hija mía, pide al Señor que nos traiga este enfermo a casa (se comprende que este enfermo era peligroso). Con esta petición a su amada hija, nuestro Padre quedó tranquilo, y ¡cosa admirable!, a media noche sienten dar golpes en la puerta; bajan y era el enfermo que con la mayor tranquilidad volvía a casa".

Se nos sigue hablando de las extraordinarias virtudes de la Madre Fundadora. Es ahora sor María del Consuelo López la que nos testifica lo siguiente:

"Pero para hacer el justo y merecido elogio de sus extraordinarias virtudes y excelentes dotes de gobierno, de las que he sido testigo desde el 21 de enero de 1883 hasta el 30 de octubre del mismo año, que tuve la dicha, aunque indigna, de conocer y tratar a nuestra Madre Fundadora, puedo asegurar hasta con juramento, que no he visto en ella acto

> que no fuera muy edificante y de virtud sobrenatural... Nuestro Señor, en sus altos designios, quiso que nuestra Madre fuera modelo de virtud en todos los estados que sucesivamente pasó en su vida, como quiso a santa Francisca Fremiot y otras santas, queriendo acrisolar sus virtudes, exigiéndole grandes sacrificios para disponerla mejor al cumplimiento de su divina voluntad en la fundación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, con lo que lograse su absoluta y total consagración al Señor que tanto ansiaba su corazón desde su niñez".

Cuando alguien se siente demasiado impresionado por lo que ha visto o ha sentido, y se le pide una explicación en público, ordinariamente es repetitivo. Esto le ha ocurrido a sor María Gabriela Paternain:

> "Yo, cuando la vi me hizo tanta impresión aquel semblante de santa que tenía, su mirada tan dulce, me parecía ver una santa".

Hasta aquí los testimonios de las Hermanas que vivieron y convivieron con la Sierva de Dios.

QUEDÓ ILUMINADA

La etimología de la FE viene de la palabra "fido", o sea:

- fiar, confiar, fiarse,
- fe en otro, confianza en otro,
- creencia o persuasión.

Es la actitud de quien se fía, se confía en otro, en su persona, en su autoridad, en sus palabras o promesas.

Dar fe, tener fe, en una persona o cosa, es equivalente a creer, prestar asentimiento o adhesión confiada a la persona, a lo que nos dice o promete, o a la realidad de un hecho.

El objeto formal de la fe es Dios, la Verdad primera, pues Dios es todo en la fe, puesto que termina en Sí y agota en Sí mismo, todo el significado del verbo creer, así como todos los complementos del verbo esperar y, por lo mismo, los del verbo amar.

El Dios de la fe, es la Verdad primera absolutamente trascendente. Ello prueba que la fe se actúa esencialmente en la línea del conocimiento. El objeto material de la fe, lo constituyen todas las verdades reveladas sometidas y bañadas por la luz de la divina revelación:

– proposiciones a creer, artículos de la fe,
– verdades reveladas, dogmas, fórmulas dogmáticas.

Bajo la fe, no puede caer nada falso, por lo tanto, quien cree de verdad, evita toda "inerrancia", ya que la fe no puede asentir a nada falso.

Por revelación, Dios habla a los hombres como amigo movido por un gran amor y mora con ellos para invitarles a la comunicación consigo y recibirlo en su compañía (cf DV, 2).

La respuesta adecuada a esta invitación es la fe. Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela (cf DV, 5).

La Sagrada Escritura llama "obediencia de la fe" a esta respuesta del hombre a Dios, que revela (cf Rm 1,5; 16,26). Obedecer en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios que es la Verdad misma.

La fe ante todo, es una adhesión personal del hombre a Dios. Es al mismo tiempo e inseparablemente, el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado. En cuanto adhesión personal a Dios y asentimiento a la verdad que él ha revelado, la fe cristiana difiere de la fe en una persona humana.

Para el cristiano, creer en Dios es, inseparablemente, creer en Aquel que él ha enviado, su Hijo Amado en quien ha puesto todas sus complacencias (Mc 1,11). Es Dios mismo quien nos ha dicho que escuchemos a su Hijo (Mc 9,7). El Señor mismo dice a sus discípulos: Creed en Dios, creed también en Mí (Jn 14,1). Creemos en Cristo, porque es Dios, el Verbo hecho carne: A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha contado (Jn 1,18).

No se puede creer en Jesucristo, sin tener parte en su Espíritu. Es el Espíritu Santo quien revela a los hombres quién es Jesús, porque nadie puede decir Jesús es el Señor, sino bajo la acción del Espíritu Santo (1 Co 12,3). El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios... Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios (1 Co 2,11).

Sólo Dios conoce a Dios enteramente. Nosotros creemos en el Espíritu Santo, porque es Dios.

El hombre es, por naturaleza y por vocación, un ser religioso; viniendo de Dios y yendo hacia Dios, el hombre no vive una existencia plenamente humana si no vive libremente vinculado a Dios. El hombre está hecho para vivir en comunión con Dios en quien encuentra su dicha. Dice san Agustín: "Cuando yo me adhiero a Ti, con todo mi ser, no habrá ya para mí, ni penas ni pruebas, y mi vida, llena toda de Ti, será de verdad plena" [1].

La Iglesia enseña que el Dios único y verdadero, nuestro Creador y Señor, puede ser conocido con certeza por sus obras, gracias a la luz sobrenatural de la razón humana[2]. "Sin el Creador, la criatura se diluye", nos dice el Concilio Vaticano II[3]. Este es el por qué los creyentes saben que son impulsados, por el amor de Dios, a llevar la luz del Dios vivo, a los que no le conocen o le rechazan[4].

Fe cristiana

La familia creyente, en un mundo extraño y hostil a la fe, es como un faro de luz viva y radiante. Por eso se ha

1 Confesiones 10,28,39.
2 Cf Concilio Vaticano II, Do. 3026.
3 GS, 36.
4 Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 43-49.

llamado a la familia con expresión tan honrosa como antigua: "Ecclesia doméstica" [5]. En el seno de la familia, los padres son para los hijos los primeros anunciadores de la fe, con su palabra y con su ejemplo[6].

El comienzo de toda cristianización se inicia en el hogar, antes de que la criatura sea bautizada, y así:

- Cuando la madre, teniendo a su bebé entre los brazos, le hace la señal de la cruz sobre su frente y luego besa a la cruz signada y a su hijo... es el primer gesto cristiano que recibe la criatura.
- Y cuando contemplando a su bebé, bostece instintivamente, y la madre vuelva a repetir la señal de la cruz sobre su boca repetidas veces, está cristianizando a su hijo.
- Y cuando después de tomar el alimento el bebé eructa feliz y satisfecho, la madre lo agradece a Dios pronunciando por vez primera ante su niño el nombre de Jesús... está cristianizando a su hijo, pues la fe entra por el oído (Rm 10,17).

O sea, que antes de ir a la iglesia, para recibir el bautismo, en el hogar cristiano la madre a modo de transmisión, ya ha comenzado a cristianizar a su niño:

- Le ha signado muchas veces con la cruz de Cristo.
- Le ha referido a Dios como a lo que le pertenece al pronunciar repetidamente el nombre de Jesús.
- Y le pondrá un signo cristiano al cuello, una medalla o una cruz, para que el Señor sea su amparo y protección.

5 LG, 11; cf FC, 21.
6 LG, 11.

Luego llegará el día de fiesta cristiana y le llevarán al templo para que por la fe y el bautismo pertenezca al Señor y le confiese ante los hombres (cf Mt 10,32; Rm 10,9), por boca de sus padrinos. Y puesto que es la Iglesia la primera que cree, por eso conduce, alimenta y sostiene la fe de sus hijos. Ella es la primera que en todas partes confiesa al Señor[7], y con ella y en ella somos impulsados y llevados a confesar también: creo, creemos.

Por medio de la Iglesia recibimos la fe y la nueva vida en Cristo por el bautismo. En el Ritual Romano, el sacerdote u otro ministro del bautismo, pregunta al catecúmeno:

- "¿Qué pides a la Iglesia de Dios?
- La fe.
- ¿Y qué te da la fe?
- La vida eterna"[8].

De la iglesia doméstica, que es todo hogar cristiano, ha pasado a la Iglesia que es el hogar universal. Y allí se hace la primera profesión de fe al recibir las aguas bautismales, ya que este primer sacramento es recibido en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19), aunque en oscuridad de fe. Recibido el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús; desciende al agua con Cristo, y renace del agua y del Espíritu para convertirse en el Hijo, el Hijo amado del Padre, para vivir una vida nueva (Rm 6,4).

"El bautismo nos da la gracia del nuevo nacimiento en Dios Padre, por medio de su hijo en el Espíritu Santo. Porque los que son portadores del Espíritu de Dios son

7 Cf Himno Te Deum.
8 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 168.

conducidos al Verbo, es decir al Hijo; pero el Hijo lo presenta al Padre, y el Padre les concede la incorruptibilidad. Por tanto, sin el Espíritu, no es posible ver al Hijo de Dios, y sin el Hijo nadie puede acercarse al Padre, porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo de Dios se logra por el Espíritu Santo" [9].

Si Victoriano Recio y Mamerta Martín eran un matrimonio modelo[10], y con apresuramiento cristiano llevaron a sus hijos a la iglesia para ser bautizados –María Josefa fue bautizada a los dos días de nacer, como consta en el documento de bautismo– era exactamente porque ellos mismos anhelaban que sus hijos recibieran, lo más pronto posible, el sacramento de la iniciación cristiana, no sólo para el perdón del pecado original, sino para que por la gracia y la fe se convirtiesen en templos de la Santísima Trinidad (1 Co 3,16). "Effta", es la transcripción griega del "Ephethá" que nos recuerda la Vulgata, como la palabra poderosa que Jesús diera al curar al sordomudo y que significa "ábrete".

Esa palabra será la que después de recibir la unción del santo crisma, después de la imposición de la vestidura blanca como dignidad de auténtico cristiano, y una vez entregado el cirio al padrino para que su ahijada fuese "hija de la luz, perseverando en la fe", fue cuando el sacerdote, tocando con el dedo pulgar sus oídos y su boca, le dijo: "El Señor Jesús, que hizo oír a los sordos y hablar a los mudos, te conceda, a su tiempo, escuchar su palabra y proclamar la fe, para alabanza y gloria de Dios Padre" [11].

Cuando más tarde, ya niña, acompañada de su madre y su hermana Leonarda, fueran a la iglesia y tomara parte

9 San Ireneo. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 683.
10 RB, p. 11.
11 Ritual del Sacramento del Bautismo.

en los actos del culto, en la misa, el rosario, las novenas, y lanzara besos a las imágenes o hiciera gestos rudimentarios de orar ante ellas, su fe estaba floreciendo en actos instintivos pero religiosos. Eran los efectos de una catequesis materna, obligada en toda familia cristiana.

De ahí el hecho de colocar dentro del hogar cuadros e imágenes piadosos; el rezar al comenzar y terminar las comidas; el invocar a los ángeles y a los santos en momentos de fervor o de alguna necesidad; y al anochecer, como toda familia cristiana de aquella época, invocar a la Virgen por medio del rosario.

Toda santidad adquirida y conquistada tiene un idéntico origen: la piedad heredada en la familia que más tarde, en la juventud y adultez, se adhiere a la piedad popular.

Hay una exhortación apostólica reciente, que es todo un canto a esta religiosidad popular. El Papa Pablo VI, en día tan significativo como el 8 de diciembre de 1975, al finalizar el Año Santo y cumplirse el décimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, nos dejó el solemne documento de la exhortación apostólica "Evangelii nuntiandi" sobre la evangelización. En ella dedica –como medios de evangelización– en el capítulo cuarto, un número precioso sobre la "piedad popular".

Entre los ocho medios que señala: el testimonio de vida, una predicación viva, la liturgia de la Palabra, la catequesis, los medios de comunicación social, el contacto personal indispensable, pone otros dos medios muy cercanos y al alcance de todo cristiano: La recepción de los sacramentos y la piedad popular. Y aunque está colocado en último lugar, le dedica sin embargo, mayor extensión en su tratamiento, y así nos dice en el número 48:

> "Estamos tocando un aspecto de la evangelización, que no puede dejarnos insensibles. Queremos referirnos ahora, a esa realidad que suele ser designada en nuestros días con el término de religiosidad popular. Tanto en las regiones donde la Iglesia está establecida desde siglos, como en aquellas donde se está implantando, se descubren en el pueblo expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe.
>
> Consideradas durante largo tiempo, como menos puras, y a veces despreciadas, estas expresiones constituyen hoy, el objeto de un nuevo descubrimiento casi generalizado...".

La religiosidad popular, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites:

- Está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones.
- Se queda frecuentemente a un nivel de manifestaciones culturales, sin llegar a una verdadera adhesión de fe.
- Puede incluso, conducir a la formación de sectas y poner en peligro la verdadera comunidad eclesial.

Pero cuando está bien orientada -sobre todo mediante una pedagogía de evangelización-, contiene muchos valores:

- Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer.
- Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe.

- Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante.
- Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción.

Teniendo en cuenta esos aspectos, la llamamos gustosamente *piedad popular,* es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad.

La religiosidad popular no es algo meramente histórico o arcaico. Es una realidad palpitante que el pueblo tiene y guarda, que la siente y expresa. Es preciso vivir junto al pueblo y con el pueblo, para poder entenderlo desde dentro. No basta una visita de turismo, sino contemplarlo pausadamente, pues no es tan fácil conocer al pueblo, el alma del pueblo, el sentir del pueblo.

* * *

Lo que vivió María Josefa en un primer momento fue, a nivel familiar, las costumbres cristianas y tradicionales: oraciones y fórmulas; creencias y prácticas, que aunque aparentemente pobres y rutinarias, sin embargo son de gran ayuda a las personas para contactar con Dios y los santos.

Estas que pudiéramos llamar plegarias populares, unas han ido desapareciendo, bien por cambiar de costumbres, bien por el ritmo de vida. Otras perduran y perviven a pesar de que se condenen y desprecien.

¿Qué sabemos de lo íntimo y profundo de la plegaria y de la fe de la gente sencilla? Se ha llegado a decir que "la

plegaria popular está más cerca del evangelio que la del clero" [12].

Hay quienes que, por purificar la religión, destruyen su virtud y simplicidad.

Estas oraciones son, en muchos casos, los únicos apoyos y signos sensibles de piedad que tienen las gentes sencillas. Serán más o menos litúrgicas, pero a ellas les sirven para expresar su fe y su confianza en Dios, para acudir a él y manifestarle sus sentimientos y deseos.

Serán el santiguarse antes de comenzar cualquier obra, las "tres Avemarías", las oraciones al Ángel de la Guarda, al acostarse o levantarse, al salir de casa o pedir por un enfermo, etc. Hay ejemplares y modelos variadísimos. Son costumbres y prácticas apoyadas en cuadros, en imágenes, en estampas o en cualquier otro signo sacral, vinculadas a algún recuerdo, a alguna fecha o algo vital. Y se ofende a los fieles, pretendiendo quitárselas o menospreciárselas.

Se ha dicho de estas plegarias populares, que son fórmulas carentes de vida por ser rutinarias. Sin embargo, una de las tareas fundamentales misioneras era enseñar oraciones, enseñar a las gentes a rezar, a hablar con Dios. Tal vez no se enseñará teología o eclesiología, pero hay muchas oraciones que la contienen. Y aunque hoy día se intenta que los hombres sepan comunicarse con Dios, como hay muchos que no rezan, no tienen un apoyo concreto, no tienen un signo, porque no han aprendido fórmula alguna.

Cierto que se puede rezar sin rosario, sin breviario, sin padrenuestros y sin trisagios, pero el hombre necesita

12 Alvarez Gastón, Rosendo: *La religión del pueblo*, p. 17.

medios. Hay muchas personas que se han mantenido fieles a la oración, mediante la fidelidad a las fórmulas. Es cierto que hay que vivir el espíritu, la vida y la espontaneidad, pero también lo es que no hay que caer en idealismos.

La liberación de las fórmulas, de la rutina y del infantilismo, puede significar la pérdida del hábito y del espíritu de oración. Y eso no deja de ser grave.

En muchos casos ha sido excelente, para fomentar la práctica de la oración, el culto a la Eucaristía, la frecuencia de los sacramentos y el recurso a Dios. Se les ha tachado de alienantes, individualistas, piedad sin compromiso, beatería; cuando lo que procedía era purificarlas, vitalizarlas y potenciarlas.

Esta "piedad popular" está vinculada, por lo general, a determinadas advocaciones, títulos o misterios en honor de la Virgen María: Ntra. Sra. del Carmen, de los Dolores o de la Merced. O también, a santuarios de influjo nacional como Sacro Monte, o internacional, la Virgen del Pilar, Lourdes, Montserrat o Guadalupe.

Las formas y las expresiones son muy variadas, condicionadas como están por el carácter de las gentes de cada región.

Sí puede afirmarse que el noventa por ciento de los cristianos sencillos, expresan su devoción y amor a la Santísima Virgen a través de alguna advocación o imagen concreta; y que en la mayoría de los casos, éste es su principal vínculo religioso.

Si la fe, la piedad, el culto y la religión, tienen algo que decirle y ofrecerle al hombre, la religiosidad popular podrá servirle muy eficazmente; porque es un modo y estilo de vivir esa fe, de practicar esa piedad, de manifestar el culto

y de profesar la religión. Y será preciso el plantearle e iluminarle, a través de esa religiosidad popular, los problemas rituales de su fe.

Porque piedad popular quiere decir: el sentido que el pueblo tiene de Dios, sus actitudes y disposiciones ante lo sobrenatural y ante el misterio. Sus sentimientos religiosos, su manera de rezar, de comunicarse con los intermediarios de Dios; sus expresiones y reacciones ante las imágenes de la Virgen y de los santos, su manera de celebrar las fiestas y acontecimientos de la vida relacionados con la religión.

Piedad del pueblo, sencilla, tradicional, heredada, piedad de pobre que es: pedir y dar gracias, prometer y ofrecer; llorar y cantar, esperar y alegrarse; sufrir y confiar siempre.

Piedad que se expresa, a través de cosas sencillas: velas y flores, estampas e imágenes. Piedad que si es pobre en teología y liturgia, es brillante en testimonios de vida. Piedad natural en contraposición a la artificial y prefabricada.

* * *

Si nos hemos detenido en el concepto y explicación de la devoción popular, es porque fue la que vivió siempre María Josefa. No sólo mientras permaneció en el estado seglar como soltera, casada y viuda, sino también la que practicó en la vida religiosa.

Ella no tuvo oportunidad de cultivar intelectual ni espiritualmente su vida de piedad, por lo que la expresó espontánea y sencillamente con lo que había practicado constantemente apoyándose en la religiosidad popular.

Sor Josefa llevó a Ciempozuelos la vida devocional que ella practicó desde siempre, en especial lo que comenzó a vivir con más intensidad cuando encauzó su vida bajo una dirección espiritual; y ya viuda, a una determinada práctica de actividades espirituales.

Devociones que, mientras estuvo en su casa, hizo partícipes de ellas a la familia con el rezo del rosario y muy especialmente a los sobrinos pequeños, a quienes les enseñaba no sólo a rezar, y a demostrar con besos y caricias a las estampas e imágenes, sino a que le acompañaran a la iglesia, donde veían que ella participaba con todo fervor en los sacramentos, sobre todo, en la santa misa.

Cuando llegaba un acontecimiento especial, como pudiera ser la primera comunión de una sobrina o un sobrino, no sólo les acompañaba, sino que les adoctrinaba sobre el sacramento que iban a recibir, y además les confeccionaba los vestidos para un acontecimiento tan extraordinario[13].

En las distintas visitas del P. Benito Menni a Granada (sabemos que la primera vez, le esperaban rezando el santo rosario)[14], además de preocuparse, orando mucho para que el Señor escuchara sus peticiones, en una ocasión, en la que cayó enfermo con bastante gravedad, hicieron (María Angustias y María Josefa) varias novenas en su favor, y finalmente, como obligando a la Virgen a que lo sanara, le pasaron la imagen de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón de Jesús, rogándoles, a los intermediarios, que la tuviese en su poder hasta que se recuperase, como así fue[15].

13 José Giménez, carta del 11.08.1922.
14 RMA, p. 62.
15 *Ibid.,* p. 77.

Quisiéramos saber qué era lo que le decían al Padre, en sus largas cartas que escribían cuando él se ausentaba de Granada, rogando y pidiendo a la Virgen para que pudiera tomar una decisión, para con ellas en sentido vocacional.

También el día que tomaron la determinación de irse de casa, todo el camino no fue más que una petición ininterrumpida, no sólo acordándose de san Luis Gonzaga cuya fiesta habían escogido, sino rogando a Dios no ser sorprendidas en tan extraña aventura saturada de fe ciega en la Providencia.

Este fue el acervo y bagaje que llevó a la vida religiosa y que allí alimentó con oraciones y devociones del todo tradicionales y heredadas. Y todo ello quedará estampado e impreso en los libros de rezo, no sólo particulares, sino también comunitarios[16].

Luego, cuando sean impresas las llamadas *Prácticas* se dedicará todo el capítulo XXVI a las devociones que se han de practicar comunitariamente en los distintos meses del año[17], aunque ya menos, y ajustadas a las Constituciones.

16 Manual de prácticas piadosas... En el prólogo, escrito por el Dr. D. Enrique Reig, Obispo de Barcelona, les dice a las Hermanas: "Para fomentar y asegurar la uniformidad, aconsejamos la colección de todas las prácticas piadosas en un volumen, con las fórmulas, oraciones y plegarias peculiares, a fin de que, teniendo cada Casa y cada Hermana a su alcance esta especie de Manual de Piedad o Directorio Religioso, desaparezca toda diferencia, por insignificante que sea...

Se ha impreso este Manual, para que a él se atengan todas y se aparten de toda singularidad, tanto pública como privadamente...

Así como sería sospechoso el católico que despreciase o no quisiese atenerse en nada, a las fórmulas de oración vocal prescritas o recomendadas por la Iglesia, de la misma manera, no obraría bien la religiosa que no procurase ajustarse en todo a las prácticas y formas de oración vocal adoptadas por su Instituto. Por eso, recomendamos que os atengáis fielmente a este Manual..." (Prólogo II-IV).

17 Prácticas..., p. 165.

Cierto que estando ya en la vida religiosa su piedad estaba alentada por las directrices del P. Benito Menni, así como con la práctica anual de los santos Ejercicios Espirituales. Sin embargo, la mayor parte era vivir las prácticas piadosas, tomadas de la devoción popular: novenas, trisagios, oraciones ya hechas y devociones personales: el rosario, viacrucis, etc. Todo ello como expresiones de fe práctica e íntima, y que anhelaban no fueran tan sólo los labios, sino también el corazón el que viviese los sentimientos piadosos y de intimidad con Dios.

Si recorremos con respeto y veneración los distintos pasos de su vida, veremos cómo en todos ellos se encuentra el sello e impronta de la fe muy remarcado, como dando relieve y vida sobrenatural a lo que no era más que un simple acontecimiento.

Percibimos con emoción, cómo va supeditándose en un "crescendo" piadoso hasta llegar a la "heroicidad" de esta primera virtud teologal; todo ello alimentado constantemente con actos de piedad que eran los que daban pábulo a su intimidad con Dios.

Recorriendo los testimonios, podremos comprobar estas afirmaciones. Arrancamos de una formulación rotunda y absoluta, como si en ella tuviéramos la síntesis de fe que vivió María Josefa. Habla en plural, ya que el recorrido vocacional lo hicieron siempre juntas la Sierva de Dios y María Angustias con el detalle interesante de que estaban todavía en el mundo:

> "Nos preocupaba el pensamiento de ser sólo de Dios" [18].

18 RMA, p. 52.

Con un delicado espíritu de fe, animaba a su amiga (María Angustias) para que transformase su dolor en una permisión de amor; por eso nos dice:

> "Continuas noches pasaba junto a mi cama, consolándome y animándome a sufrir todo por el Señor" [19].

Soñando con su pertenencia total a Dios por medio de la vocación, su anhelo era lo más sublime, el de los grandes santos: hacer de Dios su centro**:**

> "Cediendo todo a honra y gloria del Señor, empezábamos a sentir en nuestro corazón lo dulce y encantador que es servir al Rey del Cielo, puesto que el Señor remunera con largueza lo poco que se hace por su amor. Este corazón le pertenece y no halla reposo hasta venir a refugiarse a su verdadero centro y descanso**,** por lo que se dilata cuando ve que se ha logrado conocer las miserias terrenales, que nos apartan de este Sol de justicia y Vida nuestra" [20].

Con Dios por dentro, por gracia y amor, no podía ocurrir otra cosa que vivir "ansias", no sólo de "andar", sino de "correr" con el corazón dilatado en la caridad, por las sendas de la santidad:

> "Cada día nos sentíamos con nuevas ansias, por adelantar con rapidez en los caminos del Señor" [21].

Es de verdad sorprendente y aleccionador el ver que una simple seglar como era María Josefa, necesitase al

19 *Ibid*., p. 48.
20 *Ibid*., p. 52.
21 *Ibid*., p. 53.

menos una hora para prepararse a la comunión y otra media hora para dar gracias al Señor. Gesto de verdad testimonial, no sólo para los cristianos, sino para las mismas personas consagradas, siendo así que las prisas nos hacen restar atención al Cristo vivo que viene para hacer morada en nosotros:

> "Lo menos que dedicábamos para prepararnos a recibir a nuestro Jesús Sacramentado, era una hora, y para dar gracias de tan gran favor, media hora" [22].

Cuando alguien busca de verdad a Dios, no se contenta con estar lleno por dentro; la caridad le urge y trata de que haya más almas que le sigan de cerca y le consagren sus vidas:

> "Engolfadas en tan loables ideas (de vida religiosa)... saciábamos esta sed, con conquistar la voluntad de algunas jovencitas... y darles a conocer lo hermoso del camino que conduce a Cristo. Ayudadas de la gracia, cogimos algún fruto" [23].

Como el director que habían elegido, D. Fermín Ruiz Vela tenía sus actividades y oficios en el santuario del Sacro Monte, de cuando en cuando se disponían desde muy temprano –la distancia para ir a pie era bastante grande, más de tres kilómetros de ida y otros tantos de vuelta– para acercarse a la montaña. Allí descubrieron dos cosas, a cual más preciosas: "Que su amistad estaba fundada en Dios" y "que eran dos almas en un solo corazón". Elementos auténticos de la verdadera amistad: unidas por el entendimiento y el amor, no querían quedarse en sí mis-

22 *Ibid.,* p. 54.
23 *Ibid.,* p. 55.

mas, sino que transcendiendo lo puramente sensible y compensador, se lanzaban a buscar a Dios como única explicación de su cariño:

> "Subíamos al Sacro Monte a confesar; nos juntábamos a las tres de la mañana y nos separábamos a las diez de la noche, es decir, que estábamos dos almas en un solo corazón... Nuestra amistad estaba fundada en Dios" [24].

Cuando a fuerza de oraciones y sacrificios llenas de fe y confianza en Dios, lograron que se ablandase el corazón de Antonio, el marido de María Josefa, un buen día consiguieron que les acompañase. El fruto no pudo ser más gozoso:

> "Al cabo de no sé los años que (Antonio) no se confesaba, vino en nuestra compañía al Sacro Monte y logramos verle arrodillado, con grande contrición, a los pies de D. Fermín para confesar sus pecados quedando después de dicha confesión muy enmendado" [25].

¿Acaso presentía Antonio Fernández Amador, el marido de María Josefa, que sus días estaban contados? Lo cierto es que, después de aquella confesión en el Sacro Monte, en la que había quedado feliz por dentro, se mostró mucho más dócil para repetir este sacramento en una de las venidas del P. Benito Menni a Granada. Según la Sierva de Dios, "era el Señor el que preparaba la ocasión". Respecto a esto dice María Angustias:

24 *Ibid.,* p. 70.
25 *Ibid.,* pp. 70-71.

> "Nuestro Señor... trazó de modo que en esta ocasión estuviese nuestro Padre (Benito Menni) en Granada; con presteza aprovechó su esposa (María Josefa) tan oportuna coyuntura, como el Señor le presentaba, para que Antonio confesara con nuestro Padre; en efecto, obtuvo que lo hiciese con grandes muestras de querer mudar de vida si el Señor se la dejaba. Recibió los sacramentos con notable fervor y devoción.
>
> Se puede atribuir el laudable estado en que murió (Antonio), a las fervientes oraciones de su fiel esposa. En fuerza de su constancia logró que muriese, no sólo como buen cristiano, sino que hasta tuvo el consuelo de verlo, en sus últimos días, como un alma poseída por el amor a Jesucristo" [26].

Una vez más recordamos cómo María Josefa, en su devoción popular, acudía a las imágenes de la Virgen y de los santos como si fueran personas vivas.

Sabemos que teológicamente, el culto cristiano de las imágenes no es contrario al primer mandamiento que proscribe los ídolos. En efecto "el honor dado a la imagen se remonta al modelo original" (san Basilio). Y "el que venera a una imagen, venera en ella a la persona que en ella está representada" [27]. El honor tributado a las imágenes sagradas es una "veneración respetuosa", no una adoración que sólo corresponde a Dios. Santo Tomás de Aquino, lo explicará magistralmente: "El culto de la religión no se dirige a las imágenes, en sí mismas, sino que las mira bajo su aspecto propio de imágenes que nos condu-

26 *Ibid.,* p. 71.
27 Concilio de Nicea II: Ds 601; cf. Concilio de Trento: Ds 1821-1825; Concilio Vaticano II: SC, 126; LG, 67.

cen a Dios encarnado. Ahora bien, el movimiento que se dirige a la imagen en cuanto tal, no se detiene en ella, sino que tiende a la realidad de la que ella es imagen", si de Cristo a Cristo, si de la Virgen a la Virgen María[28].

"La belleza y el color de las imágenes, estimulan mi oración –decía san Juan Damasceno[29]–. Es una fiesta para mis ojos, del mismo modo que el espectáculo del campo estimula mi corazón para dar gloria a Dios".

Fue en el mes de octubre –según los datos más fidedignos– del mismo año 1879, en que hubiera fallecido el marido de María Josefa, cuando el P. Menni llegaba de nuevo a Granada[30], pero en esta ocasión herido de enfermedad, nada leve. Ellas (María Angustias y la Sierva de Dios) acudieron primeramente a la oración:

> "Dimos principio a una novena impetrando, de su poderosa intercesión, la salud de nuestro Padre (Benito Menni)" [31].

Y luego recurrieron a la imagen de la Virgen:

> "Nos ocurrió la idea de remitirle al cuarto donde estaba enfermo, la preciosa imagen de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón de Jesús, y que le dijesen se encomendase muy de veras a la divina Señora, en unión nuestra, y que la tuviese hasta salir del peligro" [32].

Al final –aunque muy despacio– recobró la salud y ellas, con espíritu de fe, interpretaron que había sido la

28 Suma Teológica 2-2,81, 3,ad 3.
29 Imag. 1,27.
30 RMA, p. 81.
31 *Ibid.,* p. 77.
32 *Ibid*., p. 77.

Santísima Virgen, ya que le habían suplicado insistentemente:

> "Madre y Reina del Corazón de Jesús, ¿será posible que tan pronto nos privéis de este grande consuelo que Vos con tanta benignidad nos habíais presentado? Madre nuestra, ya que tu misericordia ha sido tan inmensa, al darnos a este buen Padre por maestro de nuestro espíritu, cuando íbamos a coger el fruto ¿va a desaparecer?; no, Madre mía, no lo permitas" [33].

Y recibieron el premio a su fe:

> "Efectos de la providencia para premiar a los justos, los sacrificios que por amor suyo hacen" [34].

Devociones

Creemos que sea este el momento oportuno, para exponer los testimonios sobre las devociones que cultivó la Sierva de Dios, tanto cuando era seglar como cuando vivió en el Instituto de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.

Las "devociones" son destellos de su fe, nacidos de la raíz de la primera virtud teologal que ella vivía honda y ciegamente en el interior de su alma. Y al final de sus días, después de fotografiarse con la imagen de la Virgen en sus brazos, moría con esta plegaria en sus labios: "¡¡¡Qué hermosa sois, María!!!" [35].

33 *Ibid.,* p. 77.
34 *Ibid*., p. 78.
35 Sor María de la Purificación Aberásturi.

Teológicamente la finalidad de una devoción es siempre la de encerrar, en un signo sencillo, la riqueza de un misterio, explanado por la Escritura, la tradición y la reflexión teológica. Al escoger un signo que fije la atención espiritual, la devoción particular propone un modo más concreto de considerar el misterio de la fe, manifestado mediante una práctica determinada de veneración, en la que prevalece en lo escondido una disposición espiritual muy particular.

Una devoción profunda no consiste en una suma de prácticas minuciosas, sino en un esfuerzo sintético por organizar toda la vida espiritual en torno a un concepto central, sostenido por una representación sensible. Por el hecho mismo de tener un soporte sensible, la devoción comporta un aspecto afectivo. El signo sensible pertenece realmente al orden simbólico, portador siempre de una energía afectiva.

Así, fundamentada en la verdad de la fe, y estimulada sensiblemente por un signo exterior, fue cómo la Sierva de Dios entregó la afectividad de su amor envuelta y arropada en la sencillez de sus devociones, según nos manifiesta sor María de la Purificación:

> "Nuestra Madre era fervorosísima y las devociones que más pude notar en ella fueron: al Sagrado Corazón de Jesús, a la Sagrada Eucaristía, a la Santísima Virgen y a san José. Tenía grandísimo interés porque ninguna de nosotras se quedara sin recibir la Sagrada Comunión; quería que fuésemos delicadas de conciencia, pero no escrupulosas, y cuando veía que una Hermana no podía pasar a comulgar, no se quedaba tranquila hasta que no la llevaba a reconciliarse con nuestro amado Padre; todo con el fin de que no perdiéramos ni un sólo día

> la Sagrada Comunión. A la Santísima Virgen la amaba tiernamente como se demuestra en la relación que de ella hace nuestra amada Hermana sor Corazón de Jesús, q.e.p.d. (María Angustias). Cuando contemplaba una imagen de la Santísima Virgen repetía con fervor: Qué hermosa sois, María, qué hermosa sois.
>
> Cuando teníamos que estar varias horas (ante el Santísimo) para que no se nos hiciese largo el tiempo, nos permitió cantar algunos cánticos al Sagrado Corazón y a la Santísima Virgen.
>
> Su preciosa alma estuvo siempre rendida a la voluntad santa de Dios nuestro Señor y, próxima a expirar, exclamaba: Mi deseo era haber vivido hasta fundar siete casas en honor de los siete dolores de la Santísima Virgen, pero el Señor quiere de mí otra cosa, cúmplase su adorable voluntad. Finalmente, el día 30 de octubre de 1883, pasó a disfrutar en el cielo el fruto de sus muchos trabajos sufridos por amor de Dios, dejando a sus hijas sumidas en la más triste aflicción".

Y sor María del Refugio García:

> "Le gustaba observar muy bien las fiestas de la Iglesia y deseaba que en dichos días se trabajase lo menos posible en las faenas de casa, tanto que, a veces, en cosas que se podía nos lo hacía guisar de víspera.
>
> Era muy devota de la pasión del Señor, de Ntra. Sra. de las Angustias, de san José y de san Luis Gonzaga. Entonces rezábamos las tres partes del santo rosario separadamente en tres veces y al final

de cada una decíamos la oración: Dulce Corazón de Jesús mi Redentor, etc., y la de los agonizantes, y alguna vez nos dijo que, al menos una vez al día, deseaba que la rezásemos. Ella lo hacía siempre con mucha devoción".

Sor Trinidad Franqueza escribe:

"Si edificante fue su vida, edificantísima fue en sus últimos momentos. A mi me tocó la dicha de pasar largos ratos junto a su lecho y casi siempre, a poco de mi llegada, me solía rogar que rezara con ella la corona de las doce excelencias de la Santísima Virgen, devoción que siempre había tenido.

Nos daba mucha pena el verla próxima a dejar esta vida, pero ella nos aseguraba que desde el cielo velaría por nosotras, y nos hizo muy fervorosas exhortaciones recomendándonos, entre otras cosas, la sumisión más completa a nuestro Rvdo. P. Fundador; la devoción a la Santísima Virgen y el verdadero espíritu de caridad y unión entre nosotras, con mucho amor y afecto hacia las pobres enfermas que el Señor nos confiara.

Era muy piadosa, muy dada a la oración, exacta en sus ejercicios espirituales y constante en sus devociones. Entre éstas, sus más favoritas fueron la devoción al Santísimo Sacramento del altar y a la Santísima Virgen bajo el título de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón de Jesús. Al cambiarnos el nombre de seglares por otros que debíamos llevar en la religión, conociendo nuestro Padre sus fervorosos deseos le puso el nombre de sor María Sacramento, que era lo que mejor podía recordarle los íntimos amores de su enamorado corazón.

Muchas veces nos recomendaba que fuésemos muy puntuales en acudir a los actos de comunidad e igualmente para hacer la vela al Santísimo, según se estableció desde los principios de la Congregación. Acostumbraba a hacer durante la vela una meditación sobre la pasión del Señor, de la que también fue muy devota, y esta costumbre se conserva todavía en muchas Hermanas, y para este efecto se insertaron varias consideraciones y coloquios referentes a la Sagrada Pasión, en el Manual que se imprimió más tarde, viviendo todavía nuestro Rvdo. P. Fundador a quien también le era familiar esta devoción.

Asimismo, era devota de los dolores de la Santísima Virgen. Desde los principios estableció la santa costumbre de rezar los dolores de la Santísima Virgen y a san José. También a este glorioso Santo tenía especial afecto, ya por su poderoso valimiento y ya, también, por llevar su nombre desde el santo bautismo.

Recuerdo con gran consuelo para mi alma que la última noche de su vida me tocó la suerte de velarla y, al tocar la campana para que la comunidad acudiera a la oración, me dijo: Váyase, hija, y pídale a nuestro Señor que si es su voluntad, me conceda vida hasta poder ver fundadas siete casas en honor de los siete dolores de la Santísima Virgen, pero ante todo, que se cumpla su santa voluntad. Esto mismo repitió poco después cuando fueron las Hermanas a visitarle, viéndolas a todas alrededor de su cama llorosas y apenadas por su próxima muerte".

Sor María Lorza manifiesta:

"Sirviendo la habitación que ella ocupaba para coser, de paso para la costura, y en los días de plan-

cha, de planchador, nuestros encuentros con ella eran muy frecuentes, y al saludarla con el Ave María Purísima nos contestaba sin pecado concebida, mirándonos con una sonrisa de madre cariñosa que infundía en nuestros corazones fuerza para soportar la pobreza y privaciones en que entonces vivíamos".

Sor María del Consuelo López:

"Por lo que servidora pude observar durante el tiempo que la conocí, sus principales devociones eran a la Sagrada Eucaristía y a la Santísima Virgen Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, a ésta era extraordinaria. Cada día recibía a Jesús en la Sagrada Comunión y cuando en los últimos días de su vida estaba en cama, también lo recibía. Con mucha frecuencia, le visitaba encerrado en el Sagrario, aunque no fuera más que unos segundos; esto lo puedo afirmar como lo primero, porque cuando estábamos en la vela del Santísimo abría la puerta del coro, se arrodillaba un momentito y se retiraba, y esto lo repetía, yo creo, que siempre que pasaba por la puerta del coro.

Era exactísima en acudir a la vela del Santísimo, tanto a la que hacemos durante el día como a la que se hace durante la noche. Algunas veces tuve la dicha, aunque indigna, de acompañarla en este ejercicio y era digno de contemplar aquel fervor con que se ponía en la presencia del Señor. Se hacía la vela con poca diferencia de lo que ahora se hace, pero lo que más me llamaba la atención era la devoción que se experimentaba a su lado, cuando hacía la lectura de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; de ésta era muy devota e igualmente de su Sagrado

Corazón, así como de los Dolores de la Santísima Virgen y decía que deseaba vivir hasta tener siete casas en honor de los siete dolores de la Santísima Virgen.

Como queda dicho, a la Santísima Virgen, bajo el título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, le tenía especial devoción desde antes de venir a consagrarse al Señor. En prueba de su filial cariño a esta celestial Madre nos hacía cantar con mucha frecuencia y de modo especial en sus festividades, los versos: "A María nuestra Madre amada", que se encuentra en nuestro Manual, y recomendaba que su deseo era que se cantase en las festividades de la Santísima Virgen. Deseaba que en dichas festividades se tuviera a su Divina Majestad de manifiesto, y así lo solicitó al Emmo. Sr. Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo, como se ve en la solicitud que se conserva en el archivo de la secretaría general. Igualmente, tenía mucha devoción al glorioso patriarca san José y san Luis Gonzaga.

Nos inculcaba el respeto y amor que debemos tener a Jesús Sacramentado y nos animaba para recibirlo cada día con nuevo fervor en la Sagrada Comunión. Varias veces nos dijo que deseaba empleáramos por lo menos un cuarto de hora dándole gracias por haberle recibido, y cuando alguna Hermana comulgaba después del sacerdote, no permitía que viniese a desayunar con la comunidad, sino que le hacía quedarse en el coro para dar gracias a Nuestro Señor... No sólo deseaba nuestra Madre que cada día nos acercáramos a recibir a Jesús Sacramentado con las mejores disposiciones, sino que, en unión con nuestro Padre, nos exhorta-

ba a la frecuente comunión espiritual y siempre que sentía el toque del reloj, y cuando de éste carecíamos, muchas veces al día ella misma, en unión con nosotras, saludaba a la Santísima Virgen con el Ave María, el bendita sea tu pureza y, acto seguido, la comunión espiritual, más larga de lo que ahora se hace, no obstante el mucho quehacer que había en aquellos tiempos primitivos".

Sor María del Rosario Zudaire dice:

"Las últimas palabras que pronunció fueron estas: Qué hermosa eres María**,** jaculatoria que repetía con frecuencia durante su enfermedad fijando su mirada en una imagen de la Santísima Virgen".

* * *

Hecha esta salvedad sobre las devociones de la Sierva de Dios, volvamos a su historia de FE, o sea a su FE hecha historia viva en cada acontecimiento de su vida.

La dejamos en Granada, con motivo de la enfermedad, un tanto extraña y grave, del Padre Fundador, Benito Menni, y que le retuvo en la ciudad andaluza un tiempo mucho más largo de lo proyectado. En esta ocasión, como siempre, María Josefa con su compañera María Angustias, no perdieron el tiempo. Dentro de lo que pudieron entrevistarse –excepto su ausencia en el cortijo de una familia amiga– en sus diálogos sacaban siempre la conversación sobre sus ilusiones de fundadoras, de algo que, no sabiendo en concreto lo qué era, se sentían atraídas por la vida y hasta el hábito de los Hospitalarios.

Todas las peticiones que le hacían, habían pasado antes por la oración, bien fuera en visitas a su iglesia de los

Santos Justo y Pastor, bien en el recogimiento íntimo después de cada comunión. Podemos decir muy bien que eran peticiones e insistencias ungidas de fe. Y esa fe toma alas, cuando el P. Menni tiene que volverse a Ciempozuelos, en las reiteradas y prolongadas cartas que le remiten las dos "aspirantes". Y sin enterarse demasiado ellas mismas –porque las cosas de Dios se llevan a cabo en lo escondido y silencioso– va a iniciarse el misterio de su vocación en la heroicidad de su fe.

Comienzan por interpretar, la persona del P. Menni, como un instrumento elegido por la Providencia para iniciar su camino, pero por encima de él, sus ojos estaban puestos en el mismo Cristo:

"Pienso que nuestro Padre (Benito Menni) fue el instrumento electo por Dios para que incansablemente nos sostuviese una guerra cruel y prolongada. Pues habría sido imposible poder sufrir a no ayudarnos la gracia del Señor.

Sin embargo nuestras miras (en medio de las dificultades que el P. Menni les ponía) estaban fijas en nuestro amoroso Jesús... Ilustradas por la divina luz, hacíamos frente al demonio resistiendo a sus astucias" [36].

Como en toda gran empresa –sobre todo cuando se trata de las cosas de Dios– la presencia de dificultades se hace imprescindible; y en los caminos del Señor suelen ser mucho mayores, ya que los poderes del maligno se hacen presentes de mil modos y maneras.

36 RMA, p. 81.

María Angustias, nos habla de "una guerra cruel y prolongada, tan solamente superable gracias a la ayuda del Señor" [37].

Toda vocación cristiana, es siempre vocación en Cristo. Es una llamada personal e íntima con una estructura de diálogo silencioso porque se vive en lo escondido del alma para que un día –lejano o cercano– pueda traducirse en alianza y pacto, con todo el contenido bíblico de estas palabras. Sólo desde aquí tiene sentido y puede entenderse la vocación "sagrada" [38] o vocación "divina" [39], como la llama el Concilio Vaticano II.

La vocación, antes de ser respuesta del hombre, es llamada de Dios, es un diálogo en el que hay: quien llama, quien escucha y quien responde. Y esta respuesta se da sólo en la fe, que es también diálogo. Dios llama, y llama objetivamente a través de los acontecimientos y a través de los dones –de naturaleza y de gracia– concedidos a la persona. Y en Dios "llamar" es dar la posibilidad de responder, es crear en aquel a quien llama, una capacidad real de respuesta; no es simple llamada interior o exterior. Es un don objetivo, al que le acompañan las gracias necesarias, para desempeñar, dignamente, la misión que él confía a esa persona concreta.

Aunque el P. Menni había pasado por esta experiencia vocacional, sin embargo no dio, de momento –¡y tardaría mucho en darle!– oídos, a las constantes peticiones que le estaban haciendo sus dirigidas. No obstante, el fuerte apoyo de ellas, fue siempre la fe y la confianza en el Señor. Nos lo recuerdan constantemente:

37 *Ibid.,* p. 81.
38 LG, 11; AA, 11; GS, 52.
39 PC, 5; GS, 22.

"Fuimos una tarde a ver a nuestro Padre (Benito Menni) decididas a hacerle nuevas instancias; haciéndole ver muy al vivo, que el oponerse por más tiempo (a la fundación) era oponerse a la voluntad de Dios" [40].

"Nos preocupaba el no comprender por qué se oponía de un modo tan directo a lo que tan claro se veía ser del agrado de Dios" [41].

"Padre, esto, como todo lo que nos expone, tendremos que sufrir, confiamos en la bondad del Señor que nos ayudará para ofrecerlo por su amor... Aunque flacas, con detención premeditamos todo delante del Señor... Conferenciábamos ambas, según nuestra poca luz, trayendo razones para ver lo más acepto a nuestro Jesús, dándonos una a la otra ánimo para no retroceder ni vacilar" [42].

"Nos acogimos a la misericordia del Señor implorando su asistencia, y con ternura le decíamos: Jesús mío, ¿qué es lo que queréis de nosotras tan miserables?" [43].

"Nos escribió... haciéndonos ver muy al vivo las contradicciones que de todas partes tendríamos que sufrir... Nada de esto nos desanimaba, porque la certidumbre nuestra la teníamos puesta en el gran poder de Dios, único Dueño de todo" [44].

"Con luz clara veía (el P. Menni) que el resistir más era no dar oídos a la voz del Señor que por nuestra boca le hablaba... Si es verdad que carecía-

40 RMA, p. 82.
41 *Ibid*., p. 83.
42 *Ibid.,* p. 85.
43 *Ibid.,* p. 86.
44 *Ibid.,* p. 87.

mos de las cualidades inherentes, este buen Jesús que nos llamaba, suplía todo lo que por ser tan pobres, no poseíamos" [45].

Como se ve bien claro por estos testimonios de las dos protagonistas, su fe iluminada por la gracia les hacía ver:

- Que no era un capricho, sino la voluntad del Señor;
- era del agrado de Dios que veían tan claro;
- porque era el Señor quien las llamaba;
- y no querían que el Padre diera oídos sordos a la voz del Señor, porque era Jesús quien nos llamaba.

Sin embargo, se estaba preparando una lucha campal entre ellas, que eran las convocadas, y el P. Benito Menni que, por guardar silencio de unos pequeños secretos, les hará sufrir hasta el heroísmo[46].

En efecto, después de conocerlas en su interior, por haberlas confesado bastantes veces, y haber sido objeto de atenciones bien cercanas en la grave enfermedad que comentamos:

- el Padre unas veces las oye complacido y otras las desoye con displicencia,

45 *Ibid.,* p. 89.

46 Toda la oposición que va a sostener el P. Menni con ellas, no se debe a desprecio (aunque sus palabras en muchas ocasiones tengan regusto de indiferencia y desdén) y menos, a que no quisiera escuchar la voz de Dios. La postura del Fundador era delicadísima y, en su mismo interior estaba moralmente dividido. El P. General, Juan María Alfieri le había enviado a España con la sola misión de "restaurar la Orden de San Juan de Dios", pero no para que hiciera fundaciones, y menos de mujeres que iban a ser toda una originalidad. Este es el motivo fundamental de las negativas y retrasos que da a las aspirantes; pero como ellas lo ignoraban todo en este punto, de ahí sus sufrimientos indecibles.

- en ocasiones, da su palabra para luego quitarles toda esperanza,
- las recibe y escucha con amabilidad, y las despacha más tarde con palabras despectivas,
- ante los ruegos humildes y sencillos, en los que exponían con trasparencia lo que Dios les estaba exigiendo en su interior, el Padre las avergonzaba, asegurándoles que no insistieran, porque "no conseguirían nada",
- y cuando se atrevieron a decirle que con su postura negativa se estaba oponiendo a la voluntad de Dios, las llamó de todo: iletradas, viejas, pobres y hasta feas. Les propinó el nombre de sanguijuelas pegajosas.

Y aún siguen los denuestos y negatividades, como dijimos en los datos biográficos, en el capítulo titulado "Martirio de vocación" [47].

A pesar del sufrimiento indecible que todas estas posturas y silencios les causaban, ellas siempre respondían con fe y amor como hemos podido ver por los testimonios anteriores.

Y valientes en su decisión, saben creer y esperar, hasta que un día –tal vez el menos esperado, aunque lo esperaban siempre– les llega, después de medio año, la respuesta a sus porfiadas peticiones, en sentido lacónico: "Si queréis, podéis venir...".

De momento, su naturaleza se estremeció pensando que su decisión de salir huidizas era una inhumanidad frente a sus familiares que se mostraban –al menos así se percibe–, más afables y bondadosos que nunca. Siempre

47 Cf cap. VIII, notas 56-66.

ocurre lo mismo, en las despedidas se pone todo en carne viva: "¿Será posible –nos susurraba el enemigo– tener ánimo para dejarles sin decirles nada?". Sin duda era la tentación del enemigo que "supo urdir una tela de lazos sutiles que, si bien no nos hizo desistir, al menos nos amedrentó" [48].

Pero, y aquí viene la respuesta en fuerza de fe hecha obras:

> "Nuestro Jesús nos fortalecía, para que sin vacilar, emprendiésemos el viaje, rompiendo con las ligaduras que nos unían a la sangre" [49].

En esta ocasión aparece claro el paralelo en la vocación del Patriarca Abraham –prototipo de la vocación en fe– y la de estas dos aspirantes: él no es más que una respuesta a una llamada, un sí dicho a Dios; es el que poseyó la fe, pero una fe extraordinaria e incomparable. Y se le pide que deje su tierra y su familia –todo lo que a la persona le da una seguridad– para partir a una tierra que le iba a mostrar (cf Gn 12, 1ss.). "Y partió sin saber a dónde iba..." (Hb 11,8), hacia un futuro que dependía exclusivamente de Dios.

Y fueron prontas –con la presteza de la fe y del amor– para escuchar la voz del P. Menni que, en esta ocasión, se les antojaba ser un doble de la voz de Dios. Y lo primero que se les ocurrió, fue elegir un día en el que encontraran un santo señalado que les guiase y protegiese en su camino hacia Dios, detalle precioso, eco de la devoción popular.

En medio de los temores de todo tipo: de que se enteraran los familiares, de que fueran sorprendidas en su propósito, de que no salieran las cosas como se habían propuesto, le invocaban con frecuencia con una fe tan viva, como si tuviesen a su lado el amigo más amigo o el protector más poderoso. El día 21 de junio –jamás se les olvidará entre los recuerdos mas acariciados que vivieron– y la evocación de san Luis Gonzaga perdurará para siempre, de modo que su día quedó como una de las fiestas que debían celebrar con más fervor.

48 RMA, p. 89.
49 *Ibid.,* p. 90.

> "Nuestro Jesús nos iluminó para designar el día de nuestra salida de Granada... Acordamos mirar el calendario y viendo lo próximo que estaba la fiesta de san Luis Gonzaga, unánimes creíamos que este angélico joven era el que Nuestro Señor designaba para que nos custodiara en nuestro viaje... Nuestro Jesús nos asistió para que, diestra y sagazmente, saliéramos de nuestra tierra natal, sin que ni un alma lo comprendiese (= advirtiese)" [50].

Y eligieron a san Luis Gonzaga; y con ojos de fe, lo van viendo en todos los acontecimientos y en cada una de las circunstancias de su aventura.

> "La víspera del Santo (san Luis Gonzaga) les dejamos la comida preparada, por última vez, para este día que nos teníamos que ausentar de casa" [51].
>
> "El amor de nuestro Jesús fue el que nos impulsó, para con valor, romper con los lazos estrechos que nos ligaban a la naturaleza" [52].
>
> "Nuestro angélico san Luis nos confortaba, haciéndonos suaves las molestias del camino... La

50 *Ibid*., p. 92.
51 *Ibid.,* p. 92.
52 *Ibid.*, p. 93.

> experiencia ha probado que, esta nuestra decisión, fue disposición divina... La gracia del Señor es superior a nuestra débil flaqueza; porque aun cuando yo soy de tan escaso valor, mi amado Jesús es la misma fortaleza... Siendo todo efecto de la santa compañía de nuestro joven Luis de Gonzaga. ¡Dichosa y feliz fiesta que tanto bien proporcionó a nuestras almas!" [53].

Y el paralelo del Patriarca Abraham sube de punto, si nos fijamos en el holocausto que Dios le pide: "Dame en sacrificio a tu hijo, a tu único hijo, al que tú amas sobremanera" (Gn 22, 1ss).

María Josefa, también lleva consigo al monte de Ciempozuelos un hijo único y muy querido: su propia vida, que si no va a ser sacrificada bajo el hierro de un cuchillo, quedará triturada y maltrecha bajo los pies irritados de una demente, para la que no tendrá otro reproche que el mismo perdón que salió de los labios de Cristo sacrificado en la Cruz.

Ha llegado a Ciempozuelos, y desde el primer momento comienza a transformar a lo divino en fuerza de su fe, todo cuanto le pueda ocurrir y presentar.

El cuadro con que se encontraron –llevando por dentro la herida abierta de una salida de casa dolorosa y oculta a sus familiares–, era para desanimar al más fuerte: Una anciana huraña y mal pensada, con la que habían de convivir; una pobreza tan extrema, que ni tenían mesas, ni sillas, ni una cama para dormir, ni unos pucheros para hacer la comida. Y encima, una esperanza sin seguridad vocacional.

53 *Ibid*., p. 94.

Con razón nos dice María Angustias:

> "La naturaleza empezó a hacer su oficio. Nuestras afecciones se iban en pos de los seres que tanto nos ligaban a la sangre, asaltándonos una fuerte batalla, por la que percibíamos con toda claridad haber sido crueles en sumo grado, al haberlos abandonado" [54].

Este fue el bautismo de purificación que ocurre a todo aquel que se decide a dejar todas las cosas por seguir a Cristo. Pero bien pronto el espíritu se sobrepuso a la naturaleza y demás obstáculos dolorosos para dejarnos estas frases transidas de la fe más pura y honda, hechas oración:

> "Demasiado oscuro sería mi entendimiento si no me diese luz para conocer el amor tan singular que Tú nos mostraste, al dignarte hacernos experimentar un poquito la escasez, en la excesiva pobreza que, al hacerte Niño, sufriste por amor nuestro, en el pobre y humilde portal de Belén... Jesús mío, ¡cuán grande es tu poder! Es verdad que ayudadas de la gracia, estábamos despreocupadas de todo lo de la tierra; de aquí que el pensamiento no se ocupaba de lo referente al cuerpo" [55].
>
> "¡Jesús y dueño mío!..., es dulce y consolador, para el corazón que desea amarte, el que le ofrezcas ocasión de ser privada de todo lo de la tierra, hasta de lo más necesario. Y ¿por qué tanta bondad para con nosotras que nada merecemos?" [56].

54 *Ibid.,* p. 103-104.
55 *Ibid*., p. 105.
56 *Ibid.,* p. 106.

"Nuestro Jesús nos mostró que él sólo es bastante para fortalecer el corazón pusilánime y cobarde!... Nuestro divino maestro, Jesús, nos quiso dar una sublime lección... que su especial gracia es suficiente para, con valor, emprender hasta lo más costoso a la naturaleza; por lo que nos dio a entender (que) jamás debemos apegarnos en demasía a criatura de esta tierra, por santa que sea, puesto que por experiencia veíamos que, para que el corazón se moviese, sólo bastaba Dios" [57].

"Qué alegría experimentábamos, al ver que, ni dónde reclinar la cabeza teníamos, teniéndonos por más dichosas que los grandes de la tierra, que lo están en sus palacios, abastecidos de delicadas y blandas camas... Extraordinaria gracia nos dispensó Dios, en que nuestro honor sufriese deterioro (según el parecer humano); no puedo por menos que inflamarme en la llama más pura del amor divino, diciéndole: Feliz resolución, que tales ventajas y finezas nos has proporcionado" [58].

"Ni aún los pobres jergones que hoy usamos en comunidad, los podíamos tener. En medio de esta escasez, nos parecía estar del todo abastecidas, pues según dice nuestra madre santa Teresa de Jesús, quien a Dios tiene, todo le basta y quien a Dios no tiene, todo le falta" [59].

"No obstante estar satisfecha la parte superior por haber seguido la divina inspiración, la naturaleza estaba agobiada, por lo que le impresionaba acordarse de la separación tan radical que habíamos

57 *Ibid.*, p. 103.
58 *Ibid*., p. 108.
59 *Ibid.,* p. 110.

hecho, de los lazos que tanto nos ligaban... Nada es el hombre, sin el socorro de lo alto. En verdad la experiencia me ha demostrado que ni el P. Benito Menni, ni nadie de este mundo, es suficiente para mover el corazón humano a seguir la voz divina" [60].

Y aquí viene lo incomprensible: después de tantos ruegos, de tantas expectativas y de tanta paciencia; después de haberse fugado de casa y haber quedado tan mal entre sus familiares y amigos; ahora, cuando hace tan sólo diez días escasos que están viviendo el máximo sacrificio de austeridad y trabajo de superación física y moral, el Padre les hará experimentar con toda crudeza que no sabían a lo que habían venido. Exactamente lo que le ocurrió al Patriarca Abraham en su llamada: "Sin saber a dónde iba..."

Cuando el P. Menni tenía que decidirse por algo en concreto –para eso les había dicho que "podían venir"– era cuando llegaban las dudas y las indecisiones; y los silencios herméticos rompían toda esperanza. Y esto, en unos comienzos en los que ellas, en medio de su gran sacrificio moral, debían estar totalmente seguras en lo espiritual. La inseguridad era lo único seguro que ellas estaban viviendo en aquel instante. Y lo más penoso es que iban a dorarles la píldora so capa de verdad.

* * *

Un día después de venir de Madrid el P. Menni, y de haber hablado con la Superiora de las Religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos, en tono imperativo, les dice: "Es conveniente os coloque en una comunidad de religio-

60 *Ibid.,* p. 111.

sas muy observantes. Ésta se dedica a la instrucción de la juventud, por lo que mañana os llevaré a Madrid" [61].

Y añadió:

> "Aceptad esto como inspiración del Señor; creedlo, en esto daréis gusto a Dios y a mí. Cuando fue la hora del tren, nuestro Padre marchó algo triste por ver que en todo se nos presentaba sufrir humillaciones y penas. Pero a nosotras todo nos servía para alegrarnos, porque Dios nos daba luz para conocer que todo era efecto del amor que hacia nosotras, tan miserables, tenía nuestro buen Jesús. De ahí que el corazón nos decía que pronto volveríamos a Ciempozuelos" [62].
>
> "Del medio que Dios se valió para que nuestro Padre conociera que la Virgen nos presentaba para que nos recibiese como primeras hijas... Estas pequeñas molestias que la obediencia nos ocasionó, con grande paz y alegría, las ofrecíamos a nuestro Jesús... Esto nos servía para ser gratas a lo mucho que la Providencia del Señor, cuidaba de estas pobres esclavas... Le decíamos (al P. Menni), cómo el Sr. Obispo no quería admitir a la que era tan inútil (a María Angustias); pero no obstante esa dificultad, nosotras estábamos muy conformes con el beneplácito divino. Y que no fuese a pensar que acaso estaríamos tristes por la decisión del señor obispo, pues que era lo contrario, siendo esto un nuevo motivo, para saber apreciar, lo amoroso que Jesús se nos mostraba" [63].

61 *Ibid.,* pp. 113-114.
62 *Ibid.*, p. 115.
63 *Ibid*., p. 116.

> "Esto era efecto, de que nuestra confianza la teníamos depositada en la que es Dueña y árbitro de los tesoros inagotables del Corazón de Jesús, por lo que esperábamos que nuestra confianza daría favorable resultado... Esto sirvió a nuestro Padre para venir a convencerse de que en verdad la Virgen era la que nos presentaba, para que él continuase los oficios de Padre... Por tenernos Dios, para que sus designios se efectuasen, supo combinar todo según sus decretos, por lo que se nos logró el volver a refugiarnos al redil del verdadero pastor" [64].

En todas estas pruebas y otras muchas que le seguirían, María Josefa fue "un alma justa que vivió de pura fe". Y que demostró mucha entereza, al decir que no cuando su compañera no fue admitida en las Religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos.

Fundación

Aunque leemos en la *Relación* que fue la Virgen quien le hizo ver al P. Menni que debía recibirlas como a sus primeras hijas dentro de la Congregación, sin embargo, cuando llegaron de Madrid y se presentaron ante él, le suplicaron postradas a sus pies que les dejase ya en paz, sin imaginar ni inventar nuevas pruebas[65].

Es cierto que ya no va a cambiar de idea, y las aceptará como colaboradoras y hasta como hijas, sin embargo sus silencios herméticos y su gran reserva –en parte, propia del autoritarismo de aquella época– constituirán para

64 *Ibid.,* pp. 116-117.
65 *Ibid.,* p. 117.

ellas, un nuevo martirio de fe y esperanza, atribuyendo la victoria –después de Dios– a estas dos mujeres tenaces en la confianza a Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús.

Su gesto vivencial –aunque nos da pena decirlo– será la frase evangélica de la mujer cananea: "como unos perrillos que esperan las migajas que caen de la mesa de su amo" (Mt 15,27; Mc 7,28), o dicho con versículos del salmo 122: "Como los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores; o los ojos de la esclava, fijos en la mano de su señora" (Sal 122,2), así estas dos hijas estaban esperando seguridad vocacional para su futuro.

El P. Menni, silenciosamente, irá dando pasos en la fundación del Instituto de Hermanas Hospitalarias, pero ellas no sentirán auténtica garantía, aunque vivan un ambiente de intercomunicación de actividades con los Hermanos Hospitalarios de san Juan de Dios: lavar y coser la ropa de los enfermos, participar de la vida de piedad en su iglesia, etc., hasta que no lleguen las primeras vocaciones.

Sólo unas expresiones de María Angustias que lo dicen todo:

> "Lo que más nos hacía sufrir, era el silencio que sobre la fundación guardaba nuestro Padre" [66].
>
> "Con sus pobres hijas siempre fue reservado" [67].
>
> "La respuesta que daba a nuestras preguntas, era de indiferencia y como si estuviese sordo" [68].

66 *Ibid.,* p. 128.
67 *Ibid.,* p. 128.
68 *Ibid.,* pp. 137-138.

> Nuestro Padre nada nos decía de fundación... aun después de haber puesto de superiora a María Josefa y decirles que ya formaban comunidad[69].
>
> El Padre seguía sin decirnos nada. Y fue a últimos de octubre –ya eran cuatro en comunidad– cuando resolvió decírselo, pero no directamente, sino en una carta escrita desde Barcelona. Y se preguntaban: ¿Por qué habrá sido desde Barcelona sin habernos informado antes? [70].

En este caso, no había otra postura que el abandono en fe y esperanza: "Nos abandonamos, lo mismo que se pone la cera en manos del artífice que la moldea" (Jr 18,6; Is 45,9; 29,16).

Y ya dentro de un horario para llevar una vida de observancia, con la alegría inmensa de haber sido aceptada, María Josefa trataba de saturar de fe y devoción todas las obras del día, y sublimar el sentido natural para que sus actos tuvieran el valor de una ofrenda hecha en sacrificio de alabanza.

Y esto lo hacía extensivo a todos los ejercicios, desde el *Viva Jesús* al levantarse por la mañana, hasta los actos más simples que pudieran ocurrir durante el día.

Sor María del Milagro Salanueva recuerda:

> "Era muy devota de las cinco llagas y de los siete Dolores y siete Gozos".

¿Quién le enseñó a sobrenaturalizar tanto las cosas para que, el número de tres artesas, le sugiriera a la Trinidad Beatísima?

69 *Ibid.,* p. 142 y 144-145.
70 *Ibid*., pp. 163-164.

Y María Angustias nos recuerda el paralelo con el patriarca Abraham:

> "Me parece que, a pesar de nuestra miseria, un poquito se asemejó nuestra fe a la del santo Abraham. Sin que nuestro Padre nos dijese nada..." [71].
>
> "Aun cuando continuábamos conformes en lo que nuestro Padre dispusiera, los minutos nos parecían siglos, por lo que pedíamos a la Virgen que pronto nos diese aviso nuestro Padre de trasladarnos.
>
> Estas cinco, que componían el dulce nombre de María, ansiaban honrarla bajo la observancia de regla. Esperábamos verlo en breve obtenido" [72].

Dice sor María del Milagro Salanueva:

> "Siempre que íbamos a los recados, íbamos rezando por la calle el santo rosario y los dolores y gozos... Las pobrecitas (dementes) no saben lo que se hacen y (nos decía María Josefa) que las tratásemos como imágenes de Cristo, que todo lo que hiciéramos con ellas era como si fuera a él mismo... Nos animaba mucho a sufrir todo por su amor, todas sus palabras, parecía que se entraban dentro de lo más hondo del corazón".

Sor María de la Purificación dice:

> "Después del desayuno, con mucha frecuencia nos invitaba a que, en honor de tal o cual santo, practicáramos en su honor el acto de virtud; y un día porque se celebraba una festividad, otro día porque se celebraba otra, era raro el día que no teníamos nuestro sermoncito... No tengo palabras para expresar el espíritu de piedad que animaba a nuestra querida Madre; sólo con ver su semblante, se percibía una de cómo estaba abrasado su corazón. En la capilla estaba siempre que parecía un querubín abrasado de amor".

Sor María del Consuelo López comenta:

> "Nos hacía derramar lágrimas de agradecimiento a Nuestro Señor, por habernos dado una Madre tan santa, que no parecía criatura de acá abajo... En una ocasión que a la que esto escribe le iban a extraer una muela y por cierto que para hacer el oficio de dentista vino el señor veterinario, cuyo señor tenía práctica en ello y, además, porque en casa no teníamos los instrumentos necesarios para extraerla, ella como buena Madre, no me dejó un momento, me cogía las manos, por mi parte, estaba edificada al ver tanta solicitud y le dije: Madre, Dios se lo pague, tomaré el crucifijo en la mano y lo sufriré por amor de Dios; no obstante ella no me dejó un momento".

Y sor María Gabriela Paternain:

> "En dos o tres ocasiones nos faltó el pan y la pobre llena de pena nos dijo: hijas mías, hoy no tenemos pan, hagamos esta mortificación y ofrezcámoslo en sufragio de las benditas almas del purgatorio; nosotras más sentíamos con la pena que nos lo decía que el no comerlo. Cuando nos dirigía la Madre nos decía: hijas mías, cuán bien se está en

71 *Ibid.,* p. 170.
72 *Ibid*., p. 180.

este recinto de la vida religiosa, nunca sabremos darle las gracias por el beneficio de la vocación, seamos muy agradecidas a Nuestro Señor y seamos muy humildes. Yo le dije: a V. R. todo lo que pida a Nuestro Señor se lo concederá, y me contestó: hija, yo me confundo, me pongo delante de S. D. M. le digo aquí tienes a éstas (por nosotras) que te son tan agradables, han venido tan temprano a servirte con una voluntad muy decidida, y yo vieja con tantos resabios y viuda, ¿qué sacrificio he hecho yo por nuestro Señor? Esto es lo que más me humilla...

Había oído que nos faltaba el pan, yo con toda mi sencillez como para ayudarle, le dije: Madre, ¿quiere que pida dinero a mi casa? (venía una aspirante de mi pueblo), me contestó: hija mía, ¿tú estás pensando en el dinero? Confiemos en la Providencia; era del todo desprendida y nada de interesada; a todas nos quería desprendidas de todo lo de este mundo".

Mucha fe tuvo que desplegar María Josefa en los comienzos de la fundación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús. Y más todavía, por el silencio hermético del P. Menni y su indecisión en lanzarse de lleno a una fundación que se veía claro era del agrado de Dios.

Y mucha fe tuvo que tener María Josefa, cuando por razones desconocidas le quitó de repente del cargo de superiora. Interpretándolo con ojos de fe muy honda, nos dice María Angustias en su *Relación*, "necesitaba fondear tanto a la que hacía de cabeza como a las súbditas, para humillar a la primera y acostumbrar a las demás a prestar su obediencia indistintamente, reconociendo tan sólo que representa a la persona de Jesucristo" [73].

73 *Ibid.,* pp. 182-183.

Tampoco se entiende demasiado, si no es bajo el prisma de la fe que, a los veintitrés días, volviera a ponerla al frente de la comunidad, sin dar explicaciones ni antes ni después.

Fue en el mes de mayo cuando llegó la décima postulante. Y comenta María Angustias:

"Mucho nos alegró el que trajese (el P. Fundador) a esta joven, pues tiempo hacía que lo teníamos encomendado a la Virgen Santísima. Esta divina Señora se dignó traérnosla en su mes" [74].

Cuando llegó el momento de la vestición del hábito, fue de verdad una exultación de fe, por la que veían a Dios aún en los detalles más insignificantes:

- La fecha dedicada a Ntra. Señora.
- La imagen de la Virgen con el Corazón de Jesús en sus brazos, que era la que ellas preferían.
- El despojo del vestido seglar, vestiduras del siglo.

Todo ello les hacía rebosar de gozo en el Señor. Así ilusionadas, con una profunda vivencia de fe por dentro, que había conseguido superar incontables dificultades, llenas de fervor "dieron comienzo a la vida religiosa que tanto tiempo habían soñado". Ese recogimiento de que nos habla no sólo es una práctica externa de comportamiento, sino un esconderse dentro, en el interior del Amado.

"Poseídas de santo reconocimiento, dimos comienzo a las prácticas del nuevo Instituto. Asistidas de la gracia, se nos hacía todo fácil, en par-

74 *Ibid.*, p. 201.

ticular el trabajo, pues nunca estábamos satisfechas del ansia que sentíamos por hacer mucho. La Virgen es la que sostenía nuestras débiles fuerzas para, con fortaleza, ser constantes. Aun siendo el personal corto y el trabajo mucho, todas se esforzaban haciendo entre pocas lo que para muchas hubiera sido demasiado, con la esperanza de que este trabajo sirviera para que esto fuese adelante. Era tal la satisfacción que nuestro corazón tenía al vernos en la casa del Señor, que todo estaba suplido" [75].

Y se le ocurre a María Angustias un pensamiento escriturístico, el del árbol frondoso junto a la corriente (Sal 1,3; Ap 22,2), al ver que la casa resulta pequeña para albergar a tantas jóvenes como comienzan a ingresar, interpretando a la Virgen como divina hortelana:

"A pesar de mi rusticidad, me represento nuestra naciente Institución como un frondoso árbol que, plantado a las corrientes de aguas cristalinas, empieza a dar tantos y tan hermosos retoños que pronto se ve lleno de frutos, hasta obligarle a que alguna de estas ramas, que está muy cargada de fruta, se haya desgajado.

Me parece que cuadra esto a la primera rama que tan temprano se desgajó, que fue nuestra virtuosa Madre Fundadora; pues en breve aventajó tanto en la virtud que el olor suave que exhalaba, se extendía a sugerirle industriosos medios de caridad para robar los corazones de las tiernas plantas que Dios confió a sus maternales cuidados, facilitándonos lo escabroso del camino.

75 *Ibid.,* p. 209.

Las demás ramas que le han seguido, bien que iban también abastecidas de olorosos y sanos frutos.

Parece que la Santísima Virgen, como solícita y divina hortelana, ha ido cortando los frutos que ya estaban en sazón por el perfume de su fragante olor. Como sabia maestra no coge la fruta hasta que está en sazón, para transplantarla al ameno y bello jardín del celestial paraíso" [76].

El nombre que van a recibir, está también saturado de fe, ya que habían hecho su camino religioso siempre al amparo de la Virgen María. Ahora ya religiosas, se sienten objeto de sus finezas, con un título por nombre que ellas habían deseado siempre, refugiándose en pleno abandono a su amparo y protección:

"Aún no han terminado las finezas de tan divina Señora. Según recuerdo, al tener ya capilla pública, se dignó nuestro Padre participarnos la resolución que tenía de darnos el sublime título de Hijas de Nuestra Señora. No puedo dar una idea del entusiasmo que inundó nuestro corazón al oír tan consoladora noticia. Nada de la tierra nos parecía comparable con nuestra felicidad, sin saber cómo hacer para ser gratas a nuestra amable Madre del Corazón de Jesús... Sin haber insinuado lo más mínimo a nuestro Padre, el divino Jesús le puso en su corazón el pensamiento de darnos el título que nosotras deseábamos, siendo el de la excelsa y poderosa Reina, que siendo emperatriz de los cielos y de la tierra, es también abogada de las cosas imposibles,

76 *Ibid*., pp. 214-215.

por el poder que su Hijo le concedió sobre los inagotables tesoros de su adorable corazón.

Palpable nos ha mostrado Nuestra Señora el amor que hacia nosotras tiene. No sólo se ha dignado acogernos por hijas suyas, sino que ha tenido la predilección de concedernos poder honrarla bajo la hermosa advocación que por tantos años veníamos suspirando poder ponernos bajo su amparo y protección. Sí, querida Madre, tú fuiste la que inspiraste a nuestro Padre Fundador a que nos diese tan excelente y privilegiado título de ser hijas tuyas. En medio de sus perplejidades, le alumbraste a salir de la duda, por lo que tan sólo a ti debemos la inminente honra con que nos has distinguido de las demás corporaciones, elevándonos a una tan suprema altura, cual es la de hijas de una tan bondadosa y augusta Reina de todo lo creado. Su divino Hijo, al hacerla Señora de su Corazón, le concede imperar sobre todo cuanto existe[77].

Y comienza la Madre María Josefa a adoctrinar a sus hijas, sin apenas ninguna preparación doctrinal, pero con mucha fe en Dios. Comenzará por la observancia y disciplina regular, pero saturada de un gran espíritu de fe**.** Así nos lo recuerdan quienes vivieron con ella:

"Su grande confianza, no se limitaba a esperar nada de las criaturas, porque se animaba en la confianza de que todo lo permite el Señor para bien nuestro" [78].

77 *Ibid.,* pp. 216-217.
78 *Ibid*., p. 61.

Sor María del Consuelo López llega a afirmar que:

"Su gran fe era sobrenatural, pues a no ser así pronto hubiera caído de ánimo; ésta le hacía ver, en nuestro Padre, a la imagen de Nuestro Señor, y así cuando tenía que servirle alguna cosa o tratar algún asunto, siempre lo hacía de rodillas y con las manos cruzadas.

Nunca se desalentó por la absoluta pobreza que en aquel entonces había y, animada con su espíritu de fe, encontrándose algunas veces careciendo de las cosas más necesarias para dar a sus hijas, acudía a Nuestro Señor por medio de la oración y después salía de casa a visitar a algunas familias pudientes del pueblo, las cuales la socorrían pródigamente con lo que remediaba todas las necesidades".

Sor Teresa de Jesús Gener dice:

"Nos animaba a confiar y a tener aquella fe viva que ella tenía en la Divina Providencia, de quien lo debíamos esperar todo. Y Dios Nuestro Señor que siempre atiende a los ruegos de los suyos, aunque permite que lleguen a inminente peligro y los pone en grandes apuros, no los deja, sino que cuando al parecer está todo perdido, entonces es cuando, por medios inesperados los saca a salvo...

De este su fervor y devoción nacía una inquebrantable confianza en la Divina Providencia, como lo demuestra, entre otros muchos, el caso siguiente: En ocasión en que nuestro Padre Fundador estaba gravísimamente enfermo, que a juicio de los médicos no había esperanza de vida, todas estába-

mos consternadas pensando que si Nuestro Señor se lo llevaba se deshacía la Congregación, ella nos reunió a todas y nos dijo que pidiéramos con mucho fervor y confianza que, si convenía, le devolviera la salud, si no, él se valdría de otros medios para que su obra fuese adelante, que no era él quien la había fundado, sino el mismo Corazón de Jesús, por mediación de su Santísima Madre la Reina del mismo Divino Corazón. Con lo que nos animó a confiar y tener aquella fe viva, que ella tenía en la Divina Providencia, de quien lo habíamos de esperar todo.

Pero Dios Nuestro Señor que siempre atiende a los ruegos de los suyos, y que aunque permita lleguen a eminentes peligros y los pone en grandes apuros, no los deja, sino que cuando todo está perdido y que no hay esperanza de remedio, entonces es cuando por medios inesperados los saca a salvo, así que, oyendo los ruegos de nuestra Madre, el Padre recobró la salud que tanto deseábamos, y así llevar su obra adelante, y, Madre e hijas, fuimos todas consoladas y dando muchas gracias al Señor".

Una vez consagradas, llegará el momento de recibir con fe y amor las Constituciones que, según ellas, "están confeccionadas con sabiduría de cielo". Algo que interpretaban también con visión de fe, era la llegada de tantas jóvenes al nuevo Instituto. Según ellas, era la Virgen quien las convocaba.

Luego vendría la aplicación práctica sobre la primera virtud teologal que había de llevarla hasta los detalles más insignificantes.

Debió hacerles mucha impresión, la elevación interior de una obra tan prosaica como la de "llenar tres artesas de agua", viendo en el número tres, a la Santísima Trinidad, para que a Ella le ofrecieran su trabajo, pues son varias Hermanas las que lo traen como testimonio.

Sor María del Milagro Salanueva:

"Nos decía que cuando trabajáramos en la limpieza, que todo lo ofreciéramos a Dios; y que cuando echáramos agua a las artesas para lavar, si eran tres, ofreciéramos a la Santísima Trinidad".

Sor María de la Purificación:

"Jamás desconfió de la Providencia, alentando su espíritu con la consideración de la pobreza del Niño Jesús en el pesebre de Belén. Esta consideración le daba aliento para animarse ella a la pobreza y animarnos también a nosotras, pues sin una gracia especial de nuestro Señor, se hubiera hecho insoportable la vida en aquellos primeros tiempos".

Y sor Teresa de Jesús Gener testifica sobre su fervor hecho fe:

"Su fervor era admirable pues a pesar de su quebrantada salud, no me acuerdo se quedara en cama ni un sólo día, levantándose a la oración siempre, la que hacía con fervor extraordinario, así como todos los rezos y actos piadosos, que edificaba; y lo mismo sus devociones particulares, siendo sus más predilectas la continua consideración de la Pasión del Señor, mientras cosía tenía el Crucifijo sobre sus rodillas; los dolores de la Santísima Virgen, de donde le producía grandes deseos de vivir hasta haber teni-

do siete casas, si así hubiese sido la voluntad de Dios; y también a san José. Así que, estas devociones que venimos practicando, podemos decir nos las legó nuestra amadísima y virtuosa Madre Fundadora, las que ella diariamente practicaba. El Vía Crucis, los dolores de la Santísima Virgen y los dolores y gozos de san José".

Sor María del Consuelo López nos hacer ver cómo impregnaba de piedad la disciplina y la Regla:

"Era observantísima de la Regla y Constituciones y de todos los avisos que nos daba nuestro Padre Fundador. Siempre se la veía la primera en el coro, acudiendo además la primera con toda exactitud a la vela del Santísimo, tanto de día como de noche. Por muchas que fueran sus ocupaciones, jamás se eximía de este santo ejercicio. Aunque en los primeros tiempos el personal era muy reducido y el trabajo superior a las fuerzas, no consentía que Jesús Sacramentado se quedase un momento solo. Un poco antes de terminar la hora de adoración, una de las Hermanas iba a avisar a las que les tocaba en las siguientes horas. En los primeros tiempos, como éramos pocas Hermanas aún, nos relevábamos cada dos horas durante el día, y hasta que no llegaban las que venían a reemplazar no se salía de la capilla. Este ejercicio se practicaba con gran gozo de nuestras almas y con exactitud.

Cuando la comunidad iba al refectorio, se quedaban dos, que ella misma las designaba. Una noche que estábamos haciendo la vela durante la recreación una Hermana y servidora, entró la Madre en la capilla como de costumbre a adorar a Jesús Sacramentado y nos dijo: Hijas mías, ya pueden Vds. cantar, sin duda sabía lo mucho que a servidora me gustaba el canto, y desde aquel día se comenzó a cantar en esta vela porque en la nocturna ya se hacía. Con frecuencia nos decía: «no saben la alegría que me dan cuando, a las altas horas de la noche, las oigo cantar»".

Dice sor María del Milagro: Además de la mucha devoción que tenía al Santísimo lo tenía también a la Santísima Virgen a quien con frecuencia le cantaba de modo especial en sus festividades:

"A María nuestra Madre amada,
hoy cantemos con placer y amor,
que desea le pidan sus gracias
sus hijitas, con fiel corazón".

* * *

Y... cuando estaba en lo mejor de las ilusiones de la vida consagrada; cuando había degustado lo que era una entrega al Señor por la profesión religiosa; cuando la comunidad estaba en pleno florecimiento..., viene el Señor en sus planes misteriosos y le corta la trama de la vida que ella entrega con heroísmo de fe y de amor.

Como a las vírgenes prudentes, la encontró con la lámpara de su fe bien encendida y como quien espera al Amado pudo decirle en total abandono sobrenatural:

"Aquí estoy para hacer tu voluntad; bendito seas mi Dios".

Y con el crucifijo en una mano, y abrazada a la imagen de la Virgen, Ntra. Sra. del Sagrado Corazón de Jesús, rea-

vivando su religiosidad popular que fue el alimento de su vida, le acaricia con su mirada y le dice con sus labios:

> "¡Qué hermosa sois, oh María, qué hermosa sois!".

INSISTIÓ Y PERSISTIÓ

Según las Etimologías de san Isidoro de Sevilla, el término esperanza viene de la palabra "pes" que significa pies, o sea, es la persona que puede caminar porque tiene pies para poder hacerlo.

Así como el no tener pies significaría una mutilación grave para la persona cuyo impulso natural es el andar, así también el alma sin esperanza se encuentra imposibilitada para conseguir la meta de la fe, que es Dios.

En tanto avanzaremos por el camino de la fe, en cuanto podamos vivir una esperanza que consiga superar los obstáculos y las dificultades en la vida sobrenatural. La esperanza es una virtud infundida en el bautismo que, junto con la fe y la caridad, se viven en un sólo impulso del alma:

- por la fe, la persona o el alma, se encuentra como "oculata", llena de ojos para que no se le escape nada que pueda ser transformado a lo divino; o para estar atenta a todo lo que se refiere a Dios;
- por la esperanza el alma y la persona se encuentran ágiles y ligeras como quien tiene pies expeditos para caminar hacia Dios, a pesar de los obstáculos y dificultades que pueda encontrar a su paso;

– por la caridad se halla el alma capacitada de unas manos y un corazón para servir y amar a Dios en primer lugar, y desplegar su protección y misericordia, por Dios y para Dios, con los demás.

De este modo, las tres virtudes teologales se funden en una sola, según la expresión profunda de san Juan de la Cruz: "Por cuanto estas tres virtudes teologales andan en uno" [1]. Sin ojos no podría ver; sin pies no podría andar; y sin manos ni corazón, no podría expresar su ternura y caridad.

En las primeras experiencias de esta virtud de la esperanza, María Josefa, como cualquier otra niña, se encuentra fuertemente ligada a su madre. Al no tener aún capacidad personal, cree y espera lo que su madre Mamerta cree y espera. Es una especie de simbiosis de fe y esperanza que la madre transmite a su hija, y ésta lo refiere a Dios.

Por su escasa edad y capacidades no desarrolladas, le es imposible hacer otra cosa, pero cree lo que su madre cree, espera lo que ella espera y ama lo que ve que ama su madre. Esta es la lección normal que todo niño recibe de la *iglesia doméstica* respecto a la vida teologal, hasta que la persona puede orar por sí misma. Pero es una auténtica corriente de vida sobrenatural como la física era una auténtica vida natural en el seno materno.

Y así, cuando la señora Mamerta oraba por la salud de su esposo, y esperaba que no ocurriera el fatal desenlace, las niñas Leonarda y Josefa, haciendo la oración-petición imitando a su madre, esperaban con ella.

Más tarde, cuando supieron orar por ellas mismas, allí donde ponían fe en su piedad, allí había esperanza. En

1 S 2. 24,8.

cada práctica de piedad, en cada visita a la iglesia, especialmente al Santísimo, dentro de cada súplica con palabras o sin ellas, había un gesto de confianza: Cuando juntaban las manos en gesto de piedad para recibir la comunión, y una vez recibida se recogían en gesto de adoración, era el momento de oración confiada por cuantas personas se lo habían dicho.

En su juventud y en medio de sus ilusiones, también la oración confiada, los ejercicios de piedad, los trisagios y oraciones aprendidas, llevaban carga de esperanza.

Y sobre todo, cuando ya se aproximaba el compromiso de su vida por medio del sacramento del matrimonio, sus plegarias iban dirigidas a conseguir lo mejor para su futuro, no precisamente en sentido económico –que nunca fue rica–, sino en sentido de bienestar religioso y cristiano.

Pero fue aquí donde le esperaba Dios. Fue aquí donde al ver sus planes completamente rotos, en lugar de desesperanzarse se dedicó mucho más intensamente a la oración y súplica, orando por su marido Antonio, que cada vez se enfriaba más en los deberes de vida cristiana. Sus años como casada, fueron todo un gesto de atleta en la virtud de la esperanza teologal. Ni un instante decayó en su confianza puesta en el Señor.

Y aunque no había ningún acuerdo respecto a las ideas socialistas con su marido, entendiéndolas ella como contrarias a las directrices de la Iglesia, ello fue motivo para agrandar e intensificar su oración, pidiendo una conversión mental y operativa para su Antonio.

Había ocasiones en que la batalla estaba perdida, por la cerrazón de su marido, pero hubo otras en las que el Señor le premió su esperanza, y conseguía de su esposo que al menos cumpliese con el precepto dominical de ir a misa. Nos lo recuerda Pepe, el hermano de María Angustias:

> "Muchas veces salía yo con él a paseo y también a misa, casi siempre a san Juan de Dios que era la iglesia más próxima a nuestra casa. Aún conservo el bastón que él usaba diariamente" [2].

Podemos imaginarnos la alegría de María Josefa cuando su esperanza era premiada con sorpresas tan positivas para su fe cristiana. Pero Dios seguía sus planes, que en no pocas ocasiones son contrarios a los nuestros como nos lo recuerda el profeta: "Mis planes no son vuestros planes; mis caminos no son vuestros caminos" (Is 55,8). Dios dirige la historia del hombre y nuestra propia historia, según sus pensamientos y proyectos personales, cuyo secreto y misterio tan solamente agradecemos cuando nos ha probado y ha limpiado los ojos de nuestra mente.

¿Quién iba a pensar que de aquella mujer, apenada por el trance de una despedida de vida y amor matrimonial, iba a surgir una Fundadora? ¿Y de aquella esposa estéril y sin hijos, iban a brotar retoños incontables alrededor de su mesa? (Sal 127,3). Como signo positivo de aceptación de sus oraciones llenas de esperanza, en el momento menos esperado –y en plena madurez, casi juventud– le envió una enfermedad que acabaría con sus días: pierde las ganas de comer, no se encuentra con fuerzas, le apremian cansancios hasta el agotamiento.

Lejos de nosotros pensar, que no le doliera a María Josefa aquella amarga sorpresa en su marido, pues además de llegar a quererle como era, era el que aportaba el bienestar económico al hogar; por eso derrochó solicitud y amor al lado de su lecho como enfermo. Pero dentro de ese dolor único de dos vidas que se rompen y separan

2 Carta del 11.08.1922.

para siempre, había en el corazón de María Josefa otro dolor más agudo e hiriente: el que su Antonio no estuviese lo suficientemente preparado para un encuentro irrevocable con Dios. Y aquí la vemos desplegar toda su capacidad de esperanza sostenida por la oración. El premio final sería conseguir del Señor un morir cristiano y lleno de paz.

Otro momento muy plástico y expresivo, en el que vivió su esperanza teologal, fue el que tuvo que actualizar ante la situación semidesesperada de su amiga María Angustias. La crisis de su enfermedad estaba llegando a un punto en extremo peligroso y, por lo mismo, a un último recurso de esperanza. Fue su hermano Manuel el que recordó a su amiga María Josefa, y como último remedio de consuelo le pregunta: "¿Quieres que llame a tu amiga?". Sin fuerzas para contestar, asintió con un leve movimiento de cabeza, y entraron a llamarla.

María Josefa al ver que se estaban agotando todos los medios naturales, en un arranque de esa esperanza que le salió del alma, se fue a su casa y ante la imagen de Ntra. Sra. del Corazón de Jesús, hizo esta plegaria:

> "Madre mía, si es de vuestro agrado, y ella ha de ser muy buena, uniéndonos las dos para algo del servicio de tu divino Hijo, concédeme, Madre mía, el que no se muera; pero si esto no es, que se cumpla la divina voluntad" [3].

Y María Josefa consiguió lo que pedía. ¿De verdad había auténtica correlación, entre la plegaria que ella presentó a la Virgen como la Spes nostra, nuestra esperanza, en favor de María Angustias y el milagro de desahogo natural que le devolvió la salud?

3 RMA, pp. 50-51.

Cuando se pide con fe y esperanza, nunca sabemos el modo y el momento con que el Señor responde a nuestra súplica, pero la oración ha sido escuchada. Esto fue lo que ocurrió con la oración de María Josefa en favor de su amiga entrañable... Y desde aquel momento no sólo fue una gran sorpresa para el médico de cabecera, sino que pudo hacer vida ordinaria[4].

Desde aquel momento, en el corazón de las dos amigas, la imagen de la Virgen del Sagrado Corazón de Jesús tendrá para ellas un recuerdo indeleble, poniendo su futura fundación bajo el título de esta advocación[5].

Otra circunstancia importante en la que vivió su esperanza de modo admirable, fue a todo lo largo de sus quince años de matrimonio, y muy en especial en la ultima enfermedad tan sorpresiva de Antonio, su esposo. Las ideas antirreligiosas de su marido no cambiaban, por eso se dedicó a conseguir del Señor, tarde o pronto, su conversión. Se hizo realidad, en ella, la parábola del amigo importuno (cf Lc 11,5-8), en la que Cristo describe a Dios como alguien que se deja molestar por el amigo que llama a ora intempestiva para pedirle un favor. Ella estaba convencida de la sentencia de Jesús con sus tres imperativos: "Pedid..., buscad..., llamad" (cf Mt 7,8), y su esperanza no quedó fallida, ya que se lo concedió con plena satisfacción en los últimos meses de Antonio sobre la tierra:

– Un día subiría con ella y su amiga hasta el Sacro Monte, y allí explayaría su alma con don Fermín, el director de ellas en aquel entonces.

4 "El médico que, a pesar de ser inteligente e ilustrado, permitió el Señor se cegara, se sorprendió al ver tal variación, pues el día de la fiesta de los santos Reyes (y esta gravedad se produjo en la octava de la Purísima de 1872), fui a la santa misa" (*Ibid.,* p. 51).

5 Cf Prácticas..., pp. 1-2.

– Otro día, ya enfermo, volvió a confesar con el Padre Menni, que se encontraba en Granada; era el mes de marzo de 1879. Es María Angustias quien nos lo recuerda: "Con presteza aprovechó su esposa (la Sierva de Dios) una coyuntura tan oportuna, como el Señor le presentaba, para persuadir con amor a Antonio para que se confesara con el Padre Menni. En efecto, consiguió que lo hiciese, expresando con grandes muestras querer mudar de vida".

En su carta de pésame a la Sierva de Dios, le decía el P. Menni: "No sé, si algún sacerdote, habrá tenido ocasión de conocer tan a fondo como yo el interior de Antonio... Doy muchas gracias al Señor, pues en esta enfermedad, lo convirtió enteramente para sí. Por eso estoy muy contento" [6]. Este fue el premio de su oración esperanzada.

Pero donde la Sierva de Dios dio altura y profundidad heroicas en su esperanza, fue en la trayectoria de su misma vocación; tan es así, que bien pudiera llamarse "la mártir de su esperanza vocacional".

Sabemos por su biografía, cómo desde el primer momento le impresionó la figura y los consejos del P. Menni, en su visita a Granada, sintiendo una atracción muy fuerte hacia el espíritu de la Obra de aquel Padre, sin saber absolutamente nada de los planes de Dios en su vida. Aún todavía vivía su esposo.

Pero pasando no muchos meses, en que con la fuerte satisfacción de ver convertido a Antonio, Dios se lo llevó, ella se vio plenamente libre para seguir viviendo al lado de su amiga las prácticas de piedad profunda que ambas habían iniciado, siguiendo las directrices del P. Menni.

6 Ciempozuelos, 15.06.1879.

Urgida en su interior por Dios, y oyendo su voz en lo más íntimo del alma, comenzó a practicar con auténtica heroicidad la virtud teologal de la esperanza, ya desde la primera súplica que le hiciese para ser admitida en un Instituto religioso. Fue todo un vía-crucis de esperanza teologal, para terminar en muerte y resurrección gloriosa. Veamos sus pasos dolorosos:

Cuando en un momento concreto, dentro de la dirección espiritual, por el motivo más imprevisto de una enfermedad inesperada, falta el confesor-director al que se está acostumbrado, parece conmoverse todos los cimientos del interior, y lo primero que atenaza al alma es la desconfianza de poder hallar otro que inspira la misma seguridad e ilusión. Esto le ocurrió a María Angustias cuando don Fermín llegó a tal extremo en su enfermedad, que le fue prohibido por el facultativo el que siguiera confesando[7].

Sin embargo María Josefa, apoyada más en Dios que en las criaturas, confiaba plenamente en la providencia divina y en la intercesión de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón de Jesús, que les conseguiría otro que satisficiese sus ansias e ilusiones, aunque fuese insospechado por aquel entonces que iba a ser el Restaurador de la Orden de San Juan de Dios en España, el mismo P. Benito Menni[8]. Así podemos leerlo en la *Relación de los orígenes de la Congregación*:

> "¿Qué piensa usted que no vamos a encontrar confesor? Pues ahora es cuando todo se nos va a arreglar sin necesidad de subir al Sacro Monte. Y tomando en sus manos mi pequeña imagen de Ntra. Señora del Sagrado Corazón para quitarme la pena, me decía: Mire, Angustias, vamos a pedir a ésta, que tanto poder tiene, que nos traigan de capellán a San Juan de Dios a don Fermín. Este divino Niño ya sabe la necesidad, si esto nos concede le prometemos ponerle una coronita de plata. Yo, que tan vehemente soy, dije: ¡Oh, si esto será así, no sólo se la pondríamos de plata, sino de oro! De este modo me endulzaba las penas mi buena amiga.
>
> No obstante, no veníamos en conocimiento de que esto eran preludios de que la Santísima Virgen nos reservaba un Padre que con grandes ventajas supliría a don Fermín...
>
> ¡Oh, Jesús mío, cuánto se dilata mi corazón al considerar lo grande que Tú eres, y ver lo que resplandece tu poder en las obras tuyas, aun en las que a primera vista se presentan a nuestra mente como pequeñas y de ninguna monta! Saco de esto una clara consecuencia, y es que cómo la providencia, sin méritos nuestros, nos tenía destinadas para ser las primeras de las muchísimas hijas que a nuestro Padre el cielo le iba a confiar. Nuestro Jesús, que tan amoroso es, inspiró el deseo de que fuéramos llenas de alborozo, antes que persona alguna, a esperar a nuestro Padre Fundador, sin que por entonces entendiésemos la causa, puesto que de su paternal amor teníamos que recibir tantos y tan especiales favores"[9].

7 "Yo pensaba que no hallaría otro director, según le necesitaba" (RMA, p. 61).

8 "No era posible comprender, que este Padre... era el que la Virgen nos tenía reservado, para que por su conducto se nos facilitase la realización de nuestros deseos" (*Ibid*., p. 62; cf pp. 77-78).

María Josefa, todavía de seglar, vivió intensamente la virtud de la esperanza. Cuando tan sólo hacía pocos

9 *Ibid.,* pp. 61-62.

meses que le conocían, el P. Menni cayó gravemente enfermo en uno de sus viajes a Granada. Fue entonces cuando no solamente oraron por él, y le atendieron con inmensa caridad, presentando la necesidad a unas virtuosas señoras que se dedicaban a socorrer con su generosidad a distintas necesidades, sino que decidieron que la imagen de la Virgen –aquélla que había conseguido la curación de María Angustias– le acompañase muy de cerca, haciendo que la introdujesen en su misma estancia.

> "Desde que observamos que la enfermedad iba adelante, nos ocurrió la idea de remitirle al cuarto donde se hallaba enfermo, mi preciosa imagen de Ntra. Señora del Sagrado Corazón, y que le dijesen se encomendase muy de veras a la divina Señora en unión nuestra, y que la tuviese hasta salir del peligro" [10].

Y su esperanza fue premiada, pues, aunque lentamente, el Padre Menni fue recuperándose felizmente.

> "Qué propicia se nos mostró la Señora del Corazón de Jesús, en tan apremiante necesidad, pues velozmente lo sacó del peligro, y nosotras cuán gratas deberíamos ser para una tan bondadosa Madre, que se acordó de nuestra débil miseria para alistarnos bajo la santa dirección del Padre, al que Ella con tanta predilección le había conservado la vida. No era posible rehusar al caritativo celo de nuestro amable Maestro, viéndonos obligadas a serle fieles y sumisas. A más, esta nuestra Madre se dignó inspirarnos cómo Ella quería, que nosotras

10 *Ibid*., p. 77.

> con amor respetuoso y docilidad de hijas humildes, nos dejásemos conducir, como si estuviésemos muertas, en manos de este Padre que Ella, con tan especial amor, nos había proporcionado" [11].

Aprovechando la mejoría del Padre, y viendo en ello una providencia para que insistiesen reiteradamente en su propósito y entusiasmo de vida religiosa, comenzaron a hacerle nuevas instancias cada vez más urgentes, pero el P. Menni persistió tenazmente en su oposición, de manera que María Angustias dejó escrito: "Con firmeza nos quitó toda esperanza" [12].

Pero los ojos de éstas aspirantes se elevaban por encima de los planes humanos:

> "Sin embargo, como nuestras miras estaban fijas en nuestro amoroso Jesús, he aquí que nuestro débil corazón se sentía desfallecer por una tierna confianza hacia la bondad y poder de nuestro Dios. Esta firme esperanza es la que nos hacía estar sin vacilar en la resolución de ser esposas de Jesús, a cuyo efecto nuestro Señor se dignaba comunicarnos las fuerzas necesarias para hacernos superiores a nuestra flaqueza, por lo que con valor esperábamos que todo lo allanaría el gran poder de Dios; ilustradas con luz divina, hacíamos frente al demonio resistiendo a sus astucias" [13].

Fue por las fiestas de Navidad de aquel año de 1879, cuando de nuevo volvió a Granada. Ellas le recibieron con una alegría desbordante pensando que el Padre ya se

11 *Ibid.*, p. 78.
12 *Ibid*., p. 80.
13 *Ibid.,* p. 81.

habría convencido de que tenía que concederles que fuesen con él a Ciempozuelos.

No obstante, se llevaron una dolorosa decepción al ver que se mantenía firme en su decisión negativa, mostrándose cada vez más fuerte para enfrentarse a sus ruegos y peticiones:

> "Sería interminable, si hubiese de referir las terribles pruebas por las que nos hizo pasar" [14].

Y si un día les entreabre un portillo de proporcionarles en Ciempozuelos "una casita", sería de manera tan misteriosa que no sólo no alentó su esperanza, sino que la frustró[15].

* * *

Desde la muerte de su marido, comenzó a resolver dificultades de todo tipo, que no fueron pequeñas, sobre todo en su misma familia. Aunque María Josefa era sincera para los suyos, sin embargo no fue comprendida en su determinación de hacerse religiosa. De ahí que tuviera que guardar su secreto hasta el último momento, además de llorar a solas el arrancón de aquella madre y hermana que, afectivamente, estaban tan ligadas a ella.

Está bien claro que la motivación profunda de su determinación no era más que Dios en quien confiaba y amaba sobre todas las cosas.

Luego llegarían las dificultades más dolorosas, las *vocacionales.* Aunque el P. Menni las conocía interiormente, y escuchó con atención sus peticiones y hasta alimentó sus ilusiones, por aquel entonces no estaba determinado a tomar una decisión tan fuerte como era el de una fundación de mujeres, y menos teniendo como fundamento a una viuda y a una enferma, por lo cual, aunque nunca las disuadió ni desanimó, sin embargo tampoco las apoyó totalmente, por lo que vivieron una constante inseguridad esperando contra toda esperanza[16]. Pero era sólo el comienzo, la primera estación del viacrucis.

14 *Ibid.,* pp. 82-83.
15 "En verdad que a la naturaleza, no agradó dicha propuesta" (*Ibid*., p. 85).

La única respuesta y solución que dio el P. Menni a María Angustias, por el momento, fue que escribiese todo lo que Dios le iba inspirando, y que se lo entregase.

Soslayando la dificultad y el compromiso, las invita a entrar en una Congregación ya formada, cuyo objetivo fundamental fuese la caridad. Y hasta les prometió abogar por ellas ante la superiora[17]. Por lo cual se ve bien claro, que desconfiaba de sus aptitudes y capacidad. Pero no le iba a valer de mucho frente a la insistencia de estas mujeres providenciales que, después de todo un martirio de esperanza y confianza en Dios y en Ntra. Señora del Sagrado Corazón de Jesús, llegarían –aunque les costase años de saber esperar– a conseguir su laudable propósito. Con gesto simpático lo recordará María Angustias: "El P. Menni se evadía con gracia y maña, y quería desentenderse, pero nada le valió" [18].

Y estaban admiradas y sobrecogidas, no sólo de las mil industrias de que se valía el P. Menni para encontrar inconvenientes en su camino vocacional, sino del escondido propósito para echar por tierra todas sus esperanzas como aspirantes.

16 *Ibid.,* pp. 66-67.
17 *Ibid.*, p. 67.
18 *Ibid.,* p. 67.

En otra ocasión lo describe con toda precisión: "No es preciso, recuerde a su Reverencia, la mucha oposición que nos hizo, y lo negro que nos pintaba el obtener nada de lo que con tanto ardor le pedíamos. Con firmeza nos quito toda esperanza" [19].

Y aún lo pintará con expresiones más fuertes: "Jamás se borrará de mi memoria, la larga lucha que tuvimos que sostener de parte de su Reverencia... ¡Qué guerra más terrible tuvimos que sostener... de quien debíamos esperar más bien, consuelo! Nuestro Padre fue para nosotras como una espada que atravesaba nuestro corazón angustiado" [20].

Hasta la grave enfermedad que padeció el P. Menni en el mes de octubre (1879) de "Fiebres milares", la interpretan ellas como un "aviso" que Dios le hacía para que prestase atención a sus requerimientos vocacionales.

Ellas, en esta ocasión, se volcaron en atenciones, y cuando se informaron de que la enfermedad no solo no cedía, sino que llegaba a una auténtica crisis, unidas en oración ante la imagen de la Virgen del Corazón de Jesús, le suplicaban desde lo más profundo del alma: "Madre y Reina del Corazón de Jesús, ¿será posible que tan pronto nos privéis de este gran consuelo, que Vos, con tanta benignidad nos habéis presentado?... No, Madre mía, no lo permitas" [21].

En las últimas semanas de su estancia en Granada, cuando había ya recobrado las fuerzas y el buen humor, aprovecharon las dos aspirantes para volver a la carga en ansias de su consagración religiosa, atreviéndose a asegurar con firmeza que, de no hacerles caso, podría ir contra la voluntad del Señor[22].

19 *Ibid.,* p. 80.
20 *Ibid*., pp. 80-81.
21 *Ibid*., p. 77.

Y fue entonces cuando, en lugar de animarlas a vivir con ilusión, les hizo una de las comparaciones más dolorosas: "Cómo queréis que yo os dé esperanzas, cuando he desechado jóvenes adornadas de excelentes cualidades, pues son instruidas, virtuosas, jóvenes con la dote correspondiente y... hasta guapas" [23].

El Padre se marchó a Ciempozuelos, y ellas siguieron esperando... ¡siempre esperando!

Antes de proseguir, hemos de hacer una aclaración fundamental sobre la esperanza vivida por María Josefa. Teológicamente, la virtud de la esperanza mira siempre al futuro, esto es, al cumplimiento escatológico de la salvación; pero dado que la plenitud del Reino de Dios está ya inaugurada en el tiempo, el objeto de la esperanza es todo proyecto que pertenezca al Reino de Dios; o sea, es toda acción positiva, tanto individual como social que pertenezca a la esperanza teologal. Desde este punto de vista, el objeto de la esperanza cristiana entra en concurrencia con los fines diversos que los hombres se proponen a través de su actividad social, política e individual.

Como realidad subjetiva, todo impulso de esperanza nace con la conciencia de la dificultad de conseguir la salvación, y por lo mismo se desarrolla en una actitud de confianza, de constancia y de perseverancia: Dios es considerado como "Deus Auxilians", el protector, el auxiliador, el Dios de todo poder.

Con esto queremos decir que, aunque los gestos de esperanza se refieran a personas intermediarias, como

22 *Ibid.,* p. 82.
23 *Ibid.,* p. 82.

pueden ser los acontecimientos diarios, las personas concretas y todas sus circunstancias, sin embargo, su meta es más elevada, y María Josefa apuntaba siempre a Dios como fin último de su esperanza, aunque no tuviese más remedio que acudir al P. Menni para llevar a cabo sus impulsos vocacionales.

Hecha esta salvedad continuamos con los detalles que concurrieron en la espera de conseguir su vocación, superando dificultades.

Esta fue la dura palestra en favor de su vocación:

- Frente a la firmeza de disposición de seguir a Cristo y dedicarse a Dios, la dura oposición del Padre.
- Ante una postura resolutiva de ser esposas de Jesús, la dura negativa que llegó a quitarles toda esperanza.
- Ante los constantes ruegos que hacían al Padre, sólo servían para quedar avergonzadas, al oír siempre de su boca que no conseguirían nada.
- Cuando era normal que esperaran un consuelo después de tantos ruegos, era todo lo contrario. El Padre fue para ellas como una espada que atravesaba su corazón angustiado.
- Mientras el Padre insistía en oponerse, ellas con la ayuda de la gracia del Señor, a todo daban salida.
- Cuando se atrevieron a decirle que con su postura negativa se estaba oponiendo a la voluntad de Dios, las llamó de todo: iletradas, viejas, pobres y hasta feas. ¡Decir a una granadina que es fea!... Las llamó también “pegajosas y sanguijuelas”.
- Mientras más ruegos, cartas, e insistencia tenían, más fuerte se mostraba él en resistir a sus peticiones.

- En lugar de estar atento a sus deseos, trata de prepararles un colegio para que se queden en su tierra y le dejen paz. Exactamente todo lo contrario de lo que era su ilusión.
- Luego admite a la Sierva de Dios, y rechaza a María Angustias, cuando su anhelo era el de vivir y morir juntas en el mismo Instituto.
- Les amenaza diciendo que veía muy difícil que a ninguna de las dos les admitiesen en ninguna comunidad. Y a María Angustias: “Lo que es a ti, imposible que te den el santo hábito”, a lo que ella contestó con entereza: “Si no me dan el santo hábito, al menos tendré el consuelo de estar en la casa del Señor”. Todo esto se lo decía, porque no tenía salud.
- En otra ocasión después de decirles que estaba pensando en sus buenos deseos y también en los graves impedimentos para poder ingresar, les da una negativa sin fundamento: “Yo querría condescender con vuestros ruegos, pero mis votos me lo impiden, pues yo soy un pobrecito religioso, hijo de obediencia”.
- Y les ofrece una casita en Ciempozuelos para que vivieran solas, “abstraídas de todo lo del mundo”, a lo que le contestaron con resolución: “Nosotras, aunque pobres y miserables, sólo queremos abandonarnos en sus manos para que haga de nosotras lo que quiera”.
- Y volvió a quedar todo aplazado, sin preocuparse de ver si ellas estarían preparadas. Les dijo: “Con el tiempo os lo hago saber. Pero si os ponéis enfermas, no tendréis más remedio que ir al hospital de Ciempozuelos, porque mi estado religioso no me permite otra cosa”.

A pesar de ser muy dolorosa esta determinación, sobre todo para María Angustias, que cuando caía enferma añoraba las atenciones y cariño de sus hermanos, se sobrepusieron y le contestaron con entereza: “Padre, estamos decididas a sufrir todo esto y confiamos en el Señor que nos ayudará para ofrecérselo por amor”.

Y todo lo meditaban ante el Señor. Ambas dialogaban y, con las luces que recibían de Dios, se animaban una a otra para no retroceder y ni siquiera vacilar, tratando de convencerse que el Padre las estaba probando.

Todavía les quedaba lo más duro. Bajo este prisma de prueba y tentativa, otro día les dijo: “No vayáis a imaginaros que vais a estar siempre a mi alrededor, ni que os voy a confesar cada ocho días. Lo más que os puedo ofrecer –si es que os admiten en algún pueblo inmediato a Ciempozuelos– es ir una vez al mes. Os lo aviso para que echéis vuestras cuentas”.

Ante estas perspectivas, ellas quedaban “aplastadas” y su corazón como metido en prensa... sin saber a qué atribuir tanta resistencia del P. Menni.

A pesar de este tormento indecible, pensando que cualquier debilidad en sus expresiones pudiera servir al Padre para afianzarse en sus asertos, y, orando al Señor, le lanzaban esta queja: “Jesús mío ¿qué es lo que quieres de nosotras?”. Y asistidas de la gracia, le contestaron al Padre con toda docilidad y mansedumbre: “Mucho tendremos que ofrecer al Señor, esperamos que él lo arreglará”.

No debía estar muy convencido el P. Menni de la decisión y generosidad de María Josefa y María Angustias, pues estando en Ciempozuelos, se valió de otra estratagema que les causó un dolor muy agudo y profundo: Escribió a su antiguo director, D. Fermín, y le decía que nos comunicase de su parte que, “volviendo a pensar ante el Señor nuestro asunto, le inspiraba a que de ningún modo aprobase nuestra resolución”.

Y esto se lo decía cuando estaban esperando precisamente el permiso para salir ya de Granada. O sea, que después de tantos meses de espera, nos encontrábamos en el mismo punto de partida y además, sin la más mínima esperanza. No es extraño que estas vueltas y revueltas, fuesen para ellas un auténtico martirio.

Ante una postura tan decidida por parte del P. Menni, en negarles la admisión, ellas en lugar de arredrarse o retraerse, comenzaron a escribirle más todavía, dándole aquellas razones que Dios les inspiraba, y rogándole que hiciese por facilitarles su consagración al Señor, tanto como estaba haciendo por impedirla.

Aunque a esta proposición les contestó con un poco más de dulzura y suavidad, sin embargo concluía que “no podía prometerles nada con seguridad”.

Y esta era la postura de estas dos heroínas: “Nada de esto nos desanimaba. Toda nuestra esperanza la teníamos puesta en el Señor, nuestro único Dueño”.

* * *

Respecto a su “fuga” camino de Ciempozuelos no pudo ser más trágica, tomando esta dura determinación apoyadas en sólo Dios: salieron de madrugada, tomaron el tren, hicieron un descanso en Córdoba, donde durmieron, y reemprendieron el viaje hasta Ciempozuelos. En su interior todo un torbellino de sentimientos encontrados (contradictorios), y en su exterior emociones y lágrimas de gozo y de dolor.

Es cierto que en la estación las esperaba el P. Menni y la Sra. Joaquina, pero la acogida fue más bien fría y poco

cercana para dos corazones que venían destrozados huyendo de sus casas, dejando a los suyos en la más triste desolación.

El licenciado D. Manuel Martín, en su libro: *Rasgos biográficos* sobre la Madre María Josefa, nos lo recuerda: "Serían como las siete de la tarde, cuando se apearon del tren. Emprendieron luego la subida del paseo que las condujo al pueblo:

- el Padre, adelante, con el rosario en la mano, como tenía por costumbre;
- las dos juntas con los ojos bajos, rendidas de cansancio y fatigadas de tanta emoción, sin cambiar palabra...
- y la anciana detrás, mirando y remirando a una y a otra, sin atreverse a hablar" [24].

Superadas las primeras pruebas, que no fueron pequeñas, llegaría la más fuerte de todas; la que en su "biografía" hemos llamado: "La última prueba".

En esta ocasión, el P. Menni estaba viviendo una ambivalencia psicológica de dos conflictos a la vez: quería y no quería:

- quería tenerlas a su lado,
- pero no se decidía a aclararles el destino de su vocación

por eso, se decidió en esta ocasión recluirlas para siempre en las Religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos, y que por entonces las llamaban "Ursulinas".

24 RB, p. 93.

El mismo que las había convocado, ahora las rechazaba despiadadamente, pues sabía muy bien el P. Menni, que dos personas sin cultura, no podían cuajar en un colegio de gran preparación.

Y llegó la lucha de la esperanza contra la desconfianza, que por las frases que han quedado impresas en la *Relación* de María Angustias, solamente más tarde tuvieron certeza de la prueba de que eran víctimas.

Como conclusión preciosa y heroica de esta prueba para su esperanza, sacaron un propósito del todo positivo que iba a ser el fundamento teologal en lo que les restara de vida:

- que "ni el P. Benito Menni, ni nadie en este mundo, sería suficientemente eficaz para mover el corazón humano a seguir la voz divina" [25];
- y que se sentían totalmente protegidas, ya que tenían toda la confianza puesta en Ntra. Señora del Corazón de Jesús, y de Ella esperaban se les concediera lo que tanto anhelaban conseguir[26].

Después de hacer los trámites pertinentes, de acudir al Obispo, y estudiar su situación, el resultado fue negativo, por lo que tuvieron que volverse a Ciempozuelos.

¿Se convencería el P. Menni, de que la vocación de aquellas dos aspirantes era algo muy especial y distinto? No del todo; por eso seguirá haciendo proyectos y ensayos, insinuará en ocasiones sueños y esperanzas, pero aún tardará más de medio año en tomar una determinación definitiva. Mientras tanto ellas, a vivir esperando en Dios y sólo Dios.

25 RMA, p. 111.
26 *Ibid.,* p. 117.

Ya están de nuevo en casa, que será su mansión para siempre, aunque tengan que sufrir durante algunos meses más las pruebas de inseguridad y hermetismo del P. Menni que, por motivos secretos –que nunca llegaremos a saber–, siguió madurando su decisión en silencio. Ellas en medio de todo, se sentían fortalecidas por el Señor siguiendo su propósito de fidelidad a su vocación[27].

Vivían gozosas el horario regular, se entregaban generosamente a las labores, acudiendo con prontitud a los actos comunitarios.

En medio de estas normas y reglas, vibraba en sus espíritus una decisión inquebrantable: llegar a ser santas.

Sin embargo, aún quedaba en lo más hondo de su interior un "algo" que no acababa de aquietarse: era el silencio y reserva que el Padre guardaba respecto a una auténtica "fundación"; dolor que afectaba en directo a su esperanza porque se refería al futuro de su vocación.

Así lo recuerda María Angustias: Lo que más nos hacía sufrir era el silencio que sobre esto guardaba el Padre, no obstante haberlo proyectado; sin embargo, con sus pobres hijas siempre guardaba reserva[28].

Había ocasiones en que brillaba la luz de su esperanza tan próxima, que parecía tocarla ya con las manos, como aquel día "feliz" e inolvidable en que el P. Benito Menni les preguntó si estaban dispuestas a recibir jóvenes que se unieran a ellas para servir al Señor[29]; sin embargo aquella confidencia tan solamente fue un fugaz destello, pues no llegaría a hacerse realidad hasta el 19 de noviembre de 1880, fiesta de santa Isabel de Hungría.

27 *Ibid.,* p. 117.
28 *Ibid*., p. 128.
29 *Ibid.*, p. 129.

Con esta promesa tan clara y precisa de reclutar jóvenes aspirantes, ¿podrían quedar ya satisfechas y confiadas? Será María Angustias quien nos lo explique:

> "Estando nosotras uniditas en el Señor, cada día con nuevo fervor, parecía estar repletas al vernos en posesión de lo que tanto habíamos ansiado. Debo decir que en medio de tan justa satisfacción, nos quedaba un vacío que no podíamos llenar, puesto que no era posible olvidar la indicación que nuestro Padre nos hizo acerca de traernos algunas compañeras. De aquí que con frecuencia se lo solíamos recordar, pero al fin, como los cálculos de nuestro Padre no tan fácil se pueden comprender, después de dicha insinuación pareció como gota de agua que cayó en el mar. Al ver este tan profundo silencio le preguntamos: Pero, Padre, ¿cuándo es el día, en que van a venir esas jóvenes, para unirse a nosotras, como nos lo ha dicho? La respuesta que daba era sonreírse, haciéndose el indiferente o como si estuviera sordo. Pero obligándole nos decía: Hijas mías, yo no sé nada, soy un pobrecito religioso, vosotras sabréis" [30].

En medio de todas estas incertidumbres y duras pruebas en su esperanza, Dios les iba regalando con detalles de auténtica providencia.

Ocurrió en aquellos días, que una prima de María Angustias –que fue también alumna de corte y confección de la Sierva de Dios– había llegado de Francia donde había estado como aspirante en las Hermanitas de los Pobres.

30 *Ibid.,* pp. 137-138.

Al enterarse de que su prima y su maestra María Josefa estaban en Ciempozuelos con el objeto de consagrase al Señor, después de superar no pequeñas dificultades, allá se fue con ellas; a lo que comenta María Angustias: "Se deja ver nuestro regocijo, al ver cómo Dios iba bendiciendo la decisión de salir nosotras de nuestra tierra, alabando al Señor por su divino poder.

¡Quien iba a imaginar que, cuando en Granada animamos a Antonia para que se hiciese Hermanita, esto le facilitaría el que viniese a unirse a nosotras para obtener el ser Hija de Nuestra Señora!" [31].

Alternativamente se seguían repitiendo los momentos de inseguridad respecto al futuro, aún cuando ya todo parecía que la fundación estaba en marcha; y así leemos en la *Relación*:

> "Las ansias que por ningún concepto podíamos saciar eran las de ser santas... Además, sentíamos otro vacío, que no podíamos ver satisfecho hasta verlo realizado. Esto era que la fundación se efectuase.
>
> Me parece que a pesar de nuestra miseria, nuestra fe se asemejó un poquito a la de Abraham. Sin que nuestro Padre nos dijese nada, se nos presentaba una multitud de jóvenes..." [32].

Cuando consiguieron la "Casa de los granados", que fue el 20 de febrero de 1881, a la Sierva de Dios, María Josefa, le quedaba tan sólo 2 años, 8 meses y 10 días de vida, por lo que podemos decir que toda su vocación fue un verdadero pugilato por vivir en tensión santa, la virtud

31 *Ibid.,* p. 155.
32 *Ibid*., p. 170.

teologal de la esperanza, por lo que concluía: "Nuestras plegarias habían sido atendidas, puesto que al dirigirse a la Señora, que es abogada de las cosas imposibles, nuestra petición fue otorgada" [33].

"Yo estaba fuera de mí (de alegría y satisfacción), recordando las luchas por las que habíamos pasado para llegar al punto de vernos en esta santa casa, en la esperanza de que muchas nos seguirían" [34].

A lo largo de este camino vital de confianza y esperanza, lo que triunfó en la Sierva de Dios fue el haberse apoyado siempre en el Señor y haber respetado sus planes en todo cuanto emprendía, y así trató de vivir esta segunda virtud teologal:

- En cada oración que desplegaba y en cada súplica que hacía;
- cuando en su matrimonio esperó los hijos que nunca llegaron, y supo conformarse con el querer de Dios;
- oró y lloró por la conversión de su marido, y su esperanza fue altamente premiada;
- vivió todo un martirio en ansias de darse al Señor anhelando seguir el camino de vocación y consagración, y Dios la llenó de hijas y bendiciones, premiando su esperanza con una preciosa corona de vocaciones, que seguirían las huellas de Cristo, en el Instituto del que ella era Fundadora.

¡El que espera en el Señor, jamás queda defraudado!

* * *

33 *Ibid.,* p. 181.
34 *Ibid.*, p. 184.

A pesar de que la vida de María Josefa fue todo un camino rectilíneo con los "pies" –"spes"– de su confianza en Dios, sin embargo no son abundantes los testimonios sobre su esperanza teologal, como si esta virtud preciosa permaneciese en el anonimato al encontrarse en medio de las otras dos virtudes teologales, –fe y caridad–, que siempre resaltan más:

- la fe por ser fundamento y luz de todo asentimiento a la revelación divina;
- y la caridad por ser el culmen de toda vida santa;

sin embargo es la esperanza la que va haciendo camino ante facilidades o dificultades hasta conseguir la meta de todo esfuerzo que es Cristo.

Otras veces, es porque los testigos no saben delimitar dónde comienzan y terminan los contornos de la esperanza.

No obstante, veamos qué nos dicen las hermanas que convivieron con la Sierva de Dios.

Siguiendo el orden cronológico, aunque se repitan las ideas y los conceptos, estos son los testimonios:

Sor Teresa de Jesús Gener nos dice:

> "De este su fervor y devoción nacía una inquebrantable confianza en la Divina Providencia, como lo demuestra, entre otro muchos, el caso siguiente: En ocasión en que nuestro Padre Fundador estaba gravísimamente enfermo, que a juicio de los médicos no había esperanza de vida, todas estábamos consternadas pensado que si Nuestro Señor se lo llevaba se deshacía la Congregación, ella nos reunió a todas y nos dijo que pidiéramos con mucho fervor y confianza que, si convenía, le devolviera la salud, si no, él se valdría de otros medios para que su obra fuese adelante, que no era él quien la había fundado, sino el mismo Corazón de Jesús, por mediación de su Santísima Madre la Reina del mismo Divino Corazón. Con lo que nos animó a confiar y tener aquella fe viva, que ella tenía en la Divina Providencia, de quien lo habíamos de esperar todo. Pero Dios Nuestro Señor, que siempre atiende a los ruegos de los suyos, y que aunque permita lleguen a eminentes peligros y los pone en grandes apuros, no los deja, sino que cuando todo está perdido y que no hay esperanza de remedio, entonces es cuando por medios inesperados los saca a salvo, así que, oyendo los ruegos de nuestra Madre, el Padre recobró la salud que tanto deseábamos, y así llevar su obra adelante, y, Madre e hijas, fuimos todas consoladas y dando muchas gracias al Señor".

Sor María de la Purificación Aberásturi, nos asegura, que cuanto más pobre y necesitada se encontraba, más fuerte era su confianza en sólo Dios, hasta llegar a conseguir esos "milagros ordinarios" que al no ser espectaculares no llaman la atención, pero que son el premio del alma confiada:

> "Grande era la confianza que nuestra Madre Fundadora tenía en Dios y su providencia, pues si no hubiera estado su alma adornada de esta preciosa virtud, muchísimas veces hubiera sucumbido su espíritu al verse tan pobre de recursos para desempeñar la alta misión que el Señor le había confiado, que pusiera los cimientos. Muchas veces carecía de lo más necesario y se encontraba en grandes apuros, pero nunca desmayaba su confianza en Dios.

Cuando alguna Hermana solicitaba alguna cosa, bien sea para su uso particular o para las pobres enfermas, si no le podía complacer en el momento, con mucha humildad le decía: hija mía, ahora no puede ser, porque no tenemos, pero confiemos en la Providencia que ella nos lo proporcionará; y muchas veces permitía el Señor que así sucediese".

Y aunque sor María del Consuelo López nos recuerde un poco de historia ya reseñada, sin embargo tiene detalles que son valiosos:

"En la Esperanza**,** era admirable; grandes fueron sus deseos de consagrarse al Señor en la vida religiosa, como lo prometió en el caso de quedar viuda; no se creía digna de ser Fundadora de una congregación religiosa, como ella tantas veces repetía y con esa humildad tan sincera y profunda se hacía más digna. Antes de llevarse a efecto nuestra fundación, como todas sabemos, fue sometida a grandes pruebas, sin embargo la firme esperanza que abrigaba su corazón de que algún día se realizarían sus deseos, le daba aliento para sufrirlo todo con alegría. Su ardiente amor a Nuestro Señor le dio fuerza y valor para abandonar la casa paterna, dejar a su anciana madre y familia, para ser toda de Dios en la Religión que el Señor le tendría preparada, poniéndose entera y totalmente bajo la dirección de nuestro Rvdmo. P. Fundador".

Finalmente, sor María del Refugio García recoge en su testimonio el último grito de esperanza, con que la Sierva de Dios ansía ser la primera en llegar al cielo:

"Unos dos meses antes de ocurrir el triste suceso de la muerte de nuestra querida Madre, nos

encontrábamos una tarde en la recreación y se hallaba aquel día entre nosotras nuestro Rvdmo. Padre. Viéndonos reunidas y que entre profesas y novicias llegaba ya el número a 47 Hermanas, nos dijo muy emocionado: «Hijas mías, hace poco más de dos años que lleva ya la Congregación y sois ya una hermosa corona de almas en la tierra: ¿quién será la primera que vaya a empezar a formarla en el Cielo?» La Madre contestó enseguida: «¡Oh Padre, qué alegría si es voluntad del Señor que yo fuera la primera!» Efectivamente así sucedió, pues falleció aquel mismo año".

¿Qué mayor milagro, como premio de su heroísmo en la virtud de la esperanza, que esa corona de 47 hermanas a su alrededor, cuando tan solo estaban iniciando la Fundación de Hermanas Hospitalarias?

Se cumple la promesa del Señor por medio del salmista: "Tu mujer como parra fecunda en medio de tu casa; tus hijos como renuevos de olivo alrededor de tu mesa" (Sal 127, 3).

Bienaventuranza referida a la vida comunitaria de trabajo y familia. La imagen vegetal de la parra describe la fecundidad; la mesa que congrega en torno a la familia, que come el "fruto del trabajo". De este modo se vuelve experiencia honda y símbolo de una realidad superior como la de sor María Josefa en medio de sus hijas.

AMOR HASTA DAR LA VIDA

En el baptisterio de la iglesia de los santos Justo y Pastor en Granada, donde sor María Josefa fue bautizada el 21 de marzo de 1846, ha sido colocada una lápida conmemorativa en la que se puede leer al final: "... Falleció víctima y mártir de la caridad el día 30 de octubre de 1883".

Por otra parte, el sepulcro de mármol que guarda los restos de María Josefa del Santísimo Sacramento en la capilla privada de Ciempozuelos, recoge en su leyenda el último consejo que ella diera a sus hijas en el momento final de su vida: "Hijas mías, amaos muy en verdad... por el amor del Señor."

Palabras de despedida que son todas una reproducción de las que Cristo pronunciara en la última Cena.

Comienza con la misma expresión que sólo esta vez aparece en los evangelios: ¡Hijitos!...; ese diminutivo inédito en los labios de Jesús.

El Maestro se va, y van a cambiar las cosas en la comunidad apostólica; la Madre Fundadora se va, y todo está a punto de cambiar en sus hijas.

Es el momento final, y todo se lo ha dicho con su ejemplo en el corto tiempo que ha vivido a su lado.

Ahora sólo se trata de modelar sus almas con el último consejo, intentando incendiarles el corazón: "Hijas mías, amaos muy en verdad".

Y quiere que sea un amor desnudo, sin adjetivos más que el de la "verdad", sin condiciones, sin límites: un verdadero amor.

Un amor que, por ser auténtico, sólo debe fundarse "en el Señor", y por lo mismo no deberá tener otra medida que el modo con que Jesús amó, o sea, sin medida.

Ella, como aspirante, religiosa y Fundadora lo ha vivido así, y ha finalizado su vida amando y perdonando, como Cristo.

Rememoremos los recuerdos y detalles de su vida, y percibiremos sin dificultad que la virtud de la caridad, con sus mil nombres de limosna, generosidad, servicio, abnegación, sacrificio, esfuerzo fue en María Josefa, el "cantus firmus", la tónica saliente de su vida, terminando con la heroicidad de perdón y holocausto; y todo ello, hecho en Dios, con Dios y por Dios.

Habiéndose quedado huérfanas en corta edad, –de 12 y 10 años– Leonarda y María Josefa, eran "hijas afortunadas de una madre virtuosa, trabajadora y ardientemente enamorada de sus deberes maternales, dándoles una enseñanza continua y eficaz de cuanto fue menester para que fueran buenas cristianas y mujeres honestas, de las que saben amar, trabajar y orar; cultivó sus espíritus, despertando en sus corazones un acentuado amor al bien, e iluminando sus inteligencias, con los rectos principios de la moral cristiana practicada por ella misma.

Abrió sus almas a toda santa inspiración notando en ellas robustas y muy hondas raíces de fe, las vio crecer en virtud, al par que temerosas de Dios, mostrándose piadosas y amantes de la religión de sus padres.

Obra era ésta de la gracia, atraída por las oraciones y sacrificios de Mamerta, modelo de abnegación"[1].

Mucho tuvo que sacrificarse para dejar a María Josefa que asistiese a las clases prácticas de corte y confección, hasta que pudiera valerse por sí misma a la corta edad de 16 años.

"Sumisa siempre a la voluntad de su madre, de cuyo lado solo el deber o la necesidad del trabajo la separaban, se complacía en servirla y ayudarla.

Su mayor dicha la cifraba en hacer obras de caridad y, sin ella pretenderlo, Dios la regalaba frecuentes ocasiones para llevarla a cabo. El ama de su madre, la Condesa y las señoras de Barajas se fiaban tanto de la bondad de la joven María Josefa en la práctica del bien en favor de los necesitados, que la hicieron su limosnera y discreta indagadora de miserias y necesidades vergonzantes, socorriéndolas por medio de ella"[2].

Así aprendió María Josefa lo que era la miseria y soledad, y su corazón fue inclinándose hacia las necesidades más extremas para que, de su caridad, floreciera más tarde una vocación dedicada a las más desvalidas en lo humano como son las dementes.

Hay un detalle familiar que nos lo recuerdan sus sobrinos por la impresión positiva que causó en ellos su caridad para con los prójimos. Así nos lo cuenta Victoriano, el hijo de su hermana Leonarda:

> "Estábamos en una ocasión uno de mis hermanos y un servidor jugando en el portal. Teníamos la cocina en la parte baja. Entró un hombre; nos impu-

1 RB, pp. 13-14.
2 *Ibid*., p. 15.

> so silencio; se metió en la cocina y empezó a coger perolas y todo lo que podía. Entonces avisamos a nuestro padre que estaba arriba; bajó inmediatamente y también llegaron en aquellos momentos mi madre y mi tía; mi padre empezó a pegar al hombre, y mi tía no cesaba de rogar a mi padre que dejase al hombre y que no le pegase, por lo que más quisiera en esta vida, y le señalaba a su hermana que estaba en estado interesante" [3].

Hay dos detalles importantes: –piedad para con el intruso, al menos en lo que se refería a la irascibilidad desenfrenada de su cuñado Manuel Guerrero– y caridad para con Leonarda que estaba esperando un hijo.

Pudiéramos preguntarnos: ¿desde cuándo ésa bondad innata, ése acercamiento a la pobreza y desgracia, ésas "caridades" se hicieron "caridad", esto es, virtud teologal?

Todo gesto caritativo, hecho en "cristiano", es decir, acompañado de la gracia, –la que supone un nacimiento nuevo "del agua y del Espíritu" (Jn 3,5)– es ya teologal por su misma naturaleza por estar hecha en nombre de Cristo; pero podemos concretar muy bien, cuándo sus gestos de acercamiento a la pobreza y desgracia, al dolor físico, psíquico y moral fueron teologales.

Hay una expresión sálmica que siempre nos invita: "Acercaos a Dios y quedaréis radiantes" (Sal 33,6).

Y aunque llamamos "gracia" a todo lo que es don de Dios, ordenado a la vida nueva que se nos ha dado en Cristo, preferimos llamar a lo creado el "primer don de Dios" y reservar la palabra "gracia" para indicar lo que se

3 *Ibid.,* pp. 46-47.

refiere a la alianza y a la nueva comunicación de la vida divina.

En realidad, "la gracia" debe considerarse sobre todo como un don interior, según la frase del apóstol: "A cada uno de nosotros se nos ha dado la gracia según la medida del don de Cristo" (Ef 4,7), gracia que,

- puede ser "carisma" o gracia "gratis data" permanente o transitoria, ordenada en primer lugar a la santificación de los otros, edificación de la Iglesia.
- gracia actual, siempre transitoria, que ilumina la mente y afianza la voluntad;
- y gracia "gratum faciens", o de las virtudes y dones que de suyo es permanente y transforma el alma y sus facultades. Es el principio de la vida espiritual personal.

"Y juntamente con la justificación, se le infunden al hombre por Jesucristo, en quien es injertado: la fe, la esperanza y la caridad" [4].

Por medio de estas tres virtudes teologales, el hombre se hace capaz de una respuesta personal

- de conocimiento por la fe,
- de confianza por la esperanza
- y de amor por la *caridad* al dinamismo de la gracia.

Justificados de esta manera, y hechos amigos de Dios (Jn 15,15; Ef 2,19), caminando de virtud en virtud (Sal 83,8), se renuevan de día en día (2 Co 4,16).

Esto quiere decir que no debemos pensar en la gracia como una forma exclusivamente jurídica, sino que hemos

4 DS, 1530.

de verla como crecimiento en la justificación, o sea en la santidad.

Esta ley de crecimiento no se apoya en un precepto exterior, sino en la realidad misma de la gracia que debe ser considerada como semilla de vida entorno. Es ésta una ley ontológica, no en el sentido de que la persona progrese independientemente del tipo de su comportamiento, sino en el sentido de que, de suyo, la vida de la gracia tiende al crecimiento continuo.

Y así, desde el mismo momento en que María Josefa se dio a la vida de piedad, dedicando una hora de preparación para comulgar, y otra media hora para la acción de gracias después de recibir la sagrada comunión[5], su vida se iba sacrificando, y ya no era ella, sino Cristo quien obraba por ella.

Fue todo un proceso ascensional, –o si se quiere de profundidad–, sobre todo cuando en actitud constante de conversión, comenzó a vivir con su amiga María Angustias una profunda vida de virtud[6], de lectura, silencio y quietud, no sólo haciendo el examen particular, oraciones vocales como el rosario o el trisagio, sino dándose a la meditación íntima y serena, haciendo vida de autenticas monjas.

Pasando por alto las mil atenciones que constantemente vivía con su madre Mamerta y su hermana Leonarda, su caridad comenzó a desplegarse de manera intensa y dedicada con su "amiga del alma" María Angustias Giménez, quien dedica a María Josefa los apelativos más cualificados:

5 Cf. RMA, p. 54.

6 Veníamos a formar un solo corazón, preocupadas de ser sólo de Dios... Cada día nos sentíamos con nuevas ansias de adelantar con rapidez en los caminos del Señor, (*Ibid.,* pp. 52-53). Prisa nos dimos por adelantar en la perfección, (*Ibid.,* p. 54).

- "fiel amiga" [7]
- "virtuosa amiga" [8]
- "dotada de un gran corazón" [9]
- "adornada de bellas disposiciones" [10]
- "con un deseo ardiente e insaciable por querer saber amar a su Creador" [11]
- "ansiosa de encontrar quien le enseñase y animase la sublime ciencia de amar a Dios con la mayor perfección" [12].

Y comenta María Angustias:

> "El primer paso que dio para unirse a mí, fue mudarse a nuestra casa...
>
> Desde el momento en que me conoció, empezó a ejercer conmigo los oficios de una buena madre, de una tierna madre... Ya empezaba la divina Providencia a trazar "todo", según sus admirables decretos...
>
> Empezó por hacerme frecuentes visitas, y me rogaba con afabilidad que le hiciese algún ratito de compañía, pues ella estaba todo el día solita" [13].

El acto de caridad más profundo de la Sierva de Dios fue conseguir, con su cariño y ejemplaridad, la primera "conversión" de su amiga María Angustias. Nos lo cuenta ella misma:

7 *Ibid*., p. 40.
8 *Ibid.,* p. 42.
9 *Ibid.,* p. 42.
10 *Ibid.,* p. 42.
11 *Ibid.,* p. 42.
12 *Ibid.,* p. 43.
13 *Ibid.,* pp. 43-44.

"En dicha época sentía en mi corazón diversas luchas, por una parte, mi amoroso Jesús, me daba frecuentes silbos para atraerme a su divino redil, dándome a entender lo mal que iba si no retrocedía del camino comenzado; por otra parte, la vivacidad de mis pasiones, no me daban lugar a resolver de una vez, rompiendo con estas ligaduras que me entretenían, perdiendo un tiempo tan precioso; pero fue tal mi flaqueza, que no podía acabar por despreciar estas mis inclinaciones terrestres, prometiendo a mi Jesús muy de veras el ser sólo suya, como por misericordia divina siempre lo hube anhelado. En verdad puedo decir que en nada de la tierra hallaba gusto ni descanso. A este objeto, el primer medio de que se valió mi amada amiga para ganar mi corazón fue usar mucha humildad, toda vez que la razón es convincente para creer que el medio más eficaz para conquistar a una persona soberbia es el humillarse a ella, y que con dulzura se le ruegue. Viniendo a conseguir que por duros y obstinados que estos genios sean, se ablanden y cedan...

No, no se me ocultaba el chasco que esta buena señora se iba a llevar de lo bien que había pensado de mí. Esta familia se apercibió de mis primeros fervores, empero ignoraban lo ingrata que yo había sido a mi amable Jesús. Según recuerdo, en una de las primeras visitas que me hizo estaba yo muy afanada aderezándome para asistir a una función de teatro, en compañía de una familia, porque por entonces sólo pensaba yo en satisfacer mi amor propio, para lo cual, con ruegos, obtuve de mi madre el permiso... Empero yo estaba en aquel tiempo ciega y sólo atendía a satisfacer mis antojos; por lo que fui causa de dejarle a mi madre el corazón partido (juntamente a mi buen padre) y a mis hermanitos di este tan mal ejemplo, debiendo haber sido modelo de virtud para edificarlos[14].

Con devaneos y vanidades femeninas andaba María Angustias, dentro de su ambiente familiar tradicional y sencillo.

María Josefa, que en su interior estaba sintiendo una fuerte atracción de Dios, veía, a su luz, la vanidad de tal dedicación a la propia persona.

¿No sería este contraste de vida de la Sierva de Dios el que en un primer momento le resultase molesto a María Angustias y por eso se le mostrase fría, lejana y hasta poniéndole impedimentos para que se acercase? "Me parece que acaso fuese esto efecto de lo avergonzada que yo estaba de mí misma" [15].

Aquella persona que, con su ejemplaridad y silencio golpee de algún modo nuestra conciencia con sentimientos de culpabilidad, se la rehuye porque resulta molesta.

Por eso un día, cuando ya existía confianza abierta entre ellas, María Josefa con cierto deje de ironía matizada le dijo sencillamente:

"Yo que pensaba que usted era tan buena, y por esto deseaba juntarme a usted; y después veo que hasta me voy a pervertir si me dejo llevar de la afición que tiene a los adornos y cosas de vanidad. Pues vaya qué amiga he venido a encontrar, que más bien le tengo que tirar de la cuerda, que no que ella me enseñe a mí" [16].

14 *Ibid.,* p. 43-44.
15 *Ibid*., p. 44.
16 *Ibid.,* p. 46.

Y Dios usa casi siempre de la misma terapia; cuando no se hace caso de los mensajes que él envía como intermediarios proféticos, y quiere hacer de esas almas, tenaces en su postura reacia, vasos de elección, toma por su cuenta la "virga directionios" la vara de su justicia santa (Sal 44,7) como corrección, que ordinariamente suele ser una prueba dolorosa y llamativa como por ejemplo: san Pablo camino de Damasco, santa Teresa que ya la daban por muerta, san Ignacio de Loyola con su pierna rota, el mismo san Juan de Dios pasando de Juan Ciudad a Juan el Loco, Juan de Dios, Juan cristiano hasta llegar a Juan el Santo.

Esto le ocurrió a María Angustias, enviándole una grave enfermedad que, en verdad, le duró toda la vida para que fuese un refrendo constante de su elección vocacional.

> "Su divina bondad se dignó visitarme con un grave ataque al corazón, por la afección que yo padecía. Esta enfermedad me sirvió como de aviso eficaz para despertar de tan profundo letargo, cuyo ataque se presentó con tal violencia que, a los ocho días de estar en cama, por orden facultativa recibí los santos sacramentos de viático, extremaunción y recomendación del alma, por lo que entrando dentro de mí misma, y preocupada de lo infiel que había sido a mi Jesús, estaba sumamente pesarosa de ver estas mis faltas" [17].

Y fue durante esta enfermedad grave cuando la caridad de la Sierva de Dios se desbordó, para que desde allí no sólo viviesen santamente unidas en su amistad, sino

17 *Ibid.*, p. 47.

que fuesen en un futuro próximo la piedra angular de la fundación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.

Y fue en esta ocasión donde María Josefa desplegó toda su generosidad caritativa, intuyendo que, sin María Angustias, le hubiera faltado el "dimidium animae", la mitad de su propia alma, para lo que Dios soñaba con ellas en un próximo futuro.

Así lo recuerda María Angustias:

> "En tan apurada necesidad, mi amada compañera me dio pruebas de su fidelidad, sin embargo de rodearla muchas y graves obligaciones, su industriosa caridad le sugería medios por los que se le facilitaba el poder asistirme; el principal era quitárselo de su propio descanso, pues continuadas noches pasaba junto a nuestra cama consolándome y animándome a sufrir todo por amor del Señor. Su caridad fue ingeniosa para asistirme cual si fuese mi propia madre. Ella sentía una grande pena, porque no podía mitigar mis padecimientos; de buena gana los habría querido sufrir, mejor que verme tan fatigada. Con grande valor y caridad me cortó un gran cáustico que me aplicaron al costado, aunque dijo el médico que con éste me enterrarían. Fue notable la mejoría que experimenté por la mucha purgación que éste me facilitó. Después de Dios, me parece que a la puntual asistencia que mi buena amiga me prodigó, debo el haber salido de aquel peligro" [18].

Una vez que consiguió la curación de su amiga, iba a enfrentarse de manera bien sorpresiva con la grave enfermedad de su marido Antonio Fernández.

18 *Ibid.*, p. 48.

Dios seguía sus planes en la vida de la Sierva de Dios. Cuando un día su compañera María Angustias le revelara su secreto íntimo de que "soñaba con una fundación", María Josefa le había dicho en tono "profético", ya que tenía miedo a separarse de ella: "No –le dijo la Sierva de Dios–, no vaya usted a creer tal cosa, porque hasta que yo no me vaya juntamente con usted, no lo conseguirá".

Yo, "al ver lo saludable y joven que estaba su esposo, le decía con impaciencia: ¿Por qué dices estas cosas tan imposibles? Empero, esto era a causa de mi poca fe; porque Dios, todo, hasta lo más difícil, lo sabe allanar y hacerlo posible" [19].

Esto es lo que estaba ocurriendo con la enfermedad inesperada de Antonio:

> "Orando como una monja, trabajando como esclava y sufriendo en silencio como una mártir, seguía Josefa, cuando su hogar cambió repentinamente de aspecto. Sintióse enfermo su esposo. No se preocupó él de su dolencia al principio, juzgando ser cosa de poco; mas no tardó en rendirse y necesitar del cuidadoso auxilio de su mujer, quien con todo esmero y singular cariño comenzó a prestárselo.
>
> Mano piadosa que desató la venda de sus ojos, y luz que ahuyentó las nieblas de su espíritu, fue el agravamiento de su pena con lo agudo de su mal.
>
> Comenzó entonces a reconocer lo que debía a su esposa y a mostrarse grato a todos los sacrificios y a las penas incontables tan hondas y prolongadas que su mujer venía soportando con paciencia heroica, sin más consuelo que la esperanza de salvar el alma del compañero de su suerte.
>
> Echó de ver entonces la paciencia con que le toleró sus defectos y el valor con que sufría la cruz pesada de su matrimonio, correspondiendo sin desmayar con afabilidad y cariño a sus desvíos e inconsideraciones" [20].

19 *Ibid.,* p. 53.

Fue la providencia que por aquellas fechas se encontrase el P. Menni en Granada, y María Josefa le avisó para que le atendiese sacramentalmente.

La aclaración que más tarde le hizo a la Sierva de Dios, fue explícita:

> "Doy muchas gracias al Señor pues en esta enfermedad lo convirtió enteramente para sí. Por eso estoy muy contento, más que si hubieran ganado Vd. y su marido, una gran fortuna" [21].

María Angustias dedicará esta alabanza a la caridad de María Josefa:

> "Se puede atribuir el laudable estado en que murió a las fervientes oraciones de su fiel esposa. En fuerza de su constancia logró que muriese no sólo como buen cristiano, sino que hasta tuvo el consuelo de verlo en sus últimos días como un alma que estaba poseída por el amor a Jesucristo" [22].

Su amor a Dios y al prójimo –al más próximo que era su marido– había conseguido lo más y mejor: salvar al

20 RB, pp. 25-26.
21 Carta del P. Menni, 15.06.1879.
22 RMA, p. 71.

compañero de su vida, devolviéndoselo a quien estaba apartado y frío en su dedicación.

Y en este año –que casi se le puede llamar trágico– murió Antonio (27.05.1879) y Dolores Vera, madre de María Angustias (23.06.1879), ambos de graves enfermedades.

Ahora le toca al P. Benito Menni. En uno de los viajes que hiciera a Granada, cayó tan enfermo de "tuberculosis miliar", que su vida se vio seriamente comprometida.

Fue entonces, cuando María Josefa no sólo oró intensamente por él, sino que, además de sacrificios y penitencias, se desvivió en caridad "pidiendo limosna, alimentos y medicinas, enterada de la extrema indigencia que se padecía en su convento, llevándole la imagen de Ntra. Señora del Corazón de Jesús que dejó en su aposento hasta su completa curación".

> "Dos sentimientos mitigaban la honda pena de Josefa: la confianza en la protección de Ntra. Sra. y la grata satisfacción de *ejercer la caridad* mediante aquellas obras misericordiosas con su amado enfermo; sobre todo llevando la limosna a la puerta del convento, que ella antes había pedido" [23].

Será María Angustias quien lo refiera al detalle, por haber tomado ella misma parte en este gesto de caridad:

> "A este efecto, mi amada compañera, que poseía un corazón que por cualquiera de sus prójimos habría dado su propia vida, se alegró sobremanera por la ocasión que tenía para que nuestro Padre pronto cobrase las fuerzas; por lo débil que estaba, tuvo que andar mucho tiempo sostenido por un bastón.

23 RB, p. 62.

> No nos saciábamos de bendecir al Señor, rebosando nuestro corazón de alegría. Cuando presentamos la necesidad a unas muy virtuosas señoras que se dedicaban a socorrer necesidades, con generosidad nos prometieron atender a ésta que tan urgente era. Toda vez que la conservación de esta vida tanto importaba a la sociedad, puesto que sólo se emplea este Padre en sacrificarse para bien de sus prójimos y ganar almas para llevarlas al cielo; cuyo santo empeño le ha proporcionado grandes fatigas y tribulaciones, las cuales él sufre con alegría, mirando por el amor que lo hace, que es el sumo e increado Dios, rey de cielos y de tierra" [24].

Recuperado ya el P. Menni, y libres ellas dos de toda atadura humana que les retuviera en el mundo, reemprendieron con empeño santo el deseo de vivir la vocación tanto tiempo soñada.

Después de todo un martirio de fortaleza, para que el P. Menni accediese a sus deseos, por fin será el 21 de junio de 1880 cuando se pongan en camino hacia Ciempozuelos.

Aunque doloroso, dolorosísimo el arranque de sus hogares, no fueron de ningún modo despiadadas con sus familias respectivas:

- ambas a dos, "dejaron cartas escritas para que una buena señora se encargara de entregarlas a cada una en particular" [25].
- La víspera de san Luis –20 de junio–, "les dejamos con grande pena la comida preparada, por última

24 RMA, pp. 78-79.
25 *Ibid.,* p. 92.

vez, para este día que nos teníamos que ausentar de casa" [26].

– Por parte de María Josefa, "un día muy próximo a su partida se despidió de sus sobrinos, comprando unos juguetes para dejárselos como recuerdo, modesta expresión de su cariño. Victoriano escribe que a él le tocó un reloj de hoja de lata, de los que entonces costaban a real y medio. A su madre le cedió en herencia el pobre ajuar de su vivienda" [27].

Son impresionantes los pormenores de la despedida, amasados todos ellos en caridad y ternura.

Cuando sus corazones estaban sangrando por dentro, buscando con sincero anhelo a Dios, no van a olvidarse de los que dejan.

Si el corazón pertenece a Dios, porque las ha elegido gratuitamente, ellas van a suavizar la despedida con una misiva que aclare el objetivo fundamental de su vocación, dedicándoles los últimos momentos a prepararles la comida del día siguiente que a ellos le resultará amarga, y ellas recordarán ese momento con lágrimas en los ojos.

María Josefa dejará lo más entrañable a su madre la Sra. Mamerta: los enseres de la propia casa que abandonará para siempre, y a su hermana Leonarda una preciosa imagen de Ntra. Señora.

Después de un viaje lleno de sombras y temores, de insomnio y dolor de estómago por parte de María Josefa, han llegado a Ciempozuelos, sin otra cosa que lo puesto y unos insignificantes atillos; tan pobres en haberes como ricas en dones sobrenaturales, pues no llevan en su alma otra ilusión que darse a Dios por entero y de por vida.

26 *Ibid.*, p. 92.
27 RB, p. 82.

Será María Angustias quien lo relate:

> "Llegamos a la estación, y al tener la dicha de ver a nuestro Padre, la naturaleza empezó a hacer su oficio. Por una parte nos queríamos alegrar, por haber logrado lo que tanto deseábamos, pero por otra, las afecciones nuestras se iban en pos de los seres que tanto nos ligaban a la sangre, asaltándonos una tan fuerte batalla, que con viveza creíamos haber sido muy crueles en haberlos abandonado. Verdaderamente que nos extrañó el vernos acometidas de tan terrible tormenta, por lo que todas las alegrías se trocaron en suma tristeza al vernos tan distantes de nuestras queridas familias. Queríamos disimular, pero la impresión de que el corazón se vio acometido, impedía que el sentimiento saliese a lo exterior.
>
> Saludamos a nuestro Padre; no teníamos ánimo ni para responder por la pena que embargaba el corazón. Bajo estas impresiones nos fuimos en compañía de nuestro Padre y la señora Joaquina a su casa, para que ante todo, hiciésemos una visita a nuestro Jesús Sacramentado, rindiéndole nuestros humildes respetos de adoración y entrega de nuestro pobre corazón. Concluida ésta, nos llevó a la casita que nos tenía preparada en compañía de dicha buena señora" [28].

Habían pasado los dinteles de otro mundo. Desde este momento, todas las estrecheces y pobrezas que vivieron en su exterior, todas las lágrimas e incertidumbres de su interior –ignorando cuáles fueran los objetivos concretos de su vocación– las llevó desde el primer momento a una

28 RMA, pp. 103-104.

decisión profunda y radical, ¡sólo Dios!... "Jesús nos dio a entender que jamás debemos apegarnos en demasía a criatura de esta tierra, por santa que ella sea..., veíamos que, para que el corazón se moviese y se doblegase a seguir su voz con ánimo varonil, ¡sólo bastaba Dios!" [29].

Con esta base inconmovible, puesta en sus almas desde su misma llamada vocacional, todo lo demás será secundario por costoso que ello sea.

Por eso María Angustias hace esta oración:

> "¡Señor y Dios mío, cuán liberal que Tú eres!, aún no habíamos dado el primer paso para seguirte, y ya nos mostrabas lo hermoso y bello de la virtud de la santa pobreza. Jesús de mi corazón. ¿Por qué tan distinguidos favores, por qué tan privilegiadas gracias? Ya comprendo, Señor, tus sabios fines. Es que Tú querías que no fuésemos a ilusionarnos por la abundancia de las cosas terrestres. El objeto de tu adorable bondad era que desde los primeros pasos que diésemos, para consagrarte todo nuestro ser, sólo nos llevase el atractivo de tu santo amor" [30].

Una vez ancladas en Dios, y fortalecidas por la comunión diaria, ya podrían arrostrar pobrezas, lágrimas, pruebas, humillaciones, esfuerzos en el trabajo cuando tenían que lavar montones de ropa sucia en nombre de la caridad más generosa para con los pobres dementes, en el hospital de los Hermanos Hospitalarios.

Respondiendo a Dios con todo su ser, desde este mismo momento se abandonará en disponibilidad generosa a todo lo que el Señor le presente, desde los quehaceres caseros más prosaicos y humildes, hasta los ejercicios más responsables y dedicados como Superiora, cuyo cargo recaerá, no tardando, en su persona.

29 *Ibid.,* p. 103.
30 *Ibid.*, p. 106.

Sin ser demasiado consciente –al ignorar en profundidad los planes del P. Menni–, sería éste el momento sublime y crucial, en el que se estaban presentando los inicios de un nuevo Instituto en la Iglesia, y de su disponibilidad caritativa y entrega personal dependía no sólo la consistencia, estabilidad y firmeza, sino la buena conformación y configuración.

Ella estaba siendo en estos momentos como la matriz y el molde –el carisma sería el Espíritu– donde tendrían que remodelarse todos y cada uno de los miembros de la Congregación de Hermanas Hospitalarias.

Y todo ello, aún en medio de la más negra incertidumbre, de si todo ese anhelo vocacional tan fuertemente inspirado por Dios, iba a tener consistencia y a cuajar en algo concreto, o quedaría tan sólo en un sueño inalcanzable que se perdiese en la más dolorosa frustración.

Gracias a la fortaleza de María Josefa, hecha con amor a Dios y generosidad hacia el prójimo, en gesto y actitud del todo heroicos, fue como –después de Dios–, debe el Instituto de Hermanas Hospitalarias, que aquellas novicias de fundación, tan tenues e imprecisas, no se desvanecieran por siempre y para siempre.

Apoyada en una fe inquebrantable, y viva su esperanza en el futuro que no conseguía vislumbrar, María Josefa se abandonó a una disponibilidad obediencial, que llegaría a ser para el mismo P. Menni –que tanto dudó de que esta fundación se llevase a cabo– uno de los gozos más profundos.

Y con la sencillez que caracterizaba a María Josefa, humilde en su misma esencia, comenzaría su labor amorosa, desde lo más cercano y próximo, como pudiera ser:

- la señora Joaquina, disimulando sus impertinencias, sospechas y desconfianzas,
- María Angustias, que debido a su naturaleza delicada, no podía tomar parte en trabajos de esfuerzo;
- los Hermanos Hospitalarios, con montones de ropa para lavar, recoser y planchar,
- y hasta el mismo P. Fundador Benito Menni, tratando de programar no sólo a su Comunidad de Hermanos, sino también a ellas, en medio de una indecisión y silencio dolorosos; para entretenerse después –al menos durante casi un año–, en poner orden y adecentar el trozo de habitación que ocupaban dentro de la casa de la señora Joaquina, sin apenas tener libertad para nada, porque además de estar de paso, vivían de prestado.

Pasaría la tragedia moral de la "última prueba", cuando el P. Benito Menni trató de colocarlas en las Religiosas de la Sagrada Familia, en Madrid, y volverían a su "vida activa" o trabajo manual, que llenaría muchas horas de su jornada.

Ya no sólo sería puntualidad a un horario regular, sino una responsabilidad seria y ejemplar para cuando vayan llegando las primeras vocaciones que, al parecer, están a la puerta.

Esta obligación moral subiría el tono cuando de manera espontanea –un día inolvidable sobre todo para María Angustias, en el convento de Santa Clara de Ciempozuelos– le diga tajantemente el P. Menni: "Debes reconocer a Pepa (María Josefa) por tu verdadera Superiora"[31].

Desde este momento todo cambiará para ella, pues ya no será un sencillo y amoroso cumplir personal, sino que su atención y caridad ha de abrirse y desplegarse a todas las obligaciones y responsabilidades de una Superiora, con sus tres "emes" que lo comprenden todo:

- la eme de "M"-adre,
- la eme de "M"-aestra, y
- la eme de "M"-ártir,

tres urgencias que la Sierva de Dios cumpliría con la máxima escrupulosidad, hasta dar físicamente la vida en testimonio heroico de amor y perdón.

Estos tres enunciados no son expresiones de mera estética o literatura; en María Josefa fueron auténticas realidades hechas testimonio viviente.

Así nos los recuerdan sus hijas, aquellas que la vieron, tocaron y palparon, coincidiendo todas ellas en la aseveración más positiva:

- como "M"-aestra enseñará con sencillez las órdenes y directrices del P. Fundador, y más que teóricamente lo hará en sentido práctico, con su vida y su ejemplo que es uno de los mejores actos de caridad, el que más se asemeja a la actitud de Cristo que "comenzó a hacer y enseñar" (Hch 1,1)
- como "M"-adre, estará atenta a las mil necesidades y sorpresas para superar con amor, lo que no puede conseguir por otros medios.

31 *Ibid.,* p. 128.

- El informe grafológico nos manifestaba[32] que María Josefa, en "su acusado sentido de responsabilidad, ponía de su parte mucho más de lo que podía para lograr los objetivos que se proponía".
- "Ejercía su "poder" desde una "afectividad" hacia los súbditos"
- y "era alguien que sabía escuchar, apoyar y dar seguridad a los demás"; por eso la Sierva de Dios, sabe alegrarse con los que se alegran, llorar con los que lloran y cobijar con amor fuerte a los más desamparados, teniendo detalles de verdadera maternidad.
- Como "M-ártir" –que significa "testigo"–, expresará valentía ante las dificultades, vivirá el anonimato de muchas acciones caritativas y amorosas hechas en lo oculto, y en sentido físico será pisoteada hasta quedar reventada, por testimoniar su amor y su perdón. Este será el grado supremo y heroico de su caridad hecha vida y muerte.

Tan sólo algunas testificaciones de las primeras religiosas que convivieron con ella:

> "Muy temprano salía a hacer su compra en la plaza en Ciempozuelos; y el día que su poco dinero le había alcanzado para comprar alguna vianda mejor que la ordinaria para sus hijas, volvía más contenta.
>
> Si observaba tristeza en alguna, olvidada de sí, llegábase a ella y no se apartaba hasta haber derramado todo el bálsamo de su alma bondadosa sobre la herida, dejándola del todo tranquila y consolada" [33].

32 Cf cap. X, nota 96.
33 RB, pp. 144-145.

Según las directrices prácticas del P. Menni, el trato que debían dedicar a las enfermas debía ser delicadamente religioso:

> He aquí sus palabras: Se les cruzan los brazos de esta manera (y cruzaba él los suyos) y con vendas se los atáis. Tened presente que al carecer de uso de razón, vienen a ser como criaturas pequeñas, y así debéis con ellas hacer las veces de madre. Compadecedlas, amadlas mucho y respetadlas, considerando en ellas representado a Jesucristo; haced por ellas cuanto os sea posible y reconoceos indignas de prestarles vuestros servicios. Os encargo mucho no lastimarlas; deseo que vuestra caridad sea extremada, llegando en este punto hasta sacrificaros por prestar vuestro socorro a estas pobrecitas. Os enseño esto, por si la Santísima Virgen os quiere confiar algunas[34].

Pero será María Angustias la que en su *Relación*, tratado tercero, capítulo noveno, le dedique casi todo el relato a ensalzar su sencillez y caridad:

> "Mis amadas hermanas todas: Siento necesidad de referirles alguna cosita de los muchos ejemplos que observé en el corto espacio que estuvimos reunidas en esta humilde casita. No me detendré referente a las virtudes de nuestra Madre Fundadora, por tener intención (según desea nuestro Padre), de hacer un tratado aparte. Sólo indicaré lo perteneciente a este asunto, o sea, al primer tiempo. Me parece que después de nuestro Padre, esta buena

34 Cf RMA, p. 179.

Madre, María Josefa, tomó mucha parte para que permaneciésemos en la grande paz y unión de corazones en que estábamos. Ella, con caritativo celo, tomaba para sí el peso de las fatigas, dejando para nosotras lo suave y menos molesto.

A pesar de lo malita que estaba, se levantaba a las tres de la mañana para comprar en la plaza algunas cositas que su mucha caridad le hacía creer nos eran necesarias, portándose con nosotras cual madre solícita que, olvidada de sí misma, sólo piensa en cuidar a sus hijitos. Todo lo que le parecía nos sería violento lo reservaba para ella. Sus propias penas las olvidaba y al observar que sus hijas estaban tristes, se valía de cuantos medios le sugería su industriosa caridad, para consolarnos y dejar nuestro espíritu en paz y tranquilidad. Esto lo hacía a costa de sacrificarse a sí misma. En fin, el elevado cargo que la obediencia le confió, sólo le sirvió para servir como humilde esclava a todas sus hijas sin permitirse el más leve descanso, tomando para su uso y propio alimento lo peor que había en casa, continuando este régimen hasta el último día de su vida. Ella se abatía a los pies de todas reconociéndose por la más indigna, pues su profunda humildad no le dio lugar a conocer en sí cosa que fuese digna de aprecio, no obstante que Dios la dotó de extraordinarias prendas tanto en lo moral como en lo físico...

Sólo estábamos cinco, pero el corazón era uno. Nuestras aspiraciones las cifrábamos en desprendernos en el afecto de todo lo creado" [35].

35 *Ibid.,* pp. 169-170.

No olvidemos que el mismo día de su profesión sería declarada Superiora General de la Congregación. Nada le atraían los honores, pero sí las obligaciones y responsabilidades, por eso declaran sus hijas:

> "Era la primera en el servicio a las enfermas, y se adelantaba para encargarse de lo más penoso y repugnante. Puesta de rodillas, les daba de comer con espíritu de fe, y con una veneración que edificaba a todas sus hermanas.
>
> Persuadida que servía a Dios en las enfermas, hacíalo con todo esmero, poniendo en ello toda su alma. Si en accesos de agitación le era preciso sujetar a alguna, no comía ni dormía con sosiego hasta verla libre de las ataduras, blandas siempre como lazadas hechas por la mano del cariño y de la misericordia. El verdadero amor vive de los sacrificios que se impone, al revés del falso, que se mantiene de los sacrificios que exige.
>
> Sabía hacerse amable a todas, y lo hacía por virtud, conociendo que el corazón humano no suele ser justo sino con aquellos que ama.
>
> Dábase toda a todas y a cada una de las religiosas y enfermas de su casa, y en sus actos hacía que resaltase el amor y la benevolencia. Bien sabía que hay muchos corazones, que más que de dinero, tienen hambre de cariño, que siempre les podemos dar. Esto logró que su Comunidad fuese feliz. Un solo pensamiento, un solo corazón y un solo querer, tenían en Dios, representado en su querida Superiora. Era un trasunto de la vida del Cielo su vida" [36].

36 RB, pp. 179-180.

Cuando se estrenaban a vivir su carisma de atención y caridad para las dementes, la Sierva de Dios tuvo auténtico derroche de amor y cariño para la primera enferma que llegó.

Mientras Catalina un poco asustada temía un arrebato en la demente, pensando que al besarle los pies, le propinase un puntapié, fue todo lo contrario, quedó sobrecogida de tanta delicadeza.

> "En verdad que el aspecto de la pobre demente hacía despeluzar el pelo, porque al venir con el peso del calor, estaba sofocada e irritada. Sus ojos centelleaban, pero no se descompuso. Sólo nos miraba al ver que estábamos postradas a sus pies. No obstante que vestíamos de seglar, parece que hasta los que no poseen el uso de su razón, respetan la virtud. Esto nos ha de hacer ver lo hermoso que es el darse a la práctica de la caridad. También brilló admirablemente el poder del Señor al permitir que no se enfureciese; entretanto le besamos los pies. Pero cuando concluimos, se puso tan agitada que nos obligó a valernos de lo que nuestro Padre nos enseñó, sujetándole los brazos y pies.
>
> A la noche puso María Josefa su cama junto a la de la enferma para cuidarla. Temiendo yo que le hiciese daño, le dije: A ver si a media noche le ahoga. Me dijo: Váyase tranquila a acostar, que no querrá Dios que me pase nada. Por lo que al tener ya confiada a nuestros cuidados a una buena religiosa que, por haber perdido sus facultades mentales, necesitaba de nuestros socorros, el gozo y júbilo de nuestro corazón era inexplicable, toda vez que ésta nos representaba a nuestro amado Jesús cuando le vistieron de loco por el amor a sus criaturas.

> Estas consideraciones nos excitaban a querer servirlas con toda caridad" [37].

La incipiente comunidad estaba resultando una parábola viviente sacada del evangelio; sentían vibrar dentro de sí mismas el misterio de la pequeñez proclamada por Cristo: como el grano de mostaza o la levadura en la masa (Mt 13,31-33) o como la imagen del salmo primero (Sal 1,3).

> "A pesar de mi rusticidad, me represento nuestra naciente Institución como un frondoso árbol que, plantado a las corrientes de aguas cristalinas, empieza a dar tantos y tan hermosos retoños que pronto se ve lleno de frutos, hasta obligarle a que alguna de estas ramas, que está muy cargada de fruta, se haya desgajado. Me parece que cuadra esto a la primera rama que tan temprano se desgajó, que fue nuestra virtuosa Madre Fundadora; pues en breve aventajó tanto en la virtud que el olor suave que exhalaba, se extendía a sugerirle industriosos medios de caridad para robar los corazones de las tiernas plantas que Dios confió a sus maternales cuidados, facilitándonos lo escabroso del camino. Las demás ramas que le han seguido, bien que iban también abastecidas de olorosos y sanos frutos" [38].

Como siempre y en todo, la Sierva de Dios iría con el ejemplo por delante, llegando sus mismas hijas a interpretar su caridad de "excesiva":

> "Sin alargarme a lo mucho que habría que referir sobre las virtudes de nuestra Madre Fundadora, indi-

37 RMA, p. 201.
38 *Ibid.,* pp. 214-215.

caré algo: Nuestra Madre virtuosa se vio elevada a una altura que su humildad rechazaba; sólo le sirvió esta elevación para humillarse, teniéndose por la menor de todas. De este cargo se aprovechaba para servir como de esclava a todas sus hijas, cuidando de ellas con amor materno, asistiéndolas con caridad excesiva; con ternura les prestaba los servicios propios de una verdadera madre. Su industriosa caridad le sugería reservar para sí oficios más repugnantes, repartiendo con entrañas de caridad los más suaves y fáciles, cuidando que desempeñasen los que no les perjudicase la salud.

Su conato le ponía en ver de qué medios se valía para lograr que entre todas reinase un amor mutuo, evitando cuanto en ella estaba la menor discordia o desavenencia. Su amor la excitaba a ocuparse de todas las necesidades de sus hijas. Para ella la noche era igual que si fuese el día. Al tener alguna necesidad de su asistencia, con cariño se dedicaba a servirla en todo y por todo. En particular cuando notaba que alguna de sus hijas estaba triste, no sosegaba hasta haberla consolado y dejado tranquila. Valiéndose de los medios que Dios la inspiraba, se nos mostraba afable y benigna, obteniendo que con llaneza le abriéramos el corazón, viendo que si le hubiera sido posible hasta su corazón nos hubiera dado para dejarnos tranquilas. Empero su caridad brillaba más con las de genio díscolo o soberbio, pues su rara prudencia le enseñaba que el hijo que por sus deméritos se hace indigno de que le tengan deferencias es el que la madre debe adolecerse más de él. Lo que hacía con estas pobrecitas era servirlas con más caridad, procurando que nada les faltase y con humildad les rogaba que se tranquilizasen,

dirigiéndoles palabras breves, pero llenas de bondad. Les toleraba sus faltas con paciencia, esperando tiempo oportuno para hacérselas ver. De esto resultaba que, humilladas, reconocían su mal proceder y le pedían perdón. Necesito suspender, porque al hablar de una tan digna Madre no sé acabar. Si Dios no me quita la vida seré más extensa, pues sus acciones eran un compendio de perfección religiosa" [39].

Al reflexionar sobre el siguiente detalle, además de interpretar su caridad en grado heroico, también nosotros la traducimos como caridad "excesiva":

> "Esta brilló de un modo especial en las Hijas de Nuestra Señora, en particular, nuestra Madre Fundadora. Con amor tierno cuidaba a sus hijas, sin quedar satisfecha de hacer lo bastante, empero esto se echaba más de ver al estar alguna enferma; pues al ver a alguna de sus hijas padecer, no sabía cómo hacer para mitigarle sus padecimientos.
>
> Deseo indicar un acto singular que nuestra Madre practicó con una demente. Dicha enferma la recibimos atacada por una viruela alarmante. Le puso para asistirla a sor Montserrat. Una noche observó esta buena hermana que su enferma se le moría; por lo que se fue al común refugio (cual era nuestra Madre Superiora), porque en cuantos apuros teníamos no sosegábamos hasta participarlos a nuestra buena Madre. Aun siendo esto a la una de la noche y estar tan delicada, cuando vio a la Hermana apurada, se echó al suelo para socorrer a la enferma.

39 *Ibid.,* pp. 227-228.

Al verla, por lo diestra que era, comprendió que las fatigas las ocasionaban los gruesos humores que la impedían evacuar (perdónenme la explicación). Con suma caridad y cariño la cogió y se la colocó en su falda. Sugiriéndole su caridad que apartase aquellos humores para facilitar que la naturaleza desahogase. Puesto que este corruptible cuerpo se compone de miserias, resultó que al quitar lo que impedía tener aquel desahogo, se logró que volviese a la vida la que parecía estar muerta, continuando largo tiempo con salud. Sor Montserrat no se saciaba de elogiar la excesiva caridad de su Madre Superiora**.** En vista de tan raros ejemplos, no podíamos por menos que tener que estimularnos a imitar a nuestra Madre" [40].

A estas declaraciones tan vivas y directas de su amiga entrañable María Angustias, podemos añadir testimonios de otras hermanas.

Nos recuerda sor Teresa de Jesús Gener:

"Tuve la dicha de conocerla por primera vez el día 21 de agosto de 1881, que fue el de mi feliz entrada en la religión junto con otra compañera, sor Margarita, e. p. d., nos recibió con un amor y ternura verdaderamente maternal, pues su carácter distintivo era dulzura y bondad junto a una inalterable mansedumbre, y siempre se la veía con la sonrisa en los labios. Así que la conocí desde la fecha indicada hasta su fallecimiento.

Su caridad fue sin límites para con las enfermas, y recomendándonos muy encarecidamente fuéramos nosotras también muy caritativas con ellas, siendo

40 *Ibid.,* p. 232.

condescendientes con las mismas en todo aquello que no produjese perjuicio alguno, ni de ningún género; que fuéramos unas verdadera madres para ellas. Estimulábanos ella misma con su ejemplo yendo siempre delante, y la que primera se presentaba en las ocasiones más expuestas, como sucedió cuando recibió los malos tratamientos de una de las alienadas, doña Dolores Soler, muy agresiva y, además, por efecto de su trastorno mental al parecer obraba como con especie de traición, poniéndonos cara festiva cuando intentaba hacernos alguna; con esto y la poca costumbre por ser en los principios de tratar a enfermas de esta índole y sobre todo la grande caridad de nuestra Madre que por asistirles no se detenía por nada, fue como la golpeó, de que a lo delicada que ya estaba, esto la puso en tal estado que le aceleró la muerte transcurrido un año aproximadamente.

La caridad para con las hermanas subía de punto, hacía para con todas nosotras oficio de verdadera y cariñosa [madre] no perdonando sacrificio ninguno por todas y cada una, pues a todas nos amaba indistintamente, nos atendía a cada una en todas nuestras necesidades espirituales, con la más admirable solicitud escuchaba atenta e incansable cuando acudíamos a ella, como hijitas tiernas a su amante madre, a contarle nuestras penas y exponerle nuestras dudas y cuantas cositas se nos ofrecían, pues todo y mucho más cabía en su grande y maternal corazón, de su lado salíamos consoladas, resolucionadas las dudas y todas las demás cosas quedaban en marcha directa, tranquilas con paz y grandes alientos para proseguir nuestra vida religiosa en fervor, observancia, siquiera fuese a costa de los mayores sacrificios, y alegres.

Nos repetía con muchísima frecuencia [nos] amáramos unas a otras mutuamente, que estuviéramos siempre muy unidas, amándonos todas igualmente y nada de particularidades, que ella a todas nos quería igualmente y esto bien experimentábamos. Su lema predilecto era Hijas mías, sed como ángeles por vuestra unión.

Cuando estábamos enfermas nos visitaba con frecuencia y siempre que podía, permitiéndoselo sus ocupaciones, ella nos servía la comida y nos asistía con tanto amor, con todo cuanto nuestro estado de enfermedad requería, pudiendo decir que nunca nos faltó nada a pesar de la extrema pobreza de aquellos primitivos y venturosos tiempos. En el refectorio casi siempre nos servía ella, y le gustaba mucho y encargaba a la hermana de la cocina que la comida, aunque pobre, estuviese bien condimentada, aunque empleara más tiempo en hacerla, ella misma, muchas veces, iba a la cocina a enseñar a la hermana, me acuerdo que, en una ocasión, me enseñó a arreglar unas lentejas que jamás recuerdo haber comido plato tan exquisito, y, a pesar de haber pasado tantos años, siempre recuerdo esto.

En fin, su caridad no tenía límites, se extendía a tanto que no acabaría, era una madre todo amor e inmolada en el ara del sacrificio por las pobrecitas enfermas, y más si cabe, por las hermanas y con el mismo amor nos recomendaba, nosotras entre sí, y esto lo quería para las que estábamos entonces y las que vendrían en el decurso de los tiempos, que para ella todas éramos lo mismo y a todas quería lo mismo".

Sor María del Refugio García, por su parte, pone esta simple nota, fijándose en la primacía del ejemplo en la caridad de la Sierva de Dios:

> "En cualquier enfermedad o molestia, siempre estaba dispuesta a todo para aliviarnos; pero siendo tan caritativa en lo corporal ¿qué no sería para lo espiritual? Se la notaba un gran celo por el bien de nuestras almas, para que fuésemos muy fervorosas, humildes y obedientes en todo. Ella iba adelante con el ejemplo y una de las faltas que más le disgustaban eran las que ofendían a la santa caridad".

Sor María de la Purificación Aberásturi escribía extensamente, como si no supiese poner término a la caridad sin fin de la Sierva de Dios. En su largo testimonio toca los más variados prismas de esta virtud teologal:

> "Cuando en los Hermanos de san Juan de Dios de Ciempozuelos, se celebraba alguna función de Iglesia, tenía ella (la Sierva de Dios) el gusto de quedarse al cuidado de la casa en cualquier oficio, por mandarnos a nosotras a la función. Decía que disfrutaba ella, con que nosotras tuviéramos esa pequeña expansión".

Según esta hermana, María Josefa se hallaba "abrasada de amor a Dios, y al prójimo por Dios":

> "He terminado de transcribir al papel los sentimientos e impresiones de mi corazón hacia mi querida y virtuosa Madre Fundadora durante el tiempo que tuve la inapreciable dicha de conocerla y estar bajo su sabia dirección, pero cuanto queda dicho es nada comparado con lo mucho que quisiera decir,

pues todo esto no es sino un mínimo y pálido reflejo comparado con la realidad de sus hechos y virtudes practicadas por aquella alma, abrasada toda en amor de Dios y del prójimo por amor de Dios. Que ella, desde el cielo, siga protegiendo su obra para que siguiendo sus ejemplos e imitando sus virtudes, seamos unas fieles hijas suyas en la tierra para que tengamos la dicha de hacerle compañía en el cielo, le pide constantemente ésta que tiene la honra de haberla conocido y recibido sus últimos consejos, preciándose de ser una de sus fieles y amantes hijas".

María Josefa sabía poner las cosas en su punto, aquello de "dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Continúa diciendo sor María de la Purificación:

"Cuando visitaba a las hermanas que estaban con las enfermas en los departamentos, para estimularnos al fervor y conservar la presencia de Dios, su recomendación favorita era ésta: El cuerpo en el suelo y el corazón y el espíritu en el cielo.

No se puede agradecer bastante el celo que tenía nuestra virtuosa Madre para que entre nosotras reinase la más perfecta caridad y la unión mutua, y cuando notaba ella o se daba cuenta de que alguna había tenido con otra la más pequeña palabra, llamaba a ambas les hacía pedirse perdón y, en señal de reconciliación, les mandaba que se diesen un modesto abrazo.

Alabando la caridad de nuestra virtuosa Madre, solía decir una de nuestras enfermas: «Vosotras (así nos trataba ella) nunca llegaréis a la caridad que tenía vuestra Madre. Cuando yo vine, venía sin medias y ella, en seguida, se quitó las suyas para ponérmelas a mí, ¿a que no hacéis eso vosotras?».

Una de nuestras Hermanas (la de más edad) necesitaba bastante tiempo para comer por tener mala dentadura y, con frecuencia, cuando todas habíamos terminado, le faltaba a ella gran parte de lo que le habían servido; muchas veces nos levantábamos para dar gracias y ella hubiera preferido quedarse sin terminar, y nuestra Madre, con mucha frecuencia, le decía: Sor Concepción (así se llamaba la referida Hermana), por amor de Dios, tenga la caridad de quedarse tranquila a terminar de comer".

Sabía muy bien María Josefa, expandir el buen olor de la caridad de Cristo, en los detalles más insignificantes de la vida adaptándose a toda clase de necesidades tanto de profundidad espiritual como de pobreza corporal. Nos dice la referida hermana:

"Para dar consuelo y aliento a sus hijas se desvivía y no perdonaba sacrificio alguno; parecía que el tiempo se le multiplicaba para servir y ayudar a todas y cada una en particular. Para ella, todas éramos iguales. Su dulzura y amabilidad para ganarse los corazones, no tenía límites. En los primeros días de mi ingreso en la comunidad, las comidas se me hacían insoportables, y por más que hacía por vencerme, no me podía acostumbrar; era para mí un grandísimo sacrificio tener que acudir al refectorio. Nuestra buena Madre pronto se dio cuenta de ello y, con mucha caridad, me dijo un día: Hija mía, me voy fijando que no come y así no puede estar, dígame qué tomará, y, en medio de nuestra extremada pobreza me daba leche, chocolate y otras cosas con las cuales me podía alimentar.

En otra ocasión era tanta mi tristeza de ánimo que no tenía ganas de desayunar y, como el refectorio era tan reducido, pronto se dio cuenta nuestra virtuosa Madre, me llamó y me interrogó a ver qué me pasaba, y al contestarle que no tenía nada, su corazón de Madre y su ardiente caridad no quedaron satisfechos, fue a la despensa y me preparó un tónico para que me estimulara las ganas de comer. Si grande era su caridad de Madre en todas nuestras necesidades, redoblaba su cariño cuando teníamos la más pequeña dolencia o indisposición. A la que esto escribe, siendo aún aspirante, le salió un fuerte furúnculo; nuestra amada Madre que para todo parecía tenía don de Dios nuestro Señor, que de todo entendía y para todo servía, como un hábil practicante me hizo una pequeña operación quirúrgica y ella misma me estuvo curando hasta que quedó completamente curado.

Pasados unos días, me volvió a salir otro de la misma forma que el primero y, aunque sentía muchas molestias, me costaba sacrificio volverme a quejar. Un día me notó que en la recreación no estaba mi semblante con la alegría de costumbre y me llamó en seguida diciéndome: Hija mía, ¿qué le pasa?, pues la veo que está muy triste; entonces le dije: es que me ha salido otro grano como el anterior. Me animó cuanto pudo y me dijo que no me apurara, que todo se pasaría. Al día siguiente, como de costumbre, después del desayuno me fui a lavar y no pasó mucho rato sin que se presentara a mi lado y, con su acostumbrada bondad, me dijo: Ud. no está para lavar, y en seguida me mandó a acostar, prestándome ella todos los cuidados con maternal solicitud. Cuando alguna Hermana quedaba en cama, ella

era la primera en ir a visitarla y servirla en todo cuanto necesitaba.

Si grande era su caridad en las necesidades corporales, si cabe era mucho más cuando sufríamos alguna aflicción de espíritu o nos veía con alguna pena o aflicción. Aunque su natural era de vivo carácter, siempre estaba con la misma igualdad de ánimo, y cuando acudíamos a ella con alguna cosa, no le daba ninguna importancia porque no aumentara nuestra pena y sufrimiento.

El mismo celo que tenía por las Hermanas, tenía por las pobrecitas enfermas confiadas a nuestros cuidados. Para todas era madre tierna y cariñosa, y a todas las servía con suma caridad. Tratándose de aliviarlas se fijaba en los más pequeños detalles. Estaba un día, la que esto escribe, en un patio con las enfermas y pasó nuestra amada Madre y me dijo con bondad: fíjese de un modo especial en tal enferma que la he visto que intentaba darse golpes en la cabeza, tenga con ella sumo cuidado para que no se haga daño. Como eran tantas sus ocupaciones que le impedían estar constantemente al servicio de las pobres enfermas, acudía todos los días al acto de dar las comidas a las mismas, las servía con mucha amabilidad y para todas tenía una palabra de aliento y consuelo. Con frecuencia nos exhortaba a que tuviéramos con ellas una ardiente caridad y que debíamos asistirlas con veneración, haciéndonos cargo que, en la persona de las enfermas, servimos al mismo Dios.

Muchas veces les preparaba ella misma la comida, y se le veía que su corazón disfrutaba cuando trabajaba directamente para las enfermas. Su cari-

dad aún era más grande cuando se trataba de las enfermas que necesitaban guardar cama. A éstas, diariamente las visitaba y tenía grandísimo empeño para que las que tenían conocimiento recibieran todos los Sacramentos, a cuyo acto nos hacía asistir a toda la comunidad. Si el estado mental de la enferma no le permitía recibir el Santo Viático, se le daba la Santa Unción, y para este acto también era nuestra Madre la primera que se presentaba a la cabecera de la enferma. Su ardiente caridad con las enfermas fue la causa de que nuestro Señor se la llevara para Sí en temprana edad".

Sor Cruz Cabeza habla de la Sierva de Dios como de una verdadera "Madre", en la que había una "ardiente caridad":

"La caridad que tenía con las Hermanas no se puede transmitir al papel, porque cuanto se quiera decir es nada comparado con la magnanimidad de su corazón maternal. Ella asistía a todas con extraordinaria caridad cuando por alguna indisposición teníamos que guardar cama, y tenía gran satisfacción en servirles la comida y cuantos servicios requería su estado. Trabajaba incansable porque entre nosotras reinara la más perfecta unión y concordia. Su recomendación favorita era que donde quiera que estuviésemos dos Hermanas, fuéramos como dos ángeles y que nos ayudáramos mutuamente las unas a las otras como buenas Hermanas.

Para las pobres enfermas era una verdadera madre; en cuanto estaba de su parte les prodigaba hasta el más pequeño alivio, y hubiera hecho cualquier sacrificio por penoso que fuese, porque las

enfermas estuviesen con alguna comodidad. En una ocasión teníamos a una señora, que estaba muy agitada, sujeta para que no se hiciese daño, y pasó nuestra Madre y viendo que se daba golpes con la cabeza, fue al dormitorio y le trajo una almohada, la aseguró para que no se cayera y de esta manera no se podía hacer daño.

La vela de guardia a las enfermas la hacíamos por turno y cuando ya éramos mayor número de Hermanas, había una que se cuidaba de este oficio. Nuestra Madre, no obstante, se levantaba de noche con frecuencia para ver a las Hermanas y vigilar, también, a ver si las enfermas estaban bien asistidas. Una noche de gran tormenta, todas las enfermas estaban impresionadas y a pesar de estar la Hermana con ellas, no conseguía tranquilizarlas y hacerlas callar. Se levantó nuestra Madre e iba cama por cama animándolas para que no se asustaran, y todas se tranquilizaron de manera que ya no se sintieron más voces.

Nuestra virtuosa Madre amaba mucho su Congregación y sus enfermas. Nuestro Señor le pidió el sacrificio de dejarnos cuando apenas había comenzado a saborear sus frutos, y víctima de su ardiente caridad pasó a mejor vida el día 30 de octubre de 1883, a consecuencia de una enfermedad traumática ocasionada por los golpes recibidos de una de nuestras enfermas.

Que todas sus hijas sepamos imitarla en su ardiente caridad y en el celo de la gloria de Dios, para que algún día nos quepa la dicha de acompañarla y formar parte de nuestra Congregación triunfante en el cielo.

El número de enfermas, repito, era muy reducido, pero a pesar de eso, la caridad de nuestra Madre no consentía que se quedasen solas ni un solo momento. Las velábamos por turno, empezando la primera nuestra Madre y después íbamos siguiendo por orden de numeración".

Sor María del Refugio García apunta a la virtud teologal en profundidad, acertando con la "diana" de Dios; luego bajará al detalle prosaico, pero también caritativo de un refresco en verano dispensado por la Madre, a una enferma que lo necesitaba:

"Nos decía en una ocasión que a pesar de lo mucho que ella apreciaba al Rvdo. Padre, si el Señor dispusiera de llevárselo para Sí, tanto ella como nosotras nos deberíamos resignar con la voluntad del Señor con tranquilidad y paz del espíritu; pues el amor a las personas, aún las más queridas y santas, debe ir siempre fundado y conforme con el amor de Dios. Como servidora era entonces muy joven y de poca experiencia en la vida religiosa, me parecía que esto significaba que la Madre no quería mucho a nuestro Padre, cuando tan dispuesta se encontraba a que el Señor se lo quitase, pero ahora que, gracias a Dios, conozco mejor las cosas, comprendo que nuestra amada Fundadora a todos amaba mucho pero solamente en Dios y para Dios: y por eso nos lo recomendaba tanto.

Cuando yo intentaba venir a la Congregación, que estaba todavía muy a los principios, algunas personas me aconsejaban que no lo hiciese, porque lo pasaría muy mal, pues decían que ni siquiera tenían camas ni qué comer y ponían por delante otras muchas cosas, en fin, lo más desagradable para la naturaleza, pero me sentía con unos deseos tan grandes de ingresar y pertenecer a este Instituto, que no hacía caso de nada y contestaba que si otras perseveraban, también yo podría ayudada de la gracia de Dios. Cuando llegué a Ciempozuelos, me recibieron las hermanas con mucha amabilidad y en particular la Madre Fundadora me abrazó con el mayor cariño y me llevó a su cuarto para descansar un poco del viaje. Yo decía para mí que todo aquello era muy distinto de lo que me habían hablado en el mundo y daba gracias al Señor porque me había traído a su santa casa. Después de haber reposado un rato, me acompañaron para ver la casa y demás; y por la noche me señaló la cama que debía ocupar en el dormitorio general.

El oficio que me señaló fue el de cocinera y por esta causa la veía con mucha frecuencia, porque le gustaba enseñarnos todo como a niñas para que lo hiciésemos con mucho esmero y limpieza, diciendo que, aunque pobre, se debía guisar lo más arreglado y mejor que nos fuera posible, tanto para la comunidad, como para las pobrecitas enfermas y como su corazón era tan grande y generoso todo le parecía poco cuando se trataba de hacer el bien para sus semejantes.

En verano, cuando el calor era excesivo, acostumbraba preparar refresco para las pobres enfermas y a todas se lo repartía desde la primera a la última, a pesar de que nuestra pobreza era bien grande, pero ella gozaba mucho en proporcionarles este alivio".

Es profundo también el testimonio de sor Trinidad Franqueza, al interpretar a la Sierva de Dios como verda-

dera “Madre”, y a la tercera virtud teologal, como el “principal ornamento de su vida”; una “caridad heroica” que “ya no puede llegar más” en su grado. ¿No estaría apuntando con esta frase, a aquella máxima categórica de Cristo, “nadie tiene amor más grande, que el que da la vida por sus amigos”? (Jn 15,13); porque María Josefa la iba a dar bien pronto en holocausto, por sus “amigas” las dementes, sus “joyas”, sus “Cristos locos”.

> “Si en todas las virtudes se distinguió nuestra amada Fundadora, parece que la caridad era su principal ornamento y la que hacía su carácter. Para todas, tanto Hermanas como enfermas, demostraba amor de verdadera madre. Nos enseñaba a cuidar y asear muy bien a las pobres dementes y hacía que nos fuéramos alternando para que todas aprendiéramos a vestirlas y a arreglarlas, recomendándonos que siempre lo hiciéramos con espíritu de fe y con mucho amor.
>
> Cuando falleció la primera demente me llamó para que le ayudara a amortajarla; después llamó a las otras para que vieran cómo la habíamos arreglado y para que rogasen por su alma.
>
> Cuando estábamos enfermas se desvivía por procurar aquellos alivios que nuestra pobreza permitía. Recuerdo que estando servidora algo acatarrada me mandó a acostar y, por la noche, me llevó una taza de flor de malva. Rehusé el tomarla diciendo que no me gustaba tomar tazas de agua, pero me hizo obedecer y la tomé, agradeciéndoselo mucho. Por la noche siguiente se me presentó con la flor de malva en un vaso y le dije que ya la tomaría, pero que tampoco me gustaba en vaso. A la tercera noche vino, la pobrecita, con una cafeterita pequeña que yo había traído de mi casa y me dijo con mucha gracia: A ver si le gustará en cafetera... Entonces me impresioné mucho y le dije: Madre, ya no puede llegar a más ese grado de caridad que tiene. Casos parecidos a éste se podrían referir muchísimos.
>
> El Señor le había concedido especial don de encontrarse en cualquier parte en que ocurriese alguna necesidad para poder remediarla lo mejor que le era posible.
>
> Su heroica caridad fue la que motivó su última enfermedad traumática que le causó la muerte. Al sentir las voces de una enferma demente muy furiosa que resistía a bajarse de una ventana desde donde inconvenientemente insultaba a varias personas de fuera de casa, comprendiendo la Madre que las Hermanas corrían peligro por su actitud amenazadora, se acercó para ayudarles y con suavidad le quería obligar a que bajase, pero el Señor permitió que la enferma, en un fuerte arrebato, se lanzase sobre ella y le diese tales golpes que en lo restante de su vida no tuvo más que achaques y enfermedades, en los que fue también modelo de generosidad para el perdón de las injurias, y manifestó su grande paciencia y resignación”.

Sor María del Rosario Zudaire quiere poner también “su granito de arena” hablando de la caridad de la Madre Fundadora.

“Amor maternal” y “caridad ardiente” son los dos calificativos que más le llaman la atención. Luego se detiene en la “caridad comunitaria” como un consejo y ejemplo inolvidables de la Sierva de Dios:

"De todas las virtudes era acabado modelo, pero resplandecían en ella de modo especial, el amor maternal y su ardiente caridad. De estas dos cualidades o virtudes, cuanto se quiera decir, será como un granito de arena comparado con una montaña, mirando la realidad de los hechos.

En cierta ocasión en que estuve algo enferma y me daba reparo quejarme, cuando ella se dio cuenta me llamó enseguida para interrogarme a ver qué me pasaba y al momento acudió a mi necesidad. Lo propio hacía cuando veía que alguna de nosotras estaba cavilosa y triste; su maternal corazón no descansaba hasta que tranquilizaba a la Hermana y la dejaba contenta. Si ella no bastaba para conseguirlo, la llevaba a nuestro Padre a que la animase, y ella gozaba cuando veía que la hermana había recobrado su alegría espiritual.

Ordinariamente lo primero que hacía, después del desayuno, era visitar las Hermanas si alguna había quedado en cama y asistirlas en todo cuanto necesitaban. Después daba la vuelta por la casa para ver a las pobrecitas enfermas, para las cuales tenía siempre palabras de aliento y consuelo que les hacía llevaderas todas sus penas y aflicciones.

Próxima a expirar, nos encargó que nos habláramos siempre con buenos modales entre nosotras y que no anduviésemos con chismes y puntillos sobre si querían más a una Hermana que a otra, que lo mismo había de ser la que vino la primera que la última, y que nos tratáramos siempre con mucha caridad. También nos dijo que tuviéramos mucha paciencia con las pobrecitas enfermas, que las tratáramos con cariño y amabilidad y que fuéramos para ellas como verdaderas madres, porque no saben lo que hacen y dicen, y muy en particular nos recomendó que los primeros rezos del día debían ser tres avemarías por nuestro Rvdo. Padre Fundador, y que jamás le diéramos en qué sentir y que tuviéramos con él mucha confianza, siéndole muy humildes y obedientes y teniéndole mucho respeto.

Que no nos sacásemos las faltas unas a las otras, y nos encargó mucho también que diéramos buen ejemplo y edificáramos a cuantos nos mirasen".

Para sor María Lorza, la Madre María Josefa era todo un modelo acabado de virtudes, sobresaliendo por su "caridad".

Se acuerda de aquel día 24 de diciembre, víspera de Navidad, en que llena de frío, la Madre le había preparado a ella y a sus compañeras, un brasero en la portería para que se reanimaran.

"El día 24 de diciembre de 1881 tuve la dicha de llegar a nuestra casita de Ciempozuelos, acompañada de sor María de la Purificación. Era la una de la tarde y fuimos recibidas con el mayor cariño por nuestra virtuosa Madre Fundadora, acompañándonos ella durante la comida y todo el resto de la tarde. Como hacía mucho frío nos hizo acercar a un brasero que estaba en la portería para que nos calentáramos. Manifestaba una grande alegría en la recreación por la noche porque se había aumentado el número de hermanas, hizo que bailáramos para que las demás también se animaran y todas lo celebramos mucho.

Nuestra virtuosa Madre era modelo acabado de todas las virtudes, pero las que más sobresalían en ella eran la caridad y su amor a la santa pobreza. Ambas sobresalían en ella de un modo singular. Es muy sabido los rudos trabajos que tuvo que soportar para dar principio a nuestra amada Congregación, no contando para ello con más fondos y recursos que su grande amor de Dios y los vivos deseos de consagrarse a su santo servicio, confiando siempre en la Divina Providencia.

¡Que consideraciones tan delicadas tenía aquella Madre para todas y cada una de sus hijas! Su ardiente caridad no tenía límites y para atender a nuestro bienestar y defendernos un poco del frío, careciendo de mantas, por haberlas puesto a las enfermas que habían ingresado, hizo en una ocasión unas colchonetas con tela de jergones y un poco de paja para que nos las pusiéramos sobre las camas en lugar de mantas. Como el número de enfermas iba siempre en aumento, las camas de hierro que nosotras teníamos las cedimos a las mismas, mas como la habitación en que dormíamos era de tierra para evitar la humedad, hubimos de acomodar los jergones sobre maderas y tablas colocadas al aire y también sobre latas de petróleo.

Mirándonos con una sonrisa de cariñosa madre que infundía en nuestros corazones fuerza para soportar la pobreza y privaciones en que entonces vivíamos, comunicando a nuestro espíritu algo de aquella caridad que la animaba, pues el amor y unión que reinaba entre nosotras, merecía muy bien el renombre de caridad fraterna. Benditos y felices días que tan gratos recuerdos traéis aún hoy a nuestros corazones".

Para sor Rosalía Sesma, la Madre, además de "santa", era "cariñosa", y sobre todo ejemplar en su caridad, tanto para las enfermas como para las hermanas:

> "Nosotras, al ver aquella Madre tan cariñosa y tan santa, no cabíamos de gozo, a mí me parecía que venía a bodas y todas nos quedamos edificadas del fervor y amable trato de nuestra Madre y, al retirarse, nos quedamos con grandes deseos de comenzar nuestra vida hospitalaria imitando a la que Dios nos deparaba por Madre y Modelo.
>
> Su caridad era ejemplar: tanto asistía a las hermanas como a las enfermas, tratándonos a todas con cariño verdaderamente maternal.
>
> En una ocasión me cogió una enferma muy agitada la que me dio algunos golpes quitándome también el tocado. En este apuro llegó nuestra buena Madre, me separó de la enferma y me dio un refresco con no se qué medicamento el cual me hizo tan buen efecto que en seguida se me pasó el gran susto que me llevé.
>
> En otra ocasión me encontraba en el coro bastante mareada y ella, inspirada sin duda por Nuestro Señor, se acercó a servidora y me dijo con aquella bondad que le era tan natural: hija mía ¿qué le pasa? ¿no se encuentra bien?, y me dio un remedio tan eficaz que se me pasó sin necesidad de acostarme. Otra vez me salió un furúnculo en el brazo izquierdo de manera que no lo podía mover y la Madre venía cada día a curarme con un cariño tan de madre que al decirme: hija mía, ¿le duele mucho? y al verla con aquella cara tan angelical me parecía que antes de curarme ya se me quitaba el dolor. A la Madre

Maestra le decía: mire qué regalito le ha dado Nuestro Señor a su hija. No tenía límites su caridad y así, con solicitud maternal, asistía tanto a las hermanas como a las pobres enfermas.

Ella nos servía la comida y a las que conocía que teníamos buen apetito nos repetía la comida y así mismo asistía en todas nuestras necesidades, fijándose hasta en los más pequeños detalles.

Poco antes de morir nos llamó a todas en derredor de su lecho de muerte y nos hizo una fervorosa exhortación para que fuésemos muy fieles a nuestra santa vocación y sobre todo, (cual otro san Juan a sus discípulos) nos recomendó la caridad mutua, que nos amásemos las unas a las otras. Que obedeciéramos ciegamente a nuestro Rvdmo. Padre Fundador porque era un santo. Que tuviéramos mucha caridad con las pobres enfermas y que ella, desde el Cielo, rogaría por todas, hasta por la última que estuviese por venir a la Congregación.

A todas nos abrazó cariñosamente y nos dio como último recuerdo una medalla del Arcángel san Rafael y san Juan de Dios. Al ir a abrazarla dijo: ¡qué hambre tienen mis hijas!"

Extensa es la relación testimonial de sor María del Consuelo López, y si nos habla de una "caridad sin límites" en la Sierva de Dios, lo ameniza con detalles muy curiosos y familiares:

"Su caridad no tenía límites. Era una verdadera Madre, a todas atendía con maternal solicitud, tanto a las Hermanas como a las pobres enfermas. Como ella servía muchas veces la comida en el refectorio a

la Comunidad sabía perfectamente la que comía y la que no lo hacía por alguna causa. A la que esto escribe le sucedió lo que va a continuación. Siendo todavía aspirante, como las comidas y las aguas eran tan distintas de las de nuestro país, me costaba mucho acostumbrarme a la alimentación y con éste motivo tuve un gran trastorno de estómago que no podía hacer la digestión y a las cuatro o cinco horas de haber comido con frecuencia devolvía parte de la comida. Pronto se dio cuenta de ello la Madre y, en medio de tanta pobreza, su gran caridad le hizo ingeniar la preparación de un tónico que me pudiera aliviar y arreglar el estómago. Después de las comidas ponía en un vasito pequeño un poco de vino, echaba un poco de agua y azúcar, le ponía un poco de ácido con bicarbonato de sosa y resultaba una gaseosa tan buena que, después de unas cuantas tomas, quedé completamente mejorada. Pasé una temporada que apenas podía alimentarme por la repugnancia que sentía a toda clase de alimentos. Un día de los que a medio día no había podido comer por la gran repugnancia que sentía, me llamó al refectorio y me llevó una taza de leche (cosa que por entonces por casualidad se veía) para que la tomase, me la puso en nuestro sitio y se retiró cerrando la puerta; al ir a tomarla sentí tanta repugnancia que hice con el pie un pequeño hoyo en el suelo y la tiré; esto lo pude hacer fácilmente, porque nuestra mesa consistía en una tabla pegada a la pared, como el suelo era de tierra y debajo de la tabla no se pisaba, estaba la tierra movediza. Al momento de haber hecho esta operación me hallé sorprendida con la visita de la Madre que había estado observando, todo cuanto hacía, por el agujero de la cerraja de la puerta; abrió-

la con cuidado y con la dulzura de una verdadera Madre me dijo: Hija mía, ¿es que no ha podido V. tomar la leche?, me quedé tan sorprendida y avergonzada que no supe qué contestar y continuó diciendo: yo quisiera que me dijera sencillamente lo que conozca V. que tomaría a gusto y le vendría bien y lo compraremos, píenselo, hija mía, porque si es necesario estamos dispuestos hasta vender un vaso sagrado, sí, hija mía, píenselo y ya me lo dirá; servidora le contesté que no pasaría cuidado que haría cuanto estaba de mi parte para acostumbrarme a todo, que no quería acostumbrarme mal, que ya se me pasaría, como así sucedió, pues para cuando vestí el santo Hábito ya me había acostumbrado a toda clase de alimentos que se ponían entonces.

Cuando estaba mejor, como servidora tenía el sitio muy próximo a la mesa o tabla donde dejaban las comidas para servir, la Madre llena de amabilidad me servía primeramente muy poco y si veía que lo tomaba a gusto me volvía a servir un poco más y así continuaba hasta que en voz muy baja le decía Madre ya me basta, Dios se lo pague. La primera vez que nos pusieron gazpacho, servidora no conocía esa clase de alimento, lo probé, y al sentir aquella frialdad y que estaba ácido, no sé que gesto haría, el caso es que se acercó en seguida y callandito me dijo: ¿no está V. acostumbrada a esto?, y le contesté que no, pero que ya me acostumbraría, entonces me retiró el plato y me puso otra comida que pudiera tomar. Le dije me daba muchísima pena que me sirviera diferente que a las demás Hermanas y me contestó con cariño: hija mía, le pongo diferente porque veo que se esfuerza y le hace daño, si viera que andaba V. con melindres, la dejaría, así que, anímese y tome tranquila lo que se le ponga; a tantas muestras de amor y caridad, sólo pude responder con un agradecido Dios se lo pague.

En el refectorio, no solamente atendía a las necesidades corporales de todas y cada una, sino que también atendía a las necesidades espirituales y para animarnos, con frecuencia nos hacía fervorosas exhortaciones, estimulándonos al fervor, a la práctica del santo silencio, al recogimiento interior. Un día porque era un santo, otro día porque era otro, cada día se daba trazas para decirnos alguna cosita que nos enfervorizaba y se nos hacía suave y llevadera la carga pesada de estar todo el día lavando o en otro oficio penoso. Un día al observar que faltaba una Hermana y ella no sabía donde estaba, habiéndose enterado que estaba en cama por no encontrarse bien, nos dijo que, por el amor de Dios, nos suplicaba que cuando alguna Hermana se encontraba destemplada y no se pudiera levantar con la Comunidad, que le avisara a la Hermana que estaba a su lado y ésta le diera cuenta a la Madre, porque de lo contrario la pobre Hermana estaría sufriendo y no se la podía aliviar.

Con frecuencia nos decía: hijas mías, cuando veo que andan remisas en la alimentación, me dan ganas de mandarlas a la costura y que se estén sentadas sin hacer nada. Otras veces nos decía, la buena novicia debe dejar los platos bien limpios porque sin comer no se puede trabajar. Varias veces, al dar la vuelta por el refectorio, si alguna dejaba parte de la comida en los platos, la cogía, se sentaba en su sitio y se la tomaba, dándonos con esto ejemplo de no pequeña mortificación. Esto ha presenciado,

la que esto escribe, más de una vez. Terminada la comida ella misma recogía los platos sucios y los llevaba a la cocina porque allí estaba el fregadero.

No contenta con servir a las Hermanas en el refectorio lo hacía siempre que podía a las Hermanas que quedaban en cama, con una caridad asombrosa. Un día que estaba servidora haciendo la limpieza del dormitorio, había una Hermana en cama y cuando la Madre subió a visitarla, lo primero que hizo fue pedirla perdón porque no había podido subir antes a verla y servirla en lo que necesitaba. Otra vez la vi subir por la tarde una jícara de chocolate a otra, así que yo estaba edificadísima y confundida al ver tanta humildad unida a una ardiente caridad.

Para que se vea que ella estaba en todo, cuando llegaba el frío decía a la Hermana ropera que se fijara bien en las prendas que llevaban las Hermanas y que las pusiera todo lo necesario, para que fueran bien abrigadas. En una ocasión compró ropa de soldados de paño azul y con ella nos hizo abrigos interiores. Como las enfermas iban en aumento y no quedaban mantas para las camas de las Hermanas, la Rvda. Madre, ayudada de la Madre Maestra, hizo unas colchas con la tela de jergones de dos telas y las llenaron de paja y nos las pusieron en lugar de mantas, las cuales tuvimos en la cama hasta que pudieron comprar mantas. De esto se podría decir mucho más, pero creo que basta para comprender hasta donde llegaba su caridad. He dicho que la Madre asistía a las Hermanas directamente y no sólo lo hacía sirviéndolas por sí misma, sino que cuando pasaba la visita el Señor Médico también le acompañaba para hacerse cargo de todo.

Si mucha caridad tenía con las necesidades corporales no la tenía menor con las espirituales. Cuando veía a alguna Hermana que estaba triste o cavilosa no se tranquilizaba hasta sacarla de aquel estado. La llamaba a su cuarto y como Madre cariñosa la animaba y la alentaba, si tenía necesidad de confesar o consultar alguna duda con nuestro Rvdmo. Padre, ella misma nos llevaba para que nos tranquilizara; en fin, en todo pensaba menos en ella misma, se hacía toda para todas con el fin de ganar muchas almas para Jesús.

No dejaba pasar falta ninguna por pequeña que fuese, continuamente nos avisaba y decía que nunca se cansaría de avisarnos, pero que si veía que no nos enmendábamos, le daría cuenta al Rvdmo. Padre, pero que ella lo hacía porque no quería dar un disgusto al Padre. Siempre que nos hacía alguna exhortación lo primero que nos recomendaba era que rogáramos mucho por el Rvdmo. Padre, para que Nuestro Señor nos lo conservara muchos años.

Cuando faltábamos a alguna hermana a la caridad hablándola con aspereza, nos acusábamos, y la Madre llamaba a la hermana ofendida y, después de hacer alguna reflexión, nos mandaba pedirnos perdón y darnos un afectuoso abrazo, con esto conseguía que entre nosotras no hubiera el más mínimo resentimiento, sino aquella paz y unión de corazones que reinaba en todas nosotras; de manera que éramos 47 pero no había mas que un sentir y pensar, todas nos queríamos mucho, muchísimo; es lo que más me animó y mejor impresión me hizo cuando vine a esta santa casa, ver aquella caridad que se tenían unas con otras, aquello de pedirse perdón con

tanta frecuencia, esto es lo que más me animó. De tal manera introdujo nuestra virtuosa Madre esto de pedirnos perdón ya en particular, ya delante de la comunidad, que cuando faltábamos ninguna nos atrevíamos pasar a la Santa comunión sin antes reconciliarnos con nuestra hermana.

Si su caridad no tenía límites cuando se trataba de asistir a las Hermanas, lo propio hacía con las pobres enfermas de la mente, cada día las visitaba y las trataba con cariño maternal, para todas tenía una palabra de aliento, que las que se daban un poco de cuenta de sus actos, quedaban edificadas. Con el mismo desvelo asistía a las que estaban agitadas y eran agresivas, como a las que estaban tranquilas y con lucidez, para todas era una verdadera Madre y si en algo se distinguía, era en favorecer a las más miserables y desvalidas. Cuando se administraba los Santos sacramentos a las que estaban capaces para ello, todas asistíamos, aunque no fuera más que el sacramento de la Extrema-Unción, siendo la Madre la primera que se presentara a la cabecera de la enferma. Su extraordinaria caridad fue la causa de que una enferma, que aún vive y está en nuestra casa y que entonces era de las más agresivas, en un ataque de agitación, golpeó tanto a la Madre que a consecuencia de los golpes que recibió, quedó gravemente enferma y fue la causa de su muerte".

Para sor María Gabriela Paternain, el amor de la Madre Fundadora era grande y entrañable, aun en los momentos de corrección:

"Lo más hermoso que existía en nuestra amada Madre Fundadora era aquel amor, caridad grande.

Cuando tenía que corregir alguna pequeña falta, nos avisaba dos o tres veces y nos decía: hijas mías, yo siento mucho tener que acudir a nuestro Padre, pero si no se corrigen, con dolor de mi corazón, tendré que acudir a él; lo decía con una dulzura y amabilidad que encantaba y esto mismo nos hacía andar más derechas.

Una vez me corrigió a mí por perder el tiempo, me dio tanta pena al ver que casi no se podía tener en pie de mala que estaba, la pobre no descansaba pensando que yo estaría con pena. Más tarde fui por ver cómo la encontraba y llena de dulzura me dijo: hija mía, ya sabes que yo te amo, todo es por tu bien, ahora te podías ir a acostar porque esta noche te has levantado para darle a la bomba. Era un libro abierto su amante corazón, para nadie guardaba el menor resentimiento. La pobre fue dos veces a Cáceres a buscar enfermas y a la verdad las desgraciadas traían tanta miseria que no se puede hacer idea; al cambiarlas vino nuestra Madre a ayudarnos, le hemos dicho: esta ropa preferible es quemarla y nos contestó: hijas mías, no tenemos para cambiarlas hay que rescaldarlas y lavarlas, y recuerdo lo hicimos casi con los ojos cerrados y hasta le hemos dicho: V. R. se llenará y tendrá compañía porque esto no se explica de otra manera y con su santa simplicidad nos contestó: sí, hijas mías, pero considero que *son perlas* y no digáis nada, ahora mismo me voy a cambiar.

Estuve yo enferma, una congestión cerebral, el médico me mandó sanguijuelas, yo mostré repugnancia y me dijo: hija mía, yo se las pondré. Con tanto cariño me las puso que me dejó edificada y

> dos veces se levantó por la noche temiendo me iría en sangre, era su caridad inagotable; a todas nos asistía cuando estábamos enfermas y lo mismo hacía con las pobrecitas dementes, era una Madre cariñosa para todas, no mandaba como superiora sino como Madre cariñosa".

Pero nos queda el último y más sublime acontecimiento de la breve historia de María Josefa, el punto final el "sí" y el "amén" de su vida, imitando a Cristo, que, según san Pablo: "Cristo Jesús, el Hijo de Dios, no fue primero "sí" y luego "no"; en él, todo se ha convertido en un "sí"; en él, todas las promesas han recibido un "sí". Y por él, podemos responder "Amén" a Dios, para gloria suya" (2 Co 1,19-20).

La vida de María Josefa fue toda ella una tónica de fidelidad, desde aquella fecha lejana de su determinación vocacional –21 de junio fiesta de san Luis Gonzaga–, hasta el holocausto de su vida –30 de octubre de 1883– en aras de la caridad y del perdón.

Aunque de manera tangencial, haya salido este detalle en alguno de los testimonios ya aducidos, se hace imprescindible tratarlo con explicitud y pormenores concretos.

Porque se trata de un broche de oro "único" en la biografía cristiana, al menos dentro del carisma singular de dedicación a personas dementes, que una Fundadora haya sido víctima de una de sus pacientes.

La historia del hecho, la repiten todas las biografías. Las alas de la caridad hospitalaria se estaban expandiendo. Las demandas y peticiones de ingreso apremiaban, y el camino de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, aparecía sembrado de manos tendidas que ansiaban refugiarse en sus casas.

Y comenzaron a llegar enfermas, hasta dejar pequeñas todas las estancias de que disponían hasta entonces.

Un día cualquiera, el 1 de octubre de 1882, las Hermanas recibían a Dolores Soler Núñez. Su enfermedad era grave porque, desde el primer momento, se la recluyó en una habitación de "furiosas".

De complexión vigorosa y bien formada, desde el mismo día de su ingreso no había tenido ni un sólo día de lucidez relativa; siempre entregada a sus delirios incoherentes que eran de constante irascibilidad.

Aquel día sin fecha –como si hubiera de quedar en el olvido– todo ocurrió de manera fulminante.

Estaba recluida en una habitación con verja de hierro que daba a la huerta. Agarrada a la reja de su estancia, un día sofocante del mes de agosto, completamente desnuda, y queriendo escalar no se que alturas, o tal vez soñando con una imposible libertad, un Hermano de San Juan de Dios que trabajaba en la huerta lo advirtió y avisó a las Hermanas para que la retirasen. Y aquí comenzó el drama.

> "Fueron dos, y al sentir la llave, Dolores Soler abandonó la reja; esperó a que entrasen y se lanzó sobre ellas; pero aunque dejándose parte del tocado en las manos de la enferma, se libraron huyendo. En esto pasaba sor María Josefa, y corrió a auxiliarlas; y como lejos de huir se interpusiese y tratase de sujetar a la alienada, ésta, con sus fuerzas hercúleas, que era muy robusta, fornida y de más que regular estatura, hecha una furia, la tiró contra el suelo y la pisoteó. Al sentirse así agredida, exclamó: ¡Virgen Santísima, aquí es mi fin!
>
> Al oírlo las dos, salieron de los cuartos inmediatos donde se habían refugiado, y llamaron a otras

Hermanas. Llegó el alboroto a oídos del Padre, que en aquella hora estaba confesando en la capillita separada del lugar del suceso por un pequeño patio solamente, y entre todos extrajeron a la Madre y sujetaron a la enferma" [41].

Sor María Lorza lo narra así en su testimonio:

"Hacía pocos días que había ingresado en nuestra Casa de Ciempozuelos una enferma llamada Dª Dolores Soler y como aún no había manifestado sus manías se la colocó en una habitación que recibía su luz de una ventana contigua a la huerta. A los pocos días de su permanencia en la casa se encaramó en las rejas de dicha ventana completamente despojada de las ropas que la cubrían, comenzó a llamar la atención de un obrero que se encontraba cultivando la huerta y como los gritos y su aptitud eran completamente descompuestos, dicho obrero se retiró comunicando esto a nuestra virtuosa Madre; ésta acompañada de dos hermanas corrió a la estancia de la enferma, más al abrir la puerta de la habitación la enferma corrió por el pasillo y las dos hermanas para evitar este primer ímpetu se metieron en una de las habitaciones, más nuestra virtuosa Madre al querer atravesar una puerta que terminaba el pasillo, se encontró que estaba cerrada y en el acto la enferma haciendo presa de nuestra Madre, después de haberla tirado al suelo le pisoteó el vientre dejando su interior estropeado. A los gritos salieron nuestra dos hermanas que retiraron a la enferma a su habitación y acompañaron después a nuestra virtuosa Madre hasta la cama en la que permaneció algunos meses sufriendo mucho. Más como su caridad era tan grande, ésta le infundía ánimos para levantarse algunos días a la hora de nuestra comida y después de habernos servido se retiraba de nuevo, pues su estado no le permitía permanecer por más tiempo levantada. Sus dolores de cabeza eran tales que no le era posible llevar tocado y en las horas que dejamos dichas se levantaba, cubría su cabeza con un pañuelo de seda claro".

41 RB, p. 182.

Por su parte, sor María Gabriela Paternain, nos dirá quiénes fueron las dos Hermanas que acudieron a prestar auxilio a la Sierva de Dios, derribada en el suelo por Dolores Soler:

"Respecto a lo que me pregunta de nuestra querida Madre Fundadora, yo no presencié el acto, solo oí contarlo. Las dos Hermanas que fueron encargadas de socorrer a la Madre fueron sor Rafaela y sor Margarita. Las tres iban juntas y éstas dos, al ver lo furiosa que estaba la enferma, se metieron en los cuartos que encontraron abiertos, más al oír a nuestra Madre que exclamó "Virgen Santísima, aquí es mi fin" salieron y vieron a la Madre debajo de los pies de la enferma que la estaba pisoteando. La levantaron y la llevaron a la cama donde permaneció algunos días y le digo, que la Madre era sana, de buen color y mucha vida, más cuando se levantó no era la misma, apenas podía andar y con un sufrimiento continuo hasta que murió".

Hasta aquí la historia del grave incidente que acabaría con la vida de María Josefa. Pero las almas santas no

mueren, pues tienen otra historia con resonancias de eternidad. Y este es el mensaje característico que nos dejó María Josefa, como testimonio heroico de su caridad.

No es extraño, que uno de los últimos consejos que diera a sus hijas fue que "fuésemos muy devotas de la Pasión de Nuestro Señor", dice sor María Gabriela Paternain.

Cuando ya estaba todo preparado para la Pascua, para su "paso" del mundo al Padre, Cristo, en esa hora tensa y definitiva, sólo tuvo palabras de amor y para el amor.

También la Sierva de Dios en su despedida, se mostró abierta, transparente, maternal; era el momento de las máximas confidencias.

Jesús dijo a sus discípulos:

> "Hijitos míos..., os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros. En esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis unos a otros" (Jn 13, 33-35).

En su testamento espiritual María Josefa dijo a sus hijas:

> "Hermanas mías, ámense; ámense sinceramente las unas a las otras... Tengan caridad y paciencia... con las enfermas; sean verdaderamente madres para con ellas. Procuren tratarse bien entre sí con buenos modos. Lo mismo se ha de querer a la primera que a la última".
>
> "Nos encargaba (dice sor San José Morales), que todas nos quisiéramos mucho, pero sin particularidades, porque esto podría traer muchos trastornos y grandes males. Que ella a todas quería con todo su corazón, y a pesar de que pedía a la Santísima Virgen le concediera algunos años más de vida para estar entre nosotras, hacía con gusto el sacrificio de su vida, lo mismo por la primera que vino en su compañía como por la última, y hasta por las que todavía no habían venido. Por Dios les pido, nos decía, que perseveren y no se dejen llevar de las tentaciones del enemigo que trata de quitarnos esta dicha, porque, ¡qué hermoso es morir en la casa del Señor! ¡Yo no soy digna de tanta dicha! Esto lo repetía con frecuencia, añadiendo: ¡Jesús mío, quien siempre te hubiera amado, y nunca te hubiera ofendido!".

En cuanto a la oración del huerto en Getsemaní, ninguna página evangélica nos había explicado con tanta claridad, la distinción de las dos naturalezas que en Jesús convivían, como el momento terrible de la oración.

Jesús era enteramente "hombre", la naturaleza humana actuó en él, plenamente; por eso le repugnó el dolor, le espantó la soledad y le invadió el miedo.

Atenazado por el temor, se atrevió a decir a su Padre: "Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz" (Mt 26,39).

También María Josefa en medio de su agonía que le estaba aproximando a la muerte, no se niega a su holocausto, pero sí expone una ilusión llena de añoranza para el futuro, por la que quería seguir viviendo: "la de fundar siete casas en honor a los siete Dolores de la Virgen":

"La Madre hubiera deseado vivir hasta tener siete casas, pero nos decía que hacía sacrificio de su deseo para que se cumpliese la santísima Voluntad de Dios".

Pero así como el coraje de Jesús fue más fuerte que el desaliento, y regresó a la oración para acomodar su voluntad a la del Padre: “No se haga mi voluntad sino la tuya” (Mt 26,42), así también el querer de la Sierva de Dios se identificó con los planes del Señor: “... pero nuestro Señor quiere de mí otra cosa: cúmplase su adorable voluntad”.

Pero donde llegó el culmen de identificación entre Cristo y la Sierva de Dios fue, cuando él, cosido a la Cruz, pidió perdón para sus enemigos, y María Josefa, pisoteada en el suelo, pidió perdón para la enferma. Veamos:

Jesús, ya crucificado, sentía que la muerte se estaba acercando implacable. Ya no le quedaba ni tiempo ni aliento para muchas palabras; diría tan sólo “las sustanciales”, aquellas que, como carbones encendidos, no pudieran apagarse nunca jamás, y en las que permaneciera no sólo su pensamiento, sino su alma entera, el sentido de cuanto era y cuanto había venido a hacer en este mundo; el último y mejor tesoro de su vida.

Había que poner en práctica lo que tantas veces había predicado: “Amad –había dicho– a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen” (Mt 5,44). “Amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os odian” (Lc 6, 27).

Ahora Jesús, en la Cruz, aprovecha sus últimos momentos de vida para realizar esa oración y llevar a cabo ese amor.

Nada de reproches ni de condenas para el hombre; y por eso, la primera de las palabras “sustanciales” no podía ser otra que la del “perdón” y por eso exclamó: “Padre, perdónalos, porque no saben lo qué hacen” (Lc 23,34).

En verdad, todo hombre –y no sólo sus enemigos– ante Cristo agonizante “no sabe lo qué hace”, pues no saber es parcial, lento, mezclado forzosamente con errores y mediatizado por motivos los más extraños.

La ignorancia de quienes crucificaron a Cristo era voluntaria y por lo mismo culpable; sin embargo, Jesús mitiga en cierto sentido la gravedad de su acción.

Ahí está la misericordia benevolente de Cristo: de todo el drama de la crucifixión, elige tan sólo la pequeña circunstancia “atenuante” y la presenta a la misericordia del Padre.

Aquí podríamos encuadrar, el último gesto de caridad, de “caridad heroica”, de María Josefa Recio. “Perdónala porque no sabe lo que hace”.

Sabemos con detalle las últimas circunstancias del suceso siniestro. Todo discurría normal dentro de las sorpresas que suelen ocurrir en esos centros hospitalarios de dementes.

Desde el momento en que la Sierva de Dios es presa y víctima de la perturbada Dolores Soler Núñez, que con toda la saña de una demente la pisotea sin piedad, María Josefa queda cosida a la Cruz; esa cruz grave e irreversible de la que ya no bajará sino para entregar su espíritu a Dios.

Y es desde el primer momento –como Cristo su primera palabra– cuando la Sierva de Dios pronuncia una palabra heroica: ¡¡¡perdón!!!, para la pobre enferma que “no sabía lo qué estaba haciendo”.

Por eso, en sus expresiones de último testamento espiritual, les hará a sus hijas una petición encarecida: “Tengan caridad y paciencia con las pobres enfermas, siendo con ellas verdaderas madres, pues las pobres no comprenden muchas veces nada de lo que hacen y dicen”.

“Apenas pudo rehacerse un poco, nos rogó que se llevase a la enferma una taza de tila con azahar, pues había tenido un rato de grande excitación y le haría falta tranquilizarse. Ella la perdonó de todo corazón y nos encargó que

hiciésemos lo mismo, pues la pobrecita no era de ningún modo responsable de aquél acto".

"Nuestra virtuosa Madre golpeada como estaba, tuvo alientos para traernos una medicina y nos dijo con su acostumbrada bondad: Tomen hijas mías, que se han asustado mucho. A la enferma no le hagan nada, pues la pobrecita no sabe lo qué hace, le ha dado un ataque de locura".

Hará que se la atienda a Dolores Soler con solicitud, que se le dé algo para calmarla; y en la misma medida pedirá que lo hagan también con las otras dos Hermanas perseguidas y acosadas, a las que la Sierva de Dios preservó de una muerte parecida.

Hay quienes aseguran que en un gesto sobrehumano, fue la misma Madre, quien les preparó y sirvió la tisana tonificante:

> "Le aconsejaron que se acostara; mas sin cuidarse de sí, quiso antes cuidar a sus Hijas y a la alienada.
>
> Preparó tila e hizo que la tomasen las Hermanas, y que éstas la dieran a la demente, recomendándoles que no la castigasen, que tuviesen en cuenta su estado. Tomen sus Caridades esto, les decía; se han asustado mucho, y lleven a la enferma una taza para que se sosiegue del ataque que ha sufrido" [42].

Conclusión: Si Cristo dijo en la última cena, que "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15, 13) estamos seguros que María Josefa, supo darla día a día, para volcarse en amor y caridad en sus últimos momentos como testimonio martirial.

42 RB, p. 183.

SIEMPRE CON MESURA

Es la prudencia aquella virtud cardinal que, residente en la razón práctica, ordena el obrar de la persona y facilita la elección de los medios conducentes a nuestra perfección.

Derivada etimológicamente de la voz latina "prudentia", está vinculada al término "providentia", de "procul videre" = ver desde lejos, o mejor, fijarse en el fin lejano que se intenta, ordenando a él los medios oportunos y previendo las consecuencias.

Ya san Isidoro en sus "Etimologías" define al "prudente" como aquél que ve sobremanera "porro videns", que es perspicaz, que prevé los casos inciertos que pueden ocurrir, destacando la importancia de la providencia.

También ha sido designada la prudencia con una voz más antigua: "discretio", que significa "elección", buen juicio y que está emparentada con el verbo "discérnere", discernir, ya que el "discernimiento" y el buen juicio relativo a los medios, es la médula de la prudencia.

Como toda virtud natural o adquirida, la prudencia no se logra por la realización de actos aislados, sino a través de la *práctica habitual*, de la repetición ordenada y perseverante.

La prudencia así considerada, está íntimamente relacionada con la prudencia sobrenatural e infusa, que tiene por objeto la moralidad sobrenatural, que es un hábito que orienta la elección de los medios con la luz de la razón iluminada por la fe.

La prudencia es la virtud fundamental y la más importante entre las virtudes cardinales, porque la justicia, la fortaleza y la templanza dependen de ella, ya que es la que vincula al sujeto a la medida objetiva de la realidad y lo conecta con el ser de las cosas.

La supremacía de la prudencia quiere decir solamente que la realización del bien exige un conocimiento de la verdad. Las demás virtudes dependen de la prudencia que, en su dimensión cognoscitiva, las pone en contacto con la realidad y que en su aspecto preceptivo ordena el querer y el obrar.

Como "recta razón en el obrar", la prudencia es un conocimiento directivo. Su esfera de competencia es el campo de lo contingente, por eso se distingue de los actos del entendimiento especulativo, cuyo objeto es la verdad necesaria, y cuyo bien es la perfección del conocimiento por la adquisición de la verdad.

La prudencia –como el arte– se ocupa de lo contingente, pero también se distingue de éste último, porque la prudencia se refiere a lo agible, al obrar, mientras que el arte versa sobre lo factible, sobre el hacer. Santo Tomás escribe que "el arte es la recta razón de la producción de las cosas, mientras que la prudencia es la recta razón en el obrar" [1].

Finalmente, la prudencia nos habilita para la elección de los medios conducentes a la perfección. Una vez que la

1 Santo Tomas I-II y 57 a 4.

prudencia habla, las virtudes morales en dependencia de ella, ejecutan bajo su dirección, el acto moral.

Disposición general

Estudiando la biografía de la Sierva de Dios bajo el primero de los enunciados, o sea: su prudencia como disposición general, vamos a sorprenderla cómo supo ella, por un instinto profundamente cristiano, fijarse sabiamente en el camino del bien para no apartarse en ningún momento de las sendas que le conducían a Dios.

En este sentido, sobre todo desde su determinación a cambiar de vida, de buena a más buena, María Josefa fue todo un anhelo por querer descubrir cuál sería lo mejor para agradar a Dios:

- prudente en su determinación silenciosa, no comentando nada, nada más que con su amiga María Angustias;
- prudente en su discernimiento, eligiendo los medios más aptos para darse a Dios;
- prudente en su sencillez, pidiendo consejo a los directores espirituales, a quienes confió sus deseos de perfección y bien pronto su determinación de consagrarse a Dios, tan pronto como quedase libre de sus ataduras y compromisos matrimoniales.

Ya desde bien joven, debía ser prudente en su comportamiento, ya que los Condes de Villamena de Cozvijar, así como las Sras. de Barajas, confiaban y se fiaban de ella para que distribuyese las limosnas que le entregaban en favor de los pobres.

Desde que el año 1871 conoció a María Angustias –así nos lo recuerda ella en su *Relación*– la motivación profunda de su amistad no fue otra que la de convertirla a Dios y, una vez conseguido, caminar las dos juntas alentándose mutuamente, abandonándose con sencillez al sabio consejo de los distintos directores.

Hay muchísimos detalles biográficos que nos recuerdan esta prudente sabiduría de la Sierva de Dios.

En el primer capítulo de la *Relación* nos dice María Angustias, en sentido de una conducta general:

> "...creo ser un deber el recordar cómo Nuestro Señor facilitó los medios por los que nosotras contrajimos tan íntima y santa unión de corazones, en nuestra amistad" [2].

Reconociendo su vida hecha misericordia de Dios, después de recordar a sus virtuosos padres y a los celosos directores, añade:

> "...y para colmo de estas gracias, me presentó mi Jesús el resorte del que se quería valer para conquistarme; siendo ésta la estrella de mi amada Madre Fundadora, en cuya época tenía suma necesidad de hallar a tan fiel amiga. Según recuerdo, sería el año 1871 cuando nos conocimos" [3].

Y María Josefa, trató por todos los medios, pero con mucho tacto y prudencia, conquistarla para Dios.

> "Para explicar cómo el Señor dispuso que nosotras nos uniésemos en amistad, debo decir que a esta virtuosa amiga que el cielo me tenía reservada, nuestro Dios la había dotado de un grande corazón para amarle con todo él; al mismo tiempo poseía en alto grado la esencial virtud para saber amar a Jesucristo, siendo la pequeña flor de la violeta símbolo de la humildad; ésta tan excelente virtud la tenía tan arraigada en su corazón que le hacía ver en su prójimo cualidades especiales dignas de honor, tanto en el orden moral como en el sobrenatural. Al estar adornada de tan bellas disposiciones, durante el tiempo que la traté advertí en ella dos excelentes pasiones que la tiranizaban: 1ª, un insaciable deseo, muy ardiente, por querer saber amar a su Creador; 2ª, un tan profundo conocimiento de su vileza, que de aquí le nacía una tal desconfianza de sí, que no se creía apta para nada de provecho. Por lo que resultaba que, por una parte, deseaba amar a su Dios con la mayor perfección y, por otra, se veía desprovista de las luces necesarias para acertar en asunto tan elevado. Por lo que su humildad le hacía entrar en grandes deseos de poder hallar alguna con quien pudiese compartir estos sus afectos. O si he de ser franca, lo que ella quería encontrar era una fiel compañera que le enseñase y animase a la sublime ciencia de saber amar a Dios con la mayor perfección. Me ocurre pensar que nuestro Señor la ilustró para conocer las muchas luces que a mí había comunicado, para que yo amase a mi Dios con todo mi corazón" [4].

A pesar de encontrar indiferencia y rebeldía en su amiga, María Josefa supo buscar los medios más senci-

2 RMA, p. 39.
3 *Ibid.,* p. 40.
4 *Ibid.,* pp. 42-43.

llos, pero prácticos, para atraer a María Angustias. Es ella quien lo relata:

> "El primer paso que dio para unirse a mí fue mudarse a nuestra casa... Es verdad que nos eran ocultos los designios que la sabiduría de nuestro buen Dios tenía sobre nosotras; pero la divina providencia ya empezaba a trazar todo según sus admirables decretos. En orden a mi asunto, creo que el oficio a que se dedica una tierna madre con preferencia, es al de pastora, apacentando la ovejuela errante del sendero recto a que debe dirigirse" [5].

Según el testimonio de José, el hermano de María Angustias,

> "esa deficiencia (instrucción) quedaba compensada por la perfección de sus obras, su natural disposición y buen juicio" [6].

Y añadía uno de sus sobrinos, Victoriano Guerrero:

> "Como era tan cristiana, ayudaba a su hermana, que era mi madre, a educarnos. Tenía gran celo porque fuéramos buenos y sin cesar nos inculcaba los sentimientos de piedad que albergaba en su alma" [7].

Victoriano nos declara más puntualmente algunos de estos hechos, juntamente con otros:

> "Nos hizo inscribir en la Congregación de san Luis Gonzaga, fundada en la parroquia de San Cecilio. Estando un día en ésta, advirtió que no había quien se prestase a dar al fuelle del órgano y levantándose llego a mí y me dijo: Sube y haz lo que te mande D. Fermín, el cual era el Director de los Luises, quizás el mismo que más tarde fue Canónigo del Sacro Monte y Director espiritual de Josefa.
>
> Acostumbraba llevarnos todos los domingos a confesar y comulgar. Uno no pudo. Pero luego que terminó su indispensable quehacer, marchó a la Iglesia y nos encontró jugando en el camino. Por el tiempo transcurrido desde que salimos de casa, pudo fácilmente conocer que no habíamos cumplido sus órdenes. Entonces nos reprendió y nos llevó con ella; confesamos, comulgamos, oímos misa y de vuelta encargó a nuestra madre que no nos diese de almorzar. A veces nos llevaba al Sacro-Monte. Bien puede decirse que toda la educación de nuestra primera edad es debido a mi tía" [8].

Durante la grave enfermedad de María Angustias, de la que se valió el Señor para tu total conversión a él, la Sierva de Dios, –nos dice su amiga–:

> "...me dio pruebas de su fidelidad, sin embargo de rodearla muchas y graves obligaciones, su industriosa caridad le sugería medios por los que se le facilitaba el poder asistirme; el principal era quitárselo de su propio descanso, pues continuadas noches pasaba junto a nuestra cama consolándome y animándome a sufrir todo por amor del Señor" [9].

5 *Ibid.,* p. 43.
6 RB, p. 22.
7 *Ibid.,* p. 22.
8 *Ibid.,* pp. 23-24.
9 RMA, p. 48.

En el momento más apurado, fue la Sierva de Dios, la que oró a la Virgen y abandonándose en total confianza, adaptó plenamente su querer y deseo a la Voluntad de Dios:

> "Cuando me vio tan malita le dio mucha pena, se fue a su casa y con una grande confianza se postró a los pies de Nuestra Señora y, con fervor, le rogaba (según después me contó) diciéndole: Madre mía, si es de vuestro agrado y ella ha de ser muy buena uniéndonos las dos para algo del servicio de tu Divino Hijo, concédeme, Madre mía, el que no se muera; pero si esto no es, que se cumpla la Divina Voluntad" [10].

Y comenzaron entonces, lo que hubiera sido una utopía impracticable si no hubieran buscado a Dios por todos los medios y maneras:

- largas horas de oración;
- ratos de lectura espiritual;
- prácticas piadosas: el rezo del rosario y el trisagio;
- un vestir austero y ajeno al mundo;
- un horario y régimen de observancias,
- y sobre todo, una dirección espiritual permanente.

He aquí los medios sencillos, pero inspirados, de los que se servían con mesura y consejo, para vivir con autenticidad, aunque en lo oculto, la sabiduría de la vida cristiana saturada de prudencia.

Cuando soñaban fundar un Instituto, aunque María Josefa tenía jovencitas en su trabajo de corte y confección, no consta que obligara a nadie a seguir sus deseos, sino que sugería prudentemente ideas piadosas para que se apartasen del mundo y se animaran a seguir a Cristo.

10 *Ibid.,* pp. 50-51.

El caso más auténtico fue el de la prima de María Angustias que, en lugar de ir con ellas, se fue a Francia como aspirante de las Hermanitas de los Pobres, pero que luego, no probándole aquella Institución, al saber que ellas habían fundado, se fue a Ciempozuelos, perseverando como Hospitalaria hasta el fin de sus días.

Para estar completamente segura y caminar con lealtad por la senda vocacional que ya sentía fuertemente, María Josefa aceptó como medio seguro y eficaz la dirección espiritual, en sus dos campos:

- como educación espiritual por la que se llega al conocimiento y dominio de uno mismo;
- como formación a la docilidad, por la que el alma es llevada a una dependencia y docilidad al espíritu de Dios.

De esta manera caminaría con la sabiduría de los prudentes, segura de no equivocarse.

Fueron tres principalmente: D. José Martín Gutiérrez, D. Fermín Ruiz Vela y san Benito Menni[11].

Desde aquel famoso día, incierto en su fecha, en que esperaban en Granada la llegada del P. Menni, y que una tras otra –Ángeles, María Angustias y María Josefa– se acercaron a su confesonario, la Sierva de Dios,

> "por haber sido algo extensa su confesión y al mismo tiempo ser más despejada que yo, vino ani-

11 Cf cap. V, notas 19, 35 y cap. VII, nota 11.

mándome a que decididamente nos pusiésemos bajo su sabia dirección" [12].

La impresión que recibieron de su trato no pudo ser mejor:

> "Era tal la bondad y afabilidad con se nos mostraba que, cual madre cariñosa, nos acogía con un tan grande amor que no tenía semejanza. Lo profundo de su humildad nos excitaba y no podíamos por menos que sentirnos movidas a seguir las huellas que él nos trazase, señalando la vereda por la que quería le siguiésemos. No era aún tiempo de prever lo cerca que estaba de alistarnos bajo su estandarte que, como verdadero general y fundador de esta milicia esclarecida de Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, tendría que sostener para que con valor marchásemos en pos de Jesús, nuestro Rey celestial" [13].

Esto sería en los comienzos, en esa fascinación primera que Dios pone en la persona vocacionada para atraerla a su servicio.

Luego, no tardando, vendría la segunda parte, la dolorosa y esencial, en la que tendría que luchar heroicamente contra viento y marea para seguir encontrando el camino vocacional inspirado por el Señor.

En las insistencias y persistencias de petición, con que urgían al P. Menni para que las atendiese frente a una llamada de Dios, no había fallos de prudencia por parte de las dos amigas, sino más bien urgencias interiores del

12 RMA, p. 63.
13 *Ibid.,* p. 64.

Señor que las llamaba, de manera misteriosa, a seguir sus pasos en un Instituto incierto por el momento.

También fue "prudencia" a lo divino y bien recia, la reserva y el silencio que tuvieron frente a la familia en su determinación de marchar a Ciempozuelos, pues con esa actitud no pretendían otra cosa que dar primacía al protagonismo de Dios y cualquier imprudencia, podría haber entorpecido y hasta impedido, lo que era todo un misterio de elección divina.

Desde su llegada a Ciempozuelos, el prisma de esta primera virtud cardinal cambiaría bastante:

- sería el silencio a guardar ante la Sra. Joaquina;
- la reserva e indefensión ante los dimes y diretes del pueblo.

> "La verdad de ello es que según lo secreto que andábamos parecía un misterio, y como por desgracia lo que abunda es lo malo, era de sospechar si éste tan caritativo [Padre] nos acogería para cubrir nuestro honor... Con curiosidad deseaban investigar qué causa sería la de venir dos mujeres solas y sin recursos a Ciempozuelos, sólo contando con el trabajo que los Hermanos de San Juan de Dios por caridad nos diesen" [14].

- Los silencios sin esperanza por parte del P. Menni;
- pero sobre todo, la falta de lealtad para con ellas -y esto lo podemos interpretar como grado heroico de prudencia- al escribir bajo cuerda una carta que hubiera podido dar al traste con su vocación y por lo mismo con su fundación.

14 *Ibid*., pp. 107-108.

Lo recuerda María Angustias como algo extremadamente doloroso, dejando sus corazones como aplastados en una prensa hidráulica:

> "En verdad que estas ocurrencias que nuestro Padre sacaba nos aplastaban, quedando nuestro corazón como si le metiesen en una prensa, sin saber a qué atribuir tanta resistencia. Pero el caso más gracioso era que para nuestro objeto era inoportuno manifestarle a nuestro Padre nada que fuese tentación, porque esto daría ocasión a que nuestro proyecto se frustrase y no habríamos salido victoriosas. Por lo que nos acogimos a la misericordia del Señor implorando su asistencia y con ternura decíamos: Jesús mío, ¿qué es lo que queréis de nosotras tan miserables? Asistidas de la gracia, recibimos esta propuesta que nuestro Padre nos hizo con paciencia, diciéndole, que a la verdad, en eso le teníamos mucho que ofrecer al Señor, pero que esperábamos que nuestro buen Jesús todo lo arreglaría, confiando en Dios que nos ayudaría. Estas propuestas nos las hacía cuando venía a Granada. Pero desde Ciempozuelos se valió de otra cosa que nos ocasionó mucha pena. Dirigió a D. Fermín una carta, en la que le decía nos dijese de su parte que volviendo a meditar delante del Señor nuestro asunto, que le inspiraba a que de ningún modo aprobase nuestra resolución. Que a su parecer, en nuestra tierra y con nuestras familias podríamos servir al Señor y hacer bien al prójimo. Fácil es comprender lo que el citado discurso nos proporcionaría de sentimiento, pues cuando esperábamos el permiso para salir de Granada a cabo de tantos meses, nos encontrábamos en el mismo sitio sin la más leve esperanza. En verdad que estas vueltas y revueltas, nos hacía sufrir un martirio, puesto que cada día se le ofrecían nuevas dificultades" [15].

En el momento crítico de la encrucijada vocacional, y que en la biografía de la Sierva de Dios la hemos titulado "la última prueba", allí su prudencia, en lugar de refugiarse en el silencio paciente, se hizo grito en defensa de los derechos de Dios. Cuando las envió a Madrid para ver si las Religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos las admitían, María Josefa, discerniendo con claridad el momento, con fortaleza inusitada dijo al P. Menni:

> "Padre, con la gracia del Señor procuraremos obedecerle, pero no se consienta que vamos a continuar. No, de ninguna manera será esto. Nuestro Señor nos ha traído para otra cosa; yo pienso que no nos separaremos del lado de Su Reverencia para que plantee alguna cosa en la cual nosotras tomemos parte" [16].

Y volvió a repetirse esta defensa, cuando la Superiora de las Religiosas de la Sagrada Familia, les hizo que se presentasen al Sr. Obispo.

La conclusión del escrutinio fue tajante: María Angustias como enferma crónica quedaba rechazada, aunque sería admitida María Josefa. Fue entonces cuando la Sierva de Dios abrió los labios para explicar con firmeza que si María Angustias no podía ser admitida, ella tampoco se quedaba, pues era el Señor quien las había unido para que juntas se consagrasen a él solo.

15 *Ibid.,* pp. 86-87.
16 *Ibid*., p. 115.

"Con humildad le manifestamos que al no quedar las dos, era imposible quedase Pepa (María Josefa), puesto que nuestro Señor nos unió a ambas, para que unidas nos consagremos a él".

Virtud particular

Una vez estudiada la virtud cardinal de la prudencia, como disposición general, vamos a examinarla con hechos y testimonios como virtud particular, en cuanto que la Sierva de Dios la vivió como superiora de la Comunidad, con sus cualidades de

- discernimiento y buen ejemplo
- aptitudes de gobierno y servicio,
- y de su consejo acertado.

El P. Benito Menni, en fuerza a las oraciones de sus hijas, moralmente se vio obligado a tomar una seria determinación sobre el futuro de las dos aspirantes. Y aunque no existe todavía la gracia convincente y especial que recibieran el 19 de noviembre de 1880, en la fiesta de santa Isabel de Hungría, en que según su propia expresión, tomó la "loca resolución" de crear la Fundación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús[17], sin embargo, comenzará a abrir las puertas a las primeras vocaciones que estaban surgiendo, de modo que necesitaba dar cuerpo regular al pequeño grupo de las cinco primeras, que luego se multiplicarían misteriosamente.

Una vez organizada la pequeña comunidad:

- por un horario exacto,

17 Cf cap. IX, nota 104.

- por unas prácticas de rezos, de lectura y trabajo común,
- sólo quedaba distribuir los cargos entre las Hermanas.

Esto fue en un momento secundario, pues los primeros inicios de superiorato fueron expuestos en confidencia en aquel día en que las dos aspirantes fueron al Convento de Santa Clara. Nos lo recuerda María Angustias en su *Relación* al titular el capítulo tercero del tratado segundo con este epígrafe: "De la industria de que se valió nuestro Padre, para designar a "Pepa" (María Josefa) como mi Superiora", y comenta, cómo en el mismo sacramento de la confesión, donde ella se había acusado de una falta de obediencia a Pepa,

> "...mi Reverendo Padre, inspirado de Dios, me contestó: Sí, hija mía, pide perdón al Señor, porque debes de reconocerla por tu verdadera Superiora. Yo, que por misericordia divina siempre la respeté, cuando esto oí me alegré. Esto de haber ilustrado el Señor a mi Padre para que al estar yo a sus pies humillada, acusándome de mis miserias, me diese a mi buena compañera por superiora, lo he reconocido por una especial gracia, puesto que en el acto de estar recibiendo tan santo sacramento de la penitencia en tan santo tribunal, fui admitida por la primera súbdita de las Hijas de Nuestra Señora. Aunque de ello me reconozco indigna"[18].

Pero como si se hubiera precipitado en su decisión, el P. Menni da pasos atrás y vuelve a preguntar a María Angustias como pidiéndole opinión y consejo:

18 RMA, pp. 128-129.

> "A más de esto, te parece a ti, hija mía, que ponga de superiora a María Josefa; porque, al fin, ella es de más edad y disposición que tú; qué te parece, dímelo. A la verdad que yo sentía vergüenza que me hiciera estas preguntas, que me confundía de tan rara humildad. Le dije: Padre, hace años que la respeto por superior a mí; al mismo tiempo veo mi incapacidad para cosa tan superior a mi flaqueza. Fue tanto lo que mi corazón se enterneció por tan consoladoras noticias, que al reconocerme por indigna de tales favores rogué a mi Padre me permitiese el dormir en la tierra, sólo con una almohada. Pero su prudencia le sugirió lo que a mí más me convenía, siendo el mortificar el amor propio; por lo que no le pareció acceder" [19].

Será más tarde, cuando el P. Benito Menni trace un plan concreto, ya que había esperanzas de reclutar vocaciones, "inspirado por Dios, eligió a María Josefa por superiora":

> "Empezó a decirnos... que, supuesto que ya formáis comunidad, deseo que con grande fervor deis principio a la vida de observancia regular, en tanto pueda ser, para cuyo objeto y mayor mérito vuestro quiero que con humilde sujeción respetéis a una como a vuestra superiora, según cuanto he pensado delante del Señor; ésta será María Josefa. Sí, hijas mías, sed muy humildes y obedientes, teniendo grande confianza en el Señor que es nuestro Padre" [20].

19 *Ibid*., p. 130.
20 *Ibid.,* p. 145.

A pesar de estas expresiones tan halagadoras, fue en este tiempo –el mismo día que se estrenaba la nueva casa de las Granadas– cuando ocurrió algo misteriosamente siniestro, y que hasta el momento no ha tenido explicaciones convincentes, pero que en la conducta de la Sierva de Dios tiene visos de heroicidad.

Le llega una orden tajante, sin razones que sepamos, por la que el P. Menni la destituye de Superiora, y nombra en su lugar a Rita Morales. Pero esta destitución misteriosa sólo dura unos días, hasta el 25 de marzo de 1881; y con la misma facilidad y simpleza con que fue quitada, fue restituida en su cargo, no habiendo por parte de la Sierva de Dios otra explicación que la de un silencio humilde.

¿Puede traducirse esta actitud prudente en su padecer callado, como gesto heroico? Creemos que sí. Por eso sigue diciendo María Angustias":

> "...se dignó la Santísima Virgen, como en los designios de Dios estaba decretado, que esta humilde sierva María Josefa fuese la electa para superiora de su predilecta institución y que si bien carecía de ciertas dotes, no importaba, puesto que ella poseía toda la ciencia y con largueza se la podía comunicar, dando con esto a entender para este objeto que había allanado lo mucho que nos impedía salir libres de ataduras de sangre.
>
> Los juicios de Dios son insondables para efectuar las obras de su poder" [21].

Y añade:

> "...respecto a la orden de volver a su puesto a María Josefa, debo decir que corto tiempo fue sufi-

21 *Ibid.,* p. 183.

ciente para cerciorarse de que ella era la que con más acierto ocupaba tan elevado puesto, pues habría sido estar ciegos para no ver el vacío que ella llenaba. Estaba hambrienta porque lo volviese a llenar...

Ciertos detalles no son para escribir, por cuyo motivo procedió nuestro Padre, acompañado del señor cura párroco, a elegir por superiora de estas pobres hermanas que se preparaban a recibir la gracia de emprender vida religiosa, a María Josefa, quedando todas en paz y santa alegría. Nuestra buena hermana, con humildad y por obedecer, tomó sobre sí el peso del nuevo cargo" [22].

Y así fue anunciado el empleo de la nueva Superiora: "María Josefa, de superiora, trabajando como si fuera la esclava de todas".

Podríamos comenzar este segundo apartado, con la frase atribuida a santo Tomás:

- el santo que nos santifique,
- el sabio que nos adoctrine y enseñe,
- y que el prudente nos gobierne.

Por ser propio de la virtud de la prudencia el saber discernir, se la interpreta como "el que ve de lejos = procul videre" o esa especie de "pro-videns" = de providencia que consiste en una habilidad ligada a la práctica, o aquella capacidad virtuosa de regular de manera conveniente y ordenada las acciones y actividades para conseguir el fin perseguido.

22 *Ibid.,* p. 186.

El N. T. la describe en términos de comportamiento adecuado a la razón, actitud de seguir el querer de Dios, de discernir su voluntad (cf Mt 7,24-27; Lc 16,1-9; Rm 8,5; 11,25; 12,16; 1 Co 1,17-21).

La prudencia tiene como característica el dirigir la acción a su fin, de manera adecuada; por eso se trata de una virtud intelectual ya que perfecciona la razón; y de una virtud moral, en cuanto perfecciona la razón practica[23].

En cuanto virtud que perfecciona la razón práctica "recta ratio agibilium", la recta razón de las cosas que hay que hacer***,*** la prudencia no tiene objeto propio como las otras virtudes, pero está presente en todo acto virtuoso con sus circunstancias.

Por esta fisonomía tan particular de la prudencia, se la coloca dentro del dinamismo de la génesis de toda decisión moral.

La estructura discursiva del conocimiento humano, hace necesaria una virtud de discernimiento, objetivo del bien moral, del bien verdadero del hombre; exige una disciplina virtuosa de la actividad de la razón práctica, que valore las circunstancias de un acto moral y efectúe la jerarquización de los bienes.

Por lo tanto, se la puede definir como "la connaturalización de la razón con las condiciones del bien humano".

Hay varias virtudes secundarias que forman parte de la prudencia:

- la circunspección, mesura, precaución, moderación;
- la deliberación, o sea, el meditar detenidamente los pros y los contras, pedir consejo;

23 Santo Tomas II,II; g 47, art 4, ad 13.

- la cautela, o sea, la precaución y la reserva;
- una sagacidad buena que consiste en ser despabilado, ingenioso;
- y la docilidad y obediencia.

Veamos ahora los testimonios vivientes de las Hermanas que estuvieron con ella y cómo recuerdan a la Sierva de Dios como "Superiora" en sus distintos prismas y enfoques de gobierno, caridad, ejemplo, servicio, etc.

Pero antes de nada, recordemos algunos detalles caracteriológicos, sacados del informe grafológico que de la firma de la Sierva de Dios, hiciera Dª Amparo Alcalá Velázquez[24].

Según esta psicólogo-grafólogo, María Josefa:

> "...posee una buena disposición hacia el orden y la organización en general. Enormemente resistente a las dificultades, con un sentido de responsabilidad acusado, y una gran fuerza de voluntad, pone de su parte mucho más de lo que puede, para lograr los objetivos que se propone.
>
> Su gran capacidad de iniciativa y elevadas dotes de convicción, le inclinan (habilitan), a ostentar el poder. Pero este poder está siempre bien ejercido, con una gran seguridad en sí misma y una afectividad hacia quien domina.
>
> Persona convencida de su propio valer con aspiraciones importantes, pero su espíritu práctico y realista le lleva a plantearse metas que puede alcanzar. Sus objetivos son pocos y concretos, y es capaz de sacrificarse y concentrar todas sus facultades para conseguirlos.

24 Cf cap. X, nota 96.

> Sus decisiones muy razonadas y reflexivas. Antes de actuar mide todos los pasos que piensa dar, hasta que ha llegado a la conclusión de que las circunstancias son propicias, utilizando la prudencia y la moderación. Tiene corazonadas a las que atiende, revisándolas para ver si son útiles".

Hasta aquí el informe grafológico, aunque conviene leerlo en su totalidad.

Veamos ahora, cómo los testimonios de las Hermanas que convivieron con la Sierva de Dios, constatan y ratifican esta descripción grafológica, añadiendo muchos detalles sobre su entrega, su mesura, su consejo prudente y su donación en caridad de servicio.

Nos dice sor María del Refugio García:

> "Tenía especial don de gobierno y era tal su prudencia en dirigirlo todo, que a todas nos tenía contentas y todas la queríamos muy en verdad. Con mucha razón pudo decir nuestro Padre Fundador algún tiempo después de la muerte de la Madre: ¡Oh qué manto tan grande falta!, y era verdad, porque hasta entonces todas nuestras faltas y debilidades se cubrían con caritativo celo y gran virtud.
>
> Aunque era joven, tenía mucha madurez en sus actos y previsión para todas las cosas. Al tener que hacer una nueva cocina, porque la primera ya resultaba pequeña para tanto personal, dijo a los trabajadores que no la pusiesen muy alta, y de manera y forma que no se les hiciese penoso a las Hermanas pequeñas o de mediana estatura, porque ella presentía que sería el mayor número de las que habían de tomar parte en su Congregación.

A nosotras nos recomendaba que procurásemos alimentarnos lo suficiente para poder trabajar y que no hiciésemos tonterías ni melindres en las comidas, porque, nos decía: ahora son jóvenes y de momento no lo notarán, pero después que se pierde la salud, es difícil recobrarla y entonces el mal no tendrá remedio.

Recuerdo que en una ocasión, en el recreo, algunas Hermanas entablaron una conversación relativa a los confesores, diciendo que si había algunos mejores que otros, etc., en fin, la Madre se puso muy seria y les avisó que cortaran tal conversación y reuniéndonos a todas nos dijo que antes prefería que se quemase el convento, que tener religiosas murmuradoras en su casa".

La misma cofundadora María Angustias, nos hablará de la presteza en asistir a los actos regulares:

"A nuestra Madre Fundadora, ni el peso de sus obligaciones y sus padecimientos le evitaban ser la primera en los actos comunes. Al ser su virtud sólida, nada le impedía dispensarse del rigor de la observancia" [25].

Precisamente fue con ella con quien tuvo un gesto de prudencia subrayado: Cuando aquel domingo solemnísimo, 4 de junio de 1882, fiesta de la Santísima Trinidad, se consagraron por la profesión las primeras novicias, y María Angustias no se decidió: podemos suponer el dolor moral de la Sierva de Dios ante la postura negativa de su amiga entrañable, sin embargo no la coaccionó absolutamente en nada.

25 RMA, p. 234.

Más tarde, cuando profesó el día 1 de noviembre, fiesta de Todos los Santos, comenta María Angustias espontáneamente: "Mi madre Fundadora se consoló al ver que yo hice mis votos" [26].

A sor María del Milagro Salanueva le impresionaban los "avisos" que daba después de las comidas:

"Era una verdadera madre que cuidaba de las cosas de sus hijas. Siempre que daba gracias en el refectorio, después de las comidas, nos daba muchos avisos... No podía ver sufrir a nadie, de todo se ocupaba; a servidora también mandaba poner en la comida, que teníamos muy pobre, siempre me ponían alguna cosita que las demás no tenían. Preocupándome algo, una de las veces que fui a comer a la segunda mesa le dije a la hermana refitolera que me daba pena que a mí me ponían cosas que a las demás no les ponían, y contestó la hermana que la Rvda. Madre le había encargado porque servidora era de una naturaleza muy endeble. Era una cosa especial para todas; a la hermana ropera le encargaba se fijara mucho cómo íbamos de ropa y que nos pusiera de lo que necesitásemos.

En los avisos que nos daba, siempre nos encargaba que, por amor de Dios, no le diéramos ningún disgusto a nuestro Rvdo. Padre, que ella nos lo diría siete u ocho veces y si no nos enmendábamos se lo diría, pero a último remedio. Parecían dos santos.

Con las pobres enfermas lo mismo; parecían todas hijas propias, qué amor y cariño; todo lo quería hacer ella; así murió mártir de una que le dejó

26 *Ibid.,* p. 237.

enferma, y sufrió un año la enfermedad como una santa. Cuando algunas noches nos llamaban creyendo que moría, qué fervorosa y qué consejos. Y lo mismo cuando iba a verla un sobrinito suyo llamado Juanito. Muchas veces nos decía: hijas mías, mi deseo hubiera sido vivir hasta conocer siete fundaciones en honor de los siete dolores, pero que se cumpla la voluntad de Dios.

A nosotras siempre nos recomendaba que por amor de Dios no fuéramos nunca una hermana sola a asistir a las enfermas, que era muy expuesto, que teníamos que evitar desgracias, que ellas, las pobrecitas, no saben lo que se hacen y que las tratásemos como imágenes de Jesucristo y que todo lo hiciéramos con ellas como si fuera a él mismo. Nos animaba mucho para sufrir todo por su amor, todas sus palabras parecía que se entraban dentro de lo más hondo del corazón... y siempre encargándonos que tuviéramos mucha caridad la unas para las otras, que todas las cosas echaríamos a buena parte, que viviésemos como Ángeles, de un modo especial que a nuestro Padre Fundador no le diéramos disgustos, que fuéramos muy observantes de las Reglas y Constituciones y que a todas las hermanas que vinieran les dijésemos lo mismo.

A una hermana que andaba un tanto inquieta, le dio este consejo: Hasta en las cosas buenas, todo ha de ir con orden.

También un día que vio que no comí como acostumbraba, me llamó y me dijo: hija mía, ¿no se encuentra bien? me he fijado que no ha comido como otras veces. Le dije que me sentía con mucho ardor de estómago, pero que no hiciera caso, que ya

se me pasaría. Al día siguiente me llevó al Médico para que me visitara. El señor Médico que al explicarme conoció que pasaba mucha sed, que no era otra cosa y, por consiguiente, que no pasara sed, que en seguida me pasaría. Al retirarnos de la visita del señor Médico me dijo nuestra Rvda. Madre: Vd. tiene que hacer la caridad de beber agua siempre que tenga Vd. sed y no espere ni a las nueve ni a las tres, que son las horas que se puede beber sin permiso. Así lo hice todo el verano. No hacía más que fijarse hasta en los más pequeños detalles para nuestro alivio.

También estando comiendo la Comunidad, al terminar de comer tocó la campanilla para dar gracias y al ponernos de pie se fijó que una hermana no había terminado de comer, y nos avisó que, cuando se tocaba la campanilla, si alguna no había terminado, se quedaran tranquilas a comer hasta que terminaran. Este aviso creo lo daría porque como quería aprovechar todos los minutos, no quería sacrificar a nadie.

Cuando estaba alguna hermana en cama, era extremosa para que no le faltara nada asistida por ella misma y, una vez que se levantaba, se fijaba mucho en ella, en la alimentación y que no trabajara mucho.

Siempre que comíamos, se levantaba de la mesa a recoger los platos sucios.

Los días que teníamos lavado nos recomendaba, que si teníamos alguna prenda mojada, que lo dijésemos para que nos dieran otra. Nos decía que, por amor de Dios, no estuviéramos mojadas, que era causa de muchas enfermedades.

También nos recomendaba, de un modo especial, nos ayudásemos las unas a las otras. Eran tantos los actos que se veían en esto que no pasaba una hermana con un cubo de agua que encontrándose con otra se lo quisiera quitar de la mano. Todas andábamos a porfía, si era lavando, las unas a las otras quitándonos las prendas grandes para aliviar. En aquellos tiempos como se hacía el lavado de la ropa de Hermanos y enfermos, había unas prendas muy grandes de mucho peso, como capas, chaquetones y demás".

Sor María de la Purificación Aberásturi nos recuerda gestos de su bondad, desde el primer día que ingresó en el Instituto:

"Al llegar a nuestra casita, salió a abrirnos la puerta nuestra virtuosa Madre Fundadora, que nos recibió con bondad más que paternal y nos abrazó tiernamente.

Su dulzura y amabilidad habían ganado ya mi corazón y me tenían encantada, y a pesar de hallarme lejos de mi casa, el amor y cariño de nuestra Madre me habían hecho olvidar los cariños paternales.

Un día que estaba fregando platos, rompí cinco de una vez y con ello me entró un grandísimo apuro. Al ir a notificárselo, viéndome apenada por lo que me había ocurrido me dijo llena da amabilidad: Hija mía, no se apure ni lleve mal rato, ya están rotos y ya no tiene remedio, así que no se preocupe ni se acuerde de ellos.

En otra ocasión me mandó que sacara agua del pozo con una jarra, y no recuerdo qué me pudo

acontecer o si tardé más del tiempo necesario, lo que sí recuerdo es que, cuando volvía a entregarle la jarra, salió a mi encuentro toda afligida y me dijo: ¡qué mal rato me ha hecho pasar al ver que tardaba, me estaba preocupando si se habría caído al pozo!

Otro día venía de la calle y perdí una servilleta; como era tanta la escasez que de todo teníamos, aumentaba más nuestra aflicción cuando teníamos que darle cuenta de alguna falta de éstas, y con suma dulzura me animó a que no me llevara mal rato por ella, que Dios nuestro Señor ya nos daría para otra si era su voluntad, y que tal vez la habría hallado alguna persona que tuviera más necesidad que nosotras. Viendo en ella tanta bondad y caridad, nos animábamos a darle cuenta hasta de las cosas más insignificantes"

Para sor Trinidad Franqueza el carácter de la Sierva de Dios era dulce y fuerte a la vez:

"Su carácter era muy dulce y suave, aunque por su cargo estaba obligada a mandar, y a veces a reprender, nunca lo hacía con imperio o altivez, sino como quien ruega, y en caso de avisar de algún descuido o falta, siempre era con moderación y manifestando claramente lo mucho que sufría al hacerlo. Hablaba muy moderada y no empleaba muchas palabras, sobre todo en horas de silencio del que era sumamente observante.

Era superiora, pero se le conocía solamente en que era la más dada al trabajo y al sacrificio para poder aliviar a los demás. En todo estaba y para todo se prestaba.

Cuando llegaba el caso, tenía también entereza para que cada cual cumpliese su deber, y era muy prudente y previsora en todo.

Cierta joven de esta villa de Ciempozuelos, hermana de un sacerdote llamado D. Justo, deseaba ingresar con nosotras, pero le hacía oposición su familia. Ella, cansada ya de luchas, se presentó una mañana muy temprano en nuestra casa diciendo que de allí no salía por nada de este mundo. La Madre, aunque deseaba tener vocaciones, no creyó ser conveniente el que en aquella forma se le admitiese y fue enseguida a consultar con el Sr. Cura Párroco para ver qué convenía hacer. Este le aconsejó que aguardara hasta ver qué resolución tomaba la familia; y no se hicieron esperar, pues, a media mañana, se presentaron en actitud y con modales bastante desagradables, pidiendo que inmediatamente se les entregara la joven".

Lo que más impresiona a sor María Rosario Zudaire son los gestos maternales, tanto en lo espiritual como temporal que tenía con ellas:

"El día 21 de enero de 1882, llegamos a Madrid varias jóvenes procedentes de Navarra. Salió a esperarnos nuestra virtuosa Madre Fundadora acompañada de sor San José, en cuya compañía vinimos hasta Ciempozuelos. En el trayecto de Madrid a Ciempozuelos, todas veníamos muy alegres y contentas. Servidora, aunque de buenos sentimientos y noble corazón, tenía muy poco conocimiento de la virtud y modestia religiosa y, a pesar de que veníamos con las arriba citadas y cuya modestia era ejemplar, se me escapaban algunas palabras

que, aunque no malas, desdecía algo de la modestia religiosa, pero su ardiente caridad no le permitía decirme nada en aquella ocasión; su silencio y modestia fueron las que me enseñaron a entrar un poco dentro de mí misma y ver que aquello no era propio de religiosas. Al llegar a nuestra casita se hallaba en ella nuestro Padre Fundador, y nuestra virtuosa Madre nos llevó enseguida a saludarlo y se mostró muy satisfecha porque se aumentaba el número de sus hijas. Después nos llevó a la humilde capilla que, aunque pobrísima, inspiraba fervor y devoción.

Era para nosotras verdadera madre en lo espiritual y en lo temporal: a todas nuestras necesidades acudía siempre con maternal solicitud. Servidora era de carácter un poco fuerte y difícil de gobernar. En una ocasión que hacía mucho frío, con su ardiente caridad vino ella misma a ponerme un mantón para abrigarme y servidora se lo desprecié, diciéndole no tenía de él necesidad. Después me llamó la atención sobre esta falta y con dulzura y amabilidad me reprendió para que tuviese cuidado de no caer en ella otra vez, sino que recibiera con humildad cuanto en mi favor hicieran, aunque estuviese persuadida de que no tenía necesidad. Después de conocer mi falta le pedí perdón y prometí no volverlo a hacer.

Cuando alguna Hermana no sabía hacer alguna labor de la que era mandada, lo disimulaba y enseñaba con gran caridad sin dar a ello importancia. A la que esto escribe mandó un día fregar la portería a cuya labor no estaba acostumbrada, y en vez de limpiar, lo que hice fue dejar el suelo lleno de agua y ensuciarlo más. Llegó por allí nuestra buena Madre y

al ver mi labor no me llamó la atención porque estaba mal hecha, sino que, con suavidad me ordenó que hiciera otra cosa hasta que, poco a poco, me fui acostumbrando.

Que cuando tuviéramos que decir alguna cosa, no fuéramos a contarlo a ésta ni a aquella Hermana, sino que todo lo consultáramos con nuestro Padre, siguiendo dócilmente sus consejos.

Amábamos a nuestra Madre con ternura y de ello estaba muy convencido nuestro Padre Fundador. Un día nos dijo que nos iba a traer otra superiora y nosotras nos apuramos y alarmamos quedando sumamente impresionadas; nos creíamos que tal vez nos traería de alguna otra comunidad. Acudimos a la Madre protestando contra ello y ella, con mucha humildad, nos decía: Sí, hijas mías, dejémosle que venga cualquiera de superiora que a ella obedeceremos con humildad. Después volvió nuestro Padre diciéndonos que ya estaba la superiora y la teníamos que recibir en la capilla con velas encendidas. Puede considerar el lector lo impresionados que estarían nuestros ánimos y qué sorpresa sería la nuestra, cuando al recibir la citada superiora, vimos que era una imagen de la Santísima Virgen.

Era nuestra amada Madre muy amante del orden, y nos decía que esto contribuía mucho para la tranquilidad y el recogimiento. Nuestra ordinaria ocupación, la mayor parte de la semana, era el lavadero; sólo el sábado teníamos vacante de esta labor. Este día por la mañana después de que nos daba algún consejo para estimularnos al fervor, nos daba el oficio para aquel día, nombrándonos en el refectorio a cada cual el oficio que lo estimaba más conveniente".

A sor María Lorza le quita los escrúpulos:

> "El segundo día de Pascua, nos mandaron a lavar y como servidora estaba acostumbrada a guardar fiesta, también ese día le hice a nuestra Madre alguna observación sobre ello, pero me tranquilizó diciendo que ya era permitido hacerlo y que muy tranquilamente podíamos lavar.
>
> A servidora me dio el encargo de mirar la ropa que entonces lavábamos y cosíamos para los Hermanos, y antes de doblarla y entregarla, con aquellos modales tan amables y caritativos que la caracterizaban, me estimulaba a fijarme bien en todas las prendas con el fin de que ninguna fuese descosida ni rota. Me decía que tuviese sumo cuidado para que toda fuese muy bien aseada y arreglada, y que tuviera cuidado también en el aprovechamiento de todas las prendas, teniendo muy en cuenta la santa pobreza. Nos recomendaba que en vez de estar perdiendo el tiempo e hilo en varios repasos que estuvieran juntos, cortásemos aquel trozo y pusiéramos una pieza, que duraba más y quedaba mejor, y que nos fijásemos en todos los detalles que, aunque pequeños, eran muy importantes".

Según sor Rosalía Sesma, la Madre nunca mandaba con imperio:

> "No obstante estar de retiro, salió a saludarnos y, al vernos a todas tan animadas, le causó grande alegría al pensar que más tarde tendríamos la dicha de consagrarnos al Señor por medio de los santos votos que con tanto fervor iba a hacer ella al día siguiente.

Nunca nos mandaba con imperio, pues se consideraba la criada de todas. Si nos necesitaba para alguna cosa siempre nos decía con mucha amabilidad: Sor, ¿hace la caridad de venir un momento?

Cuando nos tenía que reprender por alguna falta lo hacía con tanta dulzura, que nos dejaba edificadas, tranquilas y deseosas de ser más buenas.

Una noche fui a decirle a nuestra santa Madre que ya no sabía qué hacer con tanto callar y meditar. Ella, con su acostumbrada bondad, me dijo: Hija mía, vaya a contar las estrellas que hay en el cielo. Servidora así lo hice, pero como había tantas no me era posible y así volví a decirle: Madre, no las puedo contar porque son tantas que por más que miro al cielo con mucha atención no puedo contarlas porque se me esconden. Entonces me contestó sonriéndose amablemente: ¡Qué inocente es, criatura! Con esto procuré animarme y echar de mí la tristeza que me embargaba".

Sor María del Consuelo López casi nos repite lo mismo que la anterior; que la Sierva de Dios

"No mandaba como Superiora, sino como madre cariñosa; y lo propio hacía cuando, tanto en particular como a todas reunidas, nos avisaba de cualquier defecto, de manera que no recuerdo haber visto a ninguna hermana disgustada porque la Madre la había reprendido.

No hacía nada absolutamente, ni resolvía ningún asunto, sin consultar con nuestro Padre, no obstante estar ella dotada de una inteligencia muy clara.

Era tal la santidad y bondad de nuestra virtuosa Madre, que a servidora me parecía era la que más me apreciaba, por ser de las más jóvenes, y resultaba que cada Hermana afirmaba lo mismo: todas nos creíamos ser las preferidas en su amor. Aún ahora, si se pregunta a las que viven, no dicen otra cosa y hasta exponen sus razones.

Decía sor María de Montserrat, q.e.p.d., que en una ocasión que la pusieron a asistir y cuidar de una enferma que tenía viruela, se exclamaba diciendo: Dios mío ¡qué hago!, yo no me atrevo a ponerme sola a limpiarla, porque la enferma era agitada. En esta angustia se encontraba cuando, de pronto y sin darse cuenta, a las dos de la mañana se presenta allí la Rvda. Madre. No se atrevió a decir a la Rvda. Madre el apuro que tenía, pero sí le hizo ver cómo estaba la pobre enferma. En seguida la Rvda. Madre se preparó, limpió bien y con el cariño que ella lo hacía y se retiró. Sor María de Montserrat decía que Nuestro Señor debió inspirar a la Rvda. Madre el apuro que ella estaba pasando, porque no podía ser otra cosa.

Tenía tanta disposición y aptitud para todos los oficios que, como en el siglo su principal oficio era modista, se encargaba de poner las piezas de la ropa de los enfermos pensionistas de los Hermanos, e igualmente a las medias de telar; esto en el tiempo que le quedaba libre de los otros quehaceres y oficios que desempeñaba, pues como queda dicho, ella era la primera en acudir a todo; e igualmente asistía a la cocina, a las Hermanas enfermas, a las pobres enfermas y así, sucesivamente, a todo cuanto el tiempo le alcanzaba sin dejar de hacer sus visitas a Jesús Sacramentado.

Ella arregló un hermoso terno de varios pedazos que pudo sacar de un terno muy deteriorado, y lo estrenó nuestro Padre el día 19 de noviembre de 1880, fiesta de la gloriosa santa Isabel de Hungría, día en que se resolvió nuestro Padre a dar el título de Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús a las Hermanas; con este fin celebró la santa misa en casa de los Hermanos y las primeras Hermanas, en unión de nuestra madre Fundadora, fueron a oírla.

No obstante el mucho trabajo que tenía en casa, por la mañana temprano salía a hacer las compras y llevaba en su compañía a las aspirantes, alternando un día a una otro día a otra. Varias veces me tocó acompañarle y era objeto de edificación para todos por su mansedumbre, modestia y recogimiento".

Refiriéndonos a sus últimos momentos, nos dice sor María del Rosario Zudaire:

"Próxima a expirar, nos dio suaves y consoladores consejos que, como testimonio de gratitud, los copié seguidamente; los he conservado toda mi vida y me complazco en ponerlos a continuación.

Lo primero que nos encargó, que obedeciéramos a nuestro Padre Fundador y no tuviéramos otro guía que él y aunque nos dijera, por ejemplo, que una cosa que nosotras nos parecía blanca, era negra, creyéramos al Rvdo. Padre sin ponerlo en duda.

Lo segundo que si alguna Hermana había obrado mal, no hiciéramos caso, que todo lo echáramos a buena parte.

Lo tercero que, cuando estuviéramos dos Hermanas juntas, no pareciera otra cosa sino que había dos ángeles, por la unión y paz.

Que fuéramos muy exactas en cumplir nuestras santas Reglas y Constituciones hasta en lo más mínimo, y así cumpliríamos bien nuestras obligaciones siendo muy sumisas y obedientes a cualquier superiora que nos pusieran, aunque fuese joven, áspera y poco virtuosa, pues siendo en todo obedientes a los superiores aunque nos parezca un despropósito, ganaremos la corona y será nuestra la victoria. Y aunque fuésemos miserables y nuestras fuerzas débiles, que confiáramos en el Señor, que él suplirá lo que a nosotras faltase y que ella rogaría por todas nosotras al Señor".

También sor Teresa de Jesús Gener, nos da las últimas impresiones.

"El entierro, fue conmovedor, yo iba tan afligida que apenas podía andar, fue preciso que dos hermanas Oblatas me sostuviesen algún tanto. Al llegar al cementerio, todas nos echamos sobre el cadáver y no había medio de arrancarnos de allá, fue necesario que nuestro Padre se impusiera con toda su autoridad, al que todas obedecimos ciegamente. Nos volvimos a casa todas desconsoladas y oprimidas por la honda pena de haber perdido una Madre tan llena de amor y ternura para con sus amantes hijas, encontrando en casa un vacío que nadie ni ninguna cosa de este mundo podía llenar, sino era la presencia de nuestro Padre".

Para sor María de la Purificación Aberásturi:

"Nunca mandaba como Superiora, sino como madre".

Y para sor San José:

"Era tan exactamente servicial que confieso me abrumaba.

Además de todas sus atenciones, no dejaba de asistir a nuestras pobres enfermas, que lo hacía con aquel cariño y dulzura que debe ser característico de la verdadera hija de caridad.

Nunca tengáis discordias; que todas nos quisiéramos mucho, pero sin particularidades, porque esto podría traer muchos trastornos y grandes males; que ella a todas quería con todo su corazón".

Terminamos este apartado sobre la primera virtud cardinal, asegurando que en no pocas ocasiones de su superiorato, ha practicado gestos de heroicidad, y que no será fácil superar este "curriculum" de cualidades de gobierno, dentro de un comportamiento sencillo, pero entregado a Dios, a las Hermanas y a las enfermas.

SU ENCUENTRO: DIOS

La segunda virtud cardinal, considerada como virtud cristiana, se halla iluminada con el esplendor de las virtudes teologales a cuyo servicio se encuentra, en particular con el de la caridad.

Entre las virtudes en el antiguo sistema greco-romano, la justicia ocupa el primer lugar, pues es ella la que regula propia y primeramente nuestras relaciones con las cosas, el uso de los bienes materiales, así como las relaciones con el prójimo, no sólo en relación con sus valores afectivos sino también en relación con las cosas materiales.

Es el amor el que nos abre al "otro" y nos hace llegar hasta la fuente viva de sus valores. Entonces, y sólo entonces, viene la justicia entre los dos, o entre el individuo y la sociedad, a regular el orden respecto de los bienes, entre los particulares, y también con la comunidad o sociedad.

La justicia puede interpretarse como virtud de la voluntad, que establece lo justo respecto a todos los seres que se ofrecen al sujeto, sobre todo, respecto de las personas o de la sociedad.

Esta es la justicia en sentido amplísimo, que atiende tanto a los valores materiales como a los personales.

Así entendida, la justicia es una mirada abierta a la contemplación de los valores, que cierra la entrada a todo lo que sea contrario a la realidad objetiva y dispone la voluntad a cumplir con todas las exigencias que imponen los valores del propio yo, y los de los prójimos.

Así como la prudencia es la recta apreciación de todas las exigencias y deberes que impone una situación, así mismo, la justicia es la virtud de la voluntad que con ella hace juego, la única que posibilita al entendimiento práctico un juicio que se ajuste a la realidad, o sea, un juicio prudente.

Así entendida, la justicia es la más sublime de las virtudes cardinales. Su centro de energía es el amor de los valores y de las personas.

Ahora bien, la justicia, como actitud de la voluntad, es anterior a la prudencia; pero el acto de la prudencia, el juicio conciencial, y el dominio de las pasiones deben preceder a la realización de las obras de justicia.

La ocupación ordinaria de la justicia como virtud cardinal, no es tan amplia que encierre en sí el amor a los valores y a las personas. Según la definición dada por santo Tomás, es la justicia "la voluntad firme y constante de dar a cada cual lo suyo" [1].

Dar a cada uno lo suyo y darle lo justo, es lo mismo. Sin embargo, dar a cada uno lo suyo no significa dar a todos lo mismo. La igualdad debe ser proporcional, o sea, correspondiente a la dignidad y derechos de cada uno.

Cristo ilustró esta doctrina con la respuesta que dio a los fariseos respecto al tributo del César (Mt 22,19-22).

1 II, II, g.58 a.1.

La obligación de pagar tributo al emperador, era una cuestión muy discutida, pues el pago de dicho tributo era el signo más evidente de la dominación romana.

Los partidarios de Herodes y del alto clero estaban a favor del impuesto porque se beneficiaban de él.

Los grupos revolucionarios, sin embargo, consideraban este tributo como una ofensa a Dios, único soberano de Israel. Los fariseos no se oponían tan violentamente, pero estaban cerca de la postura de los grupos revolucionarios. La pregunta era complicada. Cualquier respuesta podía ser muy comprometida para Jesús:

- Si estaba a favor de pagar el impuesto, los fariseos podrían acusarle de colaboracionista e impío;
- Pero si estaba en contra, los partidarios de Herodes podrían acusarlo de revolucionario y enemigo del emperador.

Sin embargo, la respuesta de Jesús es tan justa que resulta desconcertante, porque sitúa la cuestión al nivel más profundo.

Para él, lo importante es que se reconozca a Dios como único Señor, pues es en el hombre, donde Dios ha dejado inscrita su imagen (Gn 1,27).

Al emperador, le pertenecen las monedas del impuesto, que llevan su imagen, pero sólo a Dios debe someterse el hombre como a Señor absoluto.

La propuesta de Jesús no propugna una especie de reparto equitativo entre el poder político y religioso. Esta fue una problemática que apareció después, sobre todo en la Edad Media, cuando se leyó este texto desde unas circunstancias muy diversas a las que se daban en tiempos de Jesús.

Lo que Cristo hizo fue situar al hombre ante Dios como único Señor. Todo lo demás ha de ser relativizado, aun la sumisión al poder político.

Bíblicamente hablando, hay que colocar en primera línea la santidad y la justicia de Dios, luego la justicia comunicada al hombre por Dios, la cual constituye un don, al mismo tiempo que un deber, y finalmente el cumplimiento del amor de Dios, debido por mil títulos de justicia.

Será sólo entonces cuando existirá justicia entre los hombres, que bíblicamente será tal, cuando se cumpla por consideración a Dios, es decir, por el amor y la obediencia debidos a Dios.

El culto rendido a Dios realiza la idea de justicia, no menos que la justicia entre los hombres, pues la religión no es un contrato entre iguales, ni establece una estricta igualdad entre lo que se da y se recibe, es, sin embargo el don y el deber más primordial de la justicia. En este sentido dijo Jesús al Bautista: "Conviene que cumplamos toda justicia" (Mt 3,15).

El núcleo de la justicia que proclamó Jesús, comienza por la primera palabra de la Thorá, "Amarás"; ella ocupa el centro y eje moral de su doctrina.

Cristo lo proclamará como una bienaventuranza: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos" (Mt 5,6).

Esta "justicia" no es otra cosa que caminar por la senda del bien, cumplir la voluntad de Dios. No se habla directamente de la justicia jurídica o social, aunque como es lógico, estas justicias quedan siempre incluidas dentro de la gran justicia de Dios.

Todo el que lucha por algo justo, está luchando ya por el Reino de Dios, pero está bien claro que quien busca el

Reino de Dios tiene que hacerlo, además, con un espíritu que no puede ser otro que el de Dios.

Tener "hambre y sed de justicia" es algo más que tener hambre y más que ser justo. Los bienaventurados son los "hambrientos-justos"; y los "justos hambrientos", son los hambrientos que no justifican su rencor en su hambre, los justos que no se sienten satisfechos de su justicia, ni de los que les rodean, y siguen buscando una justicia más ancha, más honda, más pura, una justicia que se parezca algo a la de Dios.

Y Dios concede a los hambrientos de justicia aquello mismo que desean, o sea:

- se les concede la "justicia", el amor de Dios;
- se les da una comida: hacer la voluntad del que está en los cielos... y eso les saciará, como saciaba Cristo a los hambrientos.

Todo ciudadano del Reino tendrá que regir su vida, no por una ley exterior y antigua, sino por la de Cristo, que es:

- Acatamiento a la palabra de fe, o sea, "obediencia de fe" (Rm 1,9).
- Obediencia para la justicia (Rm 6,16); será aquella ley profetizada por Jeremías: "Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones" (Jr 31,31-33).

La ley nueva será distinta por su interioridad: en vez de escribirse en losas de piedra, se inscribe en los corazones. Su fórmula es la misma que la antigua, pero mucho más entrañable.

Es lo que recuerda san Pablo en su doctrina:

- El cristiano está sometido a una ley, pero para el Apóstol es siempre "la ley" de Cristo (Ga 6,2; 1 Co 9,21).
- La "regla" de Cristo a la que os entregasteis: ha de consagraros plenamente a Dios (Rm 6,19).
- Y ha de haceros esclavos unos de otros por amor (Ga 5,13).
- "Nuestra ley, es la ley del Espíritu de vida" (Rm 8,2).

Todo comportamiento cristiano significa por tanto: obediencia a Dios, a un Dios íntimo que habita en lo más profundo de nosotros. Es la "vida nueva" de todo cristiano, vida rescatada y ennoblecida, vida del Espíritu para andar según el Espíritu (Ga 4,29).

Esto nos hace comprender que la moral cristiana es mucho más una "vida" que una ética. De ello tenemos resonancias transparentes en el salmo 118:

- "dame vida, según tu palabra" (v. 37)
- "dame vida con tu justicia" (v. 40)
- "tu promesa me da vida" (v. 50)
- "jamás olvidaré tus preceptos, pues con ellos me diste vida" (v. 83).

Y es Jesús quien repite estas expresiones:

- "El que oye mi palabra, pasa de la muerte a la vida" (Jn 5,24), pues recibir a Jesús es aceptar al Padre y participar plenamente de su vida.
- "Quien observare mi palabra, no conocerá la muerte eterna" (Jn 8,51).
- "Cumple esto y vivirás" (Lc 10,28).

Existe pues, entre la ley anterior a Cristo y el estado inaugurado por Cristo, una relación de menos a más, un progreso, un desenvolvimiento:

- La ley en Moisés, era una ley incoada.
- La ley en los tiempos nuevos, una ley consumada.

Cristo ha cumplido hasta el final, trayéndonos con su presencia más que con sus palabras, la norma que ha de gobernar nuestra vida.

Por eso se puede asegurar, que ya no hay ley en sentido estrictamente jurídico; esa ley es de otra índole, de un género mucho más alto: Cristo es la ley de todo cristiano, como el amado es la ley del amante:

- Lo que había de provisional en la ley, todo ello desaparece al llegar Cristo.
- La sustancia de las instituciones y ordenamientos jurídicos, se acomodan a la nueva fase de los designios nuevos de Dios.
- Los preceptos morales quedan perfeccionados y libres de adherencias humanas.
- El amor, ahora, será más fácil y más difícil: libertad y responsabilidad desde la madurez.
- Se confiere a las almas "la gracia" para que el ideal de justicia de la ley, se realice plenamente con nosotros (Rm 8,4).

Los que hemos acogido el Reino de los cielos, debemos cumplir la voluntad del Padre sin alardes ni ostentaciones de ninguna clase:

> "Guardaos de practicar vuestra justicia a los ojos de los hombres para que os contemplen pues,

de otra suerte, no tendréis recompensa ante vuestro Padre celestial" (Mt 6,1).

Esta justicia puede definirse como el conjunto de actos que hacen al hombre merecedor de la salvación.

La ley está dentro, es interior; de lo contrario vuestra justicia no sería mayor que la de los fariseos.

Importancia y necesidad de la justicia

Después de la prudencia, la justicia es la más excelente de las virtudes cardinales, aunque es inferior a las teologales e incluso a alguna de las virtudes derivadas (la religión), que tiene un objeto inmediato más noble.

La justicia tiene una gran importancia y es de absoluta necesidad tanto en el orden individual como en el social:

- pone orden y perfección en nuestras relaciones con Dios y con el prójimo;
- hace que respetemos mutuamente nuestros derechos;
- prohibe el fraude y el engaño;
- prescribe la sencillez, veracidad y mutua gratitud;
- regula las relaciones particulares de los individuos entre sí, de cada uno con la sociedad y de la sociedad con los individuos.

Pone orden en todas las cosas y, por consiguiente, trae consigo la paz y bienestar de todos, ya que la paz no es otra cosa que la tranquilidad del orden. Por eso, recuerda la Sagrada Escritura que "la obra de la justicia es la paz".

La virtud de la justicia en María Josefa

Siendo una historia tan sencilla como la que vivió la Sierva de Dios, esta virtud de la justicia puede quedar muy bien enmarcada en las expresiones del A. T. (como conjunto de actos que hacen al hombre merecedor de la salvación) y del N. T. interpretándola como amor, fidelidad, teniendo como fondo siempre a Cristo, él "justo" por antonomasia.

Justicia que puede concretarse en sentido religioso, vivir con sinceridad todo lo que se refiere a Dios, en primer lugar; todo lo que mira al Reino de Cristo como meta a conseguir; y lo que se refiere al prójimo, en sentido de amor y caridad.

Caridad al prójimo, que puede llevar matices de igualdad en el amor, de justicia distributiva para dar a cada uno lo suyo, pero que cuando nace de la búsqueda de Dios y el deseo de cumplir con fidelidad su voluntad, todas las demás cosas quedan integradas.

Buscar a Dios

La descripción de toda persona interior que se dedica a la vida espiritual, antes se llamaba "perfección", hoy recibe el nombre de "conciencia espiritual" o actividad consciente del hombre interior.

La conciencia de todo cristiano es una conciencia humana, es decir, que encontramos en ella los principales aspectos de toda actividad humana consciente, que lleva a cabo una relación con el mundo a través de su propio cuerpo y que se desarrolla a lo largo del tiempo.

La vida espiritual, en cuanto que es sobrenatural, no depende de suyo inmediatamente del hombre, sino que está causada más bien por Dios. Juntamente con la gracia, Dios infunde las virtudes teologales y el hombre se hace realmente "partícipe de la naturaleza divina" (2 P 1,4); también es Dios quien hace crecer esa vida de gracia: "Yo planté, Apolo regó, pero el que hizo crecer fue Dios" (1 Co 3,6).

No obstante, puesto que el hombre ha sido elevado a la dignidad de persona libre, Dios pide y solicita su concurso. De ahí que en no pocos pasajes de la Sagrada Escritura, después de haber hablado del fundamento de la vida espiritual que se nos ha dado por Cristo, pase inmediatamente a exhortar a los cristianos a que colaboren con la acción divina mediante una conducta verdaderamente cristiana (cf 1 Ts 1 y 3; 1 P 1,13-16).

Ahora bien, la acción de Dios (que infunde las virtudes) y su inhabitación en el alma, pueden conducir a una cierta experiencia interior de la vida espiritual: "habéis saboreado la bondad del Señor" (1 P 2,3); una confianza y una seguridad que es ya ahora una actitud estable.

En la medida que la vida espiritual es "vida", es decir, principio de actividad individual, la actividad espiritual concurre al bien de la persona.

Y así como todo ser viviente a través de su actividad tiende a afirmar su propio ser:

- bien resistiendo a las formas contrarias
- bien asimilando lo que necesita para su crecimiento,

así también la vida espiritual considerada en sí misma, presupone una acción inmanente; ejercitando el conocimiento y la libertad, o con cualquier otra actividad espiritual; la

persona va creciendo y alcanzando un grado más intenso de vida espiritual, aún cuando no siempre llegue a tener una conciencia proporcional de dicho incremento.

Lo mismo que la vida natural tiene en sí misma un principio dinámico, que conduce al ser vivo por diversos caminos desde el nacimiento hasta la muerte, así también la vida espiritual sigue caminos diversos, adaptándose generalmente a la edad cronológica, conduciendo al principiante a la madurez y a la perfección según una ley interna.

Aplicando estos principios a la vida de perfección de María Josefa, hemos de decir que, desde que conscientemente, por medio de la oración y frecuencia de sacramentos, comenzó a vivir la conciencia espiritual conociendo a Dios y viviendo su amistad, todo su programa fue un darse a él en sentido profundo y ascendente.

En las primeras páginas de la *Relación*, hay una frase de María Angustias que define muy bien los anhelos de la Sierva de Dios:

> "Deseaba amar a Dios con la mayor perfección" [2].
>
> "Dotada de gran corazón para amarle (a Dios) con todo él" [3].

Este buscar a Dios lo traducía en gestos de un comportamiento cada vez mas perfecto. La oración que hiciera por su amiga enferma fue ésta:

- "Concédeme, Madre mía, que no se muera si es que es de vuestro agrado..., uniéndonos las dos para algo del servicio de tu Divino Hijo" [4].

---

2 RMA, p. 42.
3 *Ibid*., p. 42.
4 *Ibid.,* p. 50.

– "Cada día se unía más a mí, deseosas las dos de emprender una vida de perfección" [5].
– Se entregaban:
  • a la oración mental
  • a la pureza de conciencia
  • a la ascesis de los sentidos externos "preocupadas de ser sólo de Dios".
– Hablando en plural decía María Angustias: "Cada día nos sentíamos con nuevas ansias por adelantar con rapidez en los caminos del Señor" [6].
– Hicieron el plan de ir juntas a la iglesia para oír la santa misa y recibir la comunión, empleando una hora en la preparación y media hora en acción de gracias[7].
– Siempre con ansias de perfección y de pertenecer totalmente a Dios, resolvieron ser testimonio externo, vistiendo de negro a guisa de hábito religioso[8], renunciando a todo lo que pudiera halagar a la fantasía y vanidad femeninas.
– Intentaron esbozar una "regla": Leyendo juntas, comiendo juntas, orando juntas, interpretando que la Reina del Corazón de Jesús estaba contenta con que se diese principio a una fundación en la misma ciudad de Granada, donde la había dado el héroe de la caridad, san Juan de Dios[9].
– Para una ayuda más eficaz en la donación a Dios, vivió intensamente la dirección espiritual. Después

5 *Ibid*., p. 51.
6 *Ibid*., p. 53.
7 *Ibid.,* p. 54.
8 *Ibid.,* p. 55.
9 *Ibid*., p. 55.

de dos directores, encontraron finalmente al P. Menni. Después de confesar largamente, la Sierva de Dios con él, vino animándome, –escribe María Angustias– a que decididamente nos pusiésemos bajo su dirección.
– "Lo primero que nos ordenó fue que nos alimentáramos cotidianamente del Pan Eucarístico" [10].
– Rotos los lazos familiares de ambas (María Angustias perdió a su madre, y la Sierva de Dios a su marido), quedaban libres para seguir las directrices del Padre espiritual "en la confianza de que si nos dejábamos guiar como si estuviéramos ciegas, por la senda que él nos trazase, caminábamos según el divino beneplácito" [11].
– "Cuando nos vimos libres de los lazos que nos ligaban para poner por obra el proyecto de abandonar todo lo de la tierra para dedicarnos al servicio de nuestro Jesús, con nueva fuerza volvieron a renacer los ardientes deseos por llegar a la cumbre de la perfección" [12].

Y aquí es donde comienza la heroicidad en esta justicia de amor, soportando dificultades y salvando obstáculos que el mismo P. Menni puso, hasta con tenacidad, para impedir que se llevara a cabo su entrega a Dios en el carisma de su vocación:

> "Comenzamos a hacer nuevas instancias a nuestro Padre, manifestándole muy al vivo la vehemencia con que deseábamos ponernos en sus manos. Firmes y dispuestas a seguir todo lo que juzgase

10 *Ibid.,* p. 65.
11 *Ibid.,* p. 78.
12 *Ibid.,* p. 80.

conveniente y a que de nosotras hiciera lo que delante del Señor le pareciese. A dicho objeto, me parece ser en vano recordarle a Su Reverencia la mucha oposición que nos hizo y lo negro que nos pintaba el obtener nada de lo que con tanto ardor le pedíamos. Con firmeza nos quitó toda esperanza. Jamás se borrará de mi memoria la larga lucha que de parte de Su Reverencia tuvimos que sostener, refiriéndose tan sólo que a darnos razones por las que nos convenciésemos, lo imposible que era que se realizase lo que deseábamos, toda vez que los motivos que mediaban eran sobrados para creerlo como positivo.

Sin embargo, como nuestras miras estaban fijas en nuestro amoroso Jesús, he aquí que nuestro débil corazón se sentía desfallecer por una tierna confianza hacia la bondad y poder de nuestro Dios. Esta firme esperanza es la que nos hacía estar sin vacilar en la resolución de ser esposas de Jesús, a cuyo efecto nuestro Señor se dignaba comunicarnos las fuerzas necesarias para hacernos superiores a nuestra flaqueza, por lo que con valor esperábamos que todo lo allanaría el gran poder de Dios; ilustradas con luz divina, hacíamos frente al demonio resistiendo a sus astucias.

A veces nos urdía este diabólico espíritu unas telas tan sutiles, que la naturaleza se veía agobiada, por ver si nos hacía retroceder, o a lo menos acobardarnos, representándonos cómo los constantes ruegos que hacíamos a nuestro Padre, sólo servían para quedar avergonzadas al oír siempre de su boca que no conseguiríamos nada. Nos instigaba este infernal dragón a que dejásemos a nuestro Padre y no le

molestásemos más, puesto que no daba resultado favorable.

"¡Jesús mío! Qué guerra más terrible tuvimos que sostener por el espacio de un año, principalmente de quien debíamos esperar algún consuelo; era lo contrario. Toda vez que nuestro Padre fue para nosotras como una espada que atravesaba nuestro corazón angustiado. Señor y Dios de mi corazón, qué secretos son tus juicios, al haber permitido que nuestro Padre nos hiciese pasar por unas pruebas tan duras, con objeto de ver si nuestra voluntad era firme y estable para entregarse a Ti. Perdóneme Reverendo Padre, que me explique tan claro, porque mi debilidad no me deja tenerlo oculto. Pienso que nuestro Padre fue el instrumento electo por Dios para que incansablemente nos sostuviese una guerra cruel y prolongada. Pues habría sido imposible poder sufrirla a no ayudarnos la gracia del Señor.

No sólo no nos nombraba nada de fundación (pues esto en extremo nos habría entusiasmado), sino que ni nos daba la más leve esperanza si nos admitirían en otra comunidad. Recuerdo que una de estas veces que iba a Granada, fue el mes de octubre, el que permaneció todo entero, por lo que aprovechamos tan oportuna ocasión para no dejar ni siquiera un día, sin que nos presentásemos a sus pies con las plegarias del mismo asunto. Nuestro Padre insistía en lo mismo de oponerse, pero nosotras a todo dábamos salida. Concluimos por pedirle nos dejase permiso para irnos en su compañía. Pero aquí estaba la dificultad, que esto no lo obteníamos tan fácil" [13].

13 *Ibid.,* pp. 80-81.

"Nuestro Padre se mostraba cada vez más fuerte para resistir a nuestros ruegos" [14].

Después de ser llamadas para que fuesen a Ciempozuelos, buscando a Dios con preferencia, y abandonar todo por seguir a Cristo, leemos en la *Relación*:

> "Nadie en este mundo nos animó a tomar esta resolución de dejar a la familia. Invocamos el auxilio divino y nos subimos al tren" [15].
>
> "Con voluntad resuelta nos entregamos a él, y con generosidad le hicimos donación de todo nuestro corazón... la gracia del Señor era superior a nuestra débil naturaleza" [16].
>
> "El divino maestro Jesús nos quiso dar una sublime lección: que su gracia es suficiente para emprender con valor hasta lo más costoso a la naturaleza" [17].

Y buscaron a Dios en la pobreza suma, en la escasez más excesiva, en el dolor más hondo, en las lágrimas más amargas, sólo les acompañaba el atractivo de su amor santo.

Había que guardar un silencio "misterioso" con los demás; el Padre se encargaría "de que no se oyese de su boca ni la menor sílaba en orden a la fundación" [18].

Dentro de la misma pobreza, la Sierva de Dios "tomó para sí el colchoncillo tan viejo y pequeño que repugnaba verlo" [19] y se acostó en el suelo.

14 *Ibid.*, p. 82.
15 *Ibid.,* p. 93.
16 *Ibid.,* p. 94.
17 *Ibid.,* p. 103.
18 *Ibid.,* p.107.
19 *Ibid*., p. 108.

En medio de todo, "nuestro corazón se sentía impulsado a amar más y más a un Dios que tantas muestras nos daba de querernos por suyas" [20].

Repetían con santa Teresa:

- quien a Dios tiene, todo le basta, y quien a Dios no tiene, todo le falta.
- A pesar de esta alegría íntima, "la naturaleza estaba agobiada":
- les dolía una separación tan radical de los suyos;
- el amor hacia el Padre Menni "desapareció" como por ensalmo;
- llegaron a interpretar su decisión, como un "acaloramiento mujeril";
- hasta les dolía haber llegado a Ciempozuelos "a coser para los frailes"; en conclusión sacaron que "nada es el hombre, sin el socorro de lo alto".

La experiencia les demostró que, ni el Padre Benito, ni nadie de este mundo, era suficiente para mover el corazón humano a seguir la voz divina[21].

- La prueba del sentido no podía ser más fuerte y dolorosa y no quedó nada por ofrecer al Señor:
- la lejanía de la familia, sentida como nunca;
- las tentaciones recias de volver a casa;
- sus lágrimas bien amargas, pasando la noche en vigilia y la Sierva de Dios a la ventana esperando que viniese Manuel con la guardia civil.
- Insomnios repetidos de noches en vela;

20 *Ibid.,* p. 108.
21 *Ibid.,* p. 111.

– y sobre todo su silencio heroico para que el Padre no se enterase de su lucha interior y pudiese desconfiar de su firmeza[22].

Después de pasada la tormenta, quedarán convencidas de que el dolor sufrido y ofrecido a Dios en puro holocausto, les hizo fuertes como la roca[23].

Pero aún no había llegado al culmen su ofrenda heroica; les quedaba el más doloroso embate, que iba a ser decisivo en su justicia de preferencia por Dios.

De no haber superado este acontecimiento, ni la Sierva de Dios estaría camino de los altares, ni el carisma hospitalario femenino hubiera encontrado su encuadramiento en la Iglesia.

Y fue tanto más doloroso, cuanto tuvieron que posponer en su amor y afectividad, la misma persona del P. Benito Menni, y quedarse solas en su decisión.

Comenta María Angustias: "Aún no había nuestro Padre terminado de cavilar, pues dudaba si en efecto sería del beneplácito divino que tomase, sobre sí, este insoportable y no pequeño cuidado (de la fundación). En verdad que se mostró muy duro" [24].

Y las envió a Madrid a las Religiosas de la Sagrada Familia, para probar fortuna y ver si podrían quedarse allí para siempre.

Fue entonces, cuando la Sierva de Dios en pro de su fidelidad para con el Señor, que le estaba pidiendo otra cosa totalmente distinta, *dio el grito heroico de salvación,* enfrentándose con la situación que daría separarla de su

22 *Ibid.*, p. 112.
23 *Ibid.*, p. 112.
24 *Ibid.,* p. 113.

carisma vocacional: "le obedeceremos –dijo al P. Menni–, pero no piense (= no se consienta) que vamos a continuar. No; de ninguna manera será esto".

Y como profetizando el futuro, le aseguró: "Nuestro Señor nos ha traído para otra cosa" [25].

"De aquí que tomamos vuelo y nuevo aliento para con santo despecho despreciar todo lo que nos era obstáculo a seguir con varonil ánimo las huellas trazadas por nuestro buen Jesús, deseosas de emprender una vida de sublime perfección" [26].

Desde este mismo momento, se había salvado la Congregación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.

Una vez feliz y contenta en su vocación, su anhelo de ser toda de Dios iría creciendo hasta dar la vida en aras del perdón y del amor.

Dándose en cuerpo y alma a todo lo que se presentase, quería ser feliz y dichosa afanándose por practicar la justicia con obras de bien, delante de Dios y del prójimo. Se acomodó a un horario con actos comunes y a horas prefijadas, ocupando en su corazón un sólo pensamiento querer ser santa[27].

Dice María Angustias: "al ver lo mucho que el Señor nos privilegiaba, suplicábamos con fervor a la Virgen nos concediese el don de la perseverancia. De ahí que nuestras ansias las cifrábamos en procurar,... mantener una conciencia limpia, no sólo de pecados veniales, sino hasta de las imperfecciones" [28].

25 *Ibid.,* p. 115.
26 *Ibid*., p. 117.
27 *Ibid.,* p. 123.
28 *Ibid.,* p. 124.

Y llegaría un día, no tardando, en que María Josefa ocupe el puesto de Superiora con todas las responsabilidades ante Dios y cara al Instituto.

Y comenzaron a venir vocaciones; y así mismo se abrieron las puertas a las primeras enfermas dementes, por lo que se multiplicaban los anhelos de servir a Dios con intensidad para ser ejemplo viviente ante sus hijas.

Y así, después de su profesión, seguirá constantemente en su comportamiento "justo" ante Dios, hasta hacer de su vida una ofrenda justa y santa, siempre en crecimiento constante, hasta entregar físicamente su vida en aras de la caridad.

Como exponente auténtico, vamos a ratificarlo con algunos testimonios de la hermanas que vivieron con ella.

Sor María de la Purificación dice:

> "Muy grande era el celo que nuestra buena Madre tenía por la gloria de Dios y para que todas nosotras aspirásemos a la santidad. Aunque se reconocía indigna de presidir el capítulo de culpas, no obstante, no dejaba pasar la más mínima falta; continuamente nos avisaba de nuestros defectos y, con frecuencia, nos exhortaba a practicar la virtud, estimulándonos ella con santos ejemplos y saludables reflexiones.
>
> No se puede transmitir al papel el fervor y entusiasmo con que practicaba todos los actos de comunidad, y la alegría que tuvo su corazón cuando se nos concedió la inapreciable dicha de la adoración perpetua ante Jesús Sacramentado. Ella era la primera que acudía a este santo y saludable ejercicio y, aunque eran muchas sus ocupaciones, jamás se eximía de él, tanto en la vela de día como de la noche. Como al principio éramos tan pocas Hermanas, con frecuencia nos tocaba la hora de adoración, y nuestra Madre era la primera que no consentía que Jesús Sacramentado quedara un momento sólo y, cuando se iba a terminar la hora u horas, nos ordenaba que momentos antes fuésemos una a avisar a las que tenían que venir a reemplazarnos; y para que, cuando teníamos que estar varias horas, no se nos hiciese largo el tiempo, nos permitía cantar algunos cánticos al Sagrado Corazón y a la Santísima Virgen".

Y continúa diciendo:

> "A pesar de su quebrantada salud, siempre se levantaba a la oración de la mañana, aunque el día anterior hubiera estado velando muy entrada la noche".

Sor Cruz Cabeza manifiesta:

> "El celo que tenía por la gloria de Dios y nuestra santificación era eficaz. Tenía grandísimo interés porque todas hiciéramos los rezos de comunidad con mucho fervor y recogimiento, y algunas veces preguntaba si a alguna le faltaban rezos, y como se le contestara diferente, es decir, que a unas faltaban unos y a otras otros, no consentía que los hicieran todas en la capilla para que no se distrajeran unas a otras, sino que a unas mandaba a hacerlos a otra habitación delante de una imagen de la Santísima Virgen".

Sor Trinidad Franqueza expresa:

"Con mucha frecuencia, pero sobre todo después del desayuno, antes de ir a los empleos solía hacernos una exhortación no muy larga, pero sí fervorosa, para estimularnos al recogimiento y espíritu de caridad, tanto para las pobres enfermas como entre nosotras, y para ello se valía de la fiesta que se celebraba o de las virtudes del santo de aquel día. Nos daba unos avisos tan espirituales y prácticos, que nos encendía en nuestros deseos de ser cada día más fervorosas y fieles en el servicio del Señor, animándonos a sobrellevar los trabajos, fatigas y privaciones que, verdaderamente, no eran pocos ni pequeños, gracias al Señor".

Y sor María Lorza:

"Mucho más se pudiera decir de las virtudes de nuestra virtuosa Madre Fundadora, pues todas las practicó en grado heroico. Que ella desde el cielo conceda a todas sus hijas una chispita de aquel abrasado amor de Dios y del prójimo que ardía en aquel corazón, para que todas seamos unas verdaderas Hospitalarias según el modelo que nos dejó trazado, le ruega de todo corazón ésta que tiene el honor de haberla conocido y recibido sus últimos consejos y se precia de ser una de sus amantes hijas".

Donación a los demás

Y aquí comenzamos la segunda parte, o la segunda cara de la justicia, expresada por ella como un deber constante de donación a los demás, basada en la fe y en el amor de Dios.

En esta segunda acepción, que hace referencia al trato con los demás, la justicia en la Sierva de Dios halló un exacto cumplimiento desde su misma juventud, cuando comenzó a ser la confidente de la Condesa y las Señoras de Barajas, como intermediaria en sus limosnas.

Nos dice su biógrafo D. Manuel Martín:

"Pasó su juventud embalsamando con el buen olor de sus ejemplos: caritativa, compadecíase de las necesidades de todos, y parecía no pensar nunca en sí misma... Su mayor dicha la cifraba en hacer obras de caridad, y sin ella pretenderlo, Dios le regalaba con frecuentes ocasiones de ejecutarlas; el ama de su madre, la Condesa, y las señoras de Barajas, fiaban tanto de su bondad en la práctica del bien en favor de los necesitados, que la hicieron su limosnera y discreta indagadora de miserias y necesidades vergonzantes, socorriéndolas por medio de ella" [29].

Conoció la pobreza en su escala más baja, así como la soledad y el dolor, sin esperanza de alivio. Frecuentaba tugurios, casas anónimas y problemas insolubles. Fue su primer contacto con la miseria, el abandono y la desesperanza..., pasos que miraban hacia un futuro heroico que ni siquiera adivinaba por el momento.

Un segundo capítulo de caridades con toda justicia, como solía hacerlo la Sierva de Dios, fue para su hermana Leonarda. Casada el 26 de diciembre de 1861, a los 18 años, comenzaron a llegar los hijos, para quienes la Sierva de Dios tanto de soltera como de casada, fue una segunda madre para ellos no sólo en sentido de cuidados materiales, sino también en lo que respectaba a su educación cristiana.

29 RB, p. 15.

Desde 1862 que nació el primero, hasta 1880 en que la Sierva de Dios se fue a Ciempozuelos, le habían nacido en estos años nueve sobrinos.

Los cuidados para con ellos y sus atenciones para con su hermana Leonarda y su madre Mamerta, que vivían juntos, se los dedicó hasta el último día.

Siendo desde los 16 años costurera e independiente, otro círculo en el que expandió su caridad fue con las alumnas de su taller.

Soñando ya, con una futura Congregación, en cuanto dependía de nosotras... saciábamos esta sed (de conquistar jóvenes) dándoles a conocer lo hermoso que era el camino que conducía a Cristo[30].

En realidad, una de las primeras vocaciones a Ciempozuelos –la joven Antonia Sánchez España, prima de María Angustias– fue alumna en el taller de la Sierva de Dios.

Un tercer campo de expansión caritativa muy tenaz y entrañable, se centró en la persona de su marido Antonio Fernández Amador.

A pesar de ser de ideas totalmente opuestas a las que vivía María Josefa, ya que su ideología era "republicana":

> La Sierva de Dios, "se mostraba siempre afable y cariñosa, aun en las mismas ocasiones en que recibía de él, desprecios y malas correspondencias, puesto que su escasa educación le hacía ser inconsiderado en todo su proceder" [31].

Luchó tanto en sentido de justicia santa para que su marido volviese al buen camino, que al final de sus días,

30 Cf RMA, p. 55.
31 *Ibid.,* p. 70.

después de cuatro meses de enfermedad, consiguió su conversión. María Josefa en fuerza de su inquebrantable constancia, tuvo el indecible consuelo de verlo transformado por el amor de Cristo[32].

Desde este momento, en que se rompieron jurídica y naturalmente los lazos matrimoniales y la Sierva de Dios quedó en libertad plena, las perspectivas fueron del todo vocacionales, teniendo siempre metida en el alma la dedicación a los demás en caridad.

Intensificando de manera subrayada su vida de piedad, pide luces a Dios para que le muestre con transparencia el camino de su voluntad.

Por medio del encuentro providencial con el P. Benito Menni, en la ciudad de Granada, comienza a vislumbrar su futuro. Iniciará su carisma con el mismo Padre Fundador, con ocasión de su grave enfermedad de "tuberculosis miliar", consiguiendo remedios y limosnas que aliviaran al Padre.

Fue en esta ocasión, cuando comenzaron a pedir con insistencia y tenacidad el que las recibiera a su lado para trabajar en una "fundación" parecida a la de los Hermanos Hospitalarios.

Después de afirmaciones y negaciones y de forcejeos heroicos, consiguieron marchar a Ciempozuelos para seguir urgiendo la "fundación" de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.

Mucho tuvieron que sufrir, pero con la ayuda de Dios y la protección especialísima de Nuestra Señora del Corazón de Jesús, consiguieron que se llevara a cabo.

32 *Ibid.,* p. 71.

Y éste es el último campo de acción en que la caridad y la justicia tuvo su total expansión dedicándose a los más pobres y desprotegidos como pueden ser las personas alienadas y enfermos dementes.

Como Superiora local y General, se dedicó en primer lugar a sus hijas, y luego a recoger enfermos por los puntos más diversos de España.

De todo ello hay testimonios fidedignos, de quienes vivieron y convivieron a su lado.

Dice sor San José Morales:

> "Desde que tomó el cargo de superiora y tanto se aumentaba el personal, no queriendo dejar de atender a las cosillas de todas por insignificantes que fueran y no dando el día de sí para tanto, aprovechaba las horas de la noche para concluir los *remates*, según ella tenía costumbre de decir, cuando se la reconvenía porque se acostaba tarde".

Sor María Lorza expresa:

> "Nuestra labor ordinaria era lavar, y para aclarar la ropa no teníamos un lavadero cubierto y en el invierno, como a veces llovía, no había más remedio que continuar nuestra labor todas mojaditas; nuestra virtuosa Madre sufría de vernos así, pero no estaba en su mano el mejorar la situación y, aunque se compadecía muchísimo de vernos en aquella forma, no tenía más remedio que permitirlo y nos alentaba con sus palabras llenas de amor de Dios y suavidad. A la hora de la comida nos decía: Hijas mías, vayan prontito a comer y no se detengan a rezar y háganlo deprisita para que terminen cuanto antes y se puedan cambiar y, en seguida, repitiendo la misma frase: que lo hiciéramos pronto, porque le daba muchísima pena vernos todas mojadas, pero repito que no lo podía evitar. Nosotras estábamos tan alegres y nos daban tanto ánimo y consuelo sus palabras, que estábamos dispuestas a sufrir todo aquello y mucho más con santa alegría.
>
> La comida que nos daban era sumamente pobre, pero la endulzaba nuestra virtuosa Madre con su ardiente caridad. Ordinariamente ella nos servía en el refectorio. Por la mañana nos daban un platito de sopa y un pedazo de pan, y a medio día un plato de legumbres o lentejas, los días de fiesta garbanzos, y para principio un pedazo de tocino o una porción corta de chorizo que solía hacer nuestra buena Madre. Ella se fijaba mucho y si veía que alguna hermana quedaba con más gana de comer, le repetía hasta tres veces el plato de legumbres, porque veía que lo necesitábamos para soportar el rudo trabajo de estar todo el día lavando".

Sor María de la Purificación manifiesta:

> "Nuestra virtuosa Madre tenía excelentes dotes de gobierno y, aunque según algunas veces nos había manifestado, su oficio principal era la costura por haber dedicado a ella la mayor parte de su vida, tenía aptitudes para todos los oficios, y tan pronto la veíamos en la cocina, como en el lavadero. Ella era la que todo lo dirigía y acudía con maternal caridad a la que estaba más abrumada de trabajo. Bastaba que una Hermana le expusiera que tenía mucho quehacer, para que oyera la respuesta: vamos, hija mía, verá qué pronto lo hacemos, y ella era la primera que ponía manos a la obra. ¡Cuántas veces ayudaba a la

Hermana cocinera a preparar los alimentos para las enfermas! Ella era la que preparaba los lavaderos, hacía el jabón y con esto nos enseñaba también a nosotras.

Cuando en los Hermanos de San Juan de Dios se celebraba alguna función de Iglesia, tenía ella el gusto de quedarse al cuidado de la casa en cualquier oficio, por mandarnos a nosotras a la función. Decía que disfrutaba ella con que nosotras tuviéramos esa pequeña expansión".

Sor Trinidad Franqueza nos dice:

"En el trabajo, especialmente tratándose de alguna labor extraordinaria, le gustaba que tomásemos parte todas o el mayor número posible; cada cual según podía o sabía hacerlo, para que al fin se pudiera decir que entre todas lo habíamos hecho, y le gustaba que, en cuanto se pudiese, en el trabajo y en todo estuviéramos reunidas para poder practicar todo lo posible la vida de comunidad.

Tenía grandísimo interés por conservar la unión, la paz y el amor entre las Hermanas y si, a pesar de todo, ocurría a veces algún altercado, ella se interesaba tanto y aconsejaba con tal acierto y celo por nuestro bien espiritual, que pronto se terminaba la desavenencia pidiéndonos perdón mutuamente y con un abrazo fraternal. Con mucha frecuencia e interés nos recomendaba que tuviésemos siempre grande empeño en conservar la unión de nuestros corazones, que sobrelleváramos mutuamente nuestras debilidades y que, sobre todo, nos amásemos mucho en Dios y por Dios".

Sor María Gabriela Paternain expresa:

"Era muy laboriosa, no se la veía ociosa, parecía la sirvienta de todas, acudía a todos los oficios para ayudarnos y alentarnos; después de trabajar todo el día, la pobrecita se iba de noche a la cocina, adelantaba todo lo que podía para aliviar algún tanto a las pobres cocineras".

La caridad para con las hermanas subía de punto... a todas nos amaba indistintamente, dice sor Teresa Gener:

- "nos atendía a cada una en nuestras necesidades espirituales,
- con la más admirable solicitud, escuchaba atenta e incansable cuando acudíamos a ella como hijitas tiernas a su amante madre".

Todo este comportamiento positivo de muros adentro con las hermanas, no le impedía para nada desplegar su caridad, escuchando peticiones, aun de los lugares más lejanos, para que las enfermas mentales fueran atendidas: Madrid, Segovia, Valladolid, Cáceres, Badajoz, Lugo, Córdoba...

Sor María Gabriela Paternain dice:

"La Madre fue dos veces a Cáceres a buscar enfermas, y en verdad, las desgraciadas (= las pobres), traían tanta miseria que no se puede hacer idea; al cambiarlas vino nuestra Madre a ayudarnos y le hemos dicho: esta ropa preferible es quemarla y contestó: hijas mías, no tenemos para cambiarlas, hay que rescaldarla y lavarla; y recuerdo que lo hicimos casi con los ojos cerrados, y le hemos dicho:

V. R. se llenará y tendrá compañía, porque esto no se explica de otra manera, y con su santa simplicidad nos contestó: Sí, hijas mías, pero considero que son perlas y no digáis nada, ahora mismo me voy a cambiar".

Sor Teresa de Jesús Gener:

"Nos recomendaba muy encarecidamente fuéramos muy caritativas con las enfermas, siendo condescendientes con ellas en todo aquello que no produjese perjuicio alguno, ni de ningún género".

Sor María Lorza expresa:

"Sus piadosas industrias le hacían hallar todos los medios para que a nuestras pobrecitas enfermas nada les faltara, ni en el vestido, ni en el alimento. Como sus ocupaciones no le permitían estar constantemente con ellas, acudía diariamente a visitarlas y a dar las comidas, dando a todas aliento y consuelo en sus penas y aflicciones. A todas las trataba con mucha amabilidad y cariño de verdadera madre, y ellas se mostraban muy satisfechas cuando la Madre les servía la comida. Entre éstas había una que se puso por nombre María de Casa, la cual no quería comer si no le daba la Madre, y era capaz de pasarse la mayor parte del día sin comer si ésta no iba".

Y al final de su vida pondría el broche de oro de su justicia hecha caridad y perdón, ofrendando en gesto heroico su cuerpo pisoteado por una enferma.

Y Sor Rosalía Sesma:

"Servidora fui testigo de los golpes que le dio una enferma muy agresiva. Estaba la enferma subida en una ventana que todavía existe en el departamento de tercera. Servidora estaba lavando cerca.

Tenía esta enferma la manía de despojarse de los vestidos y, en esta forma, estaba en la ventana escandalizando a todas las que pasaban. Al entrar las hermanas a retirarla de allí, se echó a ellas como una fiera pegándoles y quitándoles el tocado. Como pudieron se escaparon de ella.

Nuestra Madre, que acertó a pasar por allí, al oír los gritos corrió a asistir a las hermanas, pero la enferma al ver a la Madre se arrojó sobre ella echándole al suelo, poniéndose encima y pisoteándola. En un momento nos reunimos unas cuantas hermanas, servidora le agarré de la nariz porque no podíamos con ella. Nuestro Padre, que estaba confesando, al oír los gritos vino a ver lo que ocurría y nos ayudó a ponerle la camisa de fuerza. Nuestra virtuosa Madre golpeada como estaba, tuvo alientos para traernos una medicina y nos dijo con su acostumbrada bondad: Tomen hijas mías que se han asustado mucho. A la enferma no le hagan nada pues la pobrecita no sabe lo que hace", exactamente como Cristo: "Padre perdónalos porque no saben lo que hacen".

SE DOBLEGÓ PERO NO SE ROMPIÓ

Consiste la virtud de la fortaleza en saber abrazar, con una disposición valiente, los sufrimientos y aun la muerte, cuando así lo exige una causa justa, el Reino de Dios, la caridad y la propia salvación.

Es la fortaleza, en sentido humano, una de las virtudes más celebradas desde siempre.

Se le dio entre los filósofos griegos el nombre de "andreia", es decir, "virilidad", pues se cifra sobre todo, en la firmeza de ánimo, frente a una dificultad insuperable.

Era además, la actitud firme del hombre o mujer de carácter, frente a las adversidades de la vida referentes a bienes muy apreciados.

La fortaleza es la virtud que permite a la persona obrar y comportarse moralmente bien, dominando el miedo y la audacia en situaciones de peligro y dificultad que, en ocasiones, son una amenaza para la vida misma de las personas, nos dice santo Tomás[1]. La razón formal por la que hay que estar dispuesto incluso al sacrificio de la propia vida, es la defensa del bien moral, sobre todo de la justicia y de la paz[2].

1 II II, q.123 a 3.
2 a.12, ad 3 y ad 5.

La fortaleza hace relación a la perseverancia que, juntamente con la constancia, no cede ante las dificultades y sabe esperar el tiempo necesario para la realización de la obra[3]; y así el hombre (o la mujer), para afirmar positivamente su dominio sobre el mundo, tiene necesidad de formular grandes propósitos y perseguirlos con energía y decisión, haciendo resplandecer así la propia superioridad.

Valor, reciedumbre y magnanimidad, que moderan siempre los sentimientos que obstaculizan la conquista de un bien arduo o causa de las dificultades que es preciso superar. El objeto de la magnanimidad es el honor, el respeto o la estima que una persona virtuosa merece. La magnanimidad es una virtud que empuja siempre hacia arriba, incita a emprender iniciativas nobles y a afrontar los riesgos que pueden derivarse. Es una virtud peculiar del cristiano, a quien le recuerda "haber nacido para las cosas más nobles": "Ad majora natus sum".

La fortaleza como virtud humana, nos trae la idea de algo que da empuje a la vida moral, y abre horizontes a la grandeza de ánimo y a la generosidad.

En sentido amplio, la fortaleza es sinónimo de firmeza y tenacidad en el cumplimiento del bien.

En sentido estricto, la fortaleza es una firmeza singular de ánimo, que consiste en no dejarse zarandear por las dificultades y peligros que puedan encontrarse en el cumplimiento del deber, o en el ejercicio de la virtud aunque sea facultativo, o que se trate incluso, del supremo peligro de muerte.

Por lo cual, se vive la virtud de la fortaleza cuando existe en la persona una disposición a hacer el bien, posponiendo y hasta despreciando todos los males, por supuesto, sin temeridad.

3 q.137, a 1, ad 2.

La fortaleza supone una tendencia en dos direcciones opuestas y complementarias:

- tendencia al enfrentamiento
- y tendencia a la resistencia,

comprendidas en el axioma latino:

- "ardua agredi" = empeño por las cosas arduas
- "et dificilia sustinere" = saber sufrir lo difícil y penoso,

lo cual supone que no es sólo la soportación de las cosas difíciles, es decir, la paciencia y la resignación, lo que expresa la virtud de la fortaleza, sino también el empeño y conato de las cosas arduas.

Pudiera interpretarse y llegar a creer que el manso y paciente no son fuertes, como si resultase fácil ser siempre acogedor, sonriente y bueno, y ello no implicase una gran dosis de fortaleza; o por el contrario, se podría pensar que el bueno, no es activo y en ocasiones santamente agresivo, siendo así que la fortaleza cristiana exige que nos batamos y luchemos por el bien y no sólo que soportemos el mal.

Ni el bueno es pusilánime, ni el pusilánime es perfectamente bueno, pues fue el mismo Cristo quien dijo: "El Reino de los cielos padece violencia y sólo quienes se la hacen, son los que lo arrebatan" (Mt 11,12).

Bajo estas dos facetas, la de enfrentarse para superar algo difícil y la de aguantar pacientemente a que se desvanecieran las dificultades, fue como la Sierva de Dios vivió constantemente la virtud de la fortaleza y, en ocasiones, hasta en gesto de heroicidad, como ya veremos.

Cierto que en un principio luchó con ánimo esforzado para abrirse un camino en la vida. Conseguir un taller par-

ticular de corte y confección a sus 16 años, por sencillo y humilde que fuera, supone todo un reto a las dificultades de aquél entonces.

Y aunque este esfuerzo no suponga en principio, una virtud cardinal, sino una lucha normal por encontrar una solución para el futuro, sin embargo, toda virtud necesita una educación y amaestramiento para que, con el ejercicio se vaya consolidando.

En este sentido, pudiéramos decir que María Josefa, desde bien joven, fue preparándose con constancia y tenacidad para lo que tendría que superar y aguantar en un futuro no muy lejano.

La austeridad de su casa y los escasos medios con que vivían, la hizo luchadora para encontrar más tarde un sencillo desahogo en su vivir.

Tal vez, las primeras expresiones de fortaleza constatadas, las encontramos en la convivencia –al principio fría y distante– con la que más tarde iba a ser la amiga entrañable y la cofundadora de la Institución de Hermanas Hospitalarias: María Angustias Giménez.

Ella misma lo reconoce y se lamenta:

> "A causa de mi carácter tan seco e indiferente y no prever por entonces el mucho bien que me venía por estas relaciones, me mantuve en mi acostumbrada indiferencia. Sin embargo, por tenerla Dios para superiora mía, desde el momento en que me conoció empezó a ejercer conmigo los oficios de una buena madre" [4].

Y sigue dando explicaciones de cómo a fuerza de humildad y sencillez fue convirtiendo su postura ineducada en blanda y receptiva:

4 RMA, p. 43.

> "A este objeto, el primer medio de que se valió mi amada amiga para ganar mi corazón, fue usar mucha humildad... Según esto, al observar ella, al mudarse a casa, que yo me mantuve en mi acostumbrada actitud, empezó por hacerme frecuentes visitas, y me rogaba con afabilidad que le hiciese algún ratito de compañía.
>
> Para estimularme, me exponía cómo ella estaba todo el día solita. Pero qué mala, Jesús mío, que yo he sido siempre; hasta por urbanidad me tocaba a mí visitarla, pues sus padres y los míos, muchos años hacía que se conocían, y a pesar de esto le exponía impedimentos. Me parece que acaso fuese esto efecto de lo avergonzada que yo estaba de mí misma" [5].

Siguiendo la biografía de la Sierva de Dios, el segundo momento de dificultad y superación para la virtud de su fortaleza, lo encontró cuando soñando las dos amigas con una "fundación", no encontraron eco en la persona del P. Benito Menni.

Y aunque María Angustias habla en singular, refiriéndose a los obstáculos que le ponía el Padre, afectaba sin embargo a las dos:

> "Verdaderamente, no comprendía de dónde sacaba o de qué industrias se valía para poner tantos inconvenientes, haciéndome ver éste mi proyecto como imposible. Su objeto era quitar de mí toda esperanza de si él me podría servir de algo en el asunto. En breve me dijo todo, diciendo: Hija mía, yo soy un pobrecito religioso que, por mis votos, ni con

5 *Ibid.*, p. 44.

un ochavo puedo contar. Sin embargo, yo estaba tan entusiasmada por haber hallado persona digna a quien confiar mi secreto, porque la imposibilidad que mi Padre me hacía ver, en nada disminuía el esperar un éxito favorable, puesto que confianza la tenía puesta en la Señora que es dueña de los tesoros del Corazón de Jesús. No pudiendo contener el regocijo de que me veía llena, le pedí a nuestro Padre si le podía participar éste mi gozo a mi compañera, pero su rara prudencia le sugirió no ser conveniente, porque al fin era materia delicada, pues su enlace le impedía ser dueña de su voluntad.

Me es indispensable suspender un intervalo reflexionando sobre el inmenso poder de Dios y lo admirable de sus insondables juicios, teniendo que confesar que somos unos ciegos e ignorantes para comprender un ápice lo que la excelsa sabiduría se propone para realizar sus maravillosos designios. Este Señor que tan sabio es, cuando le place no necesita de fundamentos ni inteligencias elevadas. Parece que cuanto mayor es la obra, más quiere que falten los medios humanos para hacernos ver que su misericordia es benigna para atender a las necesidades de los que con humildad y confianza recurren a pedírsela.

Me anonado y confundo cuando considero la bondad de nuestro Señor, que se quiso valer o servir de nuestra pequeñez y miseria para dar comienzo a una obra tan prodigiosa que, según nuestro juicio, parecía un despropósito, al ver que carecíamos de toda cualidad indispensable para la ardua empresa que la bondad del Señor tenía designado, fuésemos miembros, aunque flacos e inútiles. Deduciendo de esto con el Apóstol de las gentes que nosotros por nosotros nada podemos, pero en Aquel que me conforta, todo, hasta lo más sublime" [6].

La otra palestra de vivir la fortaleza la Sierva de Dios, fue la convivencia durante quince años y la enfermedad de su marido durante cuatro meses:

- sus ideas totalmente contrarias en sentido de religión,
- sus desprecios y malas correspondencias para con ella,

hasta que a fuerza de una paciencia tenaz y constante, consiguió no sólo su conversión, sino su encuentro con Cristo al final de sus días.

María Angustias habló en esta ocasión, refiriéndose a la Sierva de Dios, de "heroica paciencia".

> "Ayudadas por la gracia, continuábamos con fervor a poner en práctica cuanto nuestro Padre nos enseñaba. Cuando, he aquí, que el esposo de Pepa se sintió enfermo. Al principio no ofrecía éste, peligro, porque se iba normalizando; pero al prolongarse dicha enfermedad, fue motivo para que él viniese en conocimiento del mal estado de su alma. Empezó por mostrar su gratitud a su querida esposa porque el Señor, con luz clara, le hizo ver los muchos sacrificios que ella había hecho, soportando hasta con alegría grandes penas para ganar su alma. Hasta entonces pareció que este hombre estaba ciego para no ver la heroica paciencia con que su virtuosa compañera le toleró sus defectos, aunque éstos fue-

6 *Ibid.*, pp. 68-69.

ron muchos y considerables; puesto que su eminente virtud le hacía tener o padecer la pesada cruz del matrimonio como carga ligera, con la dulce y consoladora esperanza de ver cambiado en otro a su querido esposo; siendo éste el móvil que la impelía a mostrársele siempre afable y cariñosa (aun en las mismas ocasiones que de él recibía desprecios y malas correspondencias), puesto que su escasa educación le hacía ser inconsiderado en todo su proceder.

En dicha enfermedad no se saciaba de mostrarme lo mucho que él agradecía la constante unión que con su esposa había conservado con amor recíproco.

Nuestro Señor le dio luz para que, con profunda humildad, conociera que nuestra amistad era fundada en Dios, por lo que parecía estar edificado de los ejemplos que a su parecer había observado en nosotras. Por divina misericordia, con nuestros consejos logramos (antes de caer enfermo), al cabo de no sé los años que no se confesaba, tener el consuelo de que viniese en nuestra compañía al Sacro Monte, verle arrodillado con grande contrición a los pies de don Fermín para confesar sus pecados, quedando después de dicha confesión muy enmendado.

A paso ligero se hizo grave dicha enfermedad y como Nuestro Señor combina las cosas según para los fines que se propone, trazó de modo que en esta ocasión estuviese nuestro Padre en Granada; por lo que con presteza aprovechó su esposa tan oportuna coyuntura como el Señor le presentaba, para que con amor lo persuadiese a que confesara con nuestro Padre; en efecto, obtuvo que lo hiciese con grandes muestras de querer mudar de vida si el Señor se la dejaba. A nuestro parecer, se había trocado en otro. Sin embargo, como Dios es la misma sabiduría, quiso coger la fruta en sazón para de este modo asegurarla. Por orden facultativa recibió los Santos Sacramentos con notable fervor y devoción"[7].

Un cuarto momento interesante en que María Josefa viviera la virtud de la fortaleza, fue cuando ya libre de ataduras matrimoniales, junto con María Angustias, comenzaron a pedir al P. Menni, con insistencia y firmeza, el que les dejase fundar algo muy parecido a lo que vivían los Hermanos Hospitalarios:

> "Cuando nos vimos libres de los lazos que nos ligaban para poner por obra el proyecto de abandonar todo lo de la tierra para dedicarnos al servicio de nuestro Jesús, con nueva fuerza volvieron a renacer los ardientes deseos por llegar a la cumbre de la perfección. Para obtener tan digno objeto, comenzamos a hacer nuevas instancias a nuestro Padre, manifestándole muy al vivo la vehemencia con que deseábamos ponernos en sus manos. Firmes y dispuestas a seguir todo lo que juzgase conveniente y a que de nosotras hiciera lo que delante del Señor le pareciese. A dicho objeto, me parece ser en vano recordarle a Su Reverencia la mucha oposición que nos hizo y lo negro que nos pintaba el obtener nada de lo que con tanto ardor le pedíamos. Con firmeza nos quitó toda esperanza. Jamás se borrará de mi memoria la larga lucha que de parte de Su Reverencia tuvimos que sostener, refiriéndose tan sólo que a darnos

7 *Ibid.*, pp. 70-71.

razones por las que nos convenciésemos, lo imposible que era que se realizase lo que deseábamos, toda vez que los motivos que mediaban eran sobrados para creerlo como positivo...

A veces nos urdía este diabólico espíritu unas telas tan sutiles, que la naturaleza se veía agobiada, por ver si nos hacía retroceder, o a lo menos acobardarnos, representándonos cómo los constantes ruegos que hacíamos a nuestro Padre, sólo servían para quedar avergonzadas al oír siempre de su boca que no conseguiríamos nada. Nos instigaba este infernal dragón a que dejásemos a nuestro Padre y no le molestásemos más, puesto que no daba resultado favorable" [8].

"Una tarde, fuimos a ver a nuestro Padre decididas a hacerle nuevas instancias; haciéndole ver muy al vivo que el oponerse por más tiempo a nuestro intento era oponerse a la voluntad de Dios. Con tranquilidad nos escuchaba, pero todo le servía para contrariarnos con más fervor. Con afabilidad y paz nos dijo: Hijas, cómo queréis que yo os dé esperanzas, puesto que a jóvenes que están adornadas de excelentes cualidades, he desechado. Mirad, éstas son instruidas, virtuosas, de corta edad, con dote correspondiente; en fin, si queréis que os diga, hasta guapas son.

Tranquilas le estábamos oyendo, pero al oír esto último, sin poder contenernos le dijimos: Esto era lo que le faltaba decirnos; en una palabra, que al carecer de todo, hasta feas somos. Sin embargo, todo lo de nuestro Padre nos caía tan en gracia, que parece

8 *Ibid.*, pp. 80-81.

que éstas sus ocurrencias nos servían para afirmamos más en nuestra santa vocación. No sabiendo ya qué decirnos, a pesar de lo débil que estaba, por lo reciente de la grave enfermedad, continuó a decirnos con amor: Hijas mías, yo no sé cómo estáis vosotras. Os habéis puesto una a un lado y otra al otro, de manera que estáis tan pegajosas que de ningún modo os puedo apartar de mí; estáis lo mismo que si fueseis dos sanguijuelas, que no cesáis de pedir junto a mí.

Por último, teniendo nuestro Padre que ir a un cortijo inmediato, al no poder hablarle, nos valimos del medio de remitirle una lluvia de cartas tan apremiantes que, ciertamente, le harían más fuerza que las palabras. Desde que se marchó a Ciempozuelos, continuábamos nuestro giro de no dejarle sosegar por la multitud de cartas que le dirigimos.

Me parece que por pascua de Navidad tuvimos el consuelo de que volviese. Le recibimos con una tan extrema alegría, por creer que ya se habría convencido y nos dejaría irnos en unión suya. Esto nos lo pensamos a causa de no conocer el carácter de nuestro Padre, puesto que cada vez se mostraba más fuerte para resistir a nuestros ruegos... Suficientemente que nuestro Padre estaba hecho cargo de la solidez de nuestra vocación, tanto porque con sinceridad le abríamos nuestro corazón, y por las conferencias que tuvo con don Fermín, nuestro director, pues les dimos amplia libertad para que lo pudiesen hacer" [9].

"Uno de los días fuimos a hablar a nuestro Padre. En particular me dijo que a Pepa pensaba admitirla,

9 *Ibid.*, pp. 82-83.

pero que a mí no se atrevía, porque al fin ella estaba buena. Fue tanta la pena que tomé por lo que esta noticia me impresionó, que me fui a casa llorando sin que me fuese posible durante toda la noche el poder aquietarme. Desde que amaneció me fui a presentar a mi Padre, rogándole, con muchas lágrimas que no podía contener, que por amor de Dios tuviese caridad de mí, manifestándole lo desconsolada que estaba desde que me dio la noticia tan triste para mí. Al verme mi buen Padre tan afligida, sin poder contener la risa, me dijo: Pero, hija mía, qué angustiada que estás, pues estás lo mismo que tu nombre.

Otro día se puso a decirnos, lo difícil que veía él que nos admitiesen en ninguna comunidad. Dirigiéndose a mí me dijo: Lo que es a ti, es imposible te den el santo hábito; a más de esto, no vayas a creer que la oración que en tu casa haces, la podrás hacer en la religión. Yo le dije que sobre si no me daban el santo hábito, que a lo menos tendría el consuelo de estar en la casa del Señor. Respecto a la oración, que según había leído en la vida de san Luis Gonzaga, en la religión, tanto gana el que rema como el que se está mano sobre mano. (Se comprende, dejándose guiar con sujeción humilde de los superiores). También le dije para hacerle fuerza: Acaso Su Reverencia y Pepa, que están bien de salud, se pongan malos y yo me ponga buena. En efecto, así lo permitió el Señor sucediese. Por lo que al oírnos nuestro Padre las razones que le dábamos, lleno de amor maternal, conociendo que el Señor nos llamaba, nos dijo: Yo estoy pensando en la presencia divina, tanto vuestros buenos deseos, como los graves impedimentos que os rodean para lograr vuestro objeto. Mi corazón ya lo veis; yo os amo lo mismo

que si fuerais hermanas mías. Querría condescender a vuestros ruegos, pero mis votos me lo impiden; pues yo soy un pobrecito religioso, hijo de obediencia. Os diré lo que me ocurre que os puedo ofrecer, si a vosotras os parece bien. En Ciempozuelos ya os podría proporcionar una casita para vivir recogidas, al mismo tiempo os procuraría trabajo para que os podáis sustentar; con objeto de que en cuanto sea posible, viváis abstraídas de todo lo del mundo, según deseáis. En verdad que a la naturaleza no agradó dicha propuesta. Diciendo dentro de nosotras: Jesús mío, acaso esto no te sea agradable, puesto que para no ser religiosas, buenas estábamos en casa.

El demonio nos representó el aceptar esto como locura o necedad. No obstante, nuestro Señor nos daba luz para que estas cavilaciones, que el enemigo nos sugería, las conservásemos en nuestro interior sin que nuestro Padre se apercibiese de ellas, por lo que, ayudadas de la gracia, le contestamos con resolución, que nosotras a pesar de ser tan miserables, sólo queríamos abandonarnos en sus manos para que de nosotras hiciera lo que quisiera. Quedando esto aplazado, aún no se quedaba satisfecho sin dar otro nuevo asalto, para cerciorarse si estaríamos preparadas para lo que se pudiera presentar, diciéndonos: Hijas, con tiempo os lo hago saber, si os ponéis enfermas no hay más medio o recurso que iros al hospital de Ciempozuelos, porque mi estado religioso no me habilita a otra cosa. Esto en verdad que nos fue un poquito duro, en particular a mí, que por estar siempre mala, recordaba el amor con que, siempre que estaba peor, rodeaban la cama mis cariñosos hermanos, prodigándome cuan-

to yo necesitaba, deseosos de procurarme cuantos alivios pedían, pero nos esforzamos por apartar de nuestra mente la natural tristeza que estas prevenciones tenían que causarnos por lo que decididas le contestamos: Padre, esto, como todo lo que nos expone, tendremos que sufrir; confiamos en la bondad del Señor que nos ayudará para ofrecerlo por su amor.

Ahora veo que todo era una prueba, pero entonces parecía verdad cierta. Sin embargo, por misericordia divina, no es que sin reflexionar nos dejábamos llevar del ímpetu de nuestro deseo, pues aunque flacas, con detención premeditamos todo delante del Señor. Conferenciábamos ambas, según nuestra poca luz trayendo razones para ver lo más acepto a nuestro Jesús, dándonos la una a la otra ánimo para no retroceder ni vacilar. Por último, sin habernos dado la menor razón, se marchó nuestro Padre a Ciempozuelos. Porque al fin, cuanto nos habló fue proposiciones para tantearnos, puesto que decidido aún no lo estaba" [10].

"Sobre otras pruebas más sutiles de que nuestro Padre se valía para conocer nuestro espíritu.

Con objeto de ver si nuestra intención de servir al Señor era recta, se valió de una sutileza que en algún tanto debía acobardarnos. El fin de nuestro Padre era tocar todas las teclas para después obrar en la convicción de que el Señor era el que nos llamaba, porque al ser el asunto trascendental necesitaba cerciorarse. Me quiero explicar. Bien que nuestro Padre

10 *Ibid.*, pp. 84-85.

comprendía que era nuestro Señor el que nos inspiraba, pues, a no ser así, no habríamos vencido tantas dificultades, costosas a la naturaleza. Quiero decir y no me explico que no se le ocultaba a nuestro Padre que el móvil principal que nos impelía a salir de nuestra tierra, era el amor extremo que Dios infundió en nosotras hacia su persona, por lo que no obstante estar satisfecho por saber que este amor lo motivaba Dios, sin embargo quiso hacer la última prueba, diciéndonos: No os vayáis a imaginar que siempre estaréis en derredor de mí, ni tampoco os vayáis a consentir que os podré yo confesar de ocho a ocho días, pues esto no puede ser. Hijas mías, lo más que os puedo ofrecer será (si es que os admiten en algún pueblo inmediato a Ciempozuelos) hacer tiempo de mes a mes para ir a confesaros, aun cuando hubiese que ir montado en un burro, yo lo haré con gusto. Esto os lo aviso para que echéis vuestras cuentas...

Viendo nosotras lo decidido que estaba nuestro Padre a no admitirnos, de nuevo empezamos a dirigirle unas cartas sumamente extensas, en las que le dábamos las razones que Dios nos inspiraba, rogándole nos facilitase tanto como nos impedía, el lograr consagrarnos al Señor. En contestación a éstas nos escribió un poco más blando, pero haciéndonos ver muy al vivo las contradicciones que de todas partes tendríamos que sufrir, repitiéndonos que con certeza nada nos podía prometer. Nada de esto nos desanimaba, porque la certidumbre nuestra la teníamos puesta en el gran poder de Dios, único dueño de todo" [11].

11 *Ibid*., pp. 86-87.

"Nuestro Señor iluminó a nuestro Padre que nos dejase seguir su voz...

No es posible dar una idea del regocijo nuestro cuando, a mediado de junio, recibimos carta de nuestro Padre, en la que brevemente nos decía: Hijas, si queréis podéis veniros, ya os tengo una casita para que viváis en compañía de una buena señora que saldrá conmigo a la estación a esperaros. Estando ya en posesión de tan deseada licencia, nuestro común enemigo, que tan astuto es para hacer retroceder en los primeros pasos que se dan para seguir el bien, supo urdir una tela de lazos tan sutiles que, si bien no nos podía hacer desistir, a lo menos nos amedrentó. Esta nuestra decisión nos la presentó como una inhumanidad. Nuestro corazón se vio poseído de sensibilidad y dos distintas aprensiones embargaban nuestra imaginación.

Primera. Nuestro Jesús nos fortalecía para que sin vacilar emprendiésemos el viaje, rompiendo con las ligaduras que nos unían a la sangre.

Segunda. Por otra parte, nos asaltaba el demonio, quitándonos el valor para salir de casa sin que se apercibiesen de lo más mínimo, por la razón de que cada día se nos mostraban más humildes y cariñosos, de modo que esto nos robaba el corazón, diciendo en el interior: ¿Será posible tener ánimo para dejarlos sin decirles una palabra? La noche anterior a la marcha, al ponerles la comida, les miraba a la cara y con gran pena decía en mi corazón: Acaso ya en esta vida no vuelva a veros más. Otras tristes ideas me venían diciendo: Ellos se han sacrificado por mí, con tan buena voluntad, y yo los voy a abandonar haciéndoles tanta falta. Estas cavilaciones me atravesaban el corazón, porque según la razón humana parecía injusto nuestro proceder. Esto es lo que a mi Padre le hacía temer el que yo saliese de casa, porque comprendía que mi decisión sería causa de graves disgustos, por lo que me exigió le diese yo parte a mi hermano Manuel; por obedecer lo hice. Empero al ver que al darle semejante noticia, un tiro de artillería parecía haberle disparado, procuré quedase la cosa como si la fuese a dilatar, para que entre tanto se apagase aquella pólvora, continuando con paciencia a preparar todo sin dar más parte a nadie.

Esta propuesta se la hice meses antes de mi salida.

No obstante estas aprensiones y turbulencias que el demonio nos promovía por ver si le dábamos cabida, nosotras, aunque débiles, sólo pensamos en acogernos con santa confianza en la mediación de quien todo lo puede allanar. Por lo que al estar colocadas bajo el poderoso patrocinio de tan augusta Reina, el corazón nuestro se sentía poseído de un nuevo valor para, con firmeza, hacer frente al infierno entero. En tan consoladora esperanza de que nuestra Madre nos colmaría de sus gracias para no desfallecer ni, por un momento, ser infieles al llamamiento divino. Con amor le dirigíamos estas humildes súplicas:

¿Será posible, Señora y Reina del Corazón de Jesús, que por nuestra cobardía y flaqueza malogremos tan bella ocasión como la misericordia de tu Hijo nos franquea? No, Madre mía, no lo permitas, ni nos dejes solas para que sucumbamos, dando cabida en nuestro corazón a las astucias infernales. Esta

fortaleza que la Santísima Virgen nos comunicaba, nos servía de confortativo para despreciar cuantas asechanzas nos moviese el infernal dragón. Gracias, Madre mía, por todo" [12].

"Nuestro Jesús nos iluminó para designar el día de nuestra salida de Granada.

Desde que pasó esta natural impresión, mi buena compañera me dijo: Y bien, ¿cuándo le parece a usted salgamos de casa? Yo, que tan turbada aún estaba para resolver en cosa tan costosa a la naturaleza (sin comprender por entonces el significado de mi respuesta), le dije: Yo esto lo dejo a lo que usted diga. El día que me mande usted, ése quiero yo. Según ahora se ve, en el primer paso que iba a dar para consagrarme al Señor, esto de querer hacerlo por obediencia, pienso fue providencial, porque al tener Dios decretado que mi virtuosa compañera fuese la fundadora de esta nueva familia religiosa, por esto querría la Virgen empezase, desde el primer paso, a sujetarme a ella, como súbdita que sería suya.

A este fin acordamos mirar el calendario y viendo lo próximo que estaba la fiesta de san Luis Gonzaga, unánimes creímos que este angélico joven era el que Nuestro Señor designaba para que nos custodiara en nuestro viaje... A este efecto dejamos cartas escritas para que una buena señora se encargara de entregarlas a cada uno en particular. Se deja ver la impresión que esta determinación nuestra les causaría, siendo a ellos tan imprevista.

12 *Ibid.*, pp. 89-91.

La víspera del Santo les dejamos con grande pena la comida preparada por última vez, para este día que nos teníamos que ausentar de casa. Por prever que sólo tendrían los pobres lugar para llorar, como en efecto lo hicieron. Efecto de la afección que tengo al corazón, me levantaba a las nueve o diez de la mañana. Esta grave enfermedad era otra de las causas porque nuestro Padre se temía si no podría resistir a las impresiones que, por la oposición de mi familia, tendría que sufrir. Porque al hacerlo sin dárselo a conocer, era indispensable estar preparadas a lo que sobreviniese. No obstante, al llamarme mi querida amiga a las dos de la mañana, con alegría y presteza me eché al suelo, cual si nunca hubiese tenido ningún padecimiento. Por lo que anticipadamente salimos de casa en silencio, en dirección a la estación; este día 21 de junio, fiesta de san Luis Gonzaga, 1880. El amor de nuestro Jesús fue el que nos impulsó para con valor romper con los lazos tan estrechos que nos ligaban a la naturaleza.

Sinceramente confieso, nadie en este mundo nos animó a tomar esta resolución de dejar a nuestras familias. Invocamos el auxilio divino y nos subimos al tren. Pronto empezó nuestro angélico joven a prestarnos sus caritativos servicios, pues por razón natural a la naturaleza, era forzoso experimentar los primeros sentimientos al alejarnos por tan dilatado espacio del lado de tan amantes y cercanos deudos, toda vez que tan buenos eran para nosotras, que con tal valor los dejábamos por seguir a nuestro Jesús" [13].

13 *Ibid.*, pp. 92-93.

"¡Qué grande es el poder de Dios y cuán inmen - sa su misericordia!

Desde el momento que con voluntad resuelta nos entregamos a él y con generosidad le hacemos donación de todo nuestro corazón, desde el mismo punto empieza este buen Jesús a premiarnos los cortos sacrificios que por su amor ofrecemos. Este Dios tan benigno no atiende tanto a la dádiva como al amor con que ésta se le da. Desde que se aumentaba la distancia de nuestra tierra, nos venía al pensamiento el decir: Tal vez, en estos momentos estén llorando y como desesperados, por lo sagaces que hemos sido. Estas reflexiones, que deberían ocasionarnos pena, nos excitaban a tener fortalecido ánimo para esperar de Dios que también a ellos les asistiría socorriéndoles en todo lo que necesitasen.

Jesús mío, qué liberal has sido para mí, que nada merezco. La experiencia ha probado que ésta nuestra decisión fue disposición divina. Puesto que sin la voluntad de Dios no se mueve la hoja del árbol. No obstante, Dios ofreció a Pepa que sintiese fuertes dolores por las indigestiones que padecía. Empero, como el amor que a mí tenía era tan verdadero, al mirarme la cara que la tenía tan alegre, cual nunca la tuve, era motivo para satisfacerle en la convicción de que la gracia del Señor es superior a nuestra débil flaqueza. Porque aun cuando yo soy de tan escaso valor, mi amado Jesús es la misma fortaleza.

También aludo a favor particular de Dios el que me concediese durante todo el camino, a pesar de lo resentida que estaba de la palpitación al corazón, no sólo el que no me diese la agitación, (como con frecuencia me daba), sino lo que es más, que parecía nunca haberme sentido tan buena y despejada como me sentía en tan feliz viaje. Prueba de ello fue el buen apetito que tuve, pues extrañaba a mi querida amiga el que le pidiese tan a menudo de comer. Parece sería esto indicio de que, al cumplir con el beneplácito divino, ya empezaba este Dios a premiárnoslo" [14].

Todo lo que hemos copiado de la *Relación* es el mejor testimonio, nacido de las mismas protagonistas en su momento más difícil, tan difícil y precioso que bien lo podemos llamar "el martirio de su vocación".

Ya han pasado lo más difícil, pero lo que les queda no va a ser un sendero de rosas, pero sí rosas con espinas.

Y llegamos ya a un quinto momento, el definitivo, en el que la Sierva de Dios alcanzó a superar felizmente el martirio vocacional, en ese espacio de tiempo que va desde su entrada hasta su muerte, pasando por el aspirantado, noviciado, profesión simple, y por los cargos de Superiora y finalmente Superiora General.

Con sencillez podemos decir que fue la fortaleza la virtud cardinal más barajada en su vida, respondiendo con un total canto de victoria.

Pocas almas habrán sido probadas tan intensa y dolorosamente, y pocas también, las que hayan respondido con tanta lealtad a lo que Dios quería de ellas.

Si en algo brilla su santidad, es en la nobleza y valentía de su fortaleza.

Y será Ciempozuelos la tierra "extraña" para unas granadinas que no saben de arideces castellanas, la que va a

14 *Ibid.*, pp. 94-95.

ser escenario del último esfuerzo en aras de la virtud de la fortaleza que será como el máximo e inesperado galardón: el "martirio" de la caridad y del perdón.

Acaban de llegar nuestra viajeras al pueblo madrileño de Ciempozuelos. En su interior, han tenido que sostener una lucha violenta contra los obstáculos de la naturaleza y de la afectividad, que se resistía ante un imprevisto sin gran esperanza.

La herida está abierta y las lágrimas reprimidas; no obstante, es preciso manifestar valentía, aunque el corazón esté desolado, por eso la Sierva de Dios dijo al P. Menni: "Es verdad que no nos esperaría; acaso pensaría que no podríamos desenredarnos de tanta maraña; pues ya nos tiene aquí, gracias a Dios" [15].

Y esto lo dice, cuando ni física ni moralmente tiene fuerzas para alimentar la esperanza; por eso nos dice María Angustias:

> "Nuestro divino maestro Jesús, en tan oportuna ocasión, nos quiso dar una sublime lección, que se refería a enseñarnos que su especial gracia es suficiente para, con valor, emprender hasta lo más costoso a la naturaleza; por lo que nos dio a entender jamás debemos apegarnos en demasía a criatura de esta tierra, por santa que ésta sea; puesto que por experiencia veíamos que para que el corazón se moviese sólo bastaba Dios; para que éste se doblegase a seguir su voz con varonil ánimo...
>
> Llegamos a la estación, y al tener la dicha de ver a nuestro Padre, la naturaleza empezó a hacer su oficio" [16].

15 *Ibid.*, p. 105
16 *Ibid.*, p. 103.

Poco a poco y a paso lento, suben el altozano que conduce de la estación al pueblo. Mientras caminan, sus ojos y su ánimo se encuentran con el panorama

- de un P. Menni un tanto serio;
- una señora anciana suspicaz y huraña,
- y las dos aspirantes que han desprendido el alma de su tierra y de su hogar para comenzar una vida llena de interrogantes.

Al llegar a la casa –donde según el P. Menni tendrían que vivir "despreocupadas de todo lo terreno y recogiditas"– se encontraron:

- con una habitación sumamente desacomodada, limpia de muebles y húmeda;
- sin una cama para dormir, ni mesa para comer;
- por asiento tuvieron que tomar unas piedras.

Todo ello habría que afrontarlo con las escasas fuerzas que les quedaban, aunque tuvieran que pasar las primeras noches en vigilia y la añoranza de lo que dejaron en sus casas les hiciera derramar lágrimas.

A pesar de todo esto, no fue exactamente la pobreza y escasez extremas, lo que más les dolía, sino el comenzar a encontrar vacío e inseguridad en el P. Menni, que las había llamado.

Van a precisar, en este sentido, una fortaleza heroica que consiga felizmente una victoria completa y total. Las expresiones comprobatorias se multiplican:

- "Hasta con nosotras usó nuestro Padre de tanta reserva, puesto, que hasta tener la casa, no fue

posible oír de su boca ni la menor sílaba en orden a la fundación" [17].

- "Temía si no seríamos constantes en resistir a las muchas contradicciones que nos esperaban y que tuviésemos que volver a Granada" [18].
- "Quería cerciorarse, si nuestra voluntad de servir al Señor era resuelta y sin miras humanas" [19].
- "Por permisión divina, aquel amor tan extremo que hacia nuestro Padre sentíamos, parece desapareció instantáneamente" [20].
- "La astucia infernal no dejó piedra por mover" [21].
- "Aún no había nuestro Padre terminado de cavilar, pues dudaba si, en efecto, sería del beneplácito divino que tomase este insoportable y no pequeño cuidado (de la fundación) sobre sí.

  En verdad se mostró muy duro; sin querer doblegarse hasta tanto se lo manifestase el Señor, claro y terminante" [22].

Indeciso del todo, quiere colocarlas en las Religiosas de la Sagrada Familia en Madrid, y desentenderse de ellas: "Es conveniente os coloque en una comunidad de religiosas muy observantes; por lo que mañana os llevaré a Madrid, puesto que ya he hablado con la Superiora".

Aquí es donde la Sierva de Dios da el grito de fortaleza que salvó a la Congregación de un naufragio perpetuo: "Padre, con la gracia del Señor, procuraremos obedecerle, pero no se consienta que vamos a continuar. No, de ninguna manera será esto. Nuestro Señor nos ha traído para otra cosa".

17 *Ibid.*, p. 107.
18 *Ibid.,* p. 107.
19 *Ibid.,* p. 107.
20 *Ibid*., p. 111.
21 *Ibid.,* p. 111.
22 *Ibid.,* p. 113.

A pesar de haberles indicado que ya era tiempo de comenzar "otra vida", y haberles descrito con todo detalle el horario a seguir, y provisto de reloj y de campanilla para los actos comunes, sin embargo:

> "Nada sabían del género de vida que habían de llevar, ni qué clase de obras debían emprender; estaban ante el Padre, como dos montoncillos de tierra cribada en el alfar, como dos bloques ante la inteligencia y los instrumentos del artista" [23].
>
> "Violentas tentaciones nos combatían sobre la mucha reserva con que siempre procedió en orden a no decirnos ni la menor sílaba de fundación" [24].
>
> "Lo que más nos hacía sufrir, era el silencio que sobre la fundación guardaba nuestro Padre... para sus hijas fue siempre reservado" [25].

A principios del año 1881, ya había puesto de Superiora a la Sierva de Dios y tenía en su interior pergeñado el plan, y no obstante, "seguía guardando silencio en relación a no chistar sobre la fundación".

En estos momentos, una prueba muy particular y dolorosa que realzó su fortaleza santa, iba a caer sobre la Sierva de Dios:

- después de ser ella la primera en acudir;
- de esforzarse hasta el extremo en trabajos y sacrificios;

23 RB, p. 91.
24 RMA, p. 126.
25 *Ibid.*, p. 128.

– de enfrentar todas las situaciones;
– que había intentado resolver todas las dificultades;
– que había colaborado la que más, en la compra y arreglo de la casa nueva;
– después de todo esto, y sin explicaciones de ninguna clase, la quita de Superiora, cuando ya estaba todo hecho y preparado.

Prueba terrible para su fortaleza, que ella supo sublimar, refugiándose en el silencio, amparada por sólo Dios.

Pasada esta prueba de fuego, y con la misma "sencillez misteriosa" –pero también dolorosa– fue repuesta en su cargo a los pocos días, sin pedir explicaciones de ningún género. ¡Sublime valor de fortaleza santa, refugiada al amparo de Dios!

Un último detalle, antes de llegar al martirio de caridad, en el que sobresale la entereza viril y fuerte de la Sierva de Dios, al mismo tiempo que su máxima humildad. Nos lo cuenta María Angustias:

> "Yo había tenido la libertad de hacer unas carterillas o bolsillas para las hermanas, sin pedir permiso.
>
> María Josefa tuvo otro pequeño descuido; por lo que, al haberse apercibido de dichas faltas, nos dio una severa reprensión delante de las hermanas diciéndonos que nos portábamos muy mal al obrar de aquel modo. Por lo que quedaba disgustado de nuestro proceder y que por ningún concepto permitía fuese adelante. Nosotras, confusas y pesarosas, nos arrodillamos rogándole que nos perdonase, que ya le prometíamos la enmienda; pero no fue posible obtenerlo, pues cuando hubo terminado, nos llamó aparte para, con libertad, usar de más rigor. A este efecto nos dirigió unas palabras tan humillantes que no se podían creer si no las hubiese oído. (Estas palabras sólo se dirigían a domar el orgullo, ya que los labios de nuestro Padre son muy puros y recatados). Largo rato dedicó a decirnos cosas para humillarnos. Entre tanto, permanecimos a sus pies inmóviles, suplicándole que nos perdonase, pero no accedía porque estaba como el bronce de fuerte, diciéndonos: ¿Para qué queréis que os perdone, para volver mañana a lo mismo? Nada, quiero obras y no pedir perdón y después cometer las mismas faltas. Se marchó a su casa dejándonos bajo esta pena, causándonos terror por lo serio que le veíamos.
>
> Cuando amaneció nos fuimos a que nos confesara y aún estaba lo mismo; diciéndonos: Nada, yo quiero la realidad y si no, corto por lo sano. Siempre estáis diciendo que os vais a enmendar y yo nunca lo veo. Por lo que, si esto no va de veras, mejor sería que se desbarate y me dejéis en paz. Sí, hijas, si no tenéis ánimos, marchaos y dejaos de cosas.
>
> En verdad que esta vez se nos mostró nuestro Padre bien fuerte. Sólo con la misericordia del Señor, pudimos sufrirlo por su amor. Al fin, nuestra constancia le obligó a oírnos en confesión y calmarse. Nos mandó que, cuando llegásemos a casa, besásemos los pies a las hermanas por los malos ejemplos que dimos. Nos volvimos a casa contritas y resueltas a andar muy derechas, según nuestro Padre quería" [26].

26 *Ibid.*, pp. 189-190.

Como vemos, no hay proporción ninguna entre las causas motivadoras y esa "cólera" irreprimida basada en autoritarismo sobre el débil:

- unas carterillas,
- otro "pequeño" descuido de María Josefa.

Sin embargo el P. Menni:

- monta en cólera,
- les dice insolencias
- no les concede el perdón,
- confusas y pavorosas se arrodillan, permanecen a sus pies, pero no cede,
- se confiesan al día siguiente y seguía en su dureza,
- les manda besar los pies, las llama aparte para usar más rigor..., usa palabras tan humillantes que no se podían creer,
- se confiesan y les lanza más denuestos; y hasta les quita la esperanza de seguir: "mejor sería que se desbarate y me dejéis en paz".

¡Ejemplo maravilloso y hasta heroico de fortaleza, siendo además ella la Superiora de la Comunidad!

Otro detalle, ante el que la Sierva de Dios permaneció con toda entereza, fue cuando su amiga del alma, María Angustias, se volvió atrás y no profesó el mismo día que ella, 4 de junio de 1882, sino que lo aplazó hasta el día 1 de noviembre del mismo año, fiesta de Todos los Santos.

El dolor fue grande, pero se sobrepuso con fortaleza santa.

Finalmente, llegamos al ocaso de su corta vida cuando, de manera sorpresiva e inesperada, surgió la violencia

agitada de Dolores Soler Núñez y fue víctima de su demencia en fuerza desdoblada.

Nos dice sor María del Refugio García:

> "La pobre Madre fue víctima de sus furiosos golpes, dejándola tan maltratada que daba lástima verla y si se descuidan un poco la deja en el sitio. Apenas pudo rehacerse un poco, nos rogó que se llevase a la enferma una taza de tila con azahar pues había tenido un rato de grande excitación y le haría falta tranquilizarse. Ella le perdonó de todo corazón y nos encargó que hiciésemos lo mismo, pues la pobrecita no era de ningún modo responsable de aquel acto.
>
> El tiempo restante de su vida le fue de sufrimientos cada vez mayores, y para nosotras de grande pena por ver sufrir a aquella Madre tan buena a la que todas considerábamos como una santa".

De esta manera tan honrosa y testimonial, coronó felizmente aquel esfuerzo constante para ser toda de Dios, superando dificultades y padeciendo calladamente cuanto en los deberes diarios se iba presentando.

Los testimonios siguientes no son otra cosa que un sencillo refrendo:

Sor María Angustias Giménez afirma:

> "Grande fue el ejemplo que nos dio de paciencia con la alegría y conformidad que sufrió tan penosa enfermedad. Todos sus padecimientos constantemente los ofrecía para rogar por las necesidades de nuestra Congregación y también por los Hnos. de San Juan de Dios. Pedía con frecuencia a Ntra. Señora que sus hijas se santificaran, y que a nuestro

Padre le diera fortaleza para poder trabajar mucho para bien de las almas".

Sor María del Milagro Salanueva añade:

"Una paciencia inagotable; no se le vio nunca la menor falta. Siempre trabajando en todo la primera, con la sonrisa en los labios y tan majestuosa que no era natural de criatura.

No puedo decir más ni explicar, pero en mi interior siento un recuerdo que, mientras viva, jamás la olvidaré: De su espíritu de sacrificio y todas las virtudes" .

Sor Teresa de Jesús Gener dice:

"En la paciencia era inalterable, a pesar de sus muchas ocupaciones y del mal físico que a consecuencia de los golpes que le dio la enferma, padecía en los grandes dolores que la enfermedad le producía, jamás se le notó asomo del más mínimo de impaciencia ni queja ninguna, antes los sobrellevaba con paz y resignación admirables. Sólo alguna vez se le escapaba algún suspiro y dirigía sus miradas apacibles al Crucifijo y al Cielo.

Junto a la paciencia, una mortificación grandísima. Los cuidados que con todo nuestro amor y diligencia le prodigábamos, según nuestros deseos y que dado a aquellos tiempos, escasos, a ella todo le parecía demasiado regalo y agradecidísima por lo que hacíamos por ella, que como digo era bien poco según era grande nuestra voluntad, esto en la enfermedad, que antes, tanto en el comer como en el vestir siempre escogía para ella lo peor y lo de menos gusto".

Y, por último, sor María del Refugio García completa las anteriores declaraciones con un amplio comentario de la virtud de la paciencia ejercitada por la Sierva de Dios, que es al mismo tiempo un elogio y una confirmación de cómo practicó la virtud de la fortaleza en grado heroico:

"También merece particular elogio su heroica paciencia. Todavía era seglar y, para consultar sus asuntos de la proyectada fundación, solía aprovecharse de la estancia de nuestro Padre en Granada, pero viendo los porteros que las visitas se hacían algo frecuentes, les empezó a disgustar y le molestaban bastante, a veces sin pasar recado al Padre o haciéndole pasar largos ratos esperando en la portería; otras veces hasta le insultaban llamándola beata, y, en fin, ejercitando bien su paciencia. Los tres años que pasó en la Congregación fue para la pobre madre una cadena no interrumpida de sufrimientos, pues las privaciones que tuvieron que pasar antes de empezar definitivamente, y por otra parte, la responsabilidad que después pesaba sobre sus hombros con la dirección y cuidado, ya de las enfermas, ya de nosotras, que todas o la mayor parte éramos de poca experiencia y no mucha instrucción, debió de ser para ella un verdadero martirio. Es verdad que ella no se quejaba nunca, sino más bien lo sobrellevaba con dulce paz y resignación.

Dio pruebas de poseerlas en el más alto grado cuando ocurrió el triste suceso de que una enferma muy excitada se encontraba desnuda sobre una ventana y, para evitar que se escandalizasen las personas que podían verla, fue para ayudar a las Hermanas que trataban de quitarle de allí, pero no lo podían conseguir. La pobre Madre fue víctima de sus

furiosos golpes, dejándola tan maltratada que daba lástima verla y si se descuidan un poco la deja en el sitio. Apenas pudo rehacerse un poco, nos rogó que se llevase a la enferma una taza de tila con azahar, pues había tenido un rato de grande excitación y le haría falta tranquilizarse. Ella le perdonó de todo corazón y nos encargó que hiciésemos lo mismo, pues la pobrecita no era de ningún modo responsable de aquel acto".

EL JUSTO MEDIO

El desarrollo armónico de las virtudes morales, lleva a la persona a la madurez humana que le es propia, "la cual se manifiesta sobre todo:

- en cierta estabilidad de ánimo;
- en la capacidad de tomar decisiones ponderadas;
- y en el modo recto de juzgar los acontecimientos y las personas" [1].

Adquiere en primer lugar una capacidad de juicio: una persona madura conoce el sentido de la vida y el valor de las cosas, a la vez que se considera a sí misma con realismo y objetividad, y es capaz de decidir su actuación, siempre de modo coherente, libre y responsable, aceptando las consecuencias de sus actos.

Por otra parte, su coherencia no es rigidez, sabe adaptarse a las circunstancias y resolver sus problemas -siempre reales, objetivos- cediendo y concediendo en todo cuanto no se oponga al fin último, a Dios, o por el contrario, exigiendo, según sea preciso.

Sin recurrir a astucias ni artimañas, cuando las cosas no se pueden resolver por la vía directa, sabe encontrar los

1 OT, 11.

caminos que, con un prudente rodeo, conducen a la misma meta.

Es decir, el hombre ha adquirido como virtud central, directora de su vida moral, la prudencia que, con mesura y eficacia, va a imperar los actos morales de su vida.

Al mismo tiempo, con el ejercicio constante del bien moral, según le va dictando la recta razón, en el aspecto social, en la convivencia con los demás, una persona madura sabe encontrar siempre el lugar –de igualdad, de superioridad o inferioridad– que le corresponde. Participa en la construcción del bien común sin timideces ni complejos, independientemente de la categoría de su aportación personal, es comprensivo, paciente con los demás, sabe dar a cada uno lo suyo.

Es decir, ha adquirido la virtud de la justicia que regulará las relaciones del hombre con los demás, de acuerdo con las razones que la razón establece.

Pero para lograr esa capacidad de juicio y esa voluntad firme, necesita dominar y poner al servicio del fin moral, sus propias pasiones, venciendo las tendencias de éstas a buscar desordenadamente su objeto, al margen de la recta razón: no trata de ahogarlas o de privarse de todo gozo, sino de dominarlas, estimulándolas en la justa dirección; de este modo adquiere las virtudes de la fortaleza y la templanza.

La templanza tomada en sentido amplio, tiene por finalidad mantener en equilibrio todos los afectos e impulsos instintivos que nos llevan a satisfacer las necesidades naturales.

Entre las múltiples manifestaciones instintuales, existen dos que sobresalen por su importancia e impulsividad:

– el instinto de conservación
– y el de la reproducción.

El sentido de la virtud de la templanza consiste en la regulación de estos instintos radicales del hombre, ordenándolos a la conservación propia y de la especie, fijándose en la finalidad total del hombre y no en el fin inmediato de los instintos.

No basta para ello, poner simplemente en orden las aspiraciones objetivas, se necesita también la vigilancia directa inmediata de las facultades del alma y de su actividad, o sea que se requiere una atención y dominio constantes sobre uno mismo.

La virtud de la templanza es del todo necesaria, ya que por el pecado original entró el desorden en el hombre.

Y en la medida que el hombre se ama a sí mismo más que a Dios, en esa misma medida se ama desordenadamente.

Por eso el primer requisito para obtener la templanza es contemplar a Dios y al prójimo y trabajar en la reforma de uno mismo con la mirada puesta en Dios y en el prójimo. La templanza es todo lo contrario al egoísmo en la conservación y reproducción, por eso necesita el vencimiento y la mortificación. Mortificación que no persigue la destrucción del instinto, sino tan sólo el controlar y superar sus movimientos desordenados hasta desarraigarlos completamente.

Aunque la templanza ocupa el cuarto lugar entre las virtudes cardinales, esto no quiere decir que sea de menor importancia.

Precisamente porque el apetito de comer y beber, así como la inclinación a placeres sexuales arraigan profunda-

mente en el instinto humano, cuando se viven desordenadamente, es decir con intemperancia, son de verdad devastadores.

La falta de la virtud de la templanza imposibilita el verdadero amor.

Si el amor impulsa a la donación sin esperar pago ni recompensa, la intemperancia por el contrario busca el disfrute egoísta, envilece y lleva al pecado, que es lo opuesto al amor.

La templanza irradia la belleza del desprendimiento, mientras que la intemperancia repele por el profundo egoísmo que manifiesta en todas sus expresiones.

La templanza como virtud, se alimenta del amor y vive para el amor.

- La moderación en el comer y en el beber,
- la limitación moderada de la curiosidad,
- el fuerte señorío de ánimo por la dulzura y la delicadeza, impresionan de verdad, cuando se perciben como penetrados por el amor.

Siendo así que el amor a Dios es imposible sin la templanza, la misma urgencia que hay del amor de Dios, es la que existe de esa virtud. De ahí que san Agustín apuntara el profundo significado e importancia de la templanza para el amor, cuando dice: “La templanza es aquel amor que conserva íntegro e incólume al hombre para sólo Dios”.

Con ser la última de las virtudes cardinales, la templanza es una de las más importantes y necesarias en la vida sobrenatural de cualquier persona.

La razón es porque ha de moderar, conteniéndolos dentro de los límites de la razón y de la fe, dos de los instintos más fuertes y vehementes de la naturaleza humana,

que facilísimamente se extravían sin una virtud moderativa de los mismos.

La Providencia ha querido unir un deleite o placer a aquellas operaciones naturales que son necesarias para la conservación del individuo o de la especie.

Pero precisamente por eso, por brotar con vehemencia de la misma naturaleza humana, tienden con gran facilidad a desbordarse fuera de los límites de lo justo y razonable.

Esta es la razón de la necesidad de la templanza como moderadora de esos apetitos naturales y de su singular importancia en la vida humana.

Ella es la que nos hace usar un placer con un fin honesto y sobrenatural, en la forma señalada por Dios a cada uno según su estado y condición.

Y como el placer es de suyo seductor y arrastra fácilmente más allá de los límites, la templanza inclina a la mortificación y purificación, incluso de muchas cosas lícitas, para mantenernos alejados del pecado y tener perfectamente controlada la vida pasional.

Aunque las partes integrantes de la templanza son:

- La “vergüenza”, que aunque no es una virtud, sin embargo es cierta pasión laudable que nos hace temer el oprobio y la confusión que siguen a un pecado “torpe”;
- y la “honestidad” que es el amor al decoro que proviene de la práctica de la virtud,
- sin embargo, estudiaremos más bien las partes subjetivas, distribuidas en los grupos:
- la abstinencia y la sobriedad referidas al gusto,
- y la castidad y pudor referentes al tacto.

El carácter constitutivo de la Sierva de Dios, según el estudio grafológico que se le ha hecho, subraya fuertemente

- su radicalidad
- su austeridad de vida
- su modestia y recato.

Recorriendo su historia biográfica vemos que, desde bien pequeña, tuvo que ceñirse a las austeridades y privaciones de una vida familiar modesta y pobre. Vida mortificada y recia, ya que las reservas económicas no permitían excesos en ningún sentido.

De esta austeridad familiar obligada, nació un hábito de abstenciones y privaciones que serían el marchamo de todo cuanto tuviera que vivir personalmente o exponer y aconsejar en sentido doctrinal, cuando estuviera al frente de la Comunidad y del Instituto.

Para comprobarlo, tan sólo necesitamos seguir sus pasos, y percibiremos que es una de sus constantes más subrayadas.

A medida que iba acrecentándose el conocimiento de Dios y dilatándose su generosidad en donación al Señor, la austeridad de su vida iba siendo una exigencia de amor, que culminaría en su vocación religiosa y, dentro de ella, la austeridad y mortificación se transformarían en expresiones de amor al vivir unas normas en el comer, vestir y de comportamiento en general; normas en las que más tarde por ser Superiora y Fundadora debía dar vida y ejemplo constante.

La Sierva de Dios nunca hablará de sí misma, y por eso habrá que poner suma atención a los testimonios de las Hermanas que vivieron con ella.

El testimonio más autorizado será siempre el de su "amiga" y "hermana" María Angustias, que vivió y convivió con ella desde los primeros pasos de su andadura, bastante antes de que se fundara la Congregación de las Hermanas Hospitalarias.

Siendo amplísimo el campo de la templanza, ya que se extiende no sólo a los sentidos externos e internos, sino también a la purificación de las facultades del alma, vamos a adaptarnos al orden de sus etapas biográficas, comenzando desde el momento mismo en que María Josefa Recio junto con su amiga María Angustias, se disponían, en sentido de conversión, a llevar una vida profundamente cristiana, como preámbulo de su consagración en la vida religiosa.

Amistad

Si leemos con atención *Rasgos biográficos* de D. Manuel Martín, así como *la Relación de los orígenes de la Congregación de Hermanas Hospitalarias*, redactada por María Angustias, la primera referencia biográfica, que atañe a la templanza, la percibimos en el hecho histórico de la amistad profunda de la Sierva de Dios con María Angustias.

La imagen y reflejo de todo lo negativo sobre este tema de las amistades particulares -propio de la época- ha quedado plasmado en las *Prácticas* así como en las "Primeras Constituciones de 1882" (n. 74).

Las expresiones son fuertes e incisivas, acentuando siempre el lado negativo. Y así al hablar de las "Maestras de las niñas" aconseja:

Sea discreta..., ciertas índoles, aunque sean buenas, llevan consigo ciertos peligros, principalmente cuando hay tendencia a amistades particulares.

No toque nunca a las niñas. Nunca debe abrazar ni besar a las niñas, ni tener confianzas[2].

Amistad particular en nuestro lenguaje es sinónimo de amistad mala, amor sensual. ¿Sus efectos? Su fealdad repugnante embaraza nuestra pluma y se opone con insuperable resistencia al intento de escribirlos.

- Corazón plagado de afecciones voluptuosas,
- que no es capaz de comprender el lenguaje puro y celestial de la virgen cristiana.

Por eso escribía el P. Menni en su carta circular nº 7 del mes de junio de 1908:

"Temo que alguna o algunas de mis hijas engañadas por el lobo infernal, manchen su alma con el abominable vicio de las amistades particulares" [3].

El nuevo enfoque sobre las amistades –que es el que vivió la Sierva de Dios– además de ser algo muy serio, resulta ser nada fácil, pues la amistad verdadera es y exige siempre una buena dosis de madurez humana y espiritual, psicológica y afectiva.

Sólo quien se posee a sí mismo, puede darse a los demás.

Cuando se busca el propio provecho y no el bien real de la persona amada; cuando se busca la propia satisfacción y no los verdaderos intereses, humanos y sobrenaturales, de la otra persona, no existe más que egoísmo. La amistad, por el contrario, es un amor de benevolencia en el que se quiere a la persona por sí misma y se busca el bien para ella.

2 Prácticas..., pp. 87-88.
3 Prácticas..., p. 125.

Esto es lo que hizo María Josefa con su amiga María Angustias. Ella misma nos cuenta su abandono para las cosas de Dios, aunque con un poco de exageración:

"Me espanto al ver lo frágil del corazón humano cuando se desvía un poquito de su verdadero centro; parece que éste se ciega dejándose enlodazar de sus viles y míseras inclinaciones; pues bien, acosada yo por estas sugestiones, luchaba la parte superior con la inferior, dejándome llevar en cierto modo de mis torcidas inclinaciones. Abandoné la oración mental, único refugio para no perderse. Después me juzgaba indigna de frecuentar los sacramentos, cuya fatal idea me la sugirió el demonio para apartarme del camino de perfección" [4].

Y explica como el Señor dispuso y preparó su amistad:

– A esta virtuosa amiga (María Josefa), Dios le había dotado de un gran corazón para amarle con todo él;
– su deseo insaciable era el querer amar a su creador;
– anhelaba encontrar, dada su humildad, a alguien con quien pudiese compartir sus afectos; dicho con otras palabras: lo que ella deseaba, era encontrar una fiel compañera, que le enseñase la sublime ciencia de amar a Dios[5].

4 RMA, pp. 40-41.
5 *Ibid.*, pp. 42-43.

Y aunque de primer momento, fue recibida con frialdad y desvío, a fuerza de humildad por parte de la Sierva de Dios y demostraciones de cariño, consiguió "la conversión" de María Angustias. Nos lo cuenta ella misma:

> "Tan oportuna ocasión de irse afirmando más nuestra amistad, fue medio para que me volviese yo a dar de nuevo a mis antiguos fervores o género de vida que en algún tanto, hube abandonado. Con grande pesar mío veía con luz más clara lo errada que iba, por lo que prometí a mi Jesús serle ya fiel. Con nuevo aliento entablé la forma de orden que desde niña había conservado, cuyo método se conformada al que más tarde debería guardar como regla o estatutos religiosos. El ejercicio al que con preferencia me dedicaba, siendo como primaria parte de dichos actos, era el darme cuanto podía a la importante práctica de la oración mental. Creo que debo a la oración el haber perseverado en mi santa vocación" [6].

Luego llegaría la grave crisis de su enfermedad, en la que la oración y presencia de la Sierva de Dios reafirmaría no sólo su mutua amistad, sino el cambio de vida de María Angustias.

Nos lo cuenta ella misma con toda transparencia:

> "Alistada y como despierta por los avisos que del Cielo recibí, deseaba emprender el camino de perfección a que era llamada. Sentía grande ansia por darme al santo ejercicio de la oración mental, mis aspiraciones las cifraba en ver de los medios que me valía para en breve llegar a la cumbre de la perfección. Por lo que conociendo que el camino más breve para llegar a la íntima unión es la pureza de conciencia, ayudada de la gracia me esforzaba por conservar y limpiar mi corazón de toda mancha o afición no recta, siendo tal el temor de faltar, que para evitar la ofensa a Dios, no me atrevía a hacer uso de los sentidos externos. Resultando de esto que al estar mi compañera animada de mis mismos sentimientos ambas nos los comunicábamos, por lo que veníamos a formar un solo corazón y una sola voluntad" [7].

Y comenzaron a vivir en austeridad, no sólo frecuentando los sacramentos, sino dedicadas a la oración en común, a la lectura espiritual, a vestir evitando el lujo y la vanidad, siguiendo un horario con estilo monacal, y en su interior con ansias de fundar un Instituto; trabajando por practicar las virtudes de la caridad, humildad, obediencia y grande unión de corazones.

Amistad fundada del todo en Dios, en la que se fijaba Antonio –el esposo de la Sierva de Dios– y quedaba edificado.

Gracias a ese estar "fundamentada en Dios", conseguiría no tardando la "conversión" de su marido que moriría como auténtico cristiano.

Libres ya de ataduras y compenetradas cada vez más en su amistad, pudieron consagrarse a Dios.

En la grave enfermedad del P. Menni, ambas a dos pedirían limosna a personas que les podían socorrer, soñando que más tarde se dedicarían a tan laudable acto.

6 *Ibid.*, p. 46.

7 *Ibid.*, p. 52.

Luego vendría el desarraigo de la familia y de la tierra, en que ambas amigas como heroínas de Cristo, caminaron llenas de fe y esperanza, "no sabiendo a lo que iban".

Juntas perseveraron en las penas y en las alegrías, en medio de suma pobreza, superando hablillas que llegaron a rozar su propio honor.

Llegaría el momento doloroso para la Sierva de Dios cuando su amiga del alma no quiso profesar, momento fuerte en el que María Josefa mostró una entereza total a su propósito abandonándose plenamente en brazos de Dios.

Amistad que perduró hasta el fin de sus días, pues cuando la Sierva de Dios estaba reponiéndose en Madrid, María Angustias le escribió una carta:

> "Estando mi Rvda. y Fundadora Madre en Madrid muy malita en esta hermosa fiesta [Natividad de la Virgen, año 1883], yo estaba muy triste por no estar a su lado y más estando tan mala, y para consuelo de ella y mío le dirigí una carta en la que procuraba yo consolarle y animarle a sufrir todos sus padecimientos por amor de Nuestro Señor y, al mismo tiempo, no tuve valor para no dirigirme siquiera con cuatro letras a mis hermanas y por esto les dirigí esta pequeña y sencilla esquelita.
>
> Y como la humildad de mi Rvda. Madre era tan profunda, quiso esta esquela conservarla y por obedecerle y darle este gusto yo también la he guardado y en el lecho de su dolor, me dio las gracias por esta carta que le había yo dirigido, pues ella recibía un grande consuelo de todo lo que yo le hablaba. Dios Nuestro Señor le premie cuanto ha hecho por la más indigna de sus hijas, no he merecido tener a esta Madre por Superiora y Maestra".

La amistad verdadera, como fue la de estas dos almas, es el signo más claro de la consagración lograda. No es una concesión hecha a la fragilidad humana, sino la sublimación de amar y ser amadas. Es el fruto de la plenitud.

Pobreza

Conscientes de que la pobreza en sentido bíblico, no es sólo un medio ascético o un ejercicio humano de purificación, sino que es ante todo, una virtud cristiana y una conciencia viva y serena de necesitarlo todo, con la seguridad inquebrantable de ser pura gratuidad de Dios; sin embargo, si hay algo que pueda contribuir profundamente a limar los gustos que favorecen la intemperancia, es la virtud de la pobreza, al carecer de todo aquello que pueda halagar a la sensualidad, tanto en el desprendimiento como en la posesión.

Es el desprendimiento uno de los medios que las Constituciones recuerdan a las Hermanas como elementos propicios de la propia santificación.

Dice el artículo 57 de las Constituciones redactadas por el P. Benito Menni:

> "Todas las Hermanas procurarán estar muy desprendidas... y deben trabajar por arrancar de su corazón toda afición carnal y convertirla en espiritual para con los deudos, amándoles con amor de piedad y caridad bien ordenada".

Y el artículo 66 añade:

> "El desasimiento de todo interés mundano, es un medio esencial para conservar el buen espíritu que

reclama la gran misión de la Hija de Nuestra Señora del Sagrado Corazón... Y así, para que no se dejen llevar del interés y de la codicia, harán vida perfectamente común, y en su consecuencia ninguna de ellas poseerá cosa alguna como propia...".

Y en el artículo 68 complementa:

Si las Hermanas desean ser edificantes y ejemplares, han de evitar todo cuanto tienda a la vanidad, superfluidad y regalo en su estancia, vestido y comida...

Es en este campo de la pobreza y templanza donde la Sierva de Dios vivió de manera ejemplarísima y en ocasiones heroica.

Ya sabemos con qué restricciones y austeridades vivían en el hogar familiar.

De lo que ganaba, ayudaba a su hermana, pues llegó a tener 11 hijos. Nos lo recuerda su sobrina Josefa Guerrero Recio:

"... tanto en lo material como en lo espiritual, nos ayudó cuanto pudo y en ello tenía nuestra madre un gran alivio" [8].

También José Giménez, el hermano pequeño de María Angustias, recuerda,

"... me hizo el traje para mi primera comunión, a la que asistió con mi familia en la iglesia de los Padres Escolapios" [9].

8 Carta del 15.03.1924.
9 Carta de fecha 11.08.1922.

Cuando comenzaron a hacer la vida en común, despreciaron toda vanidad en el vestir, usando unas túnicas negras y comiendo pobremente.

Al tomar la decisión de ir a Ciempozuelos, todo su ajuar cabía en dos sendas maletas, desprendiéndose de todas sus pertenencias.

Pero donde gustaron y regustaron la pobreza en sentido heroico, fue a su llegada a Ciempozuelos:

- "Habitaciones sumamente desacomodadas..., nadando en agua por la mucha humedad" [10].
- "Nos llevó un colchoncillo tan viejo y pequeño que repugnaba verlo y una escupidera vieja y rota; esto fue lo que la Sra. Joaquina nos prestó aquella primera noche" [11].
- "Al querer tomar alimento, no teníamos dónde guisar la comida... Para sentarnos, buscamos en el corral unas piedras grandes... De tablas viejas y piedras formamos unas mesillas para poder colocar los platos y comer" [12].
- "La mucha escasez nos servía para alegrarnos, pareciéndonos estar en un rico palacio" [13].

A finales de 1880, cuando tan sólo eran cuatro de comunidad, la casa resultaba tan pequeña que,

"Por lo reducido de las habitaciones, no cabíamos para dormir; para esto nos arreglábamos extendiendo de noche los jergones y de día los levantábamos...

10 RMA, p. 105.
11 *Ibid*., p. 108.
12 *Ibid*., p. 109.
13 *Ibid*., p. 125.

Para coser teníamos dos sillas, pero al ser ya cuatro, sucedía que todas nos las queríamos ceder. Antonia jamás se sentó en silla, arreglándose con los canastos, y cuando no los había, buscaba piedras. Esta pobreza nos servía para ensanchar el corazón" [14].

En la fiesta de la Virgen, 31 de mayo de 1881, cuando la imposición del santo hábito,

"Estando preparándolos quiso nuestro Padre manifestarnos que deseaba que su forma fuese modesta y sencilla, es decir, que por ningún concepto permitía apareciese en éste la menor vanidad, deseando entrañablemente que se conformase con la santa humildad y honestidad. Diciéndonos con amor: Hijas mías, habéis de aborrecer con extremo hasta la sombra de vanidad en vuestro hábito. Considerad esto como peste de las corporaciones. ¿No podría ser que las tocas no llevasen almidón? Y le dijimos: Pero sin ningún almidón no se le podría dar su forma. Entonces dijo: Atended a la necesidad, pero no a la vanidad" [15].

Cuando se trasladaron a la nueva casa,

"la comida tuvo que ser más pobre; pero a nosotras nos parecía comer pavos y gallinas. Era tal satisfacción la que nuestro corazón tenía al vernos en la casa del Señor, que todo estaba suplido. Antes de venir a ésta, nos decía nuestro Padre que en la casa nueva sería necesario comer poco; lo decía por oímos" [16].

14 *Ibid*., pp. 155-156.
15 *Ibid.*, p. 206.
16 *Ibid*., p. 209.

Nos recuerda D. Manuel Martín en su libro *Rasgos bio - gráficos*:

"Apremiadas por la deuda, con motivo de la compra de la casa, eran forzadas a economizar cuanto podían. Pero como dice Angustias, satisfechas y hasta regaladas con morar en la casa de Dios y estarle consagradas, parecíales que tenían de sobra.

Se mantenían con una onza de chocolate para cada una, y una pequeña escudilla de sopa de pan con unas lágrimas de aceite, por la mañana; un plato de potaje o verdura y una ración de tocino, como de una onza, al mediodía, y por la noche un plato de verdura o de arroz, con postre de fruta o gazpacho. En alguna que otra fiesta, tomaban por la noche menudillo o despojos, y alguna vez sardinas o peces del Jarama. Para cada comida tenían tasada ración de pan y agua.

Cuentan que temiendo en alguna ocasión que a las enfermas les faltase, se abstuvieron las religiosas de comer y pasaron hambre. Eran pobrísimas sus camas. Dormían en jergón de paja" [17].

Anteriormente había descrito hasta qué extremo habían quedado endeudadas al comprar la nueva casa:

"El 21 de febrero del citado año 81, hicieron la mudanza del ajuar y vinieron a morar en la nueva casa. El Padre ordenó que siguiesen con el mismo orden de vida.

El mobiliario aumentó con algunas donaciones y limosnas, entre las cuales estimaron en gran manera

17 RB, p. 167.

la de Dª María Díaz de Vega, anciana venerable, que alcanza cuanto esto escribimos la rara edad de noventa y dos años. Les dio un banco largo de madera en que pudieron sentarse las cinco para comer sin mesa, que no la tenían, y un candil de hierro; uno y otro en calidad de préstamo. Aún conserva la donante el marco de la fotografía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, que pusieron en el primer altar, el banco y el candil, como reliquias y prenda de venerados recuerdos de sus admirables y santas vecinas.

Quedaron sin un céntimo, y Dª María les fue dando cuanto les hizo falta para ir saliendo. Todos los días, antes de ir a la plaza a comprar, entraba Josefa en casa de Dª María y de ésta recibía el dinero que necesitaba.

También les regaló una rica sábana de hilo y de ella, más adelante, cuando tuvieron capilla, hicieron manteles para el altar, purificadores y paños de lavabo. Después las proveyó de candeleros y vinajeras" [18].

Trabajo

Si algo puede resultar como purificación y castigo a la intemperancia, es la dedicación aplicada y constante al trabajo. Quien se da generosamente al trabajo, se opone totalmente al vicio del regalo y comodidad opuestos a la templanza.

La Sierva de Dios, María Josefa, que no sólo se dedicó desde su niñez a ayudar a su madre para cooperar de

18 *Ibid.*, pp. 153-154.

alguna manera a la escasa economía familiar, sino que era cumplidora al máximum de su deber, encontró en el trabajo uno de los medios más sencillos de mortificación, purificación y por lo mismo de santificación.

Se daba por entero a toda clase de labores, desde el primer día que llegó a Ciempozuelos; tanto más, cuanto que a María Angustias, por estar delicada de salud, no se le podían encargar trabajos pesados que requirieran esfuerzo.

De ahí que la hacendosidad de la Sierva de Dios fue proverbial, animando con su ejemplo a las Hermanas.

Son incontables los testimonios de quienes vivieron a su lado y quedaron de verdad impresionadas de su generosa entrega a la Comunidad y a las enfermas mentales, desde el primer momento de su llegada:

"Al tenernos ya nuestro Padre en esta pobre casita dispuestas a seguir su voz, conoció ser ya tiempo de que entrásemos en orden por medio de un método de vida, que en cuanto pudiese ser imitase ésta a la observancia regular. Empero antes nos insinuó cómo le parecía que comenzásemos por el laborioso trabajo a la vida activa. A dicho efecto nos mandó tanta ropa para coser, que no había medio para que se concluyese, ya que ésta crecía cada día. También nos encargó que semanalmente pasásemos a su casa para cuidarnos de entregar por lista a las lavanderas la ropa sucia. A causa de mi inmortificación y al mismo tiempo no estar acostumbrada a ocuparme de ciertas cosas que es concerniente experimentar repugnancia, en verdad que cuando me presentaron aquel tumulto de ropa tan sucia,

confieso mi debilidad; viendo la clase de trabajo a que nos iban a dedicar, yo me turbé" [19].

María Angustias se asustó, pero fue la Madre María Josefa, la que se encargó de escaldar y lavar toda la ropa.

"Para que se ganasen su pan, dióles el Padre trabajo en el lavado y repaso de las ropas de los enfermos y Hermanos del Manicomio" [20].

"Levantábanse a las cuatro. En su aseo y alzar las camas empleaban tres cuartos de hora, otros tres en la oración mental. Oían misa y comulgaban diariamente, y después del desayuno, se ponían al trabajo a las seis y media y no lo dejaban hasta las once y cuarto que hacían examen particular. Seguía la comida de once y media a doce, hora en que reanudaban la labor. A la una hacían su Visita al Santísimo, a la Virgen y a san José, y en seguida volvían a su costura, hasta la hora de la cena: las siete y media. Daban, en fin, media hora a las últimas oraciones y examen general, y a las nueve se entregaban al descanso.

Y con ser tan continuo y abrumador el trabajo y no tener horas de esparcimiento ni recreo, ni más descanso que el preciso para que la naturaleza se sostuviese sin rendirse bajo el enorme peso, se sentían regocijadas, vislumbrando la realidad de su soñada empresa. Angustias dice: Nos lisonjeaba el mucho quehacer, la carga nos era liviana y toda aquella penosa ocupación, un regalo de la providencia" [21].

19 RMA, p. 118.
20 RB, p. 106.
21 *Ibid.*, p. 112.

Un día cualquiera, el Padre

"indicó a María Josefa que, a causa de recibir un pobre enfermo que vino lleno de miseria, tenían una porción de ropa que no se atrevían a darla a las lavanderas. Sin saber lo que hacer, no bien acabó de decirlo cuando le contestó: No se fatigue Padre, que yo misma iré a lavar todo cuanto haya. Su grande voluntad le superaba a las fuerzas. Al día siguiente se fue a lavar dicha ropa y para que le ayudasen llevó a Dolores y Antonia. Cuando volvieron de hacer esta obra de caridad, venían tan contentas como si les hubieran dado un rico manjar. Lo cual me edificó cuando les oí decir la maniobra que tuvieron que hacer para quitar tanta sabandija" [22]. La "mala gente" de santa Teresa.

Se ha dicho de ella que era la provisora de todo lo más humilde, empleándose en los oficios más bajos[23]; y también que María Josefa aventajaba a todas en el ejemplo, con su incesante trabajar y con su caridad que hacía resplandecer en todos sus actos[24].

Siendo Superiora –nos dice sor Trinidad– se la conocía solamente en que era la más dada al trabajo y al sacrificio para poder aliviar a las demás. En todo estaba y para todo se prestaba.

Finalmente, sor María de la Purificación añade que fue así de laboriosa y sacrificada hasta el fin de sus días:

"Ella no daba a su cuerpo el más pequeño gusto, y lo trataba como a una bestia de carga. Decía con

22 RMA, p. 157.
23 Cf RB, p. 146.
24 *Ibid*., p. 157.

gracia: Este animalito quisiera que le diese comodidades, pero no le ha de valer y tiene que mortificarse. En el refectorio servía muchas veces la comida a las Hermanas y algunas veces comía lo que éstas dejaban. A pesar de su quebrantada salud siempre se levantaba a la oración, aunque hubiera estado velando hasta muy entrada la noche. En alguna ocasión también se levantaba por la noche para vigilar a las enfermas y a las Hermanas que hacían la vela nocturna para el servicio de aquéllas. Una vez nos ocurrió, estando de vela, pasársenos la hora y cuando empezamos a cenar era las doce menos cuarto. De improviso se nos presentó la Madre, y nos recomendó tuviésemos más cuidado otra vez para no perder la Sagrada comunión el día siguiente".

Silencio

En el campo de la templanza entra también el cercenamiento de la palabra, según la frase del apóstol Santiago: "Si alguno no peca de palabra, es varón perfecto" (St 3,2).

San Juan de la Cruz dirá: "Es imposible ir aprovechando si no es haciendo y padeciendo, todo envuelto en silencio" [25]. "Para aprovechar en las virtudes, lo que importa es callar y obrar; porque el hablar distrae y el callar y obrar, recoge" [26].

Desde bien joven, cuando vivía en el mundo como costurera y confeccionista, uno de los motivos por los que la joven Josefa prefirió coser a solas, fue el evitar las habli-

25 Epístola, 8.
26 *Ibid.*

llas que se fomentaban en los talleres, ya que mientras las manos estaban ocupadas, la lengua alimentaba comentarios del todo inútiles y vanos.

Desde los inicios de la Fundación, sería una de las observaciones más exigidas por el P. Menni, lo cual no les fue nada fácil.

Es María Angustias quien nos describe los primeros esfuerzos por conseguirlo:

"No obstante el buen deseo de adquirir las virtudes, aún no estábamos formadas.

Por otra parte, la misma alegría por haber logrado lo que tanto ansiábamos, nos era causa de no poder callar. De aquí que la misma preocupación de la fundación nos excitaba a conferenciar sobre tan interesante asunto, pues abrigábamos la esperanza de que en breve se efectuaría. A veces nos dejábamos llevar de estos ímpetus y nos poníamos como fuera de sí. Una tarde que vino a casa nuestro Padre le recibimos con extraordinaria alegría. Empezamos a contarle una cosilla, que con la señora Joaquina nos ocurrió, bien que sencilla, pero de distracción. Con atención nos oyó, pero nos sorprendió al notar que, en medio del regocijo que teníamos, al referirle dicha ocurrencia se le ponía el rostro triste y como pensativo. Cuando concluimos nos dijo: Hijas mías, a mí me da mucha pena el veros de este modo tan distraídas y disipadas. No, hijas mías, no quiero de ninguna manera que esto continúe así. No lo puedo permitir. Esto no es propio de almas que desean santificarse y progresar en la perfección. Es preciso emprender con seriedad una vida nueva. Sí, hijas mías, creédmelo, toda persona que con facilidad deja su lengua suelta, nunca será alma de oración.

Mirad, hijas, en la comunidad que no es observante del silencio todo anda torcido, y hasta llega a destruirse. Por tanto, hijas mías, yo deseo para mayor bien vuestro, que os dediquéis a la vida interior para lo que os ayudará el abstraeros de todo lo exterior. Siguiéndose de esto que al estar vosotras recogiditas, en medio de las faenas de la vida activa, os prepararéis para recibir muchas gracias que vuestro divino Jesús os quiere dispensar por medio de franquearos los tesoros de su Corazón. Sí, hijas mías, si sois cuidadosas de la guarda del silencio, esto os será favorable en extremo, porque será como abrirle la puerta para franquear el paso a vuestro celestial esposo que está sediento por hablar al interior de sus esposas. Este esposo es celoso y quiere ser él solo al que escuchéis, por lo que os pide conservéis el corazón abstraído y en silencio para percibir las sublimes lecciones que tan divina sabiduría se dignará de daros.

Espero que vosotras seréis fieles en esta guarda del silencio. ¿Es verdad que vosotras deseáis hacerlo? Ya veréis cómo la gracia del Señor os facilita el poder hacerlo. Ánimo y santa alegría. ¡Qué bueno es nuestro Señor! Yo, hijas mías, os aviso estas cositas para bien de vuestras almas. Para que se nos hiciese fácil dicha práctica nos concedió un rato de recreo, como tres cuartos de hora, después de la comida.

Reconocidas a lo mucho que faltamos, llenas de gratitud le rogamos nos perdonase prometiéndole la enmienda. De tal modo nos sentíamos movidas a seguir cuanto nuestro Padre nos enseñaba que, a pesar de sernos esto dificilillo, desde aquel día no volvimos a quebrantar fuera de horas de recreo el silencio... Por divina misericordia fuimos rigurosas en su observancia" [27].

Más adelante, cuando iba creciendo el número de novicias, un día, María Angustias –que era la que acompañaba a las jóvenes– les habló del silencio:

"...me ordenó hacerles una explicación en la que les enseñase lo importante que es, desde luego, acostumbrarse a la guarda del silencio, puesto que espíritu de nuestro Padre es el que sus hijas se distingan por la observancia de tan indispensable virtud, dándoles a conocer la diferencia que hay del silencio riguroso de la noche, al ordinario del día. Según mis alcances las estimulé a ser extremas en el silencio, conformándonos con los deseos que nuestro Padre tiene por infundir en nosotras aprecio hacia la práctica de la preciosa virtud del silencio, sabiendo las ventajas que dicha práctica nos proporciona para la observancia regular" [28].

Y añade este detalle simpático:

"La guarda del silencio mucho nos costó, por lo continua que es su práctica, pero hacíamos sumo aprecio de la observancia de dicha práctica. Sin embargo de las contrariedades que ofrece la vida religiosa, a nosotras todo se nos hacía suave, considerando el amor con que se hace. Teniendo grande dicha porque este Dios tan potente se haya acordado de nosotras para servirle como esclavas en el

27 RMA, pp. 146-147.
28 *Ibid*., p. 221.

santo palacio de la religión. Alabémosle por tanta predilección" [29].

No obstante, los testimonios referentes a la Sierva de Dios, son en extremo laudatorios.

Según sor Teresa de Jesús:

> "En el silencio era rigurosísima; nunca hablaba sin verdadera necesidad. Lo mismo exigía de nosotras, y si alguna o algunas veces nos deslizábamos en hablar, unas veces nos reprendía de palabra, y otras nos hacía señal de que faltábamos, con poner el dedo en la boca en ademán de imponernos silencio".

Sor María del Consuelo dice:

> "Era observantísima de la Regla y Constituciones y de todos los avisos que nos daba nuestro Padre Fundador... De lo exactísima que era en la observancia del santo silencio, ¿qué diré? Que en aquellos tiempos felices se observaba con todo rigor, sin tristezas ni contrariedades. Como nuestro silencio era santo y alegre, lo único que algunas veces nos hacía traición era la risa y procurábamos ocultarnos unos momentos hasta que se nos pasase. Llevábamos vida del cielo en la tierra y la alegría del corazón rebosaba en el semblante. La presencia de nuestra Madre nos hacía poner formales y callar, bastando para componernos su sola presencia, la que movía a veneración".

29 *Ibid*., p. 234.

Y sor María del Refugio:

> "Era hasta el extremo observante de las reglas; a mí me ocurrió una vez que estuve un rato hablando con una enferma, según a mí me parecía, para consolarla, pero verdaderamente no era necesario, y al notarlo ella me dijo con dulzura. Hija mía, ante todo el silencio. A mí me hizo esto mucha impresión, y viniendo a los pocos días un Hermano de San Juan de Dios que había venido a la Orden al mismo tiempo que servidora, al acercarse para saludarme, le hice señas con los dedos que no podía hablar".

Modestia

Dentro del campo extensivo de la virtud de la templanza, y como dominio y control de los sentidos, se hallan las virtudes cristianas de modestia, honestidad y castidad.

Siendo la modestia aquella virtud derivada de la templanza que inclina a la persona –sea hombre o mujer– a comportarse en los movimientos y reacciones, tanto internos como externos, dentro de los límites que le corresponden a su estado; ella, la modestia, es la encargada de moderar ciertas expresiones que necesitan control, como pueden ser:

- los movimientos de propia excelencia, por medio de la humildad;
- las ansias de conocer, reguladas por la estudiosidad;
- las expresiones y movimientos corporales controlados por la modestia;
- y lo relativo a modas, vestidos y aparato exterior regulado por la modestia en el ornato.

La modestia corporal tiene una gran importancia ya que es, en el exterior del hombre, donde se transparenta su interior. Gestos bruscos y descompasados y otras mil impertinencias por el estilo, generalmente son índice de un interior desordenado y zafio.

Por eso advierte san Agustín en su "Regla a los Siervos de Dios", que se tenga particular cuidado con la modestia exterior que tanto puede edificar o escandalizar a los que nos rodean[30].

La primera noticia sobre la modestia en el vestir, de la Sierva de Dios, la encontramos en su biografía cuando, inspiradas por Dios, las dos amigas intentaron llevar una vida de piedad más profunda. Fue entonces cuando idearon una forma de vestido a guisa de túnica negra, parecida a la sotana de los Jesuitas[31].

Su hogar, convertido en pequeño convento, les daba la oportunidad de vivir un riguroso ascetismo[32].

El mismo vestido de su boda era sencillo, de color negro, de seda gro, que más tarde llevaría al convento y lo usaría para arreglar las primeras casullas que se usaron en la Congregación para las misas de difuntos.

Un día el P. Fundador les habló largamente sobre la modestia y recato, avisándoles que no se permitiesen la menor libertad y confianza, y que, lo mismo en público que en privado, con otras o a solas, su actitud apareciese honesta y recatada, animándoles a trabajar para conservar ilesa la pureza.

Describiendo detalladamente el retrato físico de la Sierva de Dios, nos dice D. Manuel Martín:

30 M.L. 32, 138.
31 Cf RB, p. 56.
32 *Ibid.,* p. 84.

> "Tenía el rostro ovalado, sus labios adornados de amable sonrisa discretamente velada por ligera nube de tristeza, ingeniosa expresión de la paz de su hermosa alma y del dolor de sus ulceradas entrañas; la nariz recta y bien proporcionada; los ojos negros, de radiante y limpio mirar, modestamente recatados en la sombra de sus cejas sedosas y oscuras. El negro azabache de su abundante cabellera, decía muy bien con el tinte trigueño y sonrosado pálido de la faz inteligente y el rasgado de su boca. Su figura esbelta, su airoso andar, su majestuoso continente, sus formas revestidas de gentileza, componían una hermosura como las clásicas de su tierra" [33].

Cuando el 31 de mayo de 1881, fiesta de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, tomaron el hábito, todo era con la máxima austeridad y decoro:

> "Era el hábito de estameña negra. Consistía en una túnica abrochada por delante, formando tres tablas en derredor del cuerpo, mangas anchas con vuelta, esclavina que cubría hasta la cintura, correa de cuero negro. Componían el tocado un gorro de percal blanco que le cubría la frente y por detrás hasta la cerviz, y sobre él una toca de lo mismo con alas caídas hasta más abajo de los hombros y hasta la mitad de la espalda, y, en fin, un cuello de la misma tela sobrepuesto al de la esclavina" [34].

Dentro del "testamento espiritual" de la Sierva de Dios, había esta frase encarecedora:

33 Martín Hernández, Manuel. *El Rvdmo. P. Fr. Benito Menni*... Biografía documentada. Tomo I, p. 252.
34 RB, p. 165.

> "Mucho les encargo y les ruego que, donde quiera que se encuentren dos Hermanas, estén como dos ángeles en carne, sirviéndose de edificación mutuamente y a cuantos las miren" [35].

Como testimonio viviente de lo que la Sierva de Dios aconsejaba a sus hijas, si nos adentramos en la intimidad de su habitación, nos dice sor María de la Purificación:

> "La cama de nuestra virtuosa Madre era un pobrísimo y duro jergón de paja, colocado sobre dos tablas, y su vestido era el más pobre y remendado de todos, considerándose más feliz con todo ello que las más ricas princesas. Con su virtud y amabilidad se había hecho acreedora a que en el pueblo le prodigasen finas atenciones, y muchas mañanas salía a pedir limosna a algunas familias, yendo después, con los socorros que le daban, a hacer su humilde compra de cada día".

Sor María del Milagro manifiesta:

> "Hasta en sus viajes a Madrid, solía llevar el hábito de percal, viejo y ribeteado, y siempre iba pobremente vestida, aunque aseada y limpia en extremo".

Sor María del Consuelo expresa:

> "Acostumbraba hacer ella las compras necesarias y nos llevaba, alternando, ya a unas ya a otras. En las varias veces que me tocó acompañarla, fui testigo de su porte y modales siempre edificantes por su modestia, mansedumbre y recogimiento".

35 *Ibid.,* p. 191.

Y sor Trinidad Franqueza:

> "La Hermana Josefa, nuestra muy amada Fundadora, vestía de negro y se distinguía entre todas por su modestia, amable trato y cierto aspecto de santidad que atraía".

Honestidad

La honestidad es el amor al decoro que proviene de la práctica de la virtud. Es una parte integral de la templanza, por cuanto la honestidad es cierta pulcritud espiritual, y como lo pulcro se opone a lo torpe, la honestidad corresponde a aquella virtud que tiene por objeto evitar lo torpe.

Entre las virtudes adquiridas en la iglesia doméstica del hogar, una de ellas muy subrayada fue la honestidad de costumbres.

A los 16 años, cuando comenzó a trabajar como modista, una de las motivaciones por las que lo hizo en solitario y por su cuenta fue porque le desagradaba el ambiente disipado de los talleres de costura.

Y ya cuando tomó la determinación de casarse, el título más honorífico y la joya más preciada que llevaba al santo sacramento, fue su "estado honesto", tal como consta en el certificado de su matrimonio.

Aun durante la vida de su marido, nació una profunda y honesta amistad entre la Sierva de Dios y María Angustias, fundada desde el primer momento hasta siempre en sólo Dios:

– íntima y santa unión de corazones era nuestra amistad;

– un insaciable deseo de querer saber amar a su Creador**;**
– preocupadas del pensamiento de ser sólo de Dios... despreciar el mundo y seguir a Jesucristo.

Y este amor basado en sólo Dios, duró hasta siempre. Nos lo recuerda María Angustias en los últimos días de la Sierva de Dios sobre la tierra. Lo recuerda muy bien: fue el día 15 de octubre de 1883, cuando sólo le quedaban quince días de vida:

> "Habiendo tenido, en esta hermosa fiesta, la dicha de recibir a mi Divino Esposo Jesús Sacramentado, unos cortos momentos después de tener a mi Jesús en mi pecho, me llamó mi muy respetable Padre y me dio la orden de cómo podía ya pasar a la habitación donde estaba mi amada Madre en cama, para estar en su compañía y asistirle o ayudar a la hermana encargada de su asistencia. Al oír yo esto de mi Rvdo. Padre, me arrodillé en el acto, llorando con muchas veras, y le decía de esto no era digna. Deseaba con ansia el poder verla, pero no me había atrevido a decir nada.
>
> Antes de pasar a ver a mi Rvda. Madre me propuse, con la gracia del Señor, de hacerme superior a mí misma para no dejar salir a lo exterior la pena tan profunda que mi corazón tenía, y no serle a ella ocasión de más pena pues, por Divina Misericordia, siempre nos consolábamos y animábamos en nuestras mayores penas, la una a la otra, sufriendo con santa alegría y resignación cristiana todo cuanto Nuestro Señor se dignaba ofrecernos.
>
> La primera lección que recibí al entrar en su aposento fue de humildad, la cual virtud la tenía profundamente grabada en su corazón. Hacía muchos días, la santa obediencia nos había separado, respecto al cuerpo, pues en el espíritu, por la misericordia del Señor, jamás nos separamos y, por esto, con grande ansia deseaba verla aun sin saber lo grave que estaba.
>
> Al decirme la hermana que pasara, estaba mi Rvda. Madre tomando un baño; en seguida yo me arrodillé a abrazarla y besarla y ella, con mucha ternura y alegría de verme, se echó a llorar y como que me quiso insinuar ¿por qué ha querido entrar estando yo así?, pues le pareció poco respeto el recibirme tomando el baño. Esto se me quedó fijo en el corazón.
>
> Durante todo este día, grande fue el consuelo que las dos participamos al vernos reunidas al cabo de haber estado separadas por algún tiempo. Como era tanto el amor que me tenía, durante estos días que estuvo en cama me habló con una sencillez y una tan grande humildad cuanto tenía en su corazón. Era tan extremo el amor que me tenía, que se olvidaba de sí misma para consolarme y, como conocía tanto mi corazón quiso antes de morirse, dejarme para consuelo de mi espíritu, por sus mismos labios, una instrucción para alentarme a tener una grande confianza en la infinita misericordia del Señor. Me decía: Sor Corazón, no se apure Vd. nunca, que Dios es nuestro Padre; cuando la necesidad aprieta jamás deja de socorrernos. En estos días que he estado en Madrid, he estado algunos días tan mala y tenía tanta pena por estar nuestro Padre ausente, en particular una noche, me puse tan mala que me apuré mucho y pensaba si acaso me moriría, cuando,

estando en este apuro, recibimos un parte en el que nos decía que a la mañana siguiente llegaba a Ciempozuelos. Y llorando, me decía: Qué bueno es Nuestro Señor y cómo cuida de todos nuestros apuros, y por esto le digo a Vd. que no se apure, que el Señor hará que nuestro Padre esté con nosotras cuando más falta nos haga. Mire Vd. cómo me lo ha traído a mí esta noche que me parecía no podía pasar si no venía, y cuánto consuelo recibí al verlo. Dios Nuestro Señor le premie a este Padre todo lo que hace por nosotras...

No me es posible explicar las grandes pruebas que me dio en estos últimos días de lo mucho que me había siempre amado. No puedo jamás olvidar ni supe nunca agradecerle. Constantemente me decía en estos últimos días: Sor Corazón, no se vaya Vd. ni un momento de mi lado, estese aquí quieta conmigo y no se cansaba de mirarme. El amor que siempre nos habíamos tenido en Dios y para Dios, parece se estrechó íntimamente entre nosotras antes de separarnos. Fueron extraordinarias las lecciones que me dio en el lecho de su dolor" [36].

A pesar de todas estas expresiones llenas de afecto hacia su amiga íntima, hay otros testimonios en que confirmando el amor, lo basa tan sólo en Dios; y así nos dice sor Trinidad Franqueza:

"Su carácter era muy dulce y suave, aunque por su cargo estaba obligada a mandar, y a veces a reprender, nunca lo hacía con imperio o altivez, sino como quien ruega, y en caso de avisar de algún descuido o falta, siempre era con moderación y manifestando claramente lo mucho que sufría al hacerlo. Hablaba muy moderada y no empleaba muchas palabras, sobre todo en horas de silencio del que era sumamente observante.

Aunque su trato era tan grato y amable, no era pegajosa ni amiga de cariños o intimidades particulares, contrarias a la verdadera caridad; se hacía amar, pero de un modo espiritual y siempre digno, por lo que no se veía en ella preferencias ni retraimientos para ninguna de nosotras, antes al contrario, todas creíamos ser objeto de su especial afecto".

36 María Angustias Giménez, 04.04.1884.

Sor María de la Purificación Aberásturi añade:

"Todo su porte exterior respiraba humildad y santidad".

Por su parte, sor María del Milagro subraya una frase que en su escasa expresión lo dice todo:

"Solo verla infundía veneración".

Castidad

Íntimamente relacionada con la "honestidad", está la castidad, virtud sobrenatural, moderativa del apetito genésico, según las normas de la fe y de la razón.

La castidad, en todos sus grados, proclama la espiritualidad de Dios de la que el hombre participa; pues ella:

– es la que nos habla de la trascendencia y elevación del hombre;

- la que equilibra y serena el conjunto de la vida psicosomática, tan sacudido por el desorden concupiscente del pecado;
- la que le libera al hombre de las tendencias turbias, tan fuertes y en ocasiones tan escondidas y ocultas;
- la que le da dominio y hace señor de sí mismo;
- la que le pneumatiza para que haga su vida más fecunda y profunda.

Se la denomina virtud angélica, porque si se la observa en la propia vida, hace al hombre semejante a los ángeles. Pero es a la vez una virtud sumamente delicada y difícil, ya que no se llega ordinariamente a su práctica perfecta, si no es a base de una vigilancia continua, y una recia austeridad.

Seguramente que en la época de la Sierva de Dios, no eran de conocimiento vulgar las distinciones escolásticas entre:

- virginidad perpetua, que consiste en el propósito firme y efectivo de conservar perpetuamente la integridad corporal y espiritual;
- la virginidad juvenil en la que la persona se abstiene totalmente antes del matrimonio;
- la castidad conyugal que regula, según el dictamen de la razón y de la fe, las delectaciones lícitas y normales dentro del matrimonio.

En este apartado de la templanza tratamos de la castidad, como de paso, pues su explicación profunda, en sentido teológico, la llevaremos a cabo cuando estudiemos inmediatamente los consejos evangélicos.

No les faltó doctrina sobre esta virtud de la castidad; nos lo recuerda María Angustias, que aunque se refiere a una intimidad de conciencia con el P. Menni, en realidad fue doctrina para todas:

> "Con excesiva caridad nos excitaba al fervor, instruyéndonos acerca de las virtudes de la vida religiosa. Estas nos las hacía en general, pero también atendía a las necesidades particulares. Por lo que un día se dignó hablarme en particular y con humildad y sencillez (bien que su nombre de Ángel le cuadra), se refirió a decirme lo importante que era fuéramos muy honestas, tanto interior como exterior. Me hizo varias preguntas con el recto fin de instruirme en orden a tan delicada virtud. Con bondad me enseñó el modo cómo deseaba que nos portásemos.
>
> Presentes tengo sus primeras palabras, porque éstas se grababan en mi corazón, pero creo no es conveniente referirlas. Comprendiendo yo que su móvil era encaminarme a lo más sublime de la perfección, con sencillez le abrí mi corazón. En particular me enseñó lo más esencial que sabía deberíamos servir como de espejo a las que nos seguirían más tarde.
>
> En sustancia, nuestro Padre quería que sus hijas fuesen tan puras como los espíritus angélicos que, al carecer de carne, se ven exentos de la miserias inherentes a la naturaleza y sensual concupiscencia. Diciéndome: Hija, una esposa de Jesucristo debe ser como un cristal que al menor vaho se empaña. Su corazón debe estar vacío de lo que pueda empañar la blancura de su inocencia. Si, hija, deseo que la modestia resplandezca en vosotras. No sólo debe ésta aparecer cuando estéis reunidas, sino aún

estando a solas, debiéndoos considerar como templos vivos de Dios. Respetaos con entrañable afecto de recíproco amor. Te quería decir, hija mía, que aún deseo más de vosotras y es que nunca os permitáis la más pequeña libertad ni confianza. Sí, en la ocasión de estar a solas, es cuando debe aparecer más la modestia y compostura, reflejándose la interior en la exterior. Deseo reprimáis los movimientos de la naturaleza. Con caridad me preguntaba: ¿Me comprendes, hija? Hasta en la cama estéis tan honestas que no os permitáis ni la menor liviandad o menor recato en las acciones. Vigilad sobre vosotras mismas estando siempre alerta para que el diablo no os coja desapercibidas y os sorprenda" [37].

En otra ocasión, María Angustias atribuye la grave enfermedad del P. Menni, a la rabia del enemigo, por arrebatarle vírgenes para el Señor:

"Además de esto, en el mes de diciembre de 1881, ofreció Nuestro Señor a nuestro Padre una grave enfermedad. Me parece que el demonio bramaba de rabia contra el que tanta guerra le tenía que mover por levantar esta nueva milicia de valerosas vírgenes, que con varonil fortaleza ansiarían por ofrecer al Cordero sin mancilla la azucena de su virginal pureza, pues se sacrificaban a sí mismas por conservar intacta la preciosa perla de la castidad. De aquí que, cuanto más adelante iba nuestro Padre a seguir la obra, parece que la astuta serpiente se afanaba por impedirlo y, al no poder quitarle la vida, le hacía sufrir violentas enfermedades por permisión

37 RMA, pp. 161-162.

divina. Gracias a la Señora del Corazón de Jesús, de todas le sacó ileso, porque Ella era la que sabía las muchas almas que este Padre sacaría de las garras del demonio" [38].

Entre los testimonios de las que convivieron con ella, encontramos el de sor María de la Purificación que hace sobre el porte exterior de la Sierva de Dios: "Parecía un ángel en carne humana".

Cuando tenía que hablar con los Hermanos y trabajadores, era todo dulzura, siempre modesta y agradecida a todo lo que nos hacían, dice sor María del Milagro.

Finalmente, en su último testamento espiritual, son varias las que recuerdan la misma expresión que "fuésemos como ángeles en la virtud", que aunque se refería a la caridad, no obstante tiene resonancias por lo "angélico" a la virtud de la castidad.

Esto mismo repite D. Manuel Martín:

"Mucho les encargo, hermanas mías, que donde quiera que se encuentren dos Hermanas, estén como dos ángeles en carne, sirviéndose de edificación mutuamente y a cuantos las miren" [39].

Y sor María del Refugio testimonia:

"Deseaba que nos amásemos mucho y con amor muy santo y espiritual; lo cual nos enseñaba de palabra y con el ejemplo. Nos decía en una ocasión que, a pesar de lo mucho que ella apreciaba al Rvdo. Padre, si el Señor dispusiera de llevárselo para sí,

38 *Ibid*., pp. 219-220.
39 RB, p. 191.

tanto ella como nosotras nos deberíamos resignar con la voluntad del Señor, con tranquilidad y paz de espíritu; pues el amor a las personas, aun las más queridas y santas, debe ir siempre fundado y conforme con el amor de Dios. Como servidora era entonces muy joven y de poca experiencia en la vida religiosa, me parecía que esto significaba que la Madre no quería mucho a nuestro Padre, cuando tan dispuesta se encontraba a que el Señor se lo quitase; pero ahora que, gracias a Dios, conozco mejor las cosas, comprendo que nuestra Madre Fundadora a todos amaba mucho, pero solamente en Dios y por Dios, y por eso nos lo recomendaba tanto".

LAS TRES OFRENDAS EN UN SOLO AMOR: POBREZA, CASTIDAD Y OBEDIENCIA

El desenvolvimiento de la vida religiosa de la Sierva de Dios, de seguro que es un caso singular en la hagiografía cristiana:

- Fundadora desde el primer momento que llegó a Ciempozuelos;
- se le redujo el noviciado a un sólo año;
- fue Superiora por dos veces;
- hizo una sola profesión, la de votos simples, que duraría un año, cuatro meses y 26 días;
- al día siguiente de profesar, sería instalada como Madre General;
- y finalmente viviría unas Constituciones "ad experimentum", pues aunque fueron aprobadas el 27 de septiembre de 1882, fue "a título de ensayo"... a fin de que pasados cinco años y vistos los resultados, pueda pedirse la aprobación definitiva.

Habían tomado el hábito de novicias, las diez aspirantes que formaban la comunidad de Ciempozuelos, el 31 de mayo de 1881, coincidiendo con la festividad de Ntra. Sra.

del Sagrado Corazón de Jesús, que ellas habían escogido como protectora y Patrona.

Y el 4 de junio de 1882, fiesta de la Santísima Trinidad, después de nueve días de Santos Ejercicios como preparación, harían la profesión simple nueve de las Hermanas, ya que la décima, María Angustias, no se decidió por el momento.

Por delegación del Cardenal Moreno, primado de Toledo, emitieron los votos ante el P. Benito Menni, quien procuró dar a este acto extraordinario, la mayor solemnidad posible.

Asistieron a él los sacerdotes residentes en la villa, una nutrida representación de Hermanos de san Juan de Dios, de Madres Oblatas, y varias familias de la localidad.

Fue María Josefa, la primera que leyó su fórmula de profesión, a este tenor:

> "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.
>
> Yo, sor María Josefa Recio del Santísimo Sacramento, humildemente postrada, hago profesión por tres años de votos simples, y prometo a Dios Todopoderoso, a la bienaventurada Virgen María, al bienaventurado Padre san Agustín, a toda la Corte celestial, al Reverendísimo Primado de Toledo, Eminentísimo señor doctor don Juan Ignacio, arzobispo cardenal Moreno, Superior general de esta Congregación Hospitalaria de Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, y en su representación a vos, Reverendo Padre Benito Menni, que estáis aquí presente en su nombre, a sus sucesores canónicamente elegidos, a la Superiora general del instituto y a las superioras locales a donde fuere destinada, Obediencia, Pobreza y Castidad y observar la Regla de nuestro Padre san Agustín y las Constituciones de esta Congregación.
>
> En fe de lo cual lo he firmado de mi propia mano este día 4 de junio de 1882.
>
> Sor María Josefa del Santísimo Sacramento" [1].

A este texto, el Padre Menni añadió de su puño y letra la siguiente fórmula de aceptación.

> "Y Nos, en nombre de Dios Todopoderoso, de la Virgen Santísima y de la Corte celestial, y del Reverendísimo Primado arzobispo de Toledo, cardenal Moreno, cuya expresa y especial delegación tengo por su autoridad, recibo vuestra profesión y os uno a todas y formo canónicamente de vuestras personas el místico cuerpo de la Congregación de Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús.
>
> En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén" [2].

Terminada la ceremonia, recibieron de mano del Padre Menni una estampa como recuerdo del acontecimiento.

Al día siguiente, 5 de junio, el Padre Menni y las neoprofesas fueron recibidas en audiencia por el cardenal Moreno, arzobispo de Toledo, quien les felicitó por el comienzo oficial de la nueva familia religiosa, y nombró Superiora general a sor María Josefa Recio del Santísimo Sacramento, dejando al Padre Menni la responsabilidad de director de la Congregación. Sor Catalina Rebollar de

1 MARTÍN HERNÁNDEZ, MANUEL. *El Rvdmo. P. Fr. Benito Menni*... Biografía documentada. Tomo I, p. 294.

2 *Ibid.,* p. 295.

santa Escolástica fue nombrada maestra de novicias. De este modo se organizó la comunidad con su Superiora y el noviciado con la maestra de novicias.

Aunque la práctica de los votos religiosos ha sido fundamentalmente la misma, sin embargo no se puede prescindir del ambiente espiritual de la época y su enfoque doctrinal.

Sabemos que la teoría popular y religiosa del siglo pasado estaba alimentada, desde el siglo XVI, por la obra del conocidísimo y renombrado padre jesuita, Alonso Rodríguez (1538-1616), escritor ascético y maestro de novicios durante treinta años. Doctrina popular y religiosa que se inculcaba en tiempo de María Josefa, y ha tenido tal vigor y consistencia que ha llegado hasta nuestros días.

A un profundo conocimiento del corazón humano, en esta obra: "Ejercicio de perfección y virtudes cristianas", se añade una excelente pedagogía para presentar las virtudes en acción, con gran riqueza de testimonios prácticos y citas de la Sagrada Escritura.

En la tercera parte de esta obra, existen orientaciones especiales sobre los votos y sus exigencias, sobre el alcance de las reglas y ciertos modos de perfección.

No obstante, se le tacha de que su orientación sea excesivamente ascética; demasiado atenta al esfuerzo personal, aunque reconozca la primacía de la gracia; y una cierta desconfianza ante las vías místicas de la oración, aunque algunos opinen que no es que se oponga ni recele, sino que admirando esas formas elevadas de oración, sólo censura el ansia desmedida de caminos extraordinarios.

Refiriendonos a los votos acentúa el prisma focal, mucho más en las leyes, normas, actitudes y comportamientos de ejemplaridad, que en pura teología o cristología.

Dicho de otra manera: nos presenta los votos como simples "medios removedores de obstáculos" para conseguir el amor o la caridad perfecta; son una visión jurídica y moralizante de la vida religiosa, cuando en realidad los votos son constitutivamente, amor:

- expresión de amor,
- de amor consagrado y total,
- de la máxima expresión objetiva del amor,

ya que son donación plena de la persona, de lo que la persona es, y de lo que la persona tiene; o sea, dedicación absoluta e inmediata al amor y al servicio de Dios.

Y así, si nos referimos al voto de pobreza, además de ponerlo como "fundamento de la perfección evangélica", se fija en la "remuneración", en "el premio y la paga" que Dios concede a los pobres; en la "afición" a las cosas menores; para luego describir "grados" de pobreza y los "medios" para alcanzarla; "a qué y cómo" obliga el voto de pobreza; qué "cantidad" bastará para "pecar mortalmente" etc...; sin que acentúe el valor esencial de la pobreza que consiste en "ser una imitación real de Cristo" que, con su vida y su palabra, vino a decirnos de la manera más convincente, que los bienes de este mundo son provisionales, transitorios y relativos.

Un concepto "jurídico" de la pobreza se limita a exigir la renuncia a todo acto de propiedad, a todo uso independiente de los bienes materiales; sin embargo, un concepto "teológico y evangélico" de la pobreza, es mucho más radical y exigente que las prescripciones canónicas.

Y la pobreza tiene un valor "teológico" porque tiene un valor "cristológico": no es una anécdota o un ejemplo edi-

ficante de Cristo, es una dimensión hondísima de toda su vida.

Lo mismo podríamos decir de la castidad.

Cierto que el P. Alonso Rodríguez habla de la "excelencia" de la castidad, basada en textos de la Escritura; pero luego recuerda "grados" y ofrece "medios" para guardar la castidad; hace caso de las "cosas mínimas", de la "trasparencia en la confesión", debiendo "tener" la pasión del amor, usando de algunos "remedios": la mortificación, el temor de Dios, etc.

Sin embargo, no profundiza teológicamente en que la "castidad" o más bien la "virginidad" se comprende preferentemente desde Cristo, desde la nueva situación creada con su vida y su palabra; porque la motivación de la "virginidad" hemos de buscarla en la vida y en el mensaje de Cristo.

Y en Cristo no tuvo ni pudo tener un sentido de "pureza legal", ni de medio ascético, sino que, sólo fue anuncio y presencia del reino futuro, e inauguración real de la condición definitiva y escatológica.

En el voto de "obediencia", el P. Alonso Rodríguez sigue el mismo esquema que en los otros dos, con la particularidad que dedica todo un capítulo –el sexto de la tercera parte– a la "obediencia ciega", expresión que habrá que explicarla convenientemente, para que no disienta demasiado de nuestros esquemas actuales.

Cierto que la "obediencia" como los dos votos anteriores solo se explican fijando nuestros ojos y nuestro corazón en Cristo.

Desde que él dijo: "He aquí que vengo, ¡oh Dios! para hacer tu voluntad" (Hb 10,7) toda su vida quedó sellada y regida por la obediencia al Padre.

La "obediencia" auténtica nace del amor, y el amor se expresa y comprueba en la "obediencia", en el cumplimiento fiel de su voluntad al Padre: "El mundo ha de saber que amo al Padre, y que obro según el Padre me ha ordenado" (Jn 14,31).

Son dos los motivos por los que recordamos la doctrina espiritual del P. Alonso Rodríguez: uno, porque ella fue la catequesis y pedagogía cristianas que alimentó a generaciones durante siglos, y el otro, porque en la exposición de la vida religiosa de María Josefa, nos vamos a encontrar repetidas veces con la frase de que la "obediencia" a los superiores ha de ser "ciega".

Y no sólo vamos a encontrar esta expresión en la *Relación* de María Angustias, sino que en las mismas *Prácticas*, hallamos también distintos "grados" de obediencia según san Ignacio de Loyola.

No obstante, la Sierva de Dios, como otros muchos santos de su tiempo, supo vivir heroicamente la doctrina de los votos, con destellos de santidad, como veremos seguidamente.

Pobreza externa y material

Desde el primer momento podemos decir, que una vida tan corta como la de la Sierva de Dios fue toda una dinámica progresiva de desapego y despojo.

Es una invariable constatación dentro de su pequeña historia, como lo ratifica y describe María Angustias, quien desde los primeros pasos a Dios, estuvo siempre al lado de María Josefa.

Desde el primer instante en que recibiera el aviso del P. Benito Menni para que se presentase en Ciempozuelos

siguiendo la llamada de su vocación, tuvo que repensar muy bien qué prendas y enseres podrían caber en una simple maleta que ella misma tendría que llevar en mano.

Con sencillez podemos suponer que llevó lo imprescindible y nada más.

Pero algo que no deja de sorprender es que encontrara un rincón en su maleta para colocar su traje de boda, que más tarde sería destinado a ser ofrenda al Señor, al emplearlo como forro interior de una casulla negra.

Así de despojada, se dispuso a seguir en pobreza las huellas de Cristo.

Las primeras experiencias en Ciempozuelos fueron extremadamente duras, o mejor, sencillamente heroicas, tan sólo superadas por una vocación sentida, vivida y llorada en ansias efectivas de seguir la voz de Dios.

No es que hubiera dejado mucho en la humildad y sencillez de su casa, es que lo dejó todo..., abrazándose a la pobreza en gesto heroico en los mil y un detalles desde el primer día.

La consigna escueta del P. Menni -recio y austero en probar almas- fue la que les dio tan pronto como traspasaron los dinteles de la casona de la Sra. Joaquina: "Hijas mías, aquí es donde vais a vivir despreocupadas de todo lo terreno..." [3].

Allí no había ni luz, ni muebles, ni enseres, ni utensilios:

- casa sombría y húmeda: "nadando en agua por la mucha humedad" [4]
- ni una mesa, ni unas sillas para sentarse: "de tablas viejas y piedras formamos unas mesillas para poder soltar (= colocar) los platos y comer...

3 RMA, p. 105.
4 *Ibid*., p. 105.

- para sentarnos buscamos en el corral unas piedras grandes, por lo que ya teníamos sillas...
- Al necesitar tomar alimento y no tener donde guisar la comida, Pepa fue a comprar algún puchero y platos para preparar la comida...
- Para sacar agua del pozo, la señora Joaquina nos prestó un puchero roto que tenía y, al no ser esto propio, con facilidad se rompía" [5]. ¡Y se rompió al poco de usarlo!
- "Nos daba mucha pena de no poder disponer ni siquiera de una silla. Cuando nuestro Padre venía, le pedíamos (a la Sra. Joaquina) que por favor nos prestase una, pero al darla, nos ponía mala cara y hubo vez de poner dificultad. Cuando se iba nuestro Padre, enseguida se llevaba la silla" [6] (la señora).
- No había tampoco cama donde dormir: "La señora Joaquina... nos llevó un colchón tan viejo y pequeño que repugnaba el verlo y una escupidera vieja y rota (= desconchada); esto fue lo que nos prestó aquella primera noche.

Aunque sabíamos que nada merecíamos, esto de darnos lo peor nos fue de más humillación que si nada nos hubiese dado; parece que con esta acción probó el concepto en que nos tenía, puesto que a esta clase de gente se les sirve con lo más despreciable que se encuentra en casa" [7].

Siempre los pobres se hacen acreedores de toda humillación: no sólo la pobreza material y el estómago vacío, sino la humillación íntima y dolorosa; la noche oscu-

5 *Ibid*., p. 109.
6 *Ibid*., p. 109.
7 *Ibid*., p. 108.

ra y casi tenebrosa en el alma; y además esas sospechas sutilísimas sobre su conducta, que hieren como flechas venenosas. ¡Estamos ante un gesto de pobreza heroica!

No nos vamos a preguntar cómo el P. Menni, tan previsor y providente, dejó en tanto desamparo a las que eran las primicias de la nueva Institución.

La respuesta quedará siempre en el misterio de Dios que, con su sabiduría infinita, trata de que las almas vayan plasmando el icono de su Hijo en máxima pobreza.

Nuestras heroínas aprendieron, de una vez por todas, lo que significaba vivir en radicalidad el despojo y la pobreza, de ahí que el concepto que perduró entre sus hijas fue siempre de alabanza perenne, recordando mil detalles que para ellas eran estímulo y ejemplo en la conducta de la Sierva de Dios.

Dice sor María del Milagro:

> "En la pobreza era extremosa. Siempre llevaba la ropa vieja. Todo confundía; era para conocerla y la pluma no puede explicar lo que una siente.
>
> En la costura siempre mirando mucho para no faltar a la pobreza".

Sor Teresa de Jesús Gener comenta:

> "En cuanto a la pobreza, era exactísima. En aquellos tiempos todas usábamos hábito de percal, con este motivo aprovechaba las prendas que traíamos de nuestras casas, aprovechándolas hasta que ya no servían para nada, escogiendo siempre para ella lo peor, tenía grandísimo empeño en que nada se hiciera sin permiso y jamás permitía que ninguna hermana se hiciese el menor arreglo en ninguna prenda de propio uso, y si alguna se propasaba en algo sobre esto, aunque fuese cosa pequeña, la reprendía severamente y hasta la castigaba, a pesar de su grande mansedumbre; tratando de faltas, en ésta se mostraba rigurosísima".

Sor María de la Purificación expresa:

> "Bien conocido de todos es la suma pobreza con que se dio principio a esta humilde Congregación y que nuestra virtuosa Madre, desde que salió de su casa, la practicó en grado heroico. Era amantísima de esta virtud, y aunque muchas veces carecía de las cosas más necesarias, jamás desconfió de la Providencia, alentándose su espíritu con la consideración de la pobreza del Niño Jesús en el pesebre de Belén. Esta consideración le daba aliento para animarse ella y animarnos también a nosotras, pues sin una gracia especial de nuestro Señor, se hubiera hecho insoportable la vida en aquellos primeros tiempos.
>
> En el rigor del invierno, la que esto escribe iba muchas veces a casa de una señora a pedir un poco de carbonilla para encender el brasero, cuya señora nos hacía esa obra de caridad en atención a nuestra virtuosa Madre.
>
> Cuando ya comenzaron a ingresar enfermas, si algo había, tenían que ser socorridas las primeras, y en una ocasión en que vinieron varias de una vez y no teníamos ropa para cambiarlas, con toda humildad pidió permiso a una de las Hermanas, que había traído un modesto equipo, para hacer uso de su ropa para ponerla a las enfermas.

Nuestra virtuosa Madre se complacía en llevar las prendas de su uso sumamente pobres y remendadas, como aún se pueden ver algunas de ellas. Su correa era tan sumamente pobre que, últimamente, le decíamos que se hiciese otra nueva, y nos decía: ¡a ver si a mis hijas les va a entrar la vanidad por la correa!".

Sor Cruz Cabeza nos dice:

"En la pobreza era extremada. Siempre iba vestida con las prendas más pobres que había en casa. Su hábito era de percal y, antes de morir, nos encargó que con él la amortajásemos, y que no gastaran estameña con ella; pero por orden de nuestro Padre se le puso escapulario de estameña".

Sor Trinidad Franqueza comenta:

"Amaba mucho la santa pobreza y era de ella verdadero modelo. Tenía mucha habilidad y gusto para el trabajo de manos, sobre todo en costura que había sido su oficio en el siglo, y era tan delicada y mirada para aprovechar las prendas, que nos hacía serlo también a nosotras. Le gustaba hacerlo todo con mucho esmero, pero con el menor gasto posible.

Con su vestido de boda, que era negro de seda "gro", arregló las primeras casullas que se usaron en la Congregación para las misas de difuntos.

También se conservan, con gran veneración, una sábana y dos fundas de almohada bordadas de su mano, que trajo de su casa y ahora se usan para cuando nuestras Hermanas han de recibir el Santo Viático, en la Casa Madre.

Para cuando habíamos de tomar el santo hábito, tuvo gran cuidado para aprovechar todas las prendas servibles que habíamos traído, y sólo hicimos un hábito de estameña para cada una, aprovechando después toda la ropa negra.

Más tarde hicimos algunos hábitos de percal, reservando el de estameña para las festividades grandes.

Como ella hacía las veces de superiora, me enseñó la casa, que era sumamente pobre, y me explicaba el modo de vivir que tenían, con mucho recogimiento, pobreza y abnegación, y en todo dirigidas por los consejos y ordenaciones del Rvdo. Padre, como se le llamaba".

Sor María del Rosario Zudaire expresa:

"Era amantísima de la pobreza y de esta virtud nos daba ejemplo en todas sus obras. Las prendas más pobres de casa tenían que ser para su uso y se complacía en llevarlas muy remendadas. Siempre usaba hábito de percal y, aún después de ser profesa, también el escapulario lo llevaba de algodón. Para ir a Madrid, en algunas ocasiones, se lo ponía de lana".

Y añade con un fuerte superlativo, refiriéndose a la capilla:

"Nuestra Madre nos llevó a la capilla que, aunque pobrísima, inspiraba fervor y devoción".

Y es que el ejemplo y doctrina que habían recibido del P. Fundador, les servía de estímulo por ser representante de Cristo. Nos lo recuerda María Angustias:

"El aprecio hacia (la pobreza) fue sumo, pues el observar lo mucho que amaba nuestro Padre esta virtud era suficiente para querer imitarle... Todas sus glorias las tenían mis hermanas en llevar todo sumamente pobre. Los primeros hábitos que recibimos ni aun de indiana se pudieron hacer. Mucho se calentó la cabeza nuestra Madre por sacarlos de pedazos y de las faldas que traíamos, y salieron tan escasos que ni la forma les pudo dar.

Respecto a pedir a nuestro Padre cualquier cosa, aun la más necesaria, parecía no haber por estos contornos tiendas donde comprar, pues nos parecía que nada necesitábamos. No obstante, ni aun para sacar agua del pozo para lavar la multitud de ropa que se lavaba teníamos con qué, pues nos arreglábamos con un puchero. En suma, nada teníamos y todo nos sobraba. Al necesitar algo y ver que no lo había nos daba tal alegría, más que si fuéramos ricas. Nuestro amado Jesús nos daba a conocer que esta suma escasez era más de estimar que todos los tesoros de la tierra.

Nuestra virtuosa Madre ni la cosa más pequeña compraba sin licencia de nuestro Padre. Se hacía escrúpulo de cualquier faltilla contraria a esta esencial virtud de la pobreza" [8]

Sor Rosalía Sesma añade:

"Ella era la primera en observarla, siempre iba vestida con hábito de percal y en el refectorio comía lo más pobre y, a veces, comía lo que nosotras dejábamos".

8 *Ibid.*, pp. 230-231.

Un caso más de "pobreza". Dice sor María Lorza:

"Un sábado del mes de abril, víspera del Domingo de Ramos, necesitábamos mudar las sábanas de las camas, pero como no teníamos para cambiarlas, nos ocurrió quitarlas el día indicado, aprovechando de que el día estaba muy bueno y las podíamos lavar y secar en el mismo día para volverlas a poner; el tiempo cambió de tal manera que cuando estábamos comiendo cayó un chaparrón acompañado de fuerte huracán, que todas nos las tiró por el suelo dejándolas más sucias que antes. Volvimos a lavarlas y tenderlas y nos ocurrió lo mismo por la mala tarde que se puso, por lo que, a la tercera vez, nos mandó la Madre que lo dejáramos y ella fue cortando de una pieza de lienzo moreno unas tiras largas para que, aquella noche, nos sirvieran de sábanas y nos dio un pedazo a cada una y así nos pudimos arreglar aquella noche hasta que se secaron las otras. ¡Felices trabajos suavizados con aquel cariño maternal!".

Terminamos con el testimonio de sor María del Consuelo López que si nos habla del "ejemplo vivo" de la Madre, también era en medio de una gran alegría, como quien vive el despego espiritual o recuerda con amor la pobreza de Cristo:

"En la santa pobreza era tan observante que no necesitaba hablarnos de esta virtud, ya que era ella un ejemplo vivo. Como estábamos tan sumamente pobres, no teníamos más que un hábito de estameña (cada una) y éste se guardaba en la ropería común para las fiestas grandes, y para diario usábamos de percal. La Rvda. Madre lo llevaba siempre de

percal, hasta para ir a Madrid a hacer las compras. La correa que llevaba era tan estrecha y corta (como aún se puede ver) que, en una ocasión que estábamos las novicias en recreo y vino la Madre, al ir a besarle la mano le dijimos: Madre, qué correa tan estrecha y tan corta lleva, que le hagan otra; y esto mismo le habíamos dicho otras, pero en aquel día tanto se lo repetimos que nos dijo: veo, con mucha pena, que a mis hijas les va a entrar la vanidad por la correa, dejadme, ya está bien esta correa; todavía se conserva la referida correa. Después de catorce años de estar en el sepulcro, se conservó muy bien, sin duda, para ejemplo y enseñanza nuestra.

Si de alguna cosa abundábamos era de pobreza, porque de todo nos faltaba, pero era tal la alegría que se veía en nuestra Madre en medio de tantas privaciones de cosas muy necesarias, que esta misma alegría nos la comunicaba a nosotras; cuanto más carecíamos de cosas necesarias más contentas y satisfechas nos mostrábamos todas".

Pobreza interna a imitación de Cristo

La pobreza es un aspecto esencial del misterio de Cristo y de la redención; lo cual significa en él no sólo renuncia a los bienes materiales o al ejercicio del derecho de libre disposición, sino también a los mismos privilegios divinos, al dominio y al poder. Es un despojarse de sí mismo y hacerse uno de tantos.

Con su vida y con su palabra, vino a decirnos de la manera más convincente, que los bienes de este mundo son provisionales, transitorios y relativos, válidos tan sólo en la etapa terrena del Reino.

La Iglesia no puede convertirse en anunciadora de los bienes temporales, ni simple promotora del bienestar humano y social.

Tiene que anunciarse como Cristo, el Reino de los cielos y mantener viva en los fieles, la conciencia de su destino eterno y de la realidad de los bienes futuros, que son los definitivos.

Cuando Jesús proclamó "bienaventurados" a los pobres de espíritu (Mt 5,3), no canonizó la simple carencia de los bienes materiales, ni beatificó un vacío, sino que fue mucho más allá de un mero asunto de dinero o de riqueza.

Los pobres para Cristo, eran los humildes, los oprimidos, los desgraciados, los cargados de deudas y enfermedades, los desamparados, los marginados.

Para Cristo, "los pobres de Yahveh" eran aquellos precisamente que, por no tener nada y debido a su desamparo:

- se acercaban a Dios
- ponían en él toda su confianza
- cumplían su voluntad
- sin olvidar la observancia de la ley;
- de ahí que son verdaderos "pobres":
- los que no se detienen en la idolatría de las riquezas;
- los que no tienen otro Dios que a Yahveh;
- los que viven abiertos a él y a su palabra;
- los que no confían en apoyaturas humanas, y ni siquiera en sí mismos, sino sólo en Dios;
- los que están siempre disponibles a caminar hacia Dios;
- los que no son esclavos de ninguna propiedad, porque nada tienen;

– los que como el propio Cristo, no tienen una piedra donde reclinar la cabeza (Mt 8,20).

La pobreza interior es una actitud de abandono filial, ya que ser pobre es esperar en Dios y esperar a Dios, contar con él y creer en él.

La pobreza es "la puerta estrecha" (Mt 7,14) para adentrarse en la vida teologal: el pobre da crédito a Dios y le entrega su voluntad para que haga su obra.

La pobreza material, el desprendimiento efectivo y el estado de indigencia, son camino normal y vía de entrenamiento para el abandono en Dios.

Es el salto:

– de la angustia, al grito de invocación;
– de la frustración, a la fe;
– del total desconcierto, al abandono incondicional.

La escasez de recursos económicos, la enfermedad y la prueba, juegan muchas veces un papel importante en la pedagogía de Dios.

María Josefa Recio, sin entender de teologías, supo vivir como Cristo la teología de su pobreza; y por eso, no quedándose en los simples acontecimientos que golpeaban a la pobre naturaleza humana, trasciende el sentido puramente material para adaptar y amoldar cuantas cosas le ocurren al evangelio.

Recordando las dificultades con que se encontraron el primer día, o mejor, la primera noche que llegaron a Ciempozuelos, su reacción fue a lo "pobre de espíritu", y por eso su necesidad extrema se convirtió en oración de intimidad, ya que llaman a Cristo "Esposo":

> "¡Jesús mío, cuán grande es tu poder; tu misericordia fue excesiva para con estos viles gusanillos! Es verdad que ayudadas de la gracia, estábamos despreocupadas de todo lo de la tierra; de aquí que el pensamiento no se ocupaba de lo referente al cuerpo. No obstante, la naturaleza no rehusaba lo indispensable de la vida material...
>
> Mi corazón me hace ver que nuestro celestial esposo nos probó con este afecto de cariño; lo grato y acepto que le fue esta resolución de abandonar todo lo de este mundo, despreciando los halagüeños y seductores lazos de la carne, para libres y espontáneamente dedicarnos al servicio de nuestro Divino Rey. ¡Señor y Dios mío, cuán liberal que Tú eres!, aún no habíamos dado el primer paso para seguirte, y ya nos mostrabas lo hermoso y bello de la virtud de la santa pobreza. Jesús de mi corazón. ¿Por qué tan distinguidos favores, por qué tan privilegiadas gracias? Ya comprendo, Señor, tus sabios fines. Es que Tú querías que no fuésemos a ilusionarnos por la abundancia de las cosas terrestres. El objeto de tu adorable bondad era que desde los primeros pasos que diésemos, para consagrarte todo nuestro ser, sólo nos llevase el atractivo de tu santo amor" [9].

Lo mismo ocurrió cuando el detalle del único colchón, mohoso e impresentable, "aunque la señora Joaquina tenía su casa abastecida de buenos colchones y muebles, pero al ver que nada levábamos, ni tampoco nuestro Padre nos ofrecía, acaso esto se calculase (= se podía interpretar) que significaba algo".

9 *Ibid.*, pp. 105-106.

Al ver María Josefa esto, extendió el catre para María Angustias, como más delicada de salud, y ella se acostó en el suelo.

Ante este gesto, ¿quién no recuerda una viva imitación de Cristo, cuando nos dice san Mateo: "Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza"? (Mt 8,20).

Y crece su virtud, cuando sabemos que, aquel día lo habían pasado en el tren, después de la noche anterior en que tuvieron que superar el drama de una despedida furtiva.

La traducción a lo divino, quedó plasmada en la *Relación*:

> "En resumen, agradecidas, como pobres que éramos, mi amada compañera tomó para sí el colchoncillo y a mí me extendió el catre para que no estuviese en el suelo.
>
> Pero, qué alegría experimentamos al ver que ni dónde reclinar la cabeza teníamos.
>
> Teniéndonos por más dichosas que los grandes de la tierra que lo están en sus ricos palacios, abastecidos de delicadas y blandas camas. De aquí que nuestro corazón se sentía impulsado a amar más y más a un Dios que tantas muestras nos daba de querernos por suyas" [10].
>
> "Como estas cositas eran tan providenciales, también permitió el Señor que aquel año no hubiese en el pueblo paja, por lo que tuvimos que continuar con nuestras pobres camas. Es decir, que ni aún los pobres jergones que hoy usamos en comunidad, los podíamos tener. En medio de esta escasez, nos parecía estar del todo abastecidas, pues según dice nuestra amada madre santa Teresa de Jesús, quien a Dios tiene, todo le basta y quien a Dios no tiene, todo le falta" [11].

10 *Ibid.*, p. 108.

Al iniciarse la afluencia de vocaciones, la primera casa resultaba cada vez más pequeña, y todo más reducido. Sin embargo, María Angustias dejó escrito:

> "La mucha escasez nos servía para alegrarnos, pareciéndonos estar en un rico palacio" [12].
>
> "Por lo reducido de las habitaciones, no cabíamos para dormir; para esto nos arreglábamos extendiendo de noche los jergones y de día los levantábamos... Antonia jamás se sentó en silla, arreglándose con los canastos, y cuando no los había, buscaba piedras. Esta pobreza nos servía para ensanchar el corazón" [13].
>
> "Respecto a la escasez al venir a esta casa, la comida tuvo que ser más pobre..." [14].

Sor Trinidad Franqueza comenta:

> "Es verdad que a mí todo me impresionaba mucho, pero era una impresión agradable y santa; me parecía que todo era celestial y muy distinto de lo del mundo. Desde luego, me inspiró la Madre una particular confianza a la que me creía muy corres-

11 *Ibid*., pp. 109-110.
12 *Ibid.,* p. 125.
13 *Ibid*., pp. 155-156.
14 *Ibid*., p. 209.

pondida, según las pruebas que de ella me daba. Como mi nombre era Josefa, igual que ella, nos dijo el Padre que, para distinguirnos, se le podía llamar a la Madre, María Josefa; y así lo hicimos siempre.

¡Yo me sentía tan feliz y dichosa en aquella humilde morada! Todas nos queríamos entrañablemente, trabajábamos mucho, pero con verdadero fervor e interés, casi diría que a competencia de quién podía trabajar más. Todo nuestro deseo era prepararnos al solemne día en que habíamos de empezar formalmente nuestra vida religiosa, o sea el día de nuestra toma de hábito. Llegó, por fin, el día tan deseado y nuestro gozo se vio cumplido al vestir la librea religiosa. Éramos diez las que tuvimos esta dicha, tocándome a mi por orden de entrada, el número ocho".

Sor María Lorza es más explícita al describir detalles de la vida cotidiana de la comunidad de Ciempozuelos y del espíritu de pobreza que reinaba en la misma, debido a la impronta que le había dado la Sierva de Dios desde el comienzo de la fundación:

"La casa era tan sumamente pobre y pequeña que se necesitaba mucho amor de Dios y al sacrificio, para acomodarse a vivir una vida tan llena de trabajos y privaciones.

Su amor a la santa pobreza lo demostraba hasta en sus humillaciones, pues, siendo una excelente modista, siempre se la veía dedicada a los trabajos más humildes y repugnantes, como era componer las medias y las piezas más estropeadas que se presentaban. La habitación que ella tenía para esto era un pasillo feo, las paredes medio descuartilladas, el

suelo de tierra y como por debajo iba una alcantarilla resultaba muy húmeda. En estas mismas condiciones, puede decirse, se encontraba el resto de la casa; mas en medio de tanta privación y pobreza demostraba nuestra amada Madre Fundadora en su semblante el gozo que esto le proporcionaba..., comunicando a nuestro espíritu algo de aquella caridad que la animaba, pues el amor y unión que reinaba entre nosotras merecía muy bien el renombre de caridad fraterna. Benditos y felices días que tan gratos recuerdos traéis aún hoy a nuestros corazones.

Los adornos que componían esta habitación consistían en unas estampas de papel pegadas a unos cartones y por adorno unas tiras de papel de color; una silla sumamente pobre y un canastillo para la labor. Estas eran todas las ilusiones de tan cariñosa y bondadosa Madre.

En medio de tan suma pobreza, nuestra caritativa Madre no perdía medio ni ocasión para que a sus hijas queridas no nos faltara lo necesario... ¡Qué consideraciones tan delicadas tenía aquella Madre para todas y cada una de sus hijas! Su ardiente caridad no tenía límites y para atender a nuestro bienestar y defendernos un poco del frío, careciendo de mantas, por haberlas puesto a las enfermas que habían ingresado, hizo en una ocasión unas colchonetas con tela de jergones y un poco de paja para que nos las pusiéramos sobre las camas en lugar de mantas. Como el número de enfermas iba siempre en aumento, las camas de hierro que nosotras teníamos las cedimos a las mismas, más como la habitación en que dormíamos era de tierra para evitar la humedad, hubimos de acomodar los jergones sobre maderas y

tablas colocadas al aire y también sobre latas de petróleo".

Por su parte sor Cruz Cabeza, nos da un doble enfoque en la pobreza de la Sierva de Dios: pobreza extremada en su vestir, y disponibilidad de ayuda a las hermanas, mientras su corazón estaba unido a Dios:

> "En la pobreza era extremada. Siempre iba vestida con las prendas más pobres que había en casa. Su hábito era de percal y, antes de morir, nos encargó que con él la amortajásemos, y que no gastaran estameña con ella; pero por orden de nuestro Padre se le puso escapulario de estameña.
>
> Ayudaba frecuentemente a la cocinera, y como el fregadero estaba cerca, también ayudaba a fregar los platos, mientras rezaba algunas devociones, diciendo que no importaba estuvieran trabajando las manos para que el corazón y la lengua orasen".

Un prisma bajo el que podemos estudiar la pobreza en la Sierva de Dios y que ella practicó con intensidad heroica es el estar disponible en caridad tanto respecto a las Hermanas, como a las enfermas mentales; y esto, hasta conseguir en aras de su donación de amor, el holocausto de su propia vida.

Y cuando nos referimos a la "disponibilidad" no limitamos esta expresión "a las cosas", sino que la extendemos y concretamos a la propia persona; todo lo que es y tiene: las propias cualidades, el tiempo disponible y la misma vida, pues si el amor supremo de Cristo se nos ha revelado al dar su vida por nosotros, nosotros hemos de repetir necesariamente el mismo gesto (cf 1 Jn 3,16) ¡Y la Sierva de Dios lo repitió!

San Pablo, para expresar la pobreza de Cristo, dice que se "vació" de sí mismo (Flp 2,6-11). Este es el sentido profundo de la pobreza consagrada: "vaciarse de uno mismo" es pura apertura y disponibilidad interior; es aquella actitud de espíritu que se traduce en una manera concreta de vivir y causa una postura interior de amor y caridad.

La pobreza no tiene consistencia en sí misma; sólo el amor es quien se la concede. Nadie puede ser pobre por cuenta propia: es Cristo quien continúa viviendo en nosotros el misterio de su pobreza redentora.

Por eso, cuando uno se ofrece y da en disponibilidad sirve al mismo Cristo.

Son incontables los ejemplos y testimonios que pudiéramos aducir de María Josefa, ya que toda su vida estuvo dedicada a los prójimos, tanto Hermanas como enfermas mentales.

Tan sólo recordaremos algunos como muestra de su amor y caridad que se desvivía continuamente por cuantos la necesitaban o la requerían.

Sor María Lorza expresa:

> "Sus piadosas industrias le hacían hallar todos los medios para que a nuestras pobrecitas enfermas nada les faltara, ni en el vestido, ni en el alimento. Como sus ocupaciones no le permitían estar constantemente con ellas, acudía diariamente a visitarlas y a dar las comidas, dando a todas aliento y consuelo en sus penas y aflicciones. A todas las trataba con mucha amabilidad y cariño de verdadera madre, y ellas se mostraban muy satisfechas cuando la Madre les servía la comida. Entre éstas había una que se puso por nombre María de Casa, la cual no

quería comer si no le daba la Madre, y era capaz de pasarse la mayor parte del día sin comer si ésta no iba".

Sor María de la Purificación Aberásturi dice:

"En el refectorio, muchas veces, servía ella la comida a las Hermanas y algunas veces comía lo que las mismas dejaban.

A pesar de su quebrantada salud, siempre se levantaba a la oración por la mañana, aunque el día anterior hubiera estado velando hasta muy entrada la noche. En alguna ocasión también se levantaba de noche para ver a las Hermanas que hacían la guardia a las enfermas y, estando de vela la que esto escribe, le ocurrió una noche que se le pasó la hora de cenar y dieron las doce menos cuarto sin habernos sentado a la mesa, y cuando estábamos hablando de esto mismo, se presentó nuestra buena Madre en el refectorio y nos dijo: hijas mías, se les ha pasado la hora, tengan cuidado para otro día, pues ya ven que mañana no pueden comulgar.

Para sentarnos carecíamos de sillas, y algunas de nosotras nos costaba sacrificio sentarnos en el suelo, pero como ella era la primera que, tanto en la humilde capilla como en otros lugares, se sentaba en el suelo, nos daba ejemplo para que practicáramos esta mortificación. Como ella dirigía todos los oficios y andaba con lejías, aguas frías y demás, en el invierno se le ponían las manos muy ásperas y algunas veces con grietas, y nunca pudimos conseguir que se diese para ellas ninguna clase de alivio.

Para dar consuelo y aliento a sus hijas se desvivía y no perdonaba sacrificio alguno; parecía que el

tiempo se le multiplicaba para servir y ayudar a todas y cada una en particular. Para ella, todas éramos iguales. Su dulzura y amabilidad para ganarse los corazones, no tenía límites. En los primeros días de mi ingreso en la comunidad, las comidas se me hacían insoportables, y por más que hacía por vencerme, no me podía acostumbrar; era para mí un grandísimo sacrificio tener que acudir al refectorio. Nuestra buena Madre pronto se dio cuenta de ello y, con mucha caridad, me dijo un día: Hija mía, me voy fijando que no come y así no puede estar, dígame qué tomará, y, en medio de nuestra extremada pobreza me daba leche, chocolate y otras cosas con las cuales me podía alimentar.

Si grande era su caridad en las necesidades corporales, si cabe era mucho más cuando sufríamos alguna aflicción de espíritu o nos veía con alguna pena o aflicción. Aunque su natural era de vivo carácter, siempre estaba con la misma igualdad de ánimo, y cuando acudíamos a ella con alguna cosa, no le daba ninguna importancia porque no aumentara nuestra pena y sufrimiento.

El mismo celo que tenía por las hermanas, tenía por las pobrecitas enfermas confiadas a nuestros cuidados. Para todas era madre tierna y cariñosa, y a todas las servía con suma caridad. Tratándose de aliviarlas se fijaba en los más pequeños detalles. Estaba un día, la que esto escribe, en un patio con las enfermas y pasó nuestra amada Madre y me dijo con bondad: fíjese de un modo especial en tal enferma que la he visto que intentaba darse golpes en la cabeza, tenga con ella sumo cuidado para que no se haga daño. Como eran tantas sus ocupaciones que

le impedían estar constantemente al servicio de las pobres enfermas, acudía todos los días al acto de dar las comidas a las mismas, las servía con mucha amabilidad y para todas tenía una palabra de aliento y consuelo. Con frecuencia nos exhortaba a que tuviéramos con ellas una ardiente caridad y que debíamos asistirlas con veneración, haciéndonos cargo que, en la persona de las enfermas, servimos al mismo Dios.

Muchas veces les preparaba ella misma la comida, y se le veía que su corazón disfrutaba cuando trabajaba directamente para las enfermas. Su caridad aún era más grande cuando se trataba de las enfermas que necesitaban guardar cama. A éstas, diariamente las visitaba y tenía grandísimo empeño para que las que tenían conocimiento recibieran todos los Sacramentos, a cuyo acto nos hacía asistir a toda la comunidad. Si el estado mental de la enferma no le permitía recibir el Santo Viático, se le daba la Santa Unción, y para este acto también era nuestra Madre la primera que se presentaba a la cabecera de la enferma. Su ardiente caridad con las enfermas fue la causa de que nuestro Señor se la llevara para Sí en temprana edad".

Cuando visitaba a las Hermanas que estaban con las enfermas en los departamentos, para estimularnos al fervor y conservar la presencia de Dios, su recomendación favorita era ésta: El cuerpo en el suelo y el corazón y el espíritu en el cielo".

Sor María del Milagro Salanueva comenta:

"Era una verdadera madre que cuidaba de las cosas de sus hijas. Siempre que daba gracias en el

refectorio, después de las comidas, nos daba muchos avisos; uno de los días nos dijo que por amor de Dios nos suplicaba que cuando alguna hermana no se levantaba de la cama cuando la comunidad, por no encontrarse bien, que avisara a la hermana que tenía a su lado y que dicha hermana avisara a la Madre para ir a ver a la hermana si necesitaba algo.

No podía ver sufrir a nadie, de todo se ocupaba; a servidora también mandaba poner en la comida, que teníamos muy pobre, siempre me ponían alguna cosita que las demás no tenían. Preocupándome algo, una de las veces que fui a comer a la segunda mesa le dije a la hermana refitolera que me daba pena que a mí me ponían cosas que a las demás no les ponían, y contestó la hermana que la Rvda. Madre le había encargado porque servidora era de una naturaleza muy endeble. Era una cosa especial para todas; a la hermana ropera le encargaba se fijara mucho cómo íbamos de ropa y que nos pusiera de lo que necesitásemos.

Con las pobres enfermas lo mismo; parecían todas hijas propias, qué amor y cariño; todo lo quería hacer ella; así murió mártir de una que le dejó enferma, y sufrió un año la enfermedad como una santa. Cuando algunas noches nos llamaban creyendo que moría, qué fervorosa y qué consejos. Y lo mismo cuando iba a verla un sobrinito suyo llamado Juanito. Muchas veces nos decía: hijas mías, mi deseo hubiera sido vivir hasta conocer siete fundaciones en honor de los siete dolores, pero que se cumpla la voluntad de Dios".

Sor Teresa de Jesús Gener declara:

"Su caridad fue sin límites para con las enfermas, y recomendándonos encarecidamente fuéramos nosotras también muy caritativas con ellas, siendo condescendientes con las mismas en todo aquello que no produjese perjuicio alguno, ni de ningún género; que fuéramos unas verdadera madres para ellas. Estimulábanos ella misma con su ejemplo yendo siempre delante, y la que primera se presentaba en las ocasiones más expuestas, como sucedió cuando recibió los malos tratamientos de una de las alienadas, doña Dolores Soler, muy agresiva y, además, por efecto de su trastorno mental al parecer obraba como con especie de traición, poniéndonos cara festiva cuando intentaba hacernos alguna; con esto y la poca costumbre por ser en los principios de tratar a enfermas de esta índole y sobre todo la grande caridad de nuestra Madre que por asistirles no se detenía por nada, fue como la golpeó, de que a lo delicada que ya estaba, esto la puso en tal estado que le aceleró la muerte transcurrido un año aproximadamente.

La caridad para con las hermanas subía de punto, hacía para con todas nosotras oficio de verdadera y cariñosa [madre] no perdonando sacrificio ninguno por todas y cada una, pues a todas nos amaba indistintamente, nos atendía a cada una en todas nuestras necesidades espirituales, con la más admirable solicitud escuchaba atenta e incansable cuando acudíamos a ella, como hijitas tiernas a su amante madre, a contarle nuestras penas y exponerle nuestras dudas y cuantas cositas se nos ofrecían, pues todo y mucho más cabía en su grande y maternal corazón, de su lado salíamos consoladas, resolucionadas las dudas y todas las demás cosas quedaban en marcha directa, tranquilas con paz y grandes alientos para proseguir nuestra vida religiosa en fervor, observancia, siquiera fuese a costa de los mayores sacrificios, y alegres.

Nos repetía con muchísima frecuencia [nos] amáramos unas a otras mutuamente, que estuviéramos siempre muy unidas, amándonos todas igualmente y nada de particularidades, que ella a todas nos quería igualmente y esto bien experimentábamos. Su lema predilecto era Hijas mías, sed como ángeles por vuestra unión.

Cuando estábamos enfermas nos visitaba con frecuencia y siempre que podía, permitiéndoselo sus ocupaciones, ella nos servía la comida y nos asistía con tanto amor, con todo cuanto nuestro estado de enfermedad requería, pudiendo decir que nunca nos faltó nada a pesar de la extrema pobreza de aquellos primitivos y venturosos tiempos. En el refectorio casi siempre nos servía ella, y le gustaba mucho y encargaba a la hermana de la cocina que la comida, aunque pobre, estuviese bien condimentada, aunque empleara más tiempo en hacerla, ella misma, muchas veces, iba a la cocina a enseñar a la hermana, me acuerdo que, en una ocasión, me enseñó a arreglar unas lentejas que jamás recuerdo haber comido plato tan exquisito, y, a pesar de haber pasado tantos años, siempre recuerdo esto.

En fin, su caridad no tenía límites, se extendía a tanto que no acabaría, era una madre todo amor e inmolada en el ara del sacrificio por las pobrecitas enfermas, y más si cabe, por las hermanas y con el mismo amor nos recomendaba, nosotras entre sí, y esto lo quería para las que estábamos entonces y las

que vendrían en el decurso de los tiempos, que para ella todas éramos lo mismo y a todas quería lo mismo".

Así podríamos continuar por todas y cada una de las Hermanas que testificaron, comprobando que no hay ni una sola que no hablase de su gran disponibilidad y extraordinaria caridad.

Según sor Rosalía Sesma, ésta era la farmacopea secreta de la Sierva de Dios:

> "Su caridad era ejemplar: tanto asistía a las hermanas como a las enfermas, tratándonos a todas con cariño verdaderamente maternal. La práctica de esta hermosa virtud le proporcionó una grave enfermedad que le condujo a la muerte.
>
> ¿Quién había enseñado a nuestra buena Madre a preparar los medicamentos tan adecuados a las necesidades de sus hijas? Ignoramos que tuviera siquiera alguna noción de farmacia, lo que sí sabemos es que los remedios que ella daba a sus hijas siempre producían eficaces resultados. ¡Oh! Es que nuestra Madre preparaba las pociones en la farmacopea de su gran caridad y, sazonadas con la fragancia de esta preciosa virtud, las presentaba a la paciente envueltas en las palabras de dulzura y consuelo que continuamente salían de sus labios. He aquí el porqué todos los remedios aplicados por nuestra bondadosa Madre aliviaban instantáneamente. Sin duda que las mejores medicinas preparadas por sabios farmacéuticos, pero presentadas con un carácter frío e indiferente, no hubieran producido tan eficaces efectos".

Terminemos esta "pobreza-disponibilidad" de la Sierva de Dios con el gesto heroico de dar la vida por auxiliar a unas hermanas que trataban de reducir a una enferma, de la cual ella iba a ser víctima.

María Josefa, pensando más en la enferma y en las Hermanas agredidas, que en ella misma, les rogó que, por nada del mundo, castigasen a Dolores Soler, ya que no sabía lo que había hecho, y que le diesen más bien un calmante porque se encontraba demasiado excitada. También a las Hermanas quiso que les preparasen una taza de tila.

Esta fue la pobreza hasta el extremo que vivió la Sierva de Dios:

- un despojo de todo lo suyo, de lo que más quería y amaba, para ir en busca de Dios y sólo Dios.
- Un seguimiento de las huellas de Cristo en humildad y abajamiento
- y una disponibilidad de amor a Dios, a las hermanas y enfermas, hasta dar realmente la vida, que es el máximo mandamiento del amor.

CASTIDAD

Sabemos que la Sierva de Dios, María Josefa Recio, antes de consagrarse al Señor en la vida religiosa, estuvo casada.

Su matrimonio se celebró el 3 de febrero de 1864, y su vínculo se rompió legítimamente, cuando a los quince años, tres meses y veinticuatro días, Antonio Fernández, su marido, murió en la paz del Señor el 27 de mayo de 1879.

Según la legislación del Derecho canónico: "El matrimonio válido entre bautizados, se llama sólo "rato" si no ha sido consumado; "rato" y "consumado" si los cónyuges han realizado de modo humano el acto conyugal, apto de por sí, para engendrar la prole, al que el matrimonio se ordena por su misma naturaleza y mediante el cual los cónyuges se hacen una sóla carne"[1] como Cristo expresó en el evangelio (Mt 19,6).

Por lo mismo, tanto en la libre elección que María Josefa hiciera a sus dieciocho años, como en la consumación de su matrimonio, en el caso de la Sierva de Dios, nunca podremos hablar de "virginidad" en sentido estricto, pero sí de "castidad", tanto en el matrimonio que eligiera

1 CIC, 1061 párrafo 1.

en un principio, como en la vida consagrada que eligiera después.

Fue el último día del año 1930, cuando S. S. Pío XI, firmaba y rubricaba junto al sepulcro de san Pedro Apóstol, una carta encíclica cuyas primeras palabras, decisivas para la titulación, eran estas: "Casti connubii".

¿Matrimonio casto?... Sí; el matrimonio puede ser casto, y los esposos pueden vivir castamente haciendo vida matrimonial.

El matrimonio es un sacramento y, por lo tanto, no es impuro; la diferencia entre puro e impuro no estriba en la inhibición o actuación de los ímpetus sexuales, sino en las circunstancias correctas o vituperables que enmarquen esa situación.

Por su parte, Pío XII proclamó y confirmó que: "El estado matrimonial que Dios ha querido para el bien de los hombres, puede y debe tener también su propia pureza sin mácula" (Discurso a los recién casados del 6 de diciembre de 1939).

Y pone el adverbio "también", como aclarando que, además de la "virginidad", también el matrimonio es puro.

La castidad matrimonial es ante todo y sobre todo "fidelidad"; su oficio es el de regir las relaciones como una manera particular que atempere el placer aún legítimo.

La continencia provisional, debe ser el fruto de un sacrificio voluntario, de una docilidad conjunta y armoniosa a las solicitaciones de la gracia.

Apoyados en el certificado de matrimonio de la Sierva de Dios en el que leemos que, a sus 18 años, fue al sacramento en estado "honesto", podemos asegurar moralmente que, durante los quince años de matrimonio, pudo y supo vivir su castidad y fidelidad.

Hay un testimonio precioso de sor Trinidad Franqueza, que refleja de manera profunda, lo que la Sierva de Dios hubiera querido ser desde siempre, pero que no lo fue; además de expresar una cierta añoranza, refleja una especie de regusto de santa envidia, al no poder imitar en su vida, lo que las aspirantes hacían, al entregar su juventud con total generosidad al Señor, ofreciendo en holocausto su virginidad.

Dice el testimonio:

> "Toda ella –la persona de María Josefa– respiraba humildad y desprecio de sí misma. Se tenía por inferior a todas, y ella daba la razón de que *por haber tenido ya otro estado en el mundo*, no merecía vivir entre nosotras, y hasta creía que tendríamos en ello algún reparo".

Aquí, también la Sierva de Dios sufrió la equivocación de siempre, de considerar la castidad y virginidad desde el celibato y para el celibato, como si no hubiera otros estados en los cuales pudiera existir y cultivarse.

También es interesante el testimonio de sor María del Consuelo, aunque ignoramos cómo pudo saberlo y de qué fuente pudo recibirlo. Dice que:

> "Fueron grandes los deseos de la Sierva de Dios de consagrarse al Señor en la vida religiosa, como lo prometió en el caso de quedar viuda". Tal vez se refiera a las experiencias ascéticas e intensas de la vida de piedad que comenzaron a hacer las dos amigas, María Angustias y la Sierva de Dios, aún antes que falleciese su marido Antonio Fernández.

Aunque teológicamente debiéramos comenzar por lo único y más profundo de toda virginidad-castidad, que es

el amor, la presencia de Dios y el desposorio con Cristo de modo consagrado, sin embargo, dadas las circunstancias de María Josefa Recio, vamos a estudiarla históricamente como iniciación para luego proceder, en dinámica normal, a su expansión y crecimiento, hasta llegar al culmen de la unión con Dios.

Castidad-amistad

Toda vocación, como toda virtud, tiene su iniciación; y aunque el alma ansíe desde el comienzo llegar a la perfección más sublime, es del todo obligado dar pequeños pasos, recibiendo cada vez luces más intensas, hasta llegar a hacer una perfecta síntesis de vida y quedarse a solas con Dios, prefiriéndole en todo y a todo; ésta es la auténtica castidad de corazón "indiviso".

No podemos ignorar, que la vida espiritual profunda de la Sierva de Dios comenzó al unirse en amistad con María Angustias.

Y comenzamos a hablar de "amistad" en aquella época en que era fustigada toda expresión de afectividad entre dos personas; olvidando que, hablar con cierta obsesión y condenar pública y solemnemente las llamadas "amistades particulares" –que son una caricatura de la verdadera amistad– es la mejor manera de fomentar y de crear inútiles problemas de conciencia.

No se ha de ocultar que puede existir un verdadero peligro, precisamente cuando la amistad deja de ser auténtica amistad. Pero nunca hay que crear un clima de miedo o de desconfianza frente a un valor tan grande como la amistad.

El recordado P. Alonso Rodríguez, que en el siglo pasado era constantemente leído, dedica nada menos que tres capítulos de su "Ejercicio de perfección y virtudes cristianas" a hablarnos de las "amistades no buenas", "muy perjudiciales a la Religión" [2].

Y en el capítulo que dedica a explicar el voto de "castidad", pone como título: "cuánto debemos temer la pasión del amor", y por eso comenta:

"Y aunque el amor parezca bueno, y sea con personas de mucha virtud y santidad; y aunque en el trato y conversación sea de cosas buenas y espirituales... anden con mucho cuidado y recato".

"Y refiere de una persona de mucha santidad que decía, que no había cosa de que tuviese más temor y más sospecha que del amor, aunque sea con persona de mucha virtud y santidad" [3].

Tal vez impregnadas de este ambiente negativo del amor, las mismas Constituciones de las Hermanas Hospitalarias, traen frases parecidas.

Y así, hablando del voto de castidad, dicen:

"... Evitando todo lo posible, tener conversaciones con personas de otro sexo, aunque sean devotas, mayormente a solas, y en caso de no poderse excusar, serán con ellas graves, breves y muy medidas" [4].

Y hablando de la "modestia", dicen categóricamente: "Jamás las Hermanas deben permitirse alargar la mano y darla, aun cuando se la alarguen, a persona de otro sexo y aun a las del propio, no siendo de muchísima confianza, o

2 Parte 1ª. Tratado 4º, cap. 18, 19 y 20.
3 Parte 3ª. Tratado 4º, cap. 5, pp. 1571-73.
4 Const. 1882, n. 70.

que se vean precisadas a corresponderles con tal ceremonia; pero nunca a las de otro sexo" [5].

¡Y pensar que el origen del Instituto comenzó, precisamente, con una fuerte amistad de dos personas que duraría toda la vida, y con el amor paterno-materno del P. Benito Menni como Fundador!

Menos mal que el mismo Padre nos recuerda con palabras de san Gregorio Nacianceno:

"La perfección no consiste en no tener amistades, sino en tenerlas buenas, santas y sagradas" [6].

Este es el caso de la Sierva de Dios en su amistad con María Angustias.

En redacción casi plástica nos lo recuerda ella misma:

> "Y para colmo de estas gracias (que estaba recibiendo del Señor) me presentó mi Jesús el resorte de que se quería valer para conquistarme; siendo ésta la estrella de mi amada Madre fundadora, en cuya época tenía suma necesidad de hallar a tan fiel amiga" [7].

Queda por tanto bien claro, que desde el primer momento de su encuentro, el objetivo fundamental e inmediato, no fue la persona en sí misma, sino la amiga sublimada por una motivación sobrenatural: por "un deseo ardiente e insaciable de amar a Dios y un anhelo también insaciable de mayor perfección" ya que ella no acertaba a encontrar una compañera que le enseñase la ciencia sublime de amar a Dios.

5 Const. 1882, n. 73.
6 Prácticas..., p. 117.
7 RMA, p. 40.

Esta motivación profunda será el punto de arranque y el fundamento de todo su caminar como seglar, de su llamada vocacional y de su corta vida consagrada.

Una vez decididas a seguir en el mundo, una vida más piadosa y recogida, dice María Angustias:

> "...ayudadas por la gracia, continuábamos con fervor a seguir la práctica de la virtud para unirnos más en espíritu" [8].

Y añade:

> "Esta mi buena amiga y yo, cada día nos sentíamos con nuevas ansias, por adelantar con rapidez en los caminos del Señor" [9].

Y urgidas en su interior, por una donación más radical a Dios, comenzaron ambas a dos a vestir de negro con unas batas que imitasen a la sotanas que llevaban los Jesuitas:

> "Embebidas en tan laudables preocupaciones, nuestro corazón se iba descarnando (= desarraigando) de todo lo terreno..." [10].

Sus anhelos eran los de fundar su vida, sus ilusiones y su amistad en Cristo, por eso -siguiendo el primer consejo del P. Menni, como director espiritual- se acercarían cotidianamente a recibir el Pan eucarístico.

Con respecto al marido de la Sierva de Dios, escribe María Angustias:

8 *Ibid*., p. 46.
9 *Ibid.,* p. 53.
10 *Ibid.,* p. 55.

> "Respetó siempre nuestra amistad, y en lo posible contribuyó con grande voluntad a que su mujer tuviese total libertad para estar constantemente unida a mí. En particular cuando subíamos al Sacro Monte a confesar, nos reuníamos a las tres de la mañana separándonos a las diez de la noche, es decir, que estábamos dos almas en un corazón.
>
> En dicha enfermedad, no se saciaba de mostrarme lo mucho que él agradecía la constante unión que con su esposa había conservado con amor recíproco.
>
> Nuestro Señor le dio luz para que, con profunda humildad, conociera que nuestra amistad era fundada en Dios" [11].

Y cuando se rompieron, en breve tiempo, los lazos de afectos humanos, perdiendo en pocos meses, María Josefa a su esposo Antonio, y María Angustias a su madre, aunque afectadas por sufrimientos tan indecibles, supieron tener ojos de fe para traducirlo a lo divino, y por ello leemos en la *Relación*:

> "Con dichos sufrimientos y grandes pérdidas, Nuestro Señor nos quiso franquear el camino para que, sin los impedimentos que más nos eran obstáculo, sin la menor reserva nos entregásemos del todo a él. Parece que su adorable providencia dispuso que en breve quedásemos libres de estas ligaduras que más nos impedían, por lo que se nos facilitó el poder volar para consagrarnos por esposas suyas, siguiendo con firmeza a tan divino Cordero, Jesucristo vida nuestra" [12].

11 *Ibid.*, p. 70.
12 *Ibid.,* p. 73.

Una vez conseguido el permiso para ir a Ciempozuelos:

- juntas eligieron la fecha de un santo;
- juntas salieron de sus casas
- juntas oraban
- juntas sufrían
- juntas buscaban a Dios en ansias de perfección; y Dios bendijo tanta perseverancia en el amor.

Si nos fijamos en los textos que hemos transcrito, –que podríamos poner muchísimos más– vemos la trayectoria limpia y casta en la amistad de estas dos mujeres, teniendo siempre como meta y centro a Dios, a Cristo:

- la pasión que tiranizaba a la Sierva de Dios, era: el deseo ardiente e insaciable de saber amarle;
- su deseo: encontrar una compañera que le enseñara la sublime ciencia de saber amar a Dios con mayor perfección;
- y así, ayudadas de la gracia, pudieran unirse más y más en espíritu;
- su única preocupación: ser sólo de Dios;
- y la motivación más profunda: adelantar con rapidez en los caminos del Señor;
- y embebidas en estas santas preocupaciones, ir descarnando, desarraigando todo lo terreno;
- y finalmente, purificadas por el sufrimiento, quedarían libres de ataduras para poder consagrarse a Cristo, su esposo y su vida.

Y si quisiéramos encontrar en la vida de la Sierva de Dios un como refrendo y afirmación de preferencia y amor a Cristo, frente a su amiga María Angustias, recordemos el hecho de su profesión.

Sintiendo un gran dolor, porque la amiga de su alma no se decidía a profesar con ella en el primer grupo, María Josefa no prestando oídos a un afecto puramente humano, quiso ser bien fiel y casta por siempre y para siempre. ¡He aquí la verdadera amistad, la expresión del mejor amor! y si la autentica amistad es y exige siempre una buena dosis de madurez humana y espiritual, psicológica y afectiva, en este caso concreto y decisivo, la Sierva de Dios la manifestó en plenitud.

Castidad: Unión con Dios y con Cristo

Se ha entendido a veces la virginidad, como simple integridad corporal, o como una perfección humana en sí misma, destacando su valor antropológico; pero la virginidad-castidad es mucho más:

Es una "respuesta" del hombre y de la mujer a Dios; respuesta libre, respuesta de amor total, donación entera de sí misma.

La esencia de la castidad no está en hacer el vacío, sino en llenar ese vacío. Y la virginidad es ese "vacío repleto". No es ausencia de hombre o de mujer, es "presencia de Dios".

La virginidad es amor; el amor tiene siempre razón y sentido de primer don; de ahí que cuando damos a alguien una cosa por amor, antes que esa cosa, le hemos dado el amor. Por eso, entregar todo el amor es dar todo lo que la persona es y lo que la persona tiene. Es el don total de sí mismo.

Cristo puso la virginidad-castidad en cohesión con el "reino"; y el "reino de Dios" es el dominio de amor, el influjo salvador que ejerció y ejerce en el mundo y particularmente en el hombre que se abre a él, en la conversión y en la fe.

Es la posesión que Dios tiene sobre el alma que se ha dejado libremente poseer y que se le ha entregado en amor y por amor.

Dios es Espíritu, y sólo en el "espíritu" puede realizarse la verdadera unión con él. Por eso todo el hombre -alma y cuerpo- debe irse "espiritualizando", superando y trascendiendo los modos y las formas sensibles, e incluso las simplemente racionales, para que todo adquiera la condición y el modo de ser propio del espíritu.

La virginidad, va realizando esta superación, hasta lograr que todo el ser humano quede dispuesto y "conformado" para esa unión, que es la vocación última del hombre[13].

"El que se une al Señor, se hace un sólo espíritu con él" (1 Co 6,17). "La virginidad no es sólo una disposición para esta unión, sino que realiza esa unión de la manera más inmediata y absoluta. De ahí que la virginidad sea inconcebible sin las virtudes teologales, y en especial, sin la caridad. Hasta tal punto que en la virginidad encontramos los mismos elementos que en la virtud teologal de la caridad" [14].

Por paradójico que parezca, la virginidad cristiana brota de un desposorio y es principio de un desposorio. Es participación real de la virginidad de Cristo y convierte al alma en esposa suya por una unión transformante, que sólo puede hacerse en el "espíritu", es decir en la parte superior de la misma alma, vivificada por la presencia y la acción del Espíritu Santo.

13 GS, 19,22.
14 ET, 13.

De ahí que la virginidad plena y definitiva de los consagrados a Dios sea, el merecer las bodas místicas con ese Dios que no cede en ternura y suavidad a nadie. De ahí que san Antonio defina con mucho vigor: "Virgen es la que se casa con Cristo" [15].

Toda esta doctrina no sólo la vivió María Josefa entregándose a Dios en medio del mundo, sino consagrándose para siempre por medio de la profesión religiosa; tan solo ofrecemos un ramillete de frases, salidas del alma y de la propia vida:

- "Sólo de Dios" [16].
- "Toda de Dios" [17].
- "El móvil principal que nos impelía el salir de nuestra tierra era el amor extremo que Dios infundió en nosotras" [18].
- "Sólo la gracia del Señor fue la que nos fortaleció en las luchas" [19].
- "Desde el momento que nos entregamos a él... no atiende tanto a la dádiva como al amor con que ésta se le da" [20].
- "Las mismas pruebas a que Dios nos había sujetado (= sometido) eran pruebas evidentes para creer que era (la fundación) obra de Dios y no de las criaturas" [21].

15 De la exhortación a la castidad cap. 13: PL 2.930. Cf VIZMANOS, BAC 45, pp. 151-154.
16 RMA, p. 52.
17 *Ibid*., p. 243.
18 *Ibid*., p. 86.
19 *Ibid*., p. 89.
20 *Ibid*., p. 94.
21 *Ibid*., p. 96.

- "Nuestro corazón se sentía impulsado a amar más y más a Dios, que tantas muestras nos daba de querernos por suyas" [22].
- "Quien a Dios tiene, todo le basta, y quien a Dios no tiene, todo le falta" [23].
- "Dios nos daba a conocer que todo era efecto del amor que hacia nosotras, tan miserables, tenía nuestro buen Jesús" [24].
- ¡Qué grande es Dios! [25].
- "La Madre Fundadora ha alcanzado de Dios, pues hoy hace un año que se allanaron las dificultades para obtener esta hermosa casa" [26].
- "El amor a Dios, todo lo bendice. Nuestro Padre sólo vive del pensamiento de atraer almas que, olvidadas de sí, sólo quieran unirse a Dios" [27].
- "Teniendo grande dicha, porque este Dios tan potente, se haya acordado de nosotras para servirle como esclavas en el santo palacio de la religión" [28].
- "Nuestra virtuosa Madre Fundadora..., desde que se puso bajo la dirección de nuestro Padre, se transformó, arrancando de sí las inclinaciones que le impedían ser toda de Dios" [29].

En cuanto a la terminología "esposas de Cristo", –doctrina que no les era extraña a las Hermanas Hospitalarias

22 *Ibid*., p. 108.
23 *Ibid*., p. 110.
24 *Ibid*., p. 115.
25 *Ibid*., p. 127.
26 *Ibid*., p. 180.
27 *Ibid*., p. 226.
28 *Ibid*., p. 234.
29 *Ibid*., p. 243.

del Corazón de Jesús– era eco de la tradición cristiana, llegada hasta nosotros desde el siglo II; y así las expresiones:

- "dedicarse a Cristo";
- "consagrarse a Cristo";
- "desposarse con Cristo"; son frases que fluyen naturales en los escritos de Tertuliano[30].

Además de estas expresiones, cuando la virginidad es reafirmada por un voto, se las presenta repetidamente como:

- "vírgenes dedicadas al Señor",
- "vírgenes consagradas a Dios",
- "vírgenes que han determinado santificar su carne" [31].

Según san Gregorio Niseno: "Mediante el estado virginal, obtiene el alma, la suprema dignidad de esposa de Cristo" [32].

Y así añade san Atanasio en su "Apología al emperador Constancio": "A las mujeres consagradas con la virtud de la virginidad, acostumbra la Iglesia católica a llamarlas esposas de Cristo" [33].

"La virgen que dirige todos sus pensamientos a hacer la obra de Cristo, esa tiene por esposo al mismo Cristo" [34].

Por eso el P. Menni, el día que eligió como superiora a la Sierva de Dios, exhortó a la comunidad con estas palabras:

30 VIZMANOS: *Las vírgenes Cristianas de la Iglesia primitiva*. BAC 45, p. 88.
31 *Ibid*., p. 144.
32 *Ibid*., p. 113.
33 *Ibid*., p. 153.
34 *Ibid*., p. 1001.

> "Hijas mías..., mucho es lo que exige el Señor de vosotras. Dejar a los muertos enterrar a los muertos y olvidaos ya de todo lo que es carne y sangre. Entregadle a vuestro Jesús todo vuestro corazón libre de cuidados terrenos y vacío de todo lo que no os conduzca a uniros muy íntimamente a vuestro celestial Esposo" [35].
>
> "Nuestro corazón estaba preocupado por querer amar a Jesucristo, toda vez que por su misericordia nos llamaba para ser esposas suyas" [36].

En una de las instrucciones que el P. Menni les dio, acerca de la virtud de la pureza, les habló así:

> "Vigilad sobre vosotras... no quiero que en vosotras aparezca el menor defecto contrario a esta virtud. Daos ejemplo considerando a esta preciosa joya como un frágil vidrio. Sí, hijas, trabajad por conservarla ilesa" [37].

Finalmente, al hablar María Angustias sobre la profesión de los primeros votos dice:

> "Al verse estas nuevas esposas aprisionadas con lazos tan estrechos, por el divino desposorio, no sabían cómo hacer para mostrar su gratitud. El amor ardiente que hacia su Jesús sentían, las excitaba a querer volar en pos de su celestial esposo. No se preocupaban más que del pensamiento de querer ser fieles esposas de Jesús e hijas de su bondadosa madre, María" [38].

35 RMA, p. 144.
36 *Ibid*., p. 150.
37 *Ibid*., p. 162.
38 *Ibid.*, p. 227.

Puesto que la castidad es amor, y el amor es fecundidad, el alma virgen nos dará su verdadera fisonomía cuando se la estudie bajo el aspecto maternal.

La virginidad-castidad no malogra la maternidad fecunda. El alma, por su entrega absoluta al Señor, por haber dejado las entrañas libres, abiertas y expectantes, concibe a Dios, lo desarrolla y lo hace fructificar.

La virginidad es, y tiene que ser positiva, porque es cualidad vital, y todo lo vital es dinámico, tiene un sentido ascendente, de crecimiento: desarrollo del germen divino.

Aún socialmente, las tareas que desempeñan las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús en cualquiera de sus centros, son reconocidas como función maternal.

Podrían las enfermeras, y aun las señoras que por caridad se dedican a solucionar algunos menesteres, cumplirlos con mayor perfección, o con idéntico afecto; pero siempre habrá en la mujer que ha consagrado su virginidad, un matiz invisible, incalificable y misterioso de ternura y respeto, que será imposible encontrar en las demás, y que constituye el peculiar estilo maternal, hondísimo, propio de las mujeres que han renunciado, por Dios, a la maternidad natural.

Y decimos "hondísimo", porque la virginidad es una fuerza positiva y fecunda, participación real de la divina virginidad y, por lo mismo, de la divina fecundidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que se nos comunica por Cristo, en nuestra naturaleza asumida por él y entregada al Padre con la misma donación que hizo de sí mismo.

La unión virginal de Cristo con la Iglesia, a la que comunica su propio Espíritu, es la fuente de toda fecundidad santificadora y apostólica de la misma Iglesia. Esta

unión esponsal es simbolizada por el matrimonio cristiano (Ef 5,32).

Pero esta fecundidad santa queda simbolizada de manera más inmediata por la virginidad. Mirado desde aquí abajo, el matrimonio simboliza la unión esponsal de Cristo con su Iglesia. Mirando desde arriba, el matrimonio no es más que una derivación sacramental, un reflejo –remoto y lejano– de la realidad sobrenatural.

Lo que el matrimonio significa mediante la unión conyugal, la virginidad lo significa –y lo realiza– sin esa mediación, de forma inmediata.

Nos dice el Decreto Perfectae Caritatis, que "los religiosos y religiosas evocan ante todos los fieles –por la virginidad– aquel maravilloso desposorio, fundado por Dios, y que ha de revelarse plenamente en el siglo futuro, por el que la Iglesia tiene por Esposo único a Cristo" [39].

"La castidad consagrada a Dios evoca esta unión -de Cristo con la Iglesia- de manera más inmediata que en el matrimonio. Y significa de la forma más eminente y absoluta el misterio de la unión del Cuerpo Místico con su cabeza, de la Esposa con su eterno esposo" [40]. Y de aquí recibe toda su fecundidad sobrenatural la virginidad consagrada[41].

La virginidad consagrada, por ser donación total, amor consagrado y –secundariamente– renuncia al amor expresado en el don de sí en la carne, y por lo mismo polarizado, nos abre a un amor universal, sin fronteras, a nuestros hermanos, es decir a todos los hombres, creando una nueva familia y unos lazos universales de filiación divina y de fraternidad universal.

39 PC, 12.
40 ET, 13.
41 LG, 42; ET, 14.

"Por eso, la virginidad crea comunidad, es principio activo de fraternidad y de comunión en el Espíritu. Y al mismo tiempo, la comunidad –en el amor fraterno– ayuda a vivir la virginidad" [42].

Aplicando esta doctrina teológica y eclesial a la vida de la Sierva de Dios, vemos como se ha realizado exactamente en su entrega a Dios.

Ella, que de su matrimonio con Antonio Fernández durante quince años, no consiguió tener un solo hijo que la pudiera llamar "madre", consagrándose a Dios en castidad, bien pronto estrenaron ese apelativo, lleno de ternura, una pléyade de "hijas", repitiéndolo constantemente:

- ¡"Madre"! la llamará María Angustias, cuando el P. Menni designe a la Sierva de Dios como Superiora, sintiéndose muy afortunada al ser la primera súbdita de las Hijas de Nuestra Señora.
- ¡"Madre"! repetirán las aspirantes que formaron el primer grupo;
- ¡"Madre"!, las abundantes vocacionadas que llegaron después.

Y no sólo las religiosas, sino también las pobres dementes, que acuden a ella y se abandonan como niñas en brazos de su madre.

Y allí donde se haya plantado una fundación, y en cada una de sus Provincias y Viceprovincias religiosas, seguirán repitiendo en todos los idiomas y lenguas: ¡Madre!, ¡la Madre! ¡Madrecita!...

Su último sueño de fecundidad virginal, que expresó nostálgicamente en los últimos momentos de su vida,

42 PC, 12. Alonso Severino María, cmf. *La vida consagrada*. Instituto Teológico de la Vida Religiosa Madrid, 1988, pp. 294-295, 9ª edición.

anhelando fundar siete casas en recuerdo de los siete Dolores de la Santísima Virgen "Mi deseo –dijo en su último testamento– era haber vivido hasta tener siete casas en honor de los siete Dolores de la Virgen Santísima", quedó altamente superado.

Esta es la maravillosa fecundidad nacida de una esterilidad humana y de una castidad consagrada.

Como nos recuerda D. Manuel Martín en su libro *Rasgos biográficos*: "Su muerte –la de la Sierva de Dios– es una de esas que en medio de su vacío, dejan más sitio que el que ocupó en vida. Pues los buenos viven después de morir, en su doctrina, en su ejemplo y en sus obras.

Fue la muerte de María Josefa germen de vida, cuya existencia nos admira hoy" [43].

A ella le cuadra perfectamente una de las estrofas del himno dedicado a las "Vírgenes" en la nueva liturgia:

"Dichosas sois vosotras que supisteis ser hijas del amor que Dios os daba, y en la fe de muchos, madres fuisteis, fecunda plenitud que nunca acaba".

43 RB, p. 194.

OBEDIENCIA

El enfoque fundamental que hoy día se le ha dado al voto de obediencia, después del Concilio Vaticano II, es muy diferente de la espiritualidad conque la vivieron las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, hace más de un siglo.

Su doctrina, como en los otros dos votos de pobreza y castidad, estaba basada más bien en las personas, en las observancias y en la sumisión, que en la pura teología y cristología.

Sacada o alimentada del acerbo doctrinal, entonces vigente del famoso P. Alonso Rodríguez en su "Ejercicio de perfección y virtudes cristianas", nos encontramos con expresiones no sólo inusuales, sino inadmisibles, al menos sin dar una explicación pertinente, como por ejemplo: la obediencia "cadavérica", obediencia "ciega", o el dejarse labrar "como blanda cera", etc.

Será doctrina que repetirá el P. Menni en las conferencias doctrinales impartidas a sus hijas, y que ellas vivirán al pie de la letra, quedándonos testimonios de hermanas que lo testifican.

Hoy día no es que no exista la sumisión y el reconocimiento al superior, sino que teológicamente se profundiza

más hondamente, hasta llegar al único fundamento inconmovible de nuestra obediencia y de nuestra entrega que es, directa e inmediatamente Dios mismo, a quien nos consagramos con la triple ofrenda de nuestra pobreza, castidad y obediencia.

La obediencia, propiamente dicha, tiene siempre como objeto inmediato a Dios. Sólo él es digno de nuestra obediencia, porque sólo él es digno de un don tan radical de la persona humana. Sólo se puede y debe "obedecer" a Dios: ésta es la relación interior y más esencial" de toda forma de verdadera obediencia.

Otra cosa es si nos referimos a la "sumisión", pues ella es la que dice relación inmediata a la ley, a la autoridad, a las mediaciones humanas.

La "sumisión" se justifica desde la sociedad, desde las exigencias de una organización y del bien común; mientras que la obediencia mira siempre a Dios, y propiamente sólo a Dios. Diríamos que la "sumisión" es medio, y la obediencia es el fin.

Para percibir ejemplarmente las dos cosas, es preciso poner los ojos en la persona de Cristo. él vivió en sumisión y en obediencia;

- en obediencia total y permanente al Padre;
- y en "sumisión" primera y principalmente hacia sus padres: "Les estaba sometido" (Lc 2,51).

Sumisión que, en estas "mediaciones" humanas, es verdadera obediencia al Padre.

En este doble ambiente se desarrolló la obediencia de la Sierva de Dios desde los primeros intentos de vida espiritual profunda, hasta su muerte.

Desde muy niña María Josefa aprendió a obedecer como en las casas pobres. Primero eran los recados normales que se le mandaba; más tarde reconocida su disponibilidad y prudencia, obedecía a la Condesa de Villamena de Cozvijar, así como a las señoras de Sola y de Barajas, para hacer llegar a los pobres y necesitados sus detalles caritativos, recomendándole, cuando le entregaban la limosna, que nadie sepa quién les hace esta caridad.

Una vez casada, como mujer honesta y hacendosa, sabía ocuparse de sus quehaceres –que era otro modo de obedecer– para que cuando llegara su marido de la chocolatería, lo encontrara todo a punto.

Si comenzó una vida de piedad profunda, y en ocasiones, –sobre todo cuando emprendía la peregrinación al Sacro Monte con su amiga María Angustias– siempre era con la anuencia de su marido Antonio.

Pero donde podemos encontrar y describir casos concretos de obediencia, es cuando María Angustias le indicó el camino mejor para dedicarse a la perfección que tanto anhelaba, y sobre todo, poder llegar a enamorarse de Dios "La tiranizaba un insaciable deseo, muy ardiente, de querer saber amar a su Creador", aceptando al director espiritual que ella tenía:

- primero fue D. José Martín Gutiérrez
- luego, D. Fermín Ruiz Vela,
- y finalmente, el P. Benito Menni.

Según el licenciado D. Manuel Martín, la Sierva de Dios "pedía con gran insistencia que le deparase guías expertos y santos".

"Cuando los encontró, no los miró como hombres, ni puso su confianza en su sabiduría humana, sino en Dios

que la favorecía y hablaba por medio de ellos. Fiábase de ellos, como dice el mismo santo –Francisco de Sales– con el respeto de una hija para con su padre; respetábalos con la confianza de un hijo para con su madre.

A la luz de sus preceptos y consejos caminaba con sencillez, humildad y confianza; y así tuvo tan feliz término su viaje" [1].

Un año largo llevaban bajo la dirección del P. Menni, cuando se atrevieron tímidamente a exponerle "en secreto": el deseo de hacer una "fundación".

Al principio no les prestó demasiada atención, por lo que tuvieron que insistir y persistir para conseguirlo.

Y nace espontáneamente la pregunta: ¿acaso esa tenacidad en la insistencia, podría interpretarse como obediencia a las dudas y repetidas negativas del P. Menni?

En realidad tenemos que decir que "sí", aunque parezca lo contrario.

En efecto, todo acto de obediencia debe ser antes que nada, un "acto humano"; y en él debe intervenir necesariamente la inteligencia y la voluntad del que obedece y, sobre todo, como última motivación, la fe y el amor a Cristo. Nunca se puede reducir al mero cumplimiento material de lo mandado.

La verdadera obediencia, ¿supone siempre el rendimiento del propio juicio? He aquí una pregunta a la que hay que saber responder correctamente para evitar inútiles angustias de conciencia, y situar la obediencia dentro del ámbito que le corresponde.

Se ha de distinguir entre: "juicio especulativo" y "juicio práctico". El "juicio especulativo" no es siempre necesario

1 RB, pp. 49.

someterlo. Se puede seguir pensando que, aquello que se nos ha mandado, no es lo mejor, o no es –en abstracto– la verdad.

La obediencia por tanto, para María Angustias y la Sierva de Dios, no les obligaba a pensar ni a ver las cosas como las veía el P. Menni; sino a hacer lo que les mandaba.

Y eso fue en realidad lo que cumplieron. Nos dice María Angustias:

> "A las veces nos preocupaba el no comprender por qué se oponía de un modo tan directo nuestro Padre, a lo que tan claro se veía ser del agrado de Dios.
>
> Otra tarde que fuimos a tratar de nuestro asunto, se nos presentó sumamente afable y parecía estar poseído del amor Divino. Con las manos cruzadas y los ojos elevados al cielo, con dulzura nos decía: Hijas mías, yo os amo mucho y todo lo he pensado en la presencia del Señor. Sí, creédmelo, ésta es la voluntad del Señor. Median graves inconvenientes que hay que mirarlos; por otra parte, Dios quiere esto de vosotras, puesto que me habéis comunicado que vuestras ansias son por atraer a la juventud. De aquí que en esto os prometo ayudaros; a cuyo efecto os plantearé como un colegio para que os dediquéis a la instrucción de jóvenes internas según deseáis, y sin necesidad de tener que separaros de vuestras familias. Entre tanto yo falte, ya os proporcionaré a un sabio director. (Este era un respetable Padre, Superior de una corporación de Padres Redentoristas), de eminente virtud. Continuó: Sí, hijas mías, os aseguro en esto daréis mucha gloria al Señor y tam-

bién redundará en bien de las almas. Con seriedad nos quiso probar cómo debíamos aceptar dicha propuesta, diciéndonos ser dóciles y no pensar en más. Parecía ese día que su corazón nos lo ponía en las manos. Verdaderamente que al oír razones tan extrañas e inesperadas, por algunos momentos nos quedamos suspensas o espantadas y, siendo el caso serio para resolver, no supimos qué giro tomar. En nuestro interior decíamos. Señor, quién entiende este laberinto de ideas. Los directores son para obedecerlos, puesto que por su boca se manifiesta la voluntad de Dios, y por otra parte no teníamos ánimo para obedecer en aquel punto, porque nuestro Señor nos inspiraba con fortaleza invicta, que no desistiésemos de querer ser hijas de un Padre que según nuestra luz lo respetábamos como a santo. Por lo que con resolución y respeto le contestamos: Nosotras no nos sentimos llamadas a eso, sino que lo que queremos es ponernos bajo la dirección de Su Reverencia sea del modo que sea, a cualquier parte que nos lleve vamos contentas. Por lo que al oírnos nuestro Padre se quedaba indeciso, sin saber lo que hacer con estas pobres hijas" [2].

Y las dos amigas siguieron esperando y "obedeciendo"..., hasta que un día, "Nuestro Señor iluminó a nuestro Padre para que nos dejase seguir su voz.

Convencido nuestro Padre y como remordiéndole su conciencia de oponerse por más tiempo a nuestros intentos, se sintió ya blando para ceder a nuestros ruegos. Con luz clara veía que el resistir

2 RMA, p. 83.

más era no dar oídos a la voz del Señor que por nuestra boca le hablaba. Sólo la gracia del Señor fue la que nos fortaleció para perseverar en las luchas prolongadas con que se sirvió fuésemos ejercitadas.

Respetable Padre, suficientemente que la Santísima Virgen le probó con evidencia para que, sin vacilar, se decidiese a llevar a efecto la obra que esta Señora le manifestaba ser de su agrado, sin que lo dilatase impidiendo que saliésemos de nuestra patria. Puesto que nuestro amoroso Jesús se quiso valer de nuestra flaqueza, para que con incansables ruegos demostrásemos a Su Reverencia cómo era su voluntad que como Superior legítimo que era nuestro, nos recibiese por sus primeras hijas, en la confianza de que no erraba, antes bien, que de su aceptación se complacía el divino Jesús. Porque si bien es verdad que carecíamos de las cualidades inherentes, este buen Jesús que nos llamaba supliría todo lo que por ser tan pobres no poseíamos. A dicho propósito, al acercarse el mes de junio, nos preocupaba el no saber qué resolvería Su Reverencia en relación a nosotras.

No es posible dar una idea del regocijo nuestro cuando, a mediado de junio, recibimos carta de nuestro Padre, en la que brevemente nos decía: Hijas, si queréis podéis veniros, ya os tengo una casita para que viváis en compañía de una buena señora, que saldrá conmigo a la estación a esperaros" [3].

Con el alma desolada, no les ha importado dejar su casa, ni vivir en Ciempozuelos en suma pobreza, ni ganar-

3 *Ibid.*, p. 89.

se el pan lavando ropas fétidas de los pobres dementes; la prueba iba a ser mucho más dura y cruel.

Nada les decía el Padre sobre la "fundación", ni ellas osaban preguntarle; temían ser indiscretas.

Pero un día, llega la máxima prueba y, sin darles explicaciones de ninguna clase, con "autoridad del cielo" les expone su pensamiento, que era una flagrante expulsión:

> "Hijas mías, para honra y gloria de Dios y edificación del prójimo, es conveniente os coloque en una comunidad de religiosas muy observantes; ésta se dedica a la instrucción de la juventud, por lo que mañana os llevaré a Madrid, puesto que ya he hablado a la Superiora. Cuando oímos dicha propuesta, no nos cayó muy en gracia, pero como nuestra voluntad la teníamos disponible en sus manos, sólo teníamos que bajar la cabeza y obedecer. La verdad es que la primera disposición fue un poquito sensible, empero esta pena se mitigaba por la esperanza de que Dios proveería" [4].

Y prosiguió:

> "Hijas mías, os recomiendo esto por lo mucho que os amo. Cruzando las manos y elevando sus ojos al cielo, decía: Sí, aceptad esto como inspiración del Señor, creedlo que en ello daréis gusto a Dios y a mí. Yo deseo que vosotras os portéis muy bien, para que os forméis en el espíritu religioso, hijas, sed buenas y obedientes. El Señor hará que estéis alegres; referente a la confesión lo hacéis con el confesor de dicha comunidad; después, ya vendré yo.

4 *Ibid*., pp. 113-114.

> Con respeto le oímos, pero por lo pronta que yo soy le contesté: Pues lo que es yo, no haré mucho por portarme bien; porque no tengo ganas de estarme en esa comunidad; de modo que yo querría, pero no podré hacerlo. Mi compañera, como más prudente, dijo: Sí, Padre, con la gracia del Señor, procuraremos obedecerle, pero no se consienta que vamos a continuar. No, de ninguna manera será esto. Nuestro Señor nos ha traído para otra cosa; yo pienso que no nos separemos del lado de Su Reverencia para que plantee alguna cosa en la cual nosotras tomemos parte" [5].

Este es uno de los casos típicos en el que se ve claramente –aunque ni María Angustias ni la Sierva de Dios sabían tal razonamiento teológico– cómo se puede obedecer en la práctica, y sin embargo no estar obligado a someter el "juicio especulativo":

> "Procuraremos obedecerle, –dijo María Josefa–, pero... Ntro. Señor, nos ha traído para otra cosa" [6].

Más tarde, el mismo P. Menni lo reconocerá, y ellas por su parte, darán gracias a Dios por haber obedecido:

> "Al vernos ya libres de enredos de carne, y las primeras impresiones en calma, sentíamos como un gran consuelo por haber obedecido" [7].

Y aquí viene la primera expresión de "obediencia cadavérica", eco de la doctrina del P. Alonso Rodríguez: "Por

5 *Ibid.*, p. 115.
6 *Ibid*., p. 115.
7 *Ibid*., p. 117.

esta aspiración, -quiere decir: por haber conseguido lo que anhelábamos-, nos abandonamos en manos de nuestro Padre, dejándonos guiar de su santa dirección, como si estuviéramos muertas" [8].

> Dice el P. Rodríguez: Parte 3ª, tratado 5º capítulo 6; exponiendo la doctrina de san Ignacio: Nuestro Padre, siguiendo esta doctrina común de los santos, nos la declara con dos comparaciones muy propias y provechosas. "Cada uno, dice (Const, p. y c 1, & 1; Regul 36 Summarii), de los que viven debajo de obediencia, haga cuenta que se ha de dejar llevar y regir de la divina providencia por medio del superior, como si fuese un cuerpo muerto, que se deja llevar donde quiera y tratar como quiera". La cual comparación usaba el bienaventurado san Francisco, y la repetía muchas veces a sus religiosos: Ya somos muertos al mundo y a sus cosas. Eso es ser religiosos, estar muertos al mundo, y por eso llaman muerte civil a la entrada en Religión: pues hallámonos como muertos. La señal de ser uno muerto es no ver, no responder, no sentir, no quejarse; pues no tengamos ojos para ver ni juzgar las cosas del superior: no tengamos réplicas ni respuestas para lo que ordena la obediencia; no nos quejemos ni nos sintamos cuando nos mandan lo que no nos da gusto. Para el *cuerpo muerto* buscase lo peor de la casa; para vestirle y amortajarle, la sábana más vieja y rota; así el religioso ha de querer el vestido más viejo y más desdichado; cada uno se ha de persuadir que lo peor de casa ha de ser para él, así en el vestido como en la comida, aposento y en todo lo demás; y si no tiene esto, antes se siente de ello, no está muerto ni mortificado".

8 *Ibid*., p. 117.

Otra de las comparaciones que se usaban con respecto a la obediencia era la ductilidad:

> "De ahí que nos abandonábamos en sus manos (en las del Padre, en sentido directivo), lo mismo que se pone la cera en manos del artífice que la labra" [9]. Por eso añade María Angustias: "Nosotras, ayudadas de la gracia, deseamos obedecerle en todo lo que disponga de nosotras" [10].

Una de las veces, no fue la obediencia tan sencilla; y precisamente recayó el mandato –o tal vez lo escogió ella– sobre la Sierva de Dios, que en aquella ocasión se encontraba menos bien con sus habituales dolores de estómago.

Tal vez el Padre, en ese momento, quiso probar la humildad de sus hijas. Una vez más, nos dice María Angustias:

> "A este efecto, dijo a María Josefa era necesario que fuese al río con las lavanderas que lavaban la ropa de los Hermanos. Ella, a pesar de estar aquel día peor, se marchó sin respirar. Si esta orden nos la hubiera dado a las tres unidas, claro es que habríamos ido muy contentas, empero no sé cómo se arreglaba este Padre para discurrir unas cosas tan raras para mortificarnos y hacernos santas.
>
> Se deja ver la pena que pasaríamos al verla irse tan delicada a pasar tanto calor, pues era el mes de

9 *Ibid.*, p. 130.
10 *Ibid*., p. 145.

agosto. Por prudencia convinimos en no decir ni una palabra. Además, nosotras estábamos como unas niñas que sin que estuviera nuestra Madre no sabíamos comer. Sin embargo, tomamos paciencia, procurando cumplir con nuestro deber, esforzándonos por ver si aquel día trabajábamos mucho, Dolores planchando y yo cosiendo; pero lo más gracioso fue que al llegar la hora de comer y no tener dispuesto, me preguntó Dolores qué me parecía que preparase. Yo le dije que lo que ella quisiera. De aquí que las dos queríamos lo que la otra quisiese. Ella decía: A usted le corresponde decirlo, y cuando yo le oí, me turbé, diciendo que estaba acostumbrada a tomar lo que mi Madre me diese, por no tocar un guisado de carne que María Josefa dejó preparado hasta que ella volviese; porque sin estar las tres juntas no teníamos gusto ni para comer, por lo que decidimos freír unas pocas patatas. Estas nos salieron escasas y pegadas, de modo que nos quedamos con hambre.

Cuando a la noche vino María Josefa y le referimos todo, le dio una pena que le faltó poco para llorar, diciéndonos con gracia: Es decir, que si yo continúo yendo al río, ustedes se mueren de hambre. ¡Vaya lo que han discurrido! Trabajar más y comer poco. A pesar de que la pobrecita en todo el día no pudo comer por las indigestiones venía tan alegre por haber obedecido, estando todo el día en el río, según se lo ordenaron.

Otro día mandó nuestro Padre a María Josefa a Madrid a comprar una máquina para coser porque el trabajo abundaba" [11].

11 *Ibid.*, pp. 149-150.

No sólo en sentido teórico les daba doctrina el P. Menni sobre la humildad y la obediencia, sino en sentido práctico, aunque al parecer fuera en detalles mínimos y sin importancia, pero que suponía sumisión y disponibilidad.

> Y así, aquel día 24 de diciembre de 1880, cuando llegó Rita Morales (sor San José), por ser víspera de Navidad "le pedimos ir a su casa (a casa de los Hermanos) a la misa de gallo, y dijo que no. Estando dormidas, en punto de las doce, llaman a la ventana de parte del Padre, que fuésemos a misa, que estaba en el altar... Cuando oímos el recado, saltamos de la cama, y en minutos nos pusimos en la iglesia" [12].

Una vez puesta María Josefa de superiora y distribuidos los cargos para una buena organización comunitaria, sus consejos sobre la obediencia son "cadavéricos", a estilo del P. Rodríguez:

> "Como el objeto de nuestro Padre era poner en marcha lo perteneciente a estatutos de regla, de aquí que en su interior se deshacía hasta verlo en orden; a este fin vino y sentándose en medio de todas (que casualmente estábamos cosiendo) soltamos la costura y prestamos atención, y empezó: Hijas mías, deseando yo que os perfeccionéis y os vayáis formando, me desvivo por ver de qué medios me valdré para obtenerlo: 1° yo quiero de vosotras que os dejéis en manos de este vuestro Padre, como si estuvierais muertas. Mirad, hijas, ¿no habéis visto vosotras lo que hace un muerto? Al pisarle nada se le da porque no siente; si le escupen, lo mismo; si le

12 *Ibid*., p. 165.

ensalzan, se queda como si nada. Este cuerpo inanimado está dispuesto para que hagan de él lo que quieran, ya le suban, ya le bajen. Pues, hijas, esto es lo que yo deseo de vosotras, Sí, estad preparadas para lo que este año quiera de vosotras" [13].

Y en sus instrucciones, a las jóvenes que iban llegando, les inculca lo más recio de la obediencia, la cual no sólo ha de ser "cadavérica", sino "ciega" [14].

> "Esta fue ciega, lo mismo en la joven como en la más anciana. Ninguna se permitía hacer nada sin permiso. Se lloraba cualquier falta leve que fuera contra la obediencia. Nada se resolvía sin el parecer de nuestro Padre, y esto con más extremo la Superiora. Y en diciendo que no todas quedábamos contentas en obedecer. Al hacer cualquier cosa se prefería seguir el parecer de nuestras Hermanas antes que el propio. En los actos comunes jamás se salía de ellos sin el previo permiso. Se arraigó esto de obedecer en nuestro corazón de tal modo que al no estar la Madre, las unas a las otras, con sencillez, se pedían el parecer" [15].

Y María Angustias nos recuerda cómo lo vivían a la perfección:

> "Teníamos una buena cualidad, y era el querer seguir a ciegas todo lo que el Padre nos mandase; cualidad esencial para el objeto a que Dios nos llamaba" [16].

13 *Ibid.*, p. 188.
14 P. Alonso Rodríguez, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*. Parte 3ª, tratado 5, cap. 6º.
15 RMA, p. 230.
16 *Ibid*., p. 226.

Y esta fue una de las recomendaciones que la Sierva de Dios, indicó a sus hijas cuando estaban alrededor de su lecho de muerte:

> "Pero, hermanas mías, de un modo especial les suplico que sean a nuestro Padre muy obedientes, abandonándose en sus manos, en cuantas disposiciones dé. Si lo hacen, ya pueden estar seguras de que hacen la voluntad de Dios. Les digo que he tenido ocasiones para conocer a fondo a este nuestro Padre y sé que es un santo. Sí, obedezcan a cualquier superiora que les pongan, sin fijarse en nada, sea joven o anciana. Seamos gratas a este nuestro Padre que tanto hace por nosotras que nada merecemos. Yo querría que las voluntades las dejasen en manos de nuestro Padre" [17].

* * *

En esta línea van todos los testimonios de las hermanas que la conocieron y convivieron con ella.

Y así nos dice sor Teresa Gener, usando el adverbio "ciegamente":

> "Su obediencia. Era ejemplarísima, siendo ciegamente sumisa en todo a nuestro P. Fundador, cumpliendo exactísimamente todas sus órdenes y disposiciones por insignificantes que ellas fuesen y lo mismo en la obediencia de todas nuestras reglas y Constituciones aún las más menudas. Y lo que más nos exhortaba, después de la caridad, era un grande rendimiento a todos los mandatos y disposiciones

17 *Ibid*., pp. 240-241.

de nuestro Padre, y que le profesáramos mucho amor y tendríamos en una filial confianza, que la Santísima Virgen nos lo había dado. Si alguna, alguna vez se descuidaba en esto, nos daba a entender lo mucho que le disgustaba, con ponernos rostro severo, con todo de que era todo amabilidad y dulzura".

Y sor María de la Purificación Aberásturi añade:

"En la obediencia era delicada en extremo. Todos los avisos de nuestro Padre Fundador los observaba al pie de la letra. Bastaba que conociera ser voluntad de nuestro P. Fundador una cosa, para practicarla, aunque para ello tuviera que sacrificarse.

He dicho que no se consideraba como superiora ni como fundadora; aquí, en nuestra pobre y humilde casita, para ella el Fundador y principal superior era nuestro amado Padre, y nos decía con mucha frecuencia que le tuviéramos un profundo respeto y que sus mandatos los recibiéramos como de un santo. Ella no hacía nada sin la aprobación y beneplácito de nuestro Padre, y para que se vea que en esta humilde casita no quedaba impune el menor acto hecho de propia voluntad, narraré un hecho practicado sin el consentimiento de nuestro Padre Fundador.

Se aproximaban las Pascuas de Navidad y las Hermanas instábamos a nuestra amada Madre para que nos comprara, aunque de lo más pobre, unas figuras para hacer un pequeño Belén. Nuestra buena Madre varias veces nos había dado la negativa viendo, por una parte, la pobreza en que nos hallábamos y considerando que no sería del agrado de nuestro

Padre, pero tanto le importunamos y tanto insistimos en ello que, al fin, ganamos su voluntad y nos dio permiso para gastar unos treinta reales. Pero por más que sacamos las cuentas no pudimos comprar, lo que deseábamos, con esa cantidad y nos permitimos aumentar la cuenta hasta los cuarenta. Dimos el encargo a la madre de una señora que teníamos en casa enferma.

Para castigar nuestra desobediencia y acto de propia voluntad, permitió el Señor que el día que la señora venía con nuestro encargo, se encontrara en la estación de Ciempozuelos con nuestro Padre que venía de Granada. Le dijo que traía una cajita para las Hermanas de cuya caja se hizo cargo nuestro Padre. Cuando se dio cuenta de lo que había y que se había comprado sin su parecer y aprobación, dejo a la consideración del piadoso lector el disgusto y la represión que nos esperaba. Al llegar nuestro Padre a nuestra casa, le faltó tiempo para llamar la atención, del hecho, a nuestra virtuosa Madre y, aunque ella no era culpable porque ese permiso se lo habíamos sacado forzosamente, no se disculpó y sólo prometió que nada se volvería a hacer sin su aprobación y mandato. Algunas Hermanas que más contacto tenían con la Madre, se dieron cuenta de lo ocurrido y acordaron postrarse a los pies del Padre, confesar su culpa y pedirle perdón, y cuando vio la sincera confesión de todas, es cuando les trajo lo comprado y les dio licencia para que pusieran el Belén.

Cuando íbamos a visitarla (en los últimos días) no hacía más que recomendarnos el fervor en la santa observancia regular y la sumisión a nuestro P. Fundador".

Sor María del Refugio García nos da un detalle que hace más valiosa la obediencia de la Sierva de Dios, cuando el Padre la mandó a Madrid:

> "Era muy obediente en todo a lo que el Rvdo. Padre nos mandaba y hasta en los deseos que manifestaba. Se encontraba un día en cama y nuestro Padre, bien porque fuese preciso o por probar su virtud, la mandó que fuera a Madrid para hacer algunas compras; ella, inmediatamente, se levantó y malita como estaba se fue con alegre semblante a cumplir las órdenes del Padre y decía que gustosa se dejaría cortar la cabeza por obedecer.
>
> A nosotras nos recomendaba mucho que fuésemos obedientes y nos decía que sobre todo a los principios habría muchos cambios de Superioras y de usos en la Congregación, pero que siempre nos debíamos someter con docilidad y estar muy conformes con lo que nuestros Superiores dispusieran".

También sor Trinidad Franqueza asegura que la Madre María Josefa fue obediente hasta los últimos detalles:

> "En su obediencia y rendimiento a las ordenaciones y hasta en los menores deseos del Rvdo. Padre, era por demás edificante. Cuando por cualquier motivo se cometía un desacierto o nos descuidábamos en cumplir alguno de nuestros deberes, la pobre Madre recibía la primera represión, y de todas las faltas de la casa parecía ser ella la culpable. Nuestro Padre, que también conocía su sólida virtud, la trataba, al parecer, sin compasión y la ejercitaba ya en la humildad o en la paciencia, pero principalmente en la virtud de la obediencia y entera sumisión.

> Era muy exacta en pedir permisos para todo, hasta en cosas sumamente pequeñas al parecer. Así, le gustaba que también nosotras tuviésemos humildad para hacerlo. Nos exigía que hasta para beber agua entre horas, lo hiciésemos".

Sor Rosalía Sesma, aunque dice poco, lo dice todo, pues subraya que fue "modelo de obediencia":

> "En la obediencia era modelo. Nunca hacía nada sin el permiso de nuestro Padre Fundador y lo propio nos inculcaba a nosotras para que fuésemos exactas en cumplir hasta la más pequeña cosa ordenada por él".

Repite lo mismo sor María del Consuelo López:

> "En la obediencia era modelo. A todos los avisos que nos daba nuestro Rvdo. Padre era la primera en practicarlos. Si a nosotras, como más débiles en la virtud se nos olvidaba alguno, pronto nos lo recordaba con su ejemplo. Vivió siempre en la más estricta obediencia, porque hasta en las cosas más pequeñas y menudas pedía el consejo de nuestro Rvdo. Padre. Su vida era vida de continua obediencia y hasta para morir necesitó el mandato de santa obediencia. ¡Qué ejemplo para todas sus hijas!".

Y sor María del Milagro Salanueva añade:

> "En la Obediencia ejemplarísima como en todas sus cosas. Al estar muy grave sin esperanzas de vida le dijo nuestro Padre: hija mía, te van a retratar, y con voz muy edificante contestó: Rvdo. Padre, hasta el último aliento de mi vida quiero obedecer; y sacán-

dola de la cama en un colchón a otra cama que estaba preparada en el patio llamado el de las Profesas, la echamos, y nuestro Padre le decía: hija mía, abre los ojos, y al ver la campana puesta en el campanario dijo: ¡ay! la campana, que disfrutaba cuando había algún adelanto en la Congregación".

Y su obediencia fue hasta que, después de sufrir su "martirio de caridad", entregó su alma al Señor.

Sor Teresa de Jesús Gener comenta:

"Últimos días. Antes de postrarse en cama, pasó unos días a Madrid por cumplir con la santa obediencia y ya estaba en tal estado de su enfermedad, que apenas se podía sostener; con un semblante tan demacrado, que más que persona viviente parecía un cadáver; en semejante estado de postración, se mostraba tan complaciente como siempre. Permaneció allí pocos días, pues al verla nuestro Padre cómo iba perdiendo rápidamente, la mandó volver a Ciempozuelos. Fue nuestra despedida tristísima, pues pensábamos no la veríamos más, y así fue, al llegar se postró en cama y a los pocos días nos dejó, dando fin a una vida tan santa".

Gracias a su obediencia, poseemos la única fotografía que existe en la Congregación.

Sor María del Refugio García refiere la anécdota relativa a la única fotografía que se le hizo a la Sierva de Dios, la cual nunca quiso retratarse, precisamente como gesto de suprema humildad, ya que en todo quería pasar desapercibida y oculta:

"Era sumamente modesta y humilde y nunca había querido retratarse. Se dejó retratar en sus últimos días por mandato de nuestro Padre, pues en verdad teníamos una gran pena de no poder conservar de ella este grato recuerdo".

HUMILDAD

Tanto en lengua griega como en latín, el significado primitivo de la "humildad" es aquel que se refiere a lo pequeño, a lo que es bajo y servil.

En el Antiguo Testamento encontramos ya profundas exhortaciones sobre la "humildad", tanto frente a Dios como con respecto a los hombres:

> "Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad, y te querrán más que al hombre generoso".
>
> "Hazte pequeño... porque Dios revela sus secretos a los humildes" (Si 3,17-20).

La actitud sencilla y "humilde" que sabe mantenerse a nivel con los demás, es más apreciable que la costumbre de hacer regalos, si a éste gesto le falta la llaneza.

La "humildad" es ante todo la virtud de ocupar el puesto de "criatura", o sea, la criatura frente al Dios creador y absoluto.

La "humildad" cristiana tiene, además, otro aspecto también esencial: el abajamiento del superior hacia el inferior, y esto, por amor.

Esta actitud fue la que tomó Dios mismo en la persona de Cristo. De ahí que la "humildad" cristiana no sea otra cosa que la imitación interior y espiritual del gran gesto de Jesús que, siendo Dios, vino a los hombres para hacerse uno de tantos, urgido por la caridad.

El amor no podía ser más extremo y arriesgado, ni dar un salto más atrevido, –"salto de gigante" lo llama san Bernardo– que el dado por Cristo en su Encarnación.

Con el ejemplo de su vida nos demuestra la altura, la anchura y profundidad de su amor para con nosotros.

Cristo unió en su humildad y abajamiento, los dos aspectos en forma inigualable:

- la humildad que se inclina al inferior,
- y la humildad que reconoce la distancia que lo separa del superior.

La encarnación es la humildad de Dios que se abaja; por lo cual todos los actos de Cristo son gestos de humildad de Dios, pero al mismo tiempo traducen la humildad del Hijo ante el Padre: "El Padre es mayor que yo" (Jn 14,28).

La humildad de Cristo excede infinitamente a la de cualquier discípulo; ya en la altura y profundidad del abajamiento; ya en la humilde sumisión al Padre celestial.

A pesar de la distancia, todo cristiano puede seguir a Cristo en estas dos actitudes de humildad, ya que, por la gracia y la filiación adoptiva, ha sido elevado hasta la participación de la naturaleza divina, y por la fe y el amor puede apreciar aproximadamente la infinita distancia que lo separa de Dios, creador y Padre.

Por eso, el humilde comienza por fijar su mirada en la propia bajeza frente a Dios, para terminar gozándose de esa grandeza divina.

Sólo una mirada humilde de fe, llega a comprender que nuestra elevación es como un "desbordamiento de la humildad de Dios".

De ahí que el hombre llegue a reconocer, por la humildad, el lugar que le corresponde, al mismo tiempo que la infinita grandeza de Dios.

Desde esta luz de Dios, podremos estimar en su justo medio a nuestros hermanos los hombres.

Sólo considerando a los hombres con los dones que los elevan ante Dios, y, al mismo tiempo, teniendo en cuenta nuestra pequeñez y pobreza, es como podemos compararnos legítimamente con nuestros semejantes.

Así pues, nuestra confrontación con el prójimo debe ser, una confrontación ante Dios, pues de otro modo no podrá ser humilde.

El humilde supera toda tentación de menosprecio del prójimo, sabiendo que el amor de Dios lo busca para ennoblecerlo, aunque sea pecador.

Sólo el verdaderamente humilde es capaz de apreciar noble y dignamente las cualidades y ventajas del prójimo:

El orgulloso considera siempre su propio valor para elevarse, estimando como desventaja el mérito del prójimo.

El humilde, por el contrario, olvidándose de sí mismo, se alegra de todo lo positivo del prójimo, considerándolo como reflejo de la gloria de Dios, que es lo único que busca e interesa.

La persona humilde, si es que se detiene en sí misma, es tan sólo para agradecer a Dios cuánto le regala, viéndose cada vez más obligada a corresponder con amor y servicio a tantas gracias recibidas.

El auténtico humilde no cierra los ojos a los talentos recibidos de Dios, pero se convierten para él en una responsabilidad mucho más radical, anonadado ante tanta prodigalidad divina.

Tampoco se detiene en considerar con agrado y fruición los progresos que hubiere alcanzado en la vida espiritual.

Con finura y sensibilidad espiritual, entiende que sólo ha podido conseguirlos por gratuidad de Dios y, por lo mismo, que sólo se los puede atribuir a él. De ahí que mientras más gracias y favores reciba, más "siervo inútil" se interpreta.

De ahí que, mientras más distancia perciba de conseguir la perfección, más radicalmente reconoce que esto se debe a su pobreza y pequeñez; y cuanto más caridad perciba en sí, tanto más humilde se comporta al percibir la profunda diferencia entre su fidelidad y la fidelidad de Dios en amarlo.

Esta es la razón por qué los santos han vivido con sinceridad esta virtud, llegando a considerarse los más pecadores del mundo, convencidos de que si otras almas hubiesen recibido las gracias con que Dios les ha favorecido a ellas, de seguro estarían mucho más elevados en santidad.

El humilde mira siempre más arriba, viendo la santidad de Dios para así poder abajarse más, cuando en realidad está ascendiendo proporcionalmente, según la máxima de san Agustín: "Es propio de la humildad, –¡cosa maravillosa!– elevar el corazón, y exclusivo de la soberbia, el abajarlo. Al parecer es una paradoja que la soberbia vaya hacia abajo y la humildad hacia arriba. Pero resulta que la humildad piadosa nos somete a lo superior y nada hay

superior a Dios, y por eso, la humildad que nos somete a Dios, nos exalta" [1].

Pero la humildad no se queda en sí misma, sino que se expresa en obras de caridad: es un auténtico desbordamiento de amor hacía los demás: con sus ardientes rayos disuelve el hielo con que el triste orgullo aprisiona al yo egoísta.

La humildad sin amor, sería a lo sumo debilidad y abatimiento, pero con el amor se fortalece de tal manera que puede emprender las mayores heroicidades; y así cuando Dios le llama a realizar grandes obras de amor, el humilde no retrocede, sino que se entrega con toda la ilusión y gozo a Dios.

Uno de los frutos de la humildad es la fe: cuanto más profundo es el reconocimiento de la propia pobreza, tanto más profunda es la penetración que alcanza el alma en los misterios de la fe, pues el humilde nunca se atreve a medir la ciencia y verdad de Dios con los alcances de su sencillez. El humilde está dispuesto, ante todo, a dejarse enseñar por Dios; por eso consigue contemplar la hermosura y grandeza íntimas de las verdades divinas, según aquella plegaria de Cristo: "Te alabo Padre porque ocultaste estas cosas a los sabios y se la has revelado a los pequeñuelos" (Mt 11,25).

La humildad es requisito para una "conciencia sana", pues cuando ella no viene a cubrir la distancia que va de las obras al deber conocido, el orgullo nubla el conocimiento de los valores no realizados, y procura separar el defecto por los caminos torcidos de la mentira. Dice Nietzsche, –y su vida fue un ejemplo gráfico de su aserto–

1 San Agustín, *La Ciudad de Dios*. BAC 171-172 libro 14,13,1. Madrid 1958.

"¡Tu no puedes haberlo hecho!, y la memoria cede: ¡De veras que no lo he hecho!".

La humildad garantiza el "respeto" en el amor, por eso entre el respeto y la humildad hay siempre una mutua dependencia.

El fondo religioso de la humildad se hace mucho más perceptible en el respeto. Y así como la última razón de la humildad es una confrontación con Dios, así el respeto nace de la sensación de la gloria de Dios que se trasluce en todos los seres. La humildad es parte esencial, fundamento y fruto de la virtud de la religión.

En la práctica, la humildad tiene distintas manifestaciones, que expresan más o menos su densidad y profundidad; exactamente como su contrario, el orgullo.

Vanidad. Comenzando por la expresión más superficial, ahí está la "vanidad" que se engríe por pequeñas ventajas, –de suyo inestables y aleatorias– como pueden ser: la hermosura, el rango, el vestido, la riqueza; por todo ello y por otras cosas similares, descuida los valores superiores.

Complacencia. La vanidad, por lo común, no deja de ser una veleidad inocua; mientras que una "complacencia orgullosa de sí mismo" es mucho más odiosa y contraria a Dios cuanto más elevada es la cualidad de la que se jacta el orgulloso; pues cuanto más extraordinarios son los dones que se reciben, y por lo mismo la jactancia de que se paga de ellos, más contraria es a su favorecedor.

Por supuesto que el "jactancioso" no niega que tales dones los reciba de Dios, pero sin embargo, se vanagloria de ellos como si los poseyera por sus propios méritos.

Ambición. La ambición se esfuerza por conquistar preponderancia y ascendiente sobre los demás en cualquier campo humano y hasta religioso.

El humilde renuncia gustoso a todo honor humano, pues no sale de su asombro como Dios lo ha favorecido tanto cuando él se siente de verdad pobre e indigno.

Por eso no se cansa de alabar a Dios en gesto de reconocimiento agradecido.

Y hasta llega a no gloriarse, si no es, en la cruz de Cristo. Para él –como para san Pablo– todo el esplendor del mundo está crucificado con Cristo (cf Ga 6,14 ss).

El peor enemigo de la humildad es *la soberbia*, que se caracteriza por el cegamiento ante los valores y por un carácter hostil a la virtud.

Los valores y virtudes no significan para el soberbio más que una disminución de su independencia. Y no es que no perciba la voz del bien y de la virtud, pero la desoye, persuadido miserablemente como está de su propia excelencia.

"El soberbio consumado no soporta el saber que depende de Dios"; de ahí que la forma extrema de la soberbia, es la negación de Dios. De ahí que el soberbio desprecie a sus semejantes, sobre todo a los hombres religiosos que se someten a Dios y a los hombres.

El soberbio choca sobre todo con Cristo que con su encarnación y abajamiento convida a la humildad. Tal vez estaría dispuesto a admitir un Dios "lejano" pero someterse a un Dios-Hombre, que se presenta en forma sencilla y humilde como "uno de tantos" es inconcebible para él.

Por eso no entiende cómo Cristo, por su humildad, debe ser su dechado preferido. El humilde, por el contrario, por amor a Cristo y siguiendo su ejemplo se alegra de las humillaciones y rechaza aún los honores merecidos, haciendo que redunde todo en la mayor gloria de Dios.

* * *

Al recorrer la historia de la Sierva de Dios, percibimos que la doctrina que hemos expuesto sobre la humildad, es una auténtica estampa de su vida desde siempre –ya que toda su trayectoria es sencilla, pobre y humilde–, pero se percibe mucho más subrayada, desde el mismo día en que llegó a Ciempozuelos con ilusión de entregarse a Dios en sumisión, y a su vocación en amor al prójimo, tanto a las Hermanas, como a las enfermas mentales.

Las primeras expresiones que leemos en la *Relación* de María Angustias, es de flores y alabanzas a la "escondida violeta" que es María Josefa:

> "Siendo la pequeña flor de violeta, símbolo de la humildad; ésta tan excelente virtud, la tenía tan arraigada en su corazón que le hacía ver en su prójimo cualidades especiales dignas de honor, tanto en el orden moral como en el sobrenatural" [2].

Un poco más adelante, nos habla de dos ansias que hervían en ella:

> "Durante el tiempo que la traté, advertí en ella, dos excelentes pasiones que la tiranizaban:
>
> – un insaciable deseo, muy ardiente, por querer saber amar a su Creador;
>
> – y un tan profundo conocimiento de su vileza, que de aquí le nacía tal desconfianza de sí, que no se creía apta para nada de provecho... Se veía desprovista de luces para acertar en asunto tan elevado. Porque su humildad le hacía entrar en grandes deseos... de encontrar una fiel compañera que le enseñase la sublime ciencia de saber amar a Dios con la mayor perfección" [3].

2 Cf RMA, p. 42.

En ocasiones, cuando se tiene una equivocada autoestima de uno mismo, se tiende a apreciar y sobrevalorar las conductas y el comportamiento de los demás.

Esto fue lo que ocurrió a María Josefa en un principio. Atraída por las cualidades que parecía ver en su amiga María Angustias, hacía la comparación y se menospreciaba a sí misma:

> "Cuando (la Sierva de Dios) me conoció, por lo humilde que era, me tenía en un concepto que no era" [4].

Y continúa describiéndola:

> La humildad la excitaba (= provocaba) hasta las más mínimas acciones[5].

El primer gesto que iban a tener, cuando llegasen a Ciempozuelos, era un acto de humildad:

> "Sentíamos suma necesidad de pedirle (al P. Menni) nos perdonase por amor de Dios, lo mucho que le habíamos dado que hacer para obtener nuestro objeto" [6].

Cuando llegó la fecha de la decisión, soñaban que con sólo ver al P. Menni terminarían sus anhelos, quedando en

3 *Ibid.*, pp. 42-43.
4 *Ibid.*, p. 43.
5 *Ibid.*, p. 46.
6 *Ibid.*, p. 98.

plena paz y tranquilidad. Pero no fue así: el Señor les quiso dar una lección de que jamás debían pegarse en demasía a una criatura de la tierra, por santa que fuese. Por eso escribe María Angustias:

> "Cuando Dios nos puso en el puerto seguro de salvación, libres de las borrascosas olas y tempestades del mundo, su Providencia, que tan sabiamente nos gobierna, nos dio a conocer lo extremo de nuestra miseria para que, al conocernos por tan flacas, nos humillásemos al ver que sin la gracia no somos capaces de tener un buen pensamiento" [7].

Pronto el Señor comenzó a hacer su obra purificadora, en el campo de la humildad, precisamente en lo más delicado y doloroso como es la propia fama y reputación.

María Angustias titula uno de sus capítulos:

> "Para fundarnos en humildad permitió nuestro Señor que dudasen de nuestra conducta" [8].

Noticias llegadas desde Granada, levantaron entre gentes maliciosas rumores de mal gusto que dejaron en entredicho la fama del P. Menni y de sus dos dirigidas: "Quién sabe si éstas habrán tenido que escapar a donde no las conozcan" [9].

Ellas siguieron no obstante su decisión vocacional, aun en medio de suma pobreza:

> "Deduzco que nuestro amoroso Jesús se complació en que esta obra (la fundación) tan estupenda, diese principio, apareciendo tan humilde que, por carecer hasta de lo necesario, estuviéramos desprovistas de todo lo material. Pues nuestro Señor quiere que, mientras más elevadas sean sus obras, más aparezcan éstas en lo humano, pobres y humildes. De este modo empezaba santa Teresa sus fundaciones" [10].

7 *Ibid*., p. 103.
8 *Ibid.*, p. 107.
9 *Ibid*., p. 107.

El rumor de las malas lenguas crecía como una marea insidiosa, y desde Granada llegaron las comidillas malévolas hasta Ciempozuelos, por lo cual, el P. Menni, sin decirles el motivo profundo de su decisión, de manera radical y tajante les dice:

> "Para honra y gloria de Dios y edificación del prójimo, es conveniente que os coloque en una comunidad de religiosas muy observantes... Mañana vendréis conmigo a Madrid, ya tengo hablado a la Superiora" [11].

María Angustias comenta:

> "Cuando fue la hora del tren, se marchó nuestro Padre algo triste, por ver que en todo se nos presentaba sufrir humillaciones y penas" [12].

Y sigue recordando el momento, cuando estuvieron ya de vuelta:

> "Cuando nos presentamos a nuestro Padre, postradas a sus pies, le suplicamos que nos dejase ya en paz, sin discurrir más pruebas" [13].

10 *Ibid*., p. 107.
11 RB, p. 109.
12 RMA, p. 115.
13 *Ibid*., p. 117.

Desde este momento, y por las negativas que recibieron en Madrid para ser recibidas en el Colegio de las Religiosas de la Sagrada Familia –las famosas *Ursulinas* que no eran *Ursulinas*– "inspirado por Dios, nuestro Padre se daba prisa para formar a sus hijas en la humildad, como piedra fundamental... Sus mayores desvelos los cifraba en arraigar en nuestro corazón la preciosa virtud de la humildad" [14].

Desde el primer momento, comenzaron a practicar una vida de rigurosa observancia:

> "Practicábamos el acto de la disciplina dos veces por semana, y el acto de humildad de besarnos los pies" [15].

En gesto comunitario de sumisión purificativa, comenzaron también a practicar la acusación pública de las propias faltas, llamado en lenguaje monástico, *capítulo de culpas*: "Por turno correspondiente, empezó María Josefa; la fórmula era así:

> Arrodilladas todas, la que decía la culpa besaba la tierra y santiguándose decía: Padre, yo me acuso a Dios, a la religión, a Vuestro Paternidad y a mis compañeras, de las faltas que he cometido contra la regla, constituciones y observancia regular. En particular (se expresan las faltas). Para concluir: Pido a Dios perdón, a Vuestra Paternidad y a mis compañeras, rogándoles no tomen mal ejemplo de mí y que rueguen al Señor me enmiende, lo que prometo, ayudada de su gracia.

14 *Ibid*., p. 148.
15 *Ibid*., p. 165.

Después de decir la culpa, en forma de paz, la primera da un abrazo a la que se acusa después de ella. A causa de ser dicho acto nuevo para nosotras, nos causó tal emoción que no era posible evitar la avenida de lágrimas, pues una edificó a la otra. Al ver yo que mis hermanas se acusaban de faltas que sólo su humildad se las presentaba como faltas, esto me fue tan edificante que el corazón se me enternecía y no sabía cómo hacer para agradecer al Señor tantos favores. Por lo que al ver nuestro Padre lo abatidas y llorosas que sus hijas estaban por las leves culpas que ante sus pies confesaron, no podía por menos que, al ser su corazón tan compasivo, enternecerse y con palabras de suma caridad aquietarnos. Con dulzura nos decía: Sí, hijas mías, sed humildes y estad unidas en el Señor. Sí, pensad siempre bien las unas de las otras y esto os proporcionará una paz semejante a la de los ángeles en el cielo. Pero no quiero que os inquietéis si por fragilidad cometéis cualquier falta. No, hijas, esto os debe servir para humillaros y con santa alegría prometer la enmienda. Tranquilizaos y no lloréis más, que Dios es nuestro buen Padre. Por penitencia impuso a María Josefa que nos besase los pies. Cuando yo la vi postrada a mis pies para besármelos, toda me turbé sin poder apaciguarme. A Dolores y a mí, que comiésemos dos veces de rodillas.

Estas tan loables prácticas nos servían para robustecer el espíritu. Además, un día en que por estar en cama Dolores y Rita, yo hacía de enfermera, viniendo nuestro Padre a verlas, me dijo: Mira, hija, ya puedes besarles los pies en espíritu de humildad. Al aproximarme a besárselos, ellas se apercibieron y no conseguí poderlo hacer" [16].

16 *Ibid.*, pp. 167-168.

Al trasladarse a la nueva casa, la tarde del 21 de febrero de 1881, una sorpresa humillante esperaba a la Sierva de Dios, que hasta el momento había sido Superiora.

Sin explicaciones de ninguna clase, y como dice María Angustias:

> "Queriendo ver si nos era lo mismo obedecer a una joven y de menos capacidad que a otra vieja y de más inteligencia" [17], el P. Menni depuso a María Josefa y puso en su lugar a la Sra. Rita.
>
> "Ayudadas de la gracia, caminábamos a paso firme por el deseo de subir a la cumbre de la perfección religiosa. Por otra parte, parecía no tener otra cosa que más preocupase a nuestro Padre que el vernos adelante en las vías del Señor. Todas sus esperanzas de vernos progresar las cifraba en vernos cimentadas en la profunda humildad. A este efecto nos mostraba muy al vivo lo bello de tan hermosa virtud. Pero además de darnos a conocer lo precioso de ésta por sus palabras, que constantemente nos dirigía en elogio de ella, para hacernos ver lo importante que nos era el adquirirla, se remontaba a más alto, porque la experiencia le enseña que el camino más breve para obtener la humildad es la práctica. De aquí que no omitiese medio que a su prudencia le pareciese convenir para lograr tan arduo objeto" [18].

Enfervorizadas como estaban y llenas de ilusión, porque su vocación y carisma iba tomando forma, no sólo querían practicar la humildad en sentido comunitario, sino

17 *Ibid*., p. 182.
18 *Ibid*., p. 189.

que, al saber iba a llegar la primera enferma demente, quisieron besarle los pies:

> "A mí que soy tan vehemente –escribe María Angustias– se me ocurrió decir a María Josefa que, por ser religiosa y la primera enferma, deberíamos recibirla en espíritu de humildad besándole los pies. Con alegría aceptó mi propuesta... Con caridad sentamos a nuestra enferma y, por orden, procedimos al acto con el mayor respeto" [19].

Hablando María Angustias, sobre el espíritu de humildad que existía en las primeras hermanas nos dice de ellas, y por lo mismo de la Sierva de Dios:

- Se juzgaba por la más ínfima;
- bastaba una indicación para acatar las disposiciones de sus superiores;
- ansiaba por ser humilde;
- pedía perdón besando los pies de la hermana ofendida;
- en el capítulo se acusaba de ligeras faltas que su humildad las expresaba como considerables;
- teniendo nuestro Padre que preguntar a la Madre y a mí, sobre el comportamiento de una hermana, la contestación fue: llorar mucho y decir que nosotras éramos peores.

Sí, Madre, esperamos alcanzar de tu divino Hijo esta preciosa flor de la violeta, pequeña en apariencia, pero grande por el olor de su perfume[20].

19 *Ibid*., p. 200.
20 *Ibid.*, pp. 229-230.

La virtud, como la santidad, siempre molesta, por eso la reacción es el insulto:

> "Hasta los muchachos del pueblo decían: Ahí van las locas. Pluguiese a Dios que hubiese sido de amor a él" [21].
>
> "Debo decir –escribe María Angustias– que su humildad (la de la Sierva de Dios) era tan grande, que no le dejó darnos el nombre de hijas" [22] por eso las llamaba *Hermanas mías*.
>
> "Un rato que me quedé sola, entre otras muchas cosas edificantes que me habló, me dijo: Mire, sor Corazón, este Padre es un santo, pero tan santo, lo mismo que los que están puestos en el altar. Yo le aconsejo que le obedezca en todo y se deje guiar de él y ya verá cómo se le van esas imaginaciones que tanto le inquietan.
>
> Su humildad le impedía darnos su bendición, por lo que le supliqué que me la diese a mí y, con la sencillez de un niño, me dice: ¿A qué quiere Vd. que le dé la bendición si yo no sé darla? Le insté con dulzura diciéndole: Para mí me está bien del modo que sepa. Y por su docilidad, accedió. Pero, por lo acostumbrada que estaba a no hacer nada sin permiso, me dijo: Cuando esté delante nuestro Padre ya se la daré. Cuando vino, le dije lo ocurrido y aprovechó diciéndole: Sí, hija mía, por obediencia, da la bendición a todas tus hijas, pues desean que tú se la des. Con humildad y sencillez nos la dio. Hasta quiso dejarme consolada antes de morirse.

21 *Ibid*., p. 205.
22 *Ibid.*, p. 240.

> Estando yo arrodillada junto a su cama, mirándome con mucha pena, me dice: Mire Vd. aun cuando vea que yo me muero, no vaya a llorar. No tenga pena; esté muy alegre con lo que el Señor quiere. Y diciéndole yo: Es claro, ¿voy a ser yo un santo de piedra? Me dice con resolución: Razón tiene Vd. para serlo. Sí, hija mía, sea muy buena. Y me tomaba la cara, y las manos me las besaba. Queriendo pedirle perdón de tanto como le había faltado, no me dejaba pidiéndome ella a mí con profunda humildad" [23].

Los testimonios que nos han dejado las Hermanas que convivieron con la Sierva de Dios, son unánimes, mostrándonos que, en ocasiones, fueron auténticos gestos de humildad heroica.

Dice sor María del Milagro

> "Su humildad confundía.
>
> El Padre le echó un regaño tremendo. Yo, que era novicia, me hice mucha violencia para no hablar, pero nuestra Madre se arrodilló con mucha humildad pidiendo perdón, y nuestro Padre siguió regañándola.
>
> En otra ocasión, hizo nuestro Padre capítulo de culpas de profesas y novicias, llamó a nuestra Rvda. Madre a decir la culpa. Con la humildad con que se acusaba y la reprensión tan fuerte que tuvo, no pudimos menos de echarnos a llorar.
>
> Para todo era muy delicada... ella siempre tan humilde, y la primera en los trabajos más humildes".

23 *Ibid.*, p. 241.

Sor Teresa de Jesús Gener expresa:

"Su humildad era profunda, practicaba con frecuencia sus actos, ya saliendo a decir la culpa en capítulo, comiendo de rodillas en el refectorio y besándonos los pies, a lo que nosotras nos resistíamos pero como nos lo mandaba, teníamos que obedecer con las lágrimas en los ojos, ya también recibiendo con la mayor paz y serenidad de espíritu, las reprensiones que nuestro Padre le daba en presencia de la comunidad, no porque la mereciera sino porque quería probarla y fundarla bien en esta excelente virtud".

Sor María de la Purificación Aberásturi comenta:

"Todo su porte exterior respiraba humildad y santidad.

Aunque se reconocía indigna de presidir el capítulo de culpas, no obstante no dejaba pasar la más mínima falta.

Nuestra virtuosa Madre practicaba la humildad en grado eminente. Aunque fue ella el instrumento de que Dios nuestro Señor se valió para dar comienzo a nuestra predilecta Congregación, jamás se dio por ello ninguna importancia, antes bien, se humillaba considerándose inferior a todas sus hijas. Nunca mandaba como superiora, sino como madre, y su humildad no le consentía hacernos el Capítulo de culpas, dejando este acto para que lo presidiera nuestro Padre Fundador, y en más de uno de ellos, ella era la que salía a decir su culpa, humillándose en presencia de todas nosotras.

Como nuestro Rvdo. Padre Fundador la veía tan humilde y quería cimentar en esa virtud su obra comenzada, la sometía a grandes pruebas y humillaciones, a las cuales nuestra virtuosa Madre no desplegaba los labios ni para excusarse; si en estos momentos hablaba alguna palabra, sólo era pidiendo perdón y diciendo: sí Padre, tiene razón, con la gracia de Dios ya me enmendaré y todas seremos buenas.

Todas estábamos edificadísimas de la humildad de nuestra virtuosa Madre y aunque teníamos deseos de imitarla, nuestra débil virtud nos hacía traición, y nuestro Padre Fundador nos decía muchas veces: veis cómo recibe los avisos y reprensiones vuestra Madre, a ella reprendo muchas veces sin culpa, pero es porque quiero que vosotras aprendáis de ella a recibir todos los avisos y humillaciones con el mismo espíritu que lo recibe vuestra Madre y para que todas os forméis según el modelo que tenéis a la vista".

Sor Cruz Cabeza expone:

"En la humildad era profundísima; ella ayudaba en todos los oficios, pero en el que con más frecuencia la veíamos era en la cocina, por ser el que más trabajo tenía la Hermana; tenía sus complacencias en preparar la modesta comida para la Comunidad y para las pobres enfermas, y si algún día había algún huésped, ella era la que tenía que prepararle la comida. Como el fregadero estaba en la cocina, ayudaba a fregar los platos a la Hermana encargada de ello y, mientras hacían este ejercicio, acostumbraba a rezar sus devociones. Decía que no importaba que las manos estuvieran trabajando para que la lengua y el corazón estuvieran orando".

Y sor María del Milagro:

> "En una ocasión acompañé a la Madre a casa de los Hermanos, con algunos hábitos para probar. Llamaron a nuestro Padre y porque sólo habían pasado cinco minutos de la hora por él fijada, le hizo una buena reprensión y la Madre no desplegó los labios para excusarse, a pesar de que la tardanza había sido motivada por haber tenido recreo en la mesa aquel día, y se hizo un poco más tarde, teniendo ella la costumbre de recoger los platos sucios. Se arrodilló con mucha humildad y le pidió perdón de su falta. En algunas ocasiones nos decía nuestro Padre que la reprendía a ella sin culpa, para que nosotras aprendiéramos con su ejemplo a practicar la virtud. En otra ocasión nos hizo el Padre capítulo de culpas de profesas y novicias. Llamó a nuestra Madre a decir su culpa y la reprendió ásperamente, y ella lo recibió con tal humildad, que a todas nos hizo prorrumpir en llanto".

Sor María del Refugio nos habla de la humildad de la Sierva de Dios como "ocultamiento":

> "Cuando le decíamos que algún día la veneraríamos como santa, solía contestarnos que ella deseaba serlo en verdad, pero no publicada, sino oculta, y que ni después de muerta deseaba se hiciese caso de ella. Era muy conocida su gran virtud entre las personas del pueblo que habían tenido ocasión de tratarla desde los principios de la fundación, y la tenían en muy buen concepto".

Sor Trinidad Franqueza nos dice que la humildad de la Madre era su ambiente:

> "Todo en ella respiraba humildad y desprecio de sí misma. Se tenía por inferior a todas, y ella daba la razón de que por haber tenido ya otro estado en el mundo, no merecía vivir entre nosotras, y hasta creía que tendríamos en ello algún reparo. ¡Ella, que era tan delicada y pulcra para todo, de quien teníamos mucho que aprender!".

Sor Rosalía interpreta la humildad de la Sierva de Dios como "ejemplaridad" viviente:

> "¿Qué diré de la humildad de nuestra Madre? En esta virtud a todas nos daba ejemplo, pues siendo nuestra Superiora, se creía la menor, y sólo se aprovechaba de su elevado cargo para tener más libertad para humillarse. En varias ocasiones que nuestro Padre nos hizo el capítulo de culpas, ella salía a decir la culpa, humillándose tanto, que nos hacía derramar lágrimas, y varias veces nos besó los pies a continuación.
>
> De todas las faltas y descuidos nuestros se culpaba a sí misma, y nuestro Padre, que la quería probar y cimentar bien en la humildad, la solía reprender. Ella jamás abría la boca para disculparse; siempre contestaba con humildad que ya procuraría enmendarse, de faltas que ni siquiera había cometido".

Y sor María del Consuelo confirma su humildad con un detalle de perdón y de ternura:

> "Un día que estaba yo haciendo la limpieza del dormitorio, había una Hermana en cama, y cuando la Madre subió a visitarla, lo primero que hizo fue pedirla perdón porque no había podido subir a verla y servirla en lo que necesitaba...

> Era un espejo de humildad para todos cuantos la trataban, pero muy especialmente para sus hijas en el Señor. Cuando nos avisaba de alguna cosa o nos hacía algún encargo, lo hacía con tanta dulzura, que nos enternecía y nos hacía derramar lágrimas de agradecimiento a Nuestro Señor, por habernos dado una Madre tan santa que no parecía criatura de acá abajo".

Pudiera, en ocasiones, interpretarse esta virtud como apocamiento; sin embargo no se identifica con la pusilanimidad o encogimiento. María Josefa supo resolver las dificultades más graves, y el mismo P. Menni fue testigo de aquel encuentro de fortaleza que, de no haber hablado como habló María Josefa, tal vez no existieran hoy las Hermanas Hospitalarias: "Yo le obedeceré, pero no es eso lo que quiere Dios".

Por eso, cuando la presentó a la profesión y luego el Cardenal de Toledo la nombró Superiora General y Fundadora, el P. Menni la definió como:

> "... grande alma de Dios, de espíritu varonil y generoso, dotada de relevantes virtudes, sobre todo de la humildad y una ardiente caridad para con todos, tanto con las hermanas como con las enfermas".

Y al notificarle su defunción, le escribe:

> "Grande es el vacío que ha dejado, pero grandísimo el consuelo que experimentan tanto sus amadas hijas como este su indigno Padre espiritual por el bálsamo de olor de virtudes que en su vida, y principalmente en sus últimos meses, derramaba en derredor suyo esta alma bendita, principalmente con la humildad, con el amor a su santa vocación y caridad con el prójimo, pues un acto heroico que practicara de ésta última con una loca furiosa, fue la que determinó la enfermedad traumática que la llevó al sepulcro".

LA PRIMERA REGLA DE LA CONGREGACIÓN

Entre los muchos objetos y recuerdos que pueden contemplarse en la gran exposición de Ciempozuelos, pertenecientes a la Sierva de Dios y primeras fundadoras, hay uno que, aunque insignificante en su tamaño, expresa algo muy entrañable en la historia de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.

Se trata de un cuadrito[1] que, con mucho cariño e ilusión, preparó María Angustias como recuerdo indecible, de lo que para ellas –María Josefa y María Angustias– fuera la ratificación y confirmación de su llamada vocacional.

Habían recibido tantas negativas a sus peticiones, y se habían truncado dolorosamente tantas veces sus esperanzas, que aquella noticia llegada de Barcelona, fue para ellas una teofanía divina a todos sus propósitos e ilusiones para consagrarse a él en vida religiosa.

Se habían acabado sus desánimos y desilusiones, y un rayo de confortadora esperanza brillaba en el horizonte de su camino; se sentían acogidas y amparadas por un Padre que seguiría siempre a su lado, interpretando aquella misiva del Fundador como una autentica inspiración ratificada por el cielo.

---

1 Cf cap. X, nota 65.

Ya no les importaba que la carta del P. Menni entrañara un programa recio y difícil, lo interesante era que sus aspiraciones de consagración a Dios y a las pobres dementes fuera una realidad, y que aquella llama de amor hacia las personas más indefensas que bullía en sus almas no sólo no se apagara, sino que ardiera a plena luz y se extendiera por todo el mundo.

Con este mismo símil, interpreta María Angustias el estado interior del P. Benito Menni, cuando se decidió a escribir esta carta, no sin la intervención de la Santísima Virgen. Dice ella:

> "Se me ocurre pensar que, en aquel tiempo de proyectar nuestro Padre la fundación, la Señora del Corazón de Jesús le quiso colmar de singulares gracias para que robustecido con tan distinguidos favores diese comienzo a la prodigiosa obra de la predilecta institución de nuestra tierna Madre.
>
> En los críticos días de decidirse a efectuar lo que por tan larga serie venía meditando, si sería acepto al Señor que tomase este cuidado que la Virgen le confiaba, estaba su corazón tan absorto en Dios que no sabía vivir ni se saciaba, si no se empleaba constantemente por atraer almas que le siguiesen en sus santas aspiraciones. Me explicaré con una semejanza de lo que pasaba a nuestro buen Padre: Me parece que al querer emprender una grande hoguera de fuego, para que ésta arda con ligereza se le ha de meter mucha leña. Empero, si el objeto es que de tal manera arda que sus llamaradas se esparzan hasta consumir todo lo que en su derredor haya, no hay más remedio para lograrlo con eficacia, que con bulla, meter brasas menudas para que con presteza abrase cuanto le circunda, quedando sólo pavesas. Según mi pobre luz, esto es lo que pasaba a nuestro Padre. Su corazón ardía como la hoguera y, sintiéndose abrasar, habría querido, si posible le fuese, derramar su propia sangre para que el mundo entero se abrasase en las divinas llamas en que él se consumía. Y al no poder lograrlo apagaba esta sed que le devoraba en comunicar algunas centellas en los tiernos corazones de la pequeña porcioncita de hijas que la Virgen por particular privilegio le confiaba, como cosa que pertenecía a sus maternales cuidados" [2].

Aquel día, a mediados de noviembre de 1880, el P. Benito Menni se sintió fuertemente inspirado por el Espíritu, que iluminó su mente y caldeó en lo profundo su corazón.

Ya estaba madurando en serio, aquel proyecto que, en gesto de fe y entrega, hubiera prometido a Dios en el día más expuesto de su vida, en el que peligraba de forma inminente su existencia.

El día 1 de octubre de 1873 escribía al P. General, Juan María Alfieri, en estos términos:

> "Como ya escribía a Vª Rvma., en el momento más grave del peligro en que me encontré en Barcelona la última vez, es decir, en la noche del 12 al 13 de julio, en el momento más terrible que pasamos, prometí con voto (en cuanto un religioso lo puede hacer) que si la Casa, los religiosos y yo, nos librábamos de tal borrasca, intentaría inmediatamente la fundación de un nuevo hospital en honor de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón.

2 RMA, p. 159.

> Apenas hice el voto, el capitán, contra todo lo que parecía, se decidió a retirarse con su gente armada; y lo que es más, sin dejar una guardia en la Casa; añadiéndose a esto, el dejar tranquilos a los religiosos desde este momento en adelante" [3].

Fue desde este mismo lugar 7 años después –el 19 de noviembre de 1880– cuando se determinó a acceder a los reiterados deseos de María Josefa y María Angustias, teniendo como fondo la presencia e inspiración de la Virgen, en su advocación de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón de Jesús; advocación en la que convendrían los tres, de manera misteriosa.

Y fue desde la Ciudad Condal, desde donde les escribe *La primera Regla de la Congregación*, sintetizada en seis verbos apremiantes de espiritualidad acendrada y densa:

"Rogar, Trabajar, Padecer, Sufrir, Amar a Dios y Callar".

Esta carta fue recibida con tal entusiasmo y alborozo que, mientras no hubiera otra organización y ley jurídica, ella sería el programa gozoso a seguir.

Querían tenerla siempre ante los ojos, guardándola en el corazón, y por eso María Angustias la recortaría y colocaría con cariño en un cuadrito que pondría en la capilla, al lado de la estampa enmarcada de la Virgen del Sagrado Corazón de Jesús que el P. Menni les regalara el día de la inauguración de la nueva casa[4] para que, teniéndolas ante la vista, calaran cada vez más en su espíritu.

3 ERO, cap. VIII, p. 116.
4 Cf RMA, pp. 181-182.

Son frases de plenitud en las que se percibe un todo como programa de vida sintetizado en su formulación, pero con amplitud de expansión para recorrer y fundamentar toda la vida.

Y si subraya y remarca la parte normativa, es para que sirvan de defensa y protección a los objetivos básicos, escondidos en lo profundo de la propia consagración.

Rogar

Este primer verbo "rogar" aunque suena a oración de suplica y petición, –esa que no conoce fronteras, y que ya las primeras comunidades cristianas usaron intensamente esta forma de orar basada en las palabras de Cristo: "Pedid y recibiréis" (Mt 7,7, Lc 7,8)–, sin embargo no se refiere a la oración impetratoria, sino más bien al fundamento de toda súplica en general.

Conociendo la vida y talante del P. Benito Menni, casi podríamos asegurar que se refiere más bien como principio fundamental a la oración "contemplativa", esa:

- alta noticia que se da en fe[5]
- advertencia sabrosa, oculta y secreta
- sosegada quietud y ocio suave[6]
- intercomunicación o "lenguaje de Dios al alma, de puro espíritu a espíritu puro" [7]
- comprendida, –por el verbo que le sigue– en la máxima expresión monacal del "ora et labora".

5 S 2, 8, 6.
6 N 1, 10, 4.
7 N 2, 17, 4.

Sabemos que una de las impresiones más fuertes que vivieron las dos aspirantes, María Josefa y María Angustias, fue la que ellas llamaban "la primera lección" que consistía en imitar a María Magdalena en su gesto de contemplación[8], porque según el P. Menni lo esencial en una comunidad es que anden hermanadas, como sólidos principios, la oración y la actividad: oración constante de María Magdalena que permanecería a los pies del divino Maestro, y solicitud afanosa de Marta por servir al Señor.

Estas dos prácticas deberían ser como la regla primaria de esta nueva institución:

> "Al darnos estas tan instructivas como sabias lecciones, se propuso mostrarnos cómo su voluntad era que fuésemos amantes de la vida contemplativa unida a la activa. Es decir, que deberían ser éstas dos prácticas como la regla primaria de esta nueva institución. A su tiempo hablaré de cómo preparó los medios para que Jesús sacramentado viniese a habitar en nuestra capilla, para facilitarnos poder imitar con más perfección a la enamorada María Magdalena que, arrobada en éxtasis a los pies de su Maestro, se transportaba a los cielos. Por lo que al tener nosotras la dicha de dedicarnos a adorar tanto en el día como en la noche a nuestro adorable Jesús sacramentado, se nos logra la oportunidad de elevar nuestro corazón al cielo por la santa contemplación. Esta santa elevación de espíritu nos ayudará para que las faenas de la vida activa no nos priven del fruto de una vida santa y recogida. Pues si nosotras procuramos unir la oración a la actividad, haremos como las dos hermanas de que nos habla el evangelio, que la una ayudaba a la otra.

8 Cf RMA, p. 139.

> Sobre la imitación de la solícita Marta, que por lo afanada que andaba por servir a su Maestro, éste la tuvo que reprender para que se moderase, diciéndole: Marta, Marta, muy solícita andas, siendo una sola cosa la necesaria.
>
> En esto nos enseña la Virgen que así como Ella siendo Reina del cielo se ha ocupado en buscar jóvenes para formar este nuevo ejército, así también desea con ardor que éstas, sus amadas hijas, sean tan activas que sólo quieran sacrificarse a sí mismas para atender cual madres solícitas al socorro de las pobrecitas alienadas; toda vez que por gracia nos han sido confiadas. Esta ansia que las hijas de Nuestra Señora sienten por prestar con entrañable amor cuantos alivios puedan para bien de las pobrecitas enfermas, deberá llegar a tal extremo, que los superiores se vean obligados a tener que moderarlas, como lo hizo Jesús con su cuidadosa Marta.
>
> Demos gracias a nuestra celestial Maestra, por las divinas lecciones que por amor nos ha dado. Amén"[9].

Este fue el gran deseo del P. Menni, y como el programa ideal de sus hijas que, para llenar de eficacia auténtica su vida laboriosa, necesitaban impregnar hasta la saturación su unión con Cristo por medio de la contemplación; esa vida de intimidad con Dios

- que es el tiempo fuerte por excelencia de la oración;
- que es mirada de fe en Jesús, "yo le miro y él me mira..." hasta llegar al conocimiento interno de Cristo;

9 *Ibid.*, pp. 140-141.

- que es escucha de la palabra de Dios en silencio. Postura plenamente activa, ya que es obediencia de fe, acogida incondicional del siervo y adhesión amorosa del hijo que participa del "sí" de Cristo y del "fiat" de la Virgen.
- Contemplación que es "silencio", símbolo del mundo venidero, o de amor hecho silencio; porque las palabras en la oración contemplativa no son discursos, sino ramillas que alimentan el fuego del amor.

En ese silencio, insoportable para el hombre "exterior" el Padre da a conocer a su Verbo encarnado, sufriente, muerto y resucitado, y el Espíritu filial, nos hace partícipes de la oración de Jesús.

La oración contemplativa es la expresión sencilla por la que se consigue la unión con la oración de Cristo, en la medida en que nos hace partícipes de su misterio[10]. De ahí que el P. Menni la interpretase como el eje esencial e imprescindible, alrededor del cual debía girar toda la actividad de sus hijas: saciarse de la vida íntima de Dios por medio de la relación de amor en la oración silenciosa y trascendental.

Esta es la razón de este primer verbo *ROGAR*, consciente de que si esta oración contemplativa se vive en profundidad, todas las demás actividades estarán llenas de vida y entusiasmo porque se verán vivificadas por el Espíritu de Dios.

Contagiadas estaban las hijas por el amor profundo que el P. Menni tenía al misterio eucarístico. "Es tan vivo y

10 Catecismo de la Iglesia Católica nº 2709-2719.

ardiente el amor que hacia este pan eucarístico tiene nuestro Padre que, no pudiendo contenerle dentro de su pecho, se extiende a procurar que todas las almas conozcan y se alimenten con tan augusto manjar, pero con más razón quiere que tengan esta sed, en que se abrasa él, aquellas almas que el buen Jesús ha confiado a su dirección. Por lo que trabaja incansablemente por inspirarnos sus sentimientos acerca de tan embelesado y enamorado misterio de amor. Por cuyo objeto, estimula e instruye a sus hijas en relación a la limpieza de conciencia para acercarse debidamente al espléndido banquete, haciéndoles ver que las almas que por gracia obtienen el poder recibir a Jesús cotidianamente, deben aborrecer en extremo hasta la sombra de pecado, pues este sol de justicia concede más en abundancia sus gracias y rayos de luz a las que más puras se acerquen a recibirle. Deduzco yo que el distintivo para conocer si se milita bajo la bandera de nuestro Padre es la de participar cotidianamente de nuestro amable Jesús Sacramentado, por medio de recibirle en nuestro pecho" [11] –que pronto contagió a sus hijas, las cuales, con la anuencia del Sr. Obispo– al conseguir la reserva en la capilla se les "concedió" además tener de manifiesto a nuestro adorable Salvador todos los domingos y otras festividades del año.

"Cuando nos vimos poseedoras de tan especial favor, rogamos a nuestro Padre hacer *vela perpetua,* pero por lo escaso del personal, la limitó a hacerla sólo en el día. Todas ansiábamos quedar para adorarle, siquiera aquella primera noche" [12].

Esta norma, quedó prescrita en las *Prácticas* de 1915.

11 RMA, p. 211.
12 *Ibid*., p. 213.

Días de exposición mayor y menor

Habrá exposición mayor en los días siguientes:

Todos los domingos del año.

Día de san Juan de Dios (8 de marzo).

Día de san José (19 de marzo).

Los días 11 y 21 de marzo.

Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús (31 de mayo).

Día de san Luis Gonzaga (21 de junio).

Día de san Agustín (28 de agosto).

Día de san Rafael Arcángel (24 de octubre).

El santo Tutelar de cada Casa, y Patrono de la población donde radica la casa.

Las fiestas de Navidad. Resurrección. Pentecostés. Año Nuevo.

Los segundos días de las tres citadas Pascuas.

Festividades de los Santos Reyes. Ascensión. Corpus Christi. Sagrado Corazón de Jesús. Purísima Concepción de María. Su Natividad. Purificación. Anunciación. Asunción. Fiesta del Santo Rosario. Nuestra Señora del Pilar. El día aniversario en que por primera vez quedó el Señor Sacramentado en cada casa. La fiesta de Cristo Rey. San Pedro Apóstol. Santiago. El día de Todos los Santos. El Triduo de Carnaval. El día del santo de la Rvdma. Madre General, y en el día de las Bodas de Oro de las Hermanas.

Si los reverendísimos Prelados disponen que se celebre algún mes del año con manifiesto mayor o menor,

como igualmente novenas o alguna otra devoción, se procurará hacer religiosamente, siempre que sea compatible con el cumplimiento de nuestras Constituciones.

Habrá exposición menor el primer viernes de cada mes, durante unas tres horas, el 16 de marzo, el día que las Hermanas celebran sus Bodas de Plata, en el día del santo de las Madres Prioras y el último día del año para cantar el Te Deum.

Además se tendrán exposición menor en todas las casas el mes de junio, todas las tardes (excepto los días de la novena del Corazón de Jesús, que será con manifiesto mayor).

Los actos religiosos durante el manifiesto mayor o menor serán: Estación mayor al Santísimo, Comunión espiritual, tres Avemarías, rezo de una parte del Rosario con la Letanía Lauretana y reserva. En los meses de mayo y junio, después de la reserva, se podrá cantar algún breve motete a la Santísima Virgen y al Corazón de Jesús, y los demás manifiestos se terminarán con el Laudate de costumbre.

En los tres días de Carnaval se hará un acto de desagravio ante el Santísimo Sacramento.

En las fiestas principales de la Santísima Virgen se podrá cantar, durante el manifiesto, la letanía o Salve.

No se puede tener exposición mayor de Su Divina Majestad en nuestras Iglesias, sin haber antes obtenido autorización del Obispo de la Diócesis a que pertenezca cada casa; para la exposición menor no se necesita dicha autorización.

Aunque por cualquier motivo extraordinario pueda tenerse manifiesto más veces que las que aquí se indican, no debe esto establecer costumbre, de modo que cada

año, atendiendo al motivo que pasó y ya no existe, se tenga dicho manifiesto, lo que debe entenderse igualmente respecto a triduos, novenas, etc.

Los primeros viernes de mes se hará la meditación de la mañana sobre el Sagrado Corazón de Jesús.

Como para poder celebrar y cantar la misa votiva del Sagrado Corazón de Jesús es necesario (según lo ordenado por la Santa Sede al conceder este privilegio) hacer algunos actos piadosos en honor del Sagrado Corazón de Jesús, después de la conclusión de la oración y de haber rezado los tres Padrenuestros y las invocaciones acostumbradas, se hará un acto de Consagración.

Hasta tal punto vivían el aprecio a la contemplación que era para ellas, el amor a la Eucaristía, como el baremo de su vida de regularidad y observancia, y así dice María Angustias:

> Es verdad que el hacer la comunión diaria no era bajo regla, empero a nosotras nos bastaba la simple indicación del Padre que, en nombre de Dios nos rige, para que sus hijas fuésemos amantes de la vida interior y vivieran sólo de Jesús y por Jesús. De modo que, si por alguna fragilidad, nos impedía algún día hacer la comunión, no sosegábamos hasta que al día siguiente la recibíamos[13].

Y continúa:

> "Debo decir, que no terminaron aquí sus finezas de querer venir a nuestro corazón por medio de las especies sacramentales, sino que no descansó hasta quedar preso en el humilde recinto del sagrario de nuestra pobre capilla, por el amor nuestro. ¡Oh, qué propicia se nos ha mostrado la Reina del Corazón de Jesús al habernos obtenido de su Hijo divino ésta tan rica dádiva, para que sus hijas tuviesen la dicha de poseer el tesoro más inmenso y de más valor de cuanto existe ni jamás existirá! Sí, mi querida Madre, grande en extremo es nuestra indignidad, pero tu bondad ha sido tal que parece se ha excedido, pues nos has dispensado la riqueza sobre toda riqueza. (Si me permite la frase). Nos has hecho dueñas de todo lo creado, al facilitarnos el recibir a Jesucristo dentro de nuestro pecho bajo forma de alimento cotidiano, y juntamente vivir en nuestra misma casa. ¿Qué más nos queda por desear? Sí, mi tierna Madre, una cosa aún nos falta para que nuestra felicidad sea completa, y es que nos obtengas que nuestro corazón se haga una sola cosa con el de nuestro celestial esposo para vivir sólo de su amor" [14].

13 *Ibid.*, p. 234.

Pero la idea del P. Menni, cuando aconsejaba a sus hijas, que imitasen el gesto contemplativo de María Magdalena a los pies de Cristo, no podía limitarse a unos momentos de adoración ante el Santísimo expuesto; la intención del P. Fundador, iba mucho más lejos y era más honda y sublime: quería que se extendiese con total amplitud a toda la vida de sus hijas.

Como ideal vital y constante debían llevarlo a la práctica en cada instante, como una respiración imparable; y así, mientras sus manos se hallaban ocupadas, su mente y corazón debían estar atentos y hasta extasiados en las cosas de Dios.

14 *Ibid.*, p. 212.

Y aunque un vaso de agua pudiera apagar la necesidad del sediento, el P. Menni anhelaba que sus hijas fueran fuentes de agua viva que saltase hasta la vida eterna. Más que un gesto de caridad, ansiaba que sus hijas fueran el mismo Cristo visible, desbordándose en amor.

Toda actividad exterior debe nacer de lo profundo del "ser", y el P. Benito Menni quería que sus hijas "fuesen" desde dentro, para que desde el "ser", pudieran "dar" y "hacer".

En eso consistía la vida contemplativa oculta en el verbo *Rogar*, y que, sin duda, la Sierva de Dios vivió en intensidad. Por eso canta el "Himno a la Primera Regla":

> Mi alma es Sagrario,
> do Dios tiene su mansión,
> que sea mi corazón,
> la lámpara del Santuario
> siempre ardiendo en oración.
>
> Por los que agobia el penar,
> por los que engaña el placer,
> por quien tras largo luchar,
> va acaso a desfallecer,
> siempre y por todos: ROGAR.

Trabajar

Este segundo verbo –el de "trabajar"– es uno de los más repetidos tanto en los *Rasgos biográficos*, como en la *Relación* de María Angustias y que ya, desde los comienzos del Instituto, tuvo un significado bien concreto.

Decir "trabajo" en una vida religiosa, sobre todo en sus comienzos fundacionales, significa mucho más que la

mera ocupación de labores manuales, pues respecta a toda la actividad personal, recibiendo los calificativos y nombres más variados: laboriosidad, esfuerzo, sacrificio, participación, observancia, oficiosidad, darse, dedicarse, asiduidad, fidelidad, cooperación.

Dentro de la historia del Instituto, sobre todo en sus inicios, el "trabajo" para el P. Menni, era poner los cimientos de algo que estaba naciendo, y en lo que debía cooperar toda la persona; y así:

- si en nombre de un servicio generoso, hacía falta perder sueño para llevarlo a cabo, eso era "trabajar";
- si la labor excedía a las dos aspirantes y no terminaban en el momento previsto, sería dedicarle horas y horas hasta cumplir con lo ordenado;
- si los montones de ropa maloliente de los alienados no se había terminado de lavar hasta el atardecer, aquel día no había tiempo de comer hasta la caída de la tarde para María Josefa..., y esto a pleno sol;
- si en el corazón del invierno, había que tener lista la ropa para los pobres enfermos y coser los rotos, serían horas de vigilia las que había que añadir al horario cotidiano.

Lo interesante era que todo estuviera a punto para todos, para que los enfermos se sintieran felices, aunque fuese a costa de la generosidad de las dos aspirantes.

No importaba que además de los sacrificios laborales, sus ojos lloraran lágrimas secretas y su alma pasara por noches de espíritu, todo ello permanecería en el misterio de Dios pero no tardando, redundaría en una auténtica explosión de vocaciones.

Y aunque más tarde ya existiera un programa a seguir y un horario regular, y hubiera unas horas para la labor, también aumentaría el número de las enfermas y, por lo mismo, las horas de dedicación a su cuidado.

Nos lo recuerda el licenciado Manuel Martín, en *Rasgos biográficos*:

> "Por ser más en número, no trabajaban menos; Josefa las animaba con su ejemplo y todas se afanaban, de suerte que pareciéndoles pocas y cortas las del día, tomaban una buena parte de las horas de la noche. Súpolo el Padre y moderó el trabajo, señalándoles horas contadas, llegando a reprenderlas una vez por haber velado hasta muy tarde para terminar una prenda que creyeron necesitaban los Hermanos" [15].

Algo que debiera esculpirse con cincel de fuego en el corazón de toda Hospitalaria, es el detalle singular de que la Sierva de Dios, María Josefa, supo morir con el delantal puesto, cumpliendo su trabajo y dando su vida como testimonio heroico de hacendosidad, caridad y perdón.

Mejor que nadie, y primero que nadie, ella podría entonar el himno de la "Primera Regla":

> Cada segundo ofrendarlo a Dios,
> anhelo ser del que sufre el consuelo,
> laborar en este mundo,
> y descansar en el Cielo.
>
> Y si, al peso sobrehumano,
> sucumbo de la fatiga,
> será cual fecundo grano,

15 RB, p. 136.

> que muerto brota en espiga,
> que el sol dorará en verano.

Ocurre siempre que los grandes gestos de vida, están forjados por pequeñas e insignificantes actuaciones que, sin apenas darnos cuenta, nos conducen a una explicitud total de testimonio.

Eso fue lo que ocurrió a María Josefa en la andadura de ese "trabajar" que le pedía y le exigía "La Primera Regla de la Congregación".

> "En aquellos días llegó un pobre enfermo con la ropa llena de suciedad y miseria. Dijo el Padre a Josefa cómo no se atrevía a entregarla a las lavanderas, y que arrojarla o quemarla no se lo consentía la pobreza. No se fatigue, Padre, le respondió; yo misma iré a lavar cuanto sea necesario. Así lo hizo al día siguiente, más no fue sola, sino acompañada de Antonia y de Dolores. Debían todas aprender y se presentaba ocasión muy oportuna" [16].
>
> "Constituída Superiora de las cuatro que con ella vivían, sujetas a las ordenanzas dictadas por el Padre, valíase de su autoridad para reservarse el trabajo más penoso y la mayor fatiga, dejando siempre lo menos y más suave a las demás" [17].
>
> "Hacendosa como una abeja, diligente, solícita y aprovechada como una hormiga, en el trabajo de manos nunca descuidaba los del espíritu" [18].
>
> "Era la provisora de todo lo más humilde y se empleaba en los oficios más bajos, y sin embargo, se elevaba sobre todas con ascendiente soberano:

16 *Ibid*., p. 136.
17 *Ibid*., p. 144.
18 *Ibid*., p. 145.

- aquella mirada dulce y consoladora,
- su voz delgada, tan queda y tan agradable,
- aquella delicadeza y mesura en todo su obrar, su sombra misma, le creaban una aureola de superioridad que subyugaba, sin sentir el peso de la sujeción, como no se siente el desabrimiento, -antes deleita- someterse a los suaves y apacibles mandatos maternales" [19].

Pero el Padre lo que prefería es que aprendiesen a trabajar desde dentro, esto es, contemplativamente; de ahí que nos recuerde María Angustias:

> Nuestro Padre, para lograr que nuestros corazones se uniesen íntimamente a Dios, se valía de todo. Cuando nos veía coser y cortar, nos decía:
>
> Hijas, no paréis vuestra atención, ni descanse la voluntad en estos quehaceres a que las necesidades de la vida nos obligan; debe el alma remontarse muy alto, estribando en las mismas cosas materiales. Valeos de industrias santas.
>
> Trabajad con recogimiento, y así, mientras cortéis, decid con el corazón: Jesús mío, no permitáis que mis pasiones me seduzcan, cortad Vos de mi corazón cuanto fuese obstáculo para ajustarle a vuestra voluntad y a la perfecta unión con el vuestro. Arrancad de mi todo lo que os desagrade.
>
> Si coséis, decidle: Jesús, Esposo mío, no me dejéis sola; cuantas veces entre y salga la aguja, otros tantos actos de amor encendido os dirija, que a Vos me unan.

19 *Ibid*., p. 146.

> Vuestra gracia me fortalezca, para que en el trabajo de mis manos no tenga otro intento que el de agradaros. Enderezad mis pasos a mi único fin, que sois Vos. Todas mis respiraciones sean actos de amor que os dirija[20].

Cuando por segunda vez, el P. Menni puso a María Josefa de superiora, en la distribución de empleos nos recuerda María Angustias:

> "María Josefa, de Superiora, trabajando como si fuera esclava de todas. Su grande voluntad y disposición se lo facilitaba, porque el Señor la dotó de grande capacidad y destreza" [21].

Y sor María de la Purificación Aberásturi nos dice:

> "Ella lo dirigía todo y ayudaba caritativamente a las que estaban abrumadas de trabajo. Al decirle una Hermana que tenía mucho que hacer, luego le respondía: Vamos, hija mía, verá que pronto lo hacemos, y ella era la primera que ponía manos a la obra. Ayudaba a la cocinera a preparar los alimentos, y preparaba los lavaderos, hacía el jabón, y con esto nos enseñaba también a nosotras".

Finalmente, el testimonio de sor María del Refugio lo corrobora una vez más; y así nos dice:

> "Siempre estaba ocupada, o mejor dicho, trabajando sin descanso; y estando muy enferma, en los últimos meses de su vida, no se dispensaba de

20 Cf RMA, p. 160.
21 *Ibid.*, p. 187.

nada, hasta que verdaderamente no se podía sostener".

El ejemplo de hacendosidad de la Sierva de Dios no cayó en el vacío, sino que contagió eficazmente en todas sus hijas:

> "Respecto al trabajo, nos dice María Angustias, (las hermanas) eran extremas en acudir a las horas prefijadas, teniendo que moderar más bien que vigilar.
>
> Esto mostraba, que las Hijas de Nuestra Señora, tienen sus miras en el Dios que tan misericordioso se nos ha mostrado. A estas buenas esposas de Jesús, todo les parecía poco, según la sed que tenían por trabajar sin el menor descanso. Bien que ha premiado Nuestro Señor tan cortos sacrificios. Este buen Dios se satisface más de la generosidad con que se le ofrece el óbolo, que no de los ricos presentes. Verdaderamente que ese anhelo por trabajar lo bendecía el Señor y parecía que se multiplicaba" [22].

Los testimonios de las Hermanas que vivieron con ella son superabundantes, y aunque tememos repetirnos, haremos lo posible por evitarlo.

Nos dice sor María del Milagro Salanueva:

> "Todo se lo quería hacer ella, si era en la costura a todo le daba vuelta, prenda que cogía en seguida la dejaba muy apañadita; en la ropa que usaba siempre tan limpia y ordenada y con todas hacía hicieran lo mismo".

22 *Ibid.*, pp. 234-235.

Sor san José Morales repite:

> "Era incansable en el trabajo; desde siempre, pero sobre todo desde que tomó el cargo de Superiora. Y cuando aumentaba el personal, no queriendo dejar de atender a las cosillas de todas por insignificantes que fueran, no dando el día de sí para tanto, aprovechaba las horas de la noche para concluir los remates, como ella acostumbraba a decir, cuando se la reconvenía, porque se acostaba tarde".

Sor María del Refugio baja a detalles de laboriosidad con la aguja, sobrecogida de que aún en medio de la enfermedad siguiera trabajando:

> "Era muy primorosa en el trabajo de aguja y era por demás habilidosa en aprovechar cosas al parecer desechables. Parecía increíble cómo dejó arregladito, todo con pedazos, un terno que no se podía coger en las manos de estropeado que estaba, y lo dejó que podía pasar como nuevo.

Sor Cruz Cabeza añade:

> "Ella ayudaba a todos los oficios, pero en el que con más frecuencia la veíamos era en la cocina, por ser el que más trabajo tenía la Hermana. Tenía sus complacencias en preparar la modesta comida para la Comunidad y para las pobres enfermas, y si algún día había algún huésped, ella era la que tenía que prepararle la comida".

Sor Trinidad Franqueza nos recuerda el último gesto heroico que hiciera la Sierva de Dios, en sentido de laboriosidad, cuando casi a penas se sostenía de pie:

"Nos decía que el trabajo y el orden son compañeros de la humildad, de la pobreza y de la caridad.

En sus últimos tiempos, cuando por su grave enfermedad se veía obligada a guardar cama, sufría por no serle posible ayudarnos. Cierto día llegaron tres Hermanos de San Juan de Dios para que les tomásemos medida de hábitos; cuando ella lo supo, se levantó y fue a la costura donde yo me encontraba con la tela y tomadas las medidas, dispuesta a cortar. No podía tenerse en pie por su extrema debilidad y hasta las tijeras se le caían de las manos, aunque hacía esfuerzo para reanimarse.

A mí me daba mucha pena y le rogué que se marchara, pues ya lo haríamos lo mejor que nos fuera posible y con mucho gusto, pero ella me contestó arrodillándose: déjeme, por amor de Dios, hija mía, que haga alguna obra buena en este día, pues cuando hago el examen me da mucha pena si no he hecho alguna cosa por amor de Dios y de la humanidad. Y siguió cortando hasta dejarnos muy bien preparada la labor".

De sor Rosalía Sesma es este pequeño testimonio sobre la Sierva de Dios:

"No perdía un segundo de tiempo. Dios le había dotado de gran disposición, de todo entendía y con gran solicitud acudía a todo. Ella preparaba las piezas de la ropa de los señores pensionistas de los Hermanos y enseñaba a las hermanas que no sabían. Con frecuencia acudía a la cocina para ayudar a la hermana cocinera y enseñarle a guisar".

María Josefa podría repetir lo del himno:

"...Y si al peso sobrehumano, sucumbo de la fatiga, será cual fecundo grano, que muerto brota en espiga, que el sol dorará en verano".

Amar a Dios

Hay muchos caminos para llegar a conocer, vivir y gustar el amor de Dios.

Biográficamente, en la vida de María Josefa no podemos prescindir de la doble etapa que ella vivió en el desarrollo del amor; etapas que fueron como una lección progresiva y en ascenso, para quedarse con "la mejor parte".

"Que el hombre no separe lo que Dios ha unido" (Mt 19,6). Esta fue la evangélica consigna que vivió en su estado matrimonial.

Luego vendría una segunda vocación, que consistiría en un acercarse a Dios, un conocer a Dios, ser toda de Dios y un desvivirse por Dios, hasta llegar a ser "sólo de Dios".

La expresión evangélica de la primera vocación en la vida de la Sierva de Dios: "lo que Dios ha unido"..., "serán una sola cosa", sería el espejo diario y tangible de la unidad universal.

Lo mismo que en el primer mandamiento se encuentra toda ley, ya que el amor a Dios disuade de cualquier desorden, sea el que sea; así estas palabras de Cristo proclaman la armonía irrompible de todo cuanto existe.

El cristiano deberá conciliar la fe y el uso de la razón, no mediante actividades externas meramente compensadoras, sino merced a "la mutua ayuda" fundada en el amor y unidad de Dios, dentro del misterio insondable de la

Trinidad, porque el amor es virtud unitiva, y la unión es obra del amor.

Si el amor es el ejercicio de nuestro ser, y la actividad esencial de cualquier ser es realizar su propia unidad, resulta que todo amor no consiste en otra cosa que en una tendencia activa hacia la unidad.

Esta entrañable vocación de unidad por el amor, no sólo nos conduce a una mayor unión con nosotros mismos, sino que nos impele a una mayor intimidad y compenetración en Dios; ya que nuestra condición de criaturas, de seres "ab alio" supone una apertura constitutiva hacia el ser Absoluto que, por el amor y la semilla de amabilidad que ha depositado en nosotros, nos liga y religa a él, de tal manera, que una sed de unión inapagable nos tiene siempre inquietos hasta llegar a descansar en él.

Todas las cosas hambrean y tienden hacia Dios, empujadas por un ansia esencial no sólo de parecerse a él, sino de imitar su bondad ontológica.

El mundo entero es tan sólo un haz de aspiraciones hacia lo alto:

- los seres no espirituales, consuman su ascensión, cuando consiguen la perfección de su forma, necesitando de nosotros para encontrar su sentido; nosotros se lo damos, incorporándolos a nuestra marcha consciente, deliberada, y amorosa;
- mientras que el amor entre los seres espirituales, participa de notas mucho más excelsas. Responden de modo perceptible a nuestro amor; ya no existe yuxtaposición, sino unidad orgánica por medio de la caridad, que es la vida interior de Dios innundando nuestros corazones y asociándonos a su abismo de caridad.

El amor viene de Dios y vuelve a Dios; viaje circular del amor como nos lo recuerda uno de los místicos españoles: "Salió de Dios el amor para llevar a él los suyos, y haciendo vuelta redonda, torna al mismo Dios, para hacer bienaventurados a los que en la tierra hizo amadores" [23].

Este fue el recorrido que hizo el amor de Dios en la Sierva de Dios: dedicada honradamente al amor humano, como primera vocación, a través del desdoblamiento conyugal redujo la dispersión de la carne en la unidad del espíritu. Una vez libre de la obligación matrimonial se acercó a Dios de espíritu a espíritu, consagrando para siempre los años que el Señor le regalara, para vivir el amor en toda su plenitud.

Aún antes de quedar viuda, ya vibraban en ella rumores de un amor más alto y profundo; por eso dedicaba sus "ocios", su tiempo libre, a actos espirituales y de piedad, desde la "lectio divina" hasta un comportamiento ascético aprobado y permitido por su director espiritual, que culminaría, –una vez hallado al P. Menni– en una segunda vocación, ofrendada del todo a Dios y repartida en amor entre sus enfermas dementes.

Nada ni nadie la detuvo. Lucharía a brazo partido y con tenacidad irrompible, ante las mil dificultades que se le ofrecieron y opusieron; confesaría paulatinamente, que por encima del mismo P. Menni estaba Dios –"ni el P. Benito, ni nadie de este mundo, es suficiente para mover el corazón humano a seguir la voz divina"–[24] a quien ansiaba dar alcance, y sabía esperar contra toda esperanza, hasta ser bautizada con el carisma de la primera Hospitalaria.

23 OSUNA, *Ley de amor santo*, 52.
24 RMA, p. 111.

El único móvil de su vida, aquel que estaba originando toda decisión y todo esfuerzo, no era otro que "el amor" y sólo el amor.

Amor que iba creciendo progresivamente a medida que su conocimiento del Señor se hacía más lúcido y cercano.

Una vez que quedó libre de obligaciones conyugales, por la muerte de su esposo, sus anhelos por buscar a Dios y encontrarle fueron en aumento.

Su oído atento a la llamada de Dios por medio de su vocación, la expresó de modo decidido y valiente, al arrancarse de su tierra y encaminarse "a donde no sabía", ignorando lo que le esperaba, y sólo abandonada al querer de Dios.

Su tenaz insistencia en pedir un lugar donde poder consagrarse a Dios de por vida, no era otra cosa que expresiones de una urgencia de amor.

Y todo lo que vivió en pobreza, desprecio y necesidad de lo más elemental, eran otras tantas expresiones de preferencia por "sólo Dios"; pues todo ello está alentado, desde dentro, por una intimidad amorosa por medio de la oración.

Y en la prueba suprema, en la que corría peligro inminente de desbaratarse todo el programa de esperanzas cara a la nueva fundación, fue ella, la Sierva de Dios, la que como un amante, herido en lo más profundo y delicado, defiende la llamada de Dios en su corazón, evitando el máximo peligro de quedar truncada la fundación soñada.

Y por eso dice con humildad, pero al mismo tiempo con decisión, al P. Menni:

"Yo obedezco, pero no es esto lo que Dios quiere. Nuestro Señor, nos ha traído para *otra cosa*" [25].

No le importa perder la fama ante las gentes de "su" Granada, ni frente a las más cercanas de Ciempozuelos; intrépida en el amor a Dios seguirá siempre adelante, hasta que un día no lejano, pueda ofrecerlo en cuerpo y espíritu todo entero al Señor, como un holocausto viviente.

Pero mientras tanto, se partirá y repartirá de mil modos y maneras en el cotidiano vivir, haciendo realidad lo del "Canto a mi lema" de sor Francisca Hernández, hsc, puesto en boca de María Josefa:

"Servir y amar a Dios
es vida que da vida.
Servir y amar a Dios,
la fuerza de mi vida";

para luego completarlo con la estrofa del Himno de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús:

"A los pobres, enfermos y dementes,
por amor de Jesús, haré un hogar
y en mi pecho los huérfanos dolientes
de madre un corazón han de encontrar" [26].

Primero, llenará su aljibe interior de intensa contemplación para, desde ahí, poder dar y darse a los de cerca y a los de lejos, a las Hermanas que están en casa y a las enfermas dementes que están llegando.

Y lo demostrará con la presencia y el ejemplo que es el argumento más persuasivo sin ruido de palabras. De ahí:

25 *Ibid.*, p. 115.
26 Letra de Juan María Gorricho, cmf, y música de R. Iruarrízaga, cmf. Marzo de 1941.

- esa prontitud en despertar por la mañana;
- esa misa y comunión interiorizadas;
- esa hacendosidad desgranada en amor;
- esas visitas prolongadas y llenas de fervor ante el Santísimo;
- esa tenacidad en la fe y confianza en Ntra. Señora y en san José.

Hay una formulación rotunda y absoluta que refleja con trasparencia su ideal:

> "Nos preocupaba el pensamiento de ser sólo de Dios" [27].

Su anhelo más sublime fue el de los grandes santos: hacer de Dios su refugio y su centro:

> "Este (nuestro) corazón le pertenece, y no halla reposo hasta venir a refugiarse en su verdadero centro y descanso" [28].

Estos testimonios expresan hasta qué punto María Josefa se fiaba y confiaba en Dios.

Dice sor Teresa Gener:

> "Nos animaba a confiar y a tener aquella fe viva que ella tenía en la Divina Providencia, de quien debíamos esperarlo todo"
>
> Su grande confianza se reafirmaba, pensando que todo lo permite el Señor para nuestro bien[29].

27 RMA, p. 52.
28 *Ibid.*, p. 52.
29 *Ibid.*, p. 61.

Esta confianza plena en Dios y en su Providencia fue el sueño de su vida y la ilusión gozosa que revitalizaba todos sus actos y quehaceres, por eso pudo repetir vivencialmente la estrofa del "Canto a la Primera Regla":

> "Dulce ensueño,
> que al alma en gozo enajenas,
> que haces el sufrir risueño,
> y haces sabrosas las penas
> y el padecer halagüeño.
>
> Mi corazón para Vos,
> para Vos sólo mi Dios,
> y dadme por recompensa,
> arder en la hoguera inmensa,
> yendo de tu amor en pos".

Sufrir

Desconocemos la intención explícita que le movió al P. Benito Menni a usar dos verbos semejantes, casi idénticos, en su famosa carta desde Barcelona: el de "sufrir" y el de "padecer".

A pesar de su similitud e intercomunicación profunda que existe entre sufrir y padecer, por la unión estrechísima que hay entre el alma y el cuerpo, no obstante, según algunas expresiones del diccionario, vamos a separarlas, tratando de aplicarles una interpretación progresiva, como quien va de lo menos a lo más, de lo externo a lo interno, de un sufrimiento físico a un padecer más profundo que afecta al orden moral y anímico.

Con esta aclaración por delante, explanamos el verbo "sufrir" en la vida de la Sierva de Dios, María Josefa.

Lo primero que hacemos al nacer es romper a "llorar", expresando un sufrimiento, por lo cual el hábito del dolor físico se contrae antes que ningún otro.

Biográficamente, la primera noticia que tenemos de un sufrimiento corporal, en la vida de María Josefa, es el dolor de estómago, ese dolor serio y seco que roe y corroe con más o menos intensidad, con intermitencias de acallamiento, y que le acompañó toda la vida.

Es su sobrina Josefa Guerrero la que nos recuerda:

> "A los pocos años de casada, mi tía enfermó del estómago, y yendo a tomar las aguas medicinales de Lanjarón varias temporadas, halló algún alivio, pero no llegó a mejorar".

Eran aguas acidoferruginosas, desde la mayor sencillez de composición hasta la mayor intensidad y saturación de diversas sustancias salinas, mixturadas con carbonato de hierro. Estas circunstancias ofrecían la oportunidad de curar, con una aplicación prudente y variada, las afecciones gástricas pasivas, las debilidades viscerales no inflamadas y todas aquellas enfermedades que pedían se diera vigor al sistema nervioso muscular y gástrico.

Para ella en particular, las aguas de Lanjarón no le fueron totalmente eficaces, por lo que se determinó a cambiar de aguas, yendo cada año a los "baños de Archena", (Murcia); así nos lo recuerda sor María del Consuelo López:

> "La madre era de complexión delicada, y recuerdo me dijo en una ocasión que salí con ella a la calle y que no se encontraba bien, que estando en casa, acostumbraba ir cada año a tomar las aguas y baños de Archena, porque sufría del estómago, y añadió:

> Este borrico de cuerpo quisiera que fuese también ahora, pero no le va a valer".

Las aguas de Archena son cloruro-sódicas con desprendimientos sulfúricos.

Tampoco las aguas murcianas consiguieron un remedio total para la Sierva de Dios, por lo que el dolor de estómago le acompañó toda la vida.

Sin embargo a penas lo sabemos por ella misma, que además de silenciosa era profundamente sufrida, sino por quienes estaban a su lado.

Y así, aquel día inolvidable que se fueron de casa camino de Ciempozuelos, en que apenas había dormido, y todo su sistema nervioso se hallaba en pura tensión, nos recuerda María Angustias:

> "Dios ofreció a Pepa que sintiese fuertes dolores, por las indigestiones que padecía" [30].

De seguro que serían días y días en los que el dolor de estómago volvería a renovarse y recrudecerse, pero sería sólo Dios el testigo de su generosidad callada.

Sólo en ocasiones, nos recuerda María Angustias algún que otro detalle en el que se habla de su dolencia, como ejemplo, el de aquella recia tarde de verano en la que tuvo que ir a faenar a pleno sol de medio día:

> "Dijo el P. Menni a María Josefa, que era necesario que fuese al río con las lavanderas que lavaban la ropa de los Hermanos. Ella, a pesar de estar aquel día peor, se marchó sin respirar... Se deja ver la pena

30 *Ibid.*, p. 94.

que pasaríamos al verla irse tan delicada a pasar tanto calor, pues era en el mes de agosto... A pesar de que la pobrecita en todo el día no pudo comer por las indigestiones, venía tan alegre por haber obedecido, estando todo el día en el río, según se lo ordenaron" [31].

Hay dos posturas concretas ante el misterio del dolor:

La actitud de inaceptabilidad, de donde procede toda clase de exigencias, quejas e impaciencias, sin haber asimilado el signo de la Cruz de Cristo.

Y aquella otra, en la que se vive el sufrimiento como detalle privilegiado aceptando el dolor en plena dimensión de interioridad.

Es la actitud profundamente cristiana ante la que uno se ve impelido a ponerse de rodillas en gesto de adoración del misterio.

Es en este caso, cuando se acepta el sufrimiento, se ofrece el sacrificio, convirtiéndolo en holocausto a fuerza de amor y fidelidad.

Este fue el caso de la Sierva de Dios cuando llegó la hora de hacerse, ella misma, ofrenda cruenta de perdón y caridad; porque como dice el "Canto a la Primera Regla":

"El sufrir es padecer
sin hiel y sin amargura,
es saber corresponder
a la ofensa con dulzura,
y es bien, por mal, devolver.

Y sufriendo y padeciendo,
la imagen iré esculpiendo

31 *Ibid.*, pp. 149-150.

de Cristo en mi corazón,
y en mi alma reproduciendo
las llagas de su Pasión".

El hecho se recuerda con amor estremecido, entendiendo que en ése gesto heroico se hizo víctima sufriente, y consiguió la palma de la santidad.

El testimonio de las hermanas que vivieron con ella el trágico momento, es unánime, pero recordamos tan sólo el de sor María del Rosario Zudaire para completarlo con el de sor María de la Purificación Aberásturi.

Nos dice la primera:

"No presencié los golpes de que fue víctima de una de nuestras enfermas, y al enterarme aquel día de lo ocurrido, fui a visitarla a la cama, y la encontré llena de golpes acardenalados, que daba compasión verla.

Ya no tuvo día bueno, y poco a poco fue terminando su vida tan santamente como había vivido. El tiempo que sobrevivió, después de haberla maltratado la enferma, lo pasó muy mal, y cuando íbamos a verla, no hacía más que recomendarnos el amor mutuo, la caridad con las pobres enfermas, la sumisión y la obediencia".

Respecto a sor María Purificación Aberásturi, aunque ignora la hora del drama, es más extensa en su explicación:

"No puedo fijar la fecha en que nuestra querida Madre fue víctima de los golpes de una de nuestras pobres enfermas que aún existe en nuestro Establecimiento, pero sí recuerdo que, desde que la

maltrató y le dio tantos golpes, ya no tuvo día bueno y quedó muy enferma del vientre, y aunque al pronto se hacía muy fuerte y no quería dar a demostrar su sufrimiento, bien pronto se puso en estado delicadísimo, y para ver si se animaba y conseguía algún alivio para ella, la llevaron a nuestra casa de Madrid. Pero su afección, que según opinión del médico facultativo, era una enfermedad traumática, pronto pronosticó que su fin no estaba lejano y pidió que se la trajeran a morir a su casita de Ciempozuelos. Estuvo en cama una larga temporada y cuando íbamos a visitarla no hacía más que recomendarnos el fervor en la santa observancia regular, la sumisión a nuestro Rvdo. P. Fundador y a que entre nosotras reinara la más perfecta unión y caridad; que donde quiera que nos halláramos dos Hermanas, fuéramos como dos ángeles por nuestra unión y amor.

Cuando su estado se agravó, pidió que se le administraran los Santos Sacramentos, y por el fervor con que sirvió a Dios nuestro Señor en su vida, puede considerarse con qué fervor le recibiría en la comunión por el viático. Todas acudimos a este acto, en extremo conmovedor. Nosotras llorábamos sin consuelo. Nuestro Padre Fundador estaba emocionado, y ella nos alentaba en nuestra aflicción. Después de la ceremonia y acompañado al Señor a la humilde capilla, volvimos a su cuarto y nos hizo una fervorosa exhortación que se considera como su último testamento. Nos dio un abrazo a cada una y una medalla de san Rafael y san Juan de Dios, como recuerdo suyo".

Pero hay algo más admirable y sublime. En la "Biografía del P. Menni", refiriéndose a la Sierva de Dios, se

recuerda su "Testamento espiritual" que, entre las preciosidades que dice como última voluntad de "Madre", hay este consejo arrancado de su propia carne herida de muerte:

"Hermanas... considérense dichosas de tener algo que sufrir, callando".

Formular una sentencia de esta naturaleza en el momento más dramático de su vida, en el que está sufriendo y muriendo por los golpes recibidos, es toda una proclamación clarísima a las bienaventuranzas del dolor:

- "bienaventurados los mansos" (Mt 5,4).
- "bienaventurados los que lloran" (Mt 5,5).

"Mansedumbre" que más que una virtud, es todo un complejo de virtudes, y una forma especial de humildad y caridad, que abarca la condescendencia, la indulgencia, la suavidad y la misericordia, como ocurrió en la Sierva de Dios.

Y "lágrimas" que al salir de los ojos ponen en movimiento las manos, y que de ningún modo impiden ver la luz, sino que limpian los ojos para poder ver mejor.

Esta es la altura de perfección, que en su sencillez de vida, alcanzó la Sierva de Dios. No es extraño que al testimoniar sobre su persona, todos tuvieran en sus labios y en su convencimiento, una santidad de canonización y de altar.

Y así dice sor María del Milagro Salanueva:

"Yo en mi interior, conservo un algo especial de tantas cosas que no son para explicar.

> Parecía una santa en la tierra; solo verla, daban ganas de venerarla; siento un recuerdo de ella, que mientras viva jamás olvidaré".

Sor Trinidad Franqueza, expresa:

> "Sor Josefa se distinguía, por cierto aspecto de santidad que atraía... por mucho que diga en su alabanza, siempre me quedaré corta".

La Sierva de Dios, supo en verdad ir esculpiendo en su corazón, sufriendo y padeciendo, la imagen de Cristo.

Padecer

Pero si el dolor físico es un "misterio" el "padecer moral" que siempre nos acompaña es un "sacramento", al que hay que acercarse de puntillas, y con los pies descalzos, con respeto y pudor, porque resulta ser una zarza ardiente en medio de la cual está "El que es".

Si a la salud física de la Sierva de Dios se la califica siempre de "delicada", por estar casi constantemente acompañada de trastornos gástricos, son muchos más los testimonios sobre su "padecer", en lo que se refiere a los sufrimientos morales.

Siguiendo biográficamente sus pasos, no tarda en aparecer el primer dolor moral de su vida, situado en su mismo matrimonio, cuando pasando los meses y los años, su carne no florecía en nuevas vidas que ella pudiera alimentar, cuidar, querer y abrazar. Dolor entrañable y rotundo que, por ser absolutamente íntimo, resultaba del todo indecible. Porque el hijo no solamente es una exigencia del amor, sino que contribuye a cimentar, purificar y desarrollar el amor de los esposos.

Si hubiera podido desvelar el futuro, hubiera sabido que aquella esterilidad física se convertiría, no tardando, en una maternidad universal, por ello tuvo que "padecer" de momento ese misterio escondido.

Siguiendo cronológicamente sus pasos, otro motivo de su "padecer doloroso" lo encontramos en la no aceptación momentánea, por parte de María Angustias, en la amistad buena que la Sierva de Dios buscaba, por estar viviendo una "soledad dolorosa" ya que su marido por no tener horas concretas de trabajo, estaba la mayoría del tiempo ausente.

Al vivir en la misma casa, soñaba María Josefa con una amiga entrañable en María Angustias, pero ésta la recibió con marcada indiferencia:

> "... Yo estaba en aquel tiempo ciega y sólo atendía a satisfacer mis antojos"[32].

Y añade:

> "Recuerdo que por ser yo fácil en dar en los extremos, me portaba con mi compañera con demasiada reserva"[33].

Se pone gravísima, le administran los sacramentos y María Josefa ora intensamente a la Virgen. La Virgen escuchó su plegaría, y ambas formaron una historia común como fundadoras.

Casada todavía, la Sierva de Dios encontró una fuente de padecimientos no pequeña, en su mismo marido que, arrastrado por el ambiente más que por autoconvenci-

32 *Ibid.*, p. 44.
33 *Ibid.*, p. 46.

miento, adolecía no solo de ideas republicanas, sino de frialdad religiosa que era lo que más le dolía a María Josefa.

Gracias también a su amor y a su oración le conquistaría para Cristo, muriendo santamente.

Después de la "conversión" de María Angustias, unidas las dos amigas en intimidad profunda, basada en una acentuada piedad y búsqueda de Dios, hechas varias tentativas en la elección de director espiritual, vinieron a caer en manos del P. Benito Menni. Aquí las esperaba Dios con gozos indecibles y con "padeceres" heroicos.

Aunque en medio de una alegría interior profunda, por haber conquistado a su marido para Cristo, en lo cual tuvo no pequeña parte el P. Menni, sin embargo su dolor no fue menos hondo, ya que de manera casi imprevista, una enfermedad fulminante se lo llevó en plena edad madura. Fue un lazo de amor que se rompió para siempre.

Libre ya de cualquier tipo de ataduras, encontró no sólo refugio, sino como una fuerte ilusión y auténtico ideal vivir al lado de María Angustias con el sano y santo propósito de darse sólo a Dios, alentada y sostenida por la dirección espiritual.

Siempre que venía el P. Menni a Granada, aprovechaban la ocasión para presentarse a él, no sólo para confesarse, sino para exponer sus ilusiones y ansias de perfección.

Su vida de Hospitalario, comenzó a hacer en ellas el efecto de una fascinación, por lo que deseaban enterarse de sus reglas y sus normas, ya que su propósito era darse en caridad.

Fue María Angustias la que le expuso, en secreto, su ilusión de "fundar", aunque de momento sin concretar en

qué podía consistir. María Josefa, por su parte, estaba segura de que iba a secundarla en su decisión con todas las consecuencias.

Al principio el P. Benito Menni no se lo creyó demasiado y hasta lo interpretó como un exceso de fervor y generosidad, por lo que desviaba más o menos prudentemente sus repetitivas peticiones.

Pero cuando percibió ya, que sus exposiciones las hacían con seriedad, y anhelaban hablar siempre del mismo tema, el P. Menni, al verse comprometido en conciencia, trató de disuadirlas de mil modos y, en ocasiones, con poco tacto y delicadeza, propinándoles epítetos que rozaban con el desprecio.

Pudiera ser que para él fuera un modo de probarlas ascéticamente al estilo antiguo, pero para ellas fue un auténtico martirio.

Después de mucho pensar y reflexionar sus peticiones, le arrancaron el permiso de desplazarse a Ciempozuelos, sin saber a ciencia cierta cuál fuera la última determinación del P. Menni.

Y aquí comenzó una segunda etapa, sembrada de lágrimas y dolor, pues además de arrancarse furtivamente de la propia tierra y del hogar -con todo lo que ello supone- inician un futuro con horizontes cerrados y esperanzas bien escasas:

- suma pobreza hasta rayar en miseria;
- nostalgia honda en el alma de los seres queridos ya lejanos;
- temores, miedos, suposiciones maledicentes sobre su conducta, etc.

Esa fue la polvareda que levantaron estas dos sencillas mujeres, cuyo ideal no era otro que el amor de Dios y la caridad con los más pobres.

El P. Menni, hombre radical hasta el extremo, quiere cortar por lo sano todos estos brotes de maledicencia, y no se le ocurre otra cosa –y ésta fue la prueba máxima y martirial de nuestras futuras fundadoras– que alejarlas por siempre y para siempre de su lado, internándolas en el Colegio de las Religiosas de la Sagrada Familia, que acaban de fundar en Madrid.

Ambas podían repetir, como súplica ante Cristo coronado de espinas y cosido a la Cruz, la estrofa más dolorosa del "Canto a la Primera Regla":

> "Doliente Señor,
> ¡inclina tus sienes divinas!
> No es justo que tus esposas,
> lleven corona de rosas,
> llevándola Tú de espinas.
>
> Y si flores me ceñí,
> el día que te escogí,
> Esposo de mis amores,
> para Ti quiero mis flores,
> tus espinas para mí".

Nunca mejor traído lo de la sentencia de que: "los hombres proponen y Dios dispone": María Angustias no es aceptada por la Superiora del Colegio a causa de su salud deteriorada, y fue entonces cuando la Sierva de Dios salva de un naufragio definitivo a la futura Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús:

> "Yo pienso –dice al P. Menni–, que no nos separemos del lado de su Reverencia para que plantee alguna cosa en la que nosotras tomemos parte" [34].

Vencido, aunque no del todo convencido, el P. Benito Menni, piensa y repiensa en el futuro de aquellas dos mujeres. En su interior teje y desteje proyectos, mientras las tiene ocupadas en faenas de lavandería y cosido para el sanatorio de Hermanos Hospitalarios que están casi vecinos. Todas sus ocupaciones están marcadas por un horario.

Con la tenacidad del amor que busca, y de la vocación que necesita con urgencia ser confirmada y ratificada, María Josefa y Angustias seguían insistiendo al P. Menni para que buscase compañeras que, con voluntad decidida, se determinasen a seguir sus huellas y su ejemplo.

El Padre seguirá ofreciendo rosas y espinas en su comportamiento, y así:

- si les anuncia la venida de la primera postulante, se refugiará no tardando en los silencios más dolorosos y lacerantes;
- si les manifiesta con gozo, poner a María Josefa de Superiora, vendrá no tardando una orden tajante en que, sin la más mínima explicación, la deponga para volverla a instalar a los dieciocho días.

Misterios gozosos y dolorosos que continuarán reproduciéndose en el rosario de su vida entera, hasta llegar a fundirse el "sufrir" y "padecer" en un mismo holocausto para convertirse en misterio glorioso de resurrección y santidad.

---

34 *Ibid.*, p. 115.

Podía decir con verdad:

"Y sufriendo y padeciendo,
la imagen seguiré esculpiendo,
de Cristo, en mi corazón".

Callar

El verbo "callar" es la última de las recomendaciones que leemos en la "Primera Regla de la Congregación"; y si alguna palabra le cuadra plenamente a María Josefa y la define a la perfección, es la de "callar".

¿Qué sabríamos hoy día, por parte de la Sierva de Dios, si María Angustias no nos hubiera regalado el tesoro inapreciable de su *Relación*? Seguramente, muy poco. Ella, queriendo fijar su nido de amores en el Corazón de Cristo, prefirió siempre "callar"...

Sus intenciones, tan sólo han sido proferidas en momentos clave, en aquellos en que podía tambalearse la "fundación", como si el Señor le urgiera, por dentro, para que defendiera el "carisma" que él le había regalado.

Sus escasas palabras nos recuerdan el silencio de otra mujer que, en su recogimiento verbal y en el silencio de su virginidad, dio a la luz a la Palabra de Dios.

Las buenas noticias de Dios, así como los frutos que el Espíritu hace brotar en nuestras vidas, requieren todo recogimiento y silencio interior.

Dios necesita nuestro "callar" porque quiere realizar en nosotros y para nosotros "lo imposible":

– No es nada fácil conseguir el "silencio" de la lengua y de los oídos;

– casi imposible lograr el "silencio de la imaginación y de las ambiciones";
– es todo un milagro entrar desnudos en nuestra alma desnuda, para encontrarnos allí con nosotros mismos, con la realidad de la vida y sobre todo con Dios...

Porque el verdadero silencio sólo se vuelve fecundo, cuando permite un ahondamiento de la conciencia, un encuentro con lo más intenso de nosotros mismos.

A Dios sólo se llega por la puerta del asombro:

- no por la grandeza, sino por la pequeñez,
- no por la senda de enormes y sabias teorías, sino por la escondida vereda del silencio.

Esta senda escondida, María Josefa comenzó a descubrirla bien pronto, cultivando el silencio, antes de quedar viuda.

Precisamente cuando las dos amigas –María Angustias y la Sierva de Dios– tomaron la decisión de una vida más intensa y radicalmente cristiana, la virtud del silencio fue una de las más apreciadas por ella.

En sus primeros intentos de piedad, cuando su única obsesión era "ser sólo de Dios" tratando de seguir un régimen "comunitario" en el vestir, en el comer y en la lectura espiritual, no olvidaron la oración y el examen, que debían hacerlo en una habitación, para lo cual se procuraba que "en dicho rato hubiese grande silencio y quietud".

Aunque ejercitadas en esta observancia, debía costarles un poco, pues una vez llegadas a Ciempozuelos, será una de las primeras recomendaciones que les hiciera el P. Menni, no solo respecto al "por qué" de su venida

–"Nuestro Padre nos dijo que su dictamen era que ni a la Sra. Joaquina ni a nadie diésemos parte de nuestra resolución"–, sino como ambiente de piedad y recogimiento.

A los comienzos era natural que no se apercibieran del valor profundo que suponía el saber callar, pero a medida que iban descubriendo el mundo interior, su estima debería ir en aumento.

Como auténticas andaluzas –tierra de apertura y simpatía– les costó esta observancia, pero ante la insistencia y radicalidad del P. Menni, poco a poco se fueron adiestrando.

Había otro motivo profundo que las hacía alborozar el alma: el haber conseguido el sueño dorado de la fundación. Así nos lo recuerda María Angustias:

> "La misma alegría por haber logrado lo que tanto ansiábamos, nos era causa de no poder callar. De aquí que la misma preocupación de la fundación nos excitaba a conferenciar sobre tan interesante asunto, pues abrigábamos la esperanza de que en breve se efectuaría. A veces nos dejábamos llevar de estos ímpetus y nos poníamos como fuera de sí. Una tarde que vino a casa nuestro Padre le recibimos con extraordinaria alegría. Empezamos a contarle una cosilla que con la señora Joaquina nos ocurrió, bien que sencilla, pero de distracción. Con atención nos oyó, pero nos sorprendió al notar que, en medio del regocijo que teníamos al referirle dicha ocurrencia, se le ponía el rostro triste y como pensativo. Cuando concluimos nos dijo: Hijas mías, a mí me da mucha pena el veros de este modo tan distraídas y disipadas. No, hijas mías, no quiero de ninguna manera que esto continúe así. No lo puedo permitir. Esto no es propio de almas que desean santificarse y progresar en la perfección. Es preciso emprender con seriedad una vida nueva. Sí, hijas mías, creedmelo, toda persona que con facilidad deja su lengua suelta, nunca será alma de oración...
>
> Espero que vosotras seréis fieles en esta guarda del silencio... Para que se nos hiciese fácil dicha práctica nos concedió un rato de recreo, como tres cuartos de hora, después de la comida. Reconocidas a lo mucho que faltamos, llenas de gratitud, le rogamos nos perdonase prometiéndole la enmienda" [35].

Más adelante, será cada vez más estricta la regulación del silencio, y así cuando llegó la quinta compañera, horas antes de la Noche Buena de 1880:

> "Con tiempo nos preparó nuestro Padre para que, al recibirla, no quebrantásemos el silencio, diciéndonos: Hijas, en vez de ser motivo de hablar es lo contrario, debéis guardar el silencio más exactas para que ella, desde la primera noche sepa lo que tiene que observar. Ya le he dicho lo rígido que soy en este punto. Ni una palabra os permito. Dijimos: ¿Ni saludarla tampoco? Y dijo: No, no hacen falta saludos. Ave María Purísima y nada más. Esta noche es de santo recogimiento para meditar la pobreza que Jesús Niño sufrió por amor nuestro. Estad recogiditas para que nazca en vuestro corazón" [36].

Y el P. Menni dio este encargo a María Angustias:

35 *Ibid.*, pp. 146-147.
36 *Ibid*., p. 165.

> "Después nos habló a todas y dirigiéndose a mí me mandó me cuidase de tocar la campana a las horas y que vigilase se observase la práctica del silencio y que, con caridad, avisase a la que faltase, aun cuando fuese María Josefa, diciendo: Por amor de Dios, no hablemos más de lo necesario" [37].

Más adelante, leemos en la *Relación*:

> "La guarda del silencio mucho nos costó, por lo continua que es su práctica, pero hacíamos sumo aprecio de la observancia de dicha práctica. Sin embargo de las contrariedades que ofrece la vida religiosa, a nosotras todo se nos hacía suave, considerando el amor con que se hace" [38].

Nunca se ha de interpretar el silencio como elemento negativo y de privación; no es olvido ni vacío, sino un comportamiento indispensable para escuchar a Dios y acoger su comunicación.

Por eso, el silencio es la atmósfera vital y el ambiente obligado para la oración y la adoración.

También es necesario para lograr el dominio y la paz de la persona humana, en su actividad externa, y así llegar a adquirir la plena posesión de las facultades interiores.

Por eso, aun sin estar vinculados por una relación análoga, el silencio externo y el interno se completan y sirven, para que toda la persona, cuerpo y alma, entre en comunicación con Dios.

En la época de la Sierva de Dios, se ponía un acento bastante subrayado sobre el silencio externo, como condición regulada y ambiental, para vivir más intensamente el

37 *Ibid.*, p. 166.
38 *Ibid*., p. 234.

recogimiento y la soledad: hablar poco con las criaturas y mucho con Dios.

De este silencio externo, se pasaría sin gran dificultad al silencio del amor vigilante, reaccionando enérgicamente contra todo afecto natural, manifestado en pensamientos y conversaciones interiores, para dirigirse con exclusividad, en movimiento de fe y amor, hacia Dios.

Silencio íntimo que no es otra cosa que proponerse permanecer como lámpara que se consume sin ruido -¡pero luciendo!- ante el Santísimo, o como incienso que se eleva silencioso y perfumado hasta el trono de Dios. Esto fue el propósito de María Josefa, según la letrilla del himno:

> "Como el grano oloroso del incienso,
> se consume en silencio y suavidad,
> yo me consumiré de amor inmenso,
> bajo el rescoldo de la caridad".

Propósito eficaz que llevó a la práctica y a la vida, según los repetidos testimonios de sus hijas, que lo percibieron con sus ojos y lo palparon con sus manos, como nos dice sor Teresa Gener:

> "En el silencio era rigurosa, nunca hablaba sin verdadera necesidad, y cuando hablaba lo hacía con voz baja, lo mismo exigía de nosotras, y si alguna o algunas veces nos deslizábamos en hablar, unas veces nos reprendía de palabra y otras nos hacía señal de que faltábamos, con poner el dedo en la boca en ademán de imponernos silencio".

Sor Trinidad Franqueza expone:

> "Hablaba siempre con voz muy moderada, y no empleaba muchas palabras, sobre todo en horas de silencio, del que era sumamente observante".

Sor María del Rosario Zudaire expresa:

> "Los sábados teníamos de costumbre echar las piezas a las medias. Nuestra buena Madre las cortaba y preparaba y, antes de terminar el recreo, le gustaba hacer un ratito de lectura. Para este acto nos hacía callar y no permitía que ninguna se moviera si había terminado la labor que tenía entre manos; le decía que estuviera ociosa para no perder el fruto de la lectura".

Finalmente, sor María del Consuelo López nos da noticias del ambiente que existía en aquel entonces sobre esta observancia, y de un detalle que le ocurrió con la Sierva de Dios.

> "Como nuestro silencio era santo y alegre, lo único que algunas veces nos hacía traición era la risa.
>
> Nos había prohibido hablar con las enfermas más que lo preciso para atenderlas en sus necesidades, con el fin de no perder tiempo y observar mejor el santo silencio. Un día que me detuve con una religiosa de clausura que le daba por predicar y decir cosas muy buenas (se llamaba sor Joaquina) y al estar escuchándola, toda vez que estaba encargada de asistirla, pasó no muy distante de allí la Rvda. Madre, me miró y pasó adelante. Aquella mirada penetró mi corazón de tal manera que me hizo retirar al instante y arrepentirme muy de veras dentro de mi corazón. Pasadas unas dos horas, me dice una Hermana que la Madre me llamaba. Pronto me figuré para que era y al ponerme en su presencia, con algo de severidad pero con mucha dulzura me dijo: siento, hija mía, haber tenido que llamarla, porque V. debía haber venido la primera a acusarse de esa falta de silencio y pérdida de tiempo, me eché a llorar y le pedí perdón de todo corazón y después de exhortarme a ser muy observante me dijo: vaya V. a la Capilla y pida V. perdón a Nuestro Señor, y rece tres ave marías a la Santísima Virgen con los brazos en cruz, le besé la mano y me retiré".

María Josefa, estaba convencida respecto del silencio, que:

> "Callar era aceptar
> el plan de cada día.
> Callar era permitir
> que Dios llenara su vida."

Es más; escondida en su interior con Cristo en Dios, parece nos está musitando lo que de misterioso pasa en su alma, y que, por muy doloroso que pueda ser su silencio, siempre le será soportable, ya que ha fijado su mirada y sus anhelos en la herida de Cristo crucificado:

> "No turbe el lamento
> de mi amor a Dios la calma;
> que sea mi sufrimiento,
> martirio callado y lento,
> que a Dios inmole mi alma.
>
> Con mi Dios quiero morar,
> quiero mi nido fijar
> en el Corazón sagrado
> del amor Crucificado,
> y allí, escondida,
> CALLAR..."

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ALCALÁ VELÁZQUEZ, AMPARO. *Informe grafológico de la firma de sor María Josefa Recio*. Valencia 1996. Inédito.

ALONSO SEVERINO MARÍA, cmf. *La vida consagrada*. 9ª ed. Instituto Teológico de la Vida Religiosa, Madrid 1988.

ÁLVAREZ GASTÓN, ROSENDO. *La religión del pueblo. Defensa de sus valores*, BAC popular 2. Madrid 1976.

ÁLVAREZ SIERRA, JOSÉ. *El Padre Menni y su obra.* Editorial Hospitalaria. Barcelona 1968.

ANALES de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús. Revista. Barcelona 1883.

AVISOS, Normas prácticas de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús. Ciempozuelos 1901.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. Asociación de Editores del Catecismo. Getafe (Madrid) 1992.

CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO. Edición bilingüe. BAC 442, 10ª ed. Madrid 1991.

CROISSET, JUAN. *Año Cristiano*. Madrid 1886.

CRÓNICAS DE ESPAÑA. Tomo II. Plaza et Janes Editores S.A. Esplugues de Llobregat (Barcelona) 1988.

Díaz Plaja, F. *La sociedad española.*

Diccionario de la Lengua Española. Real Academia Española, 21ª ed. Espasa Calpe, S. A. Madrid 1992.

Documentos del Concilio Vaticano II. BAC 252. Madrid 1968.

Gaceta del Sur. Periódico de Granada, de fecha 14 de mayo de 1911.

Gallego Burin, Antonio. *Guía de Granada*. Granada 1936.

Gay Armenteros, Juan y Viñes Millet, Cristina. *Historia de Granada.* Editorial Quijote. Granada 1982.

Giménez Vera, María Angustias (sor Corazón). *Relación sobre los orígenes de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús. 1887*. Edición Madrid 1981. Traducido al inglés (Londres 1991), al vietnamita (1995), al francés (París 1998), al italiano (Viterbo 1998), al portugués (Idanha 1998).

Gómez, Juan Ciudad, oh. *El resurgir de una obra. Historia de la Restauración de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios en España.* Archivo Interprovincial, Casa del Tránsito de San Juan de Dios. Granada 1968.

Henríquez de Jorquera, Francisco. *Anales de Granada. Descripción del Reino y Ciudad de Granada.* Granada 1934.

Ideal. Periódico de Granada, de fechas 15 de mayo de 1957 y 16 de marzo de 1996.

Introducción a la Historia de España. Editorial Teide. Barcelona 1963.

Javierre, José María. *El Arzobispo mendigo.* Biografía de Marcelo Spínola. BAC Minor 33. Madrid 1974.

Ibid. *El León de Cristo.* Biografía de Francisco Tarín. BAC 419. Madrid 1980.

Jiménez Duque, Baldomero, Historia de la Iglesia en España. Espiritualidad y apostolado.

Kastner. *Jesus von Pilatus*. BAC 239. Madrid 1964.

Laborde Vallverdú, Agustín. *La Casa de las Granadas.* Granada 1981.

Lafuente Alcántara, Miguel. *El libro del viajero de Granada.* Granada 1843.

Lizaso Berruete, Félix, oh. *Perfil Juandediano del Beato Benito Menni*. Granada 1985.

Madoz, Pascual. *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico.* Tomo VIII. Madrid 1850.

Manual de prácticas piadosas para uso de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús. Barcelona 1915.

Marín, Hilario, s.j. DOCTRINA PONTIFICIA IV. *Documentos Marianos*. BAC 128. Madrid 1954.

Martín Carrasco, Manuel. *Benito Menni y la asistencia siquiátrica en España en el siglo XIX*. Pamplona 1994.

Martín Carrasco, Manuel y Sala Juániz, Ana. *La persona - lidad altruista del P. Benito Menni.* Pamplona 1985. Inédito.

Martín Hernández, Manuel, Pbro. *El Rvmo. P. Fr. Benito Menni. Prior general de la Orden de San Juan de Dios, Restaurador de la misma en España, Portugal y Méjico y Fundador de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.* - Biografía documentada. Tomo I. Madrid 1919.

Ibid. *Rasgos biográficos de la Madre María Josefa del Santísimo Sacramento, fundadora de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de*

Jesús. Madrid 1925. Traducido al portugués (Telhal 1960), al italiano (Viterbo 1966).

MENNI, BENITO, oh. *Constituciones de las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús*. 1882. Edición, Madrid 1993.

Ibid. *Cartas del Siervo de Dios P. Benito Menni, oh, a las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús* (1883-1913). José González, Editore. Roma 1975. Traducidas al italiano (Morlupo - Roma- 1994), al inglés (Londres 1995).

OBRAS COMPLETAS DE SAN AGUSTÍN. Tomo VII, *Sermones,* BAC 53. Madrid 1950.

OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESÚS. 2ª ed. BAC 212. Madrid 1967.

OSUNA, *Ley de amor santo*, 52.

PABLOS VILLANUEVA, ANTOLÍN, osb. *El Ilmo. Padre José Serra de la Orden de San Benito, Obispo de Daulia, Fundador de la Congregación de Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor. Su vida y Obra.* Madrid 1922.

PRÁCTICAS *del Instituto de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.* Barcelona 1915.

PROCESO APOSTÓLICO SUPLETORIO, Causa de Canonización. Benito Menni. Madrid 1969-1970.

RODA, NICOLÁS. *Un domingo en Granada*. La Alhambra 1881.

ROIG Y PASCUAL, E. *La Fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.* Barcelona 1959.

SAN ANTONIO MARÍA CLARET*. Escritos autobiográficos y espi - rituales.* BAC 188. Madrid 1959.

SAN JUAN DE LA CRUZ. *Obras completas*. 2ª ed. Editorial de Espiritualidad. Madrid 1980.

SOROLDONI, MARIO. *Santità alla* sbarra. Roma 1981. Traducido al español con el título: *Santidad a prueba de fuego. Vida contrastada de Benito Menni* (Madrid 1983), al portugués (Porto 1984), al inglés (Londres 1985), al francés (1985).

STUDIA CLARETIANA. Fasciculi Studiis de Sancto Antonio María Claret. Volumen 3-4, 287 pp. Número especial dedicado a Santa Micaela del Santísimo Sacramento. Ed. Studium Claretianum. Roma 1965.

VIZMANOS. *Las vírgenes Cristianas de la Iglesia primitiva*. BAC 45. Madrid.

YÁÑEZ, INMACULADA, aci. *Cimientos para un edificio. Santa Rafaela María del Sagrado Corazón*. BAC 408. Madrid 1979.

ZUÑEDA, EMILIO*. Benito Menni testigo de la caridad.* BAC popular 68. Madrid 1985.

ÍNDICE GENERAL

Siglas y abreviaturas 7
Introducción 11
Prólogo 15

PRIMERA PARTE
RASGOS BIOGRÁFICOS

CAPÍTULO I — *Ambiente histórico, patria y familia de la sierva de Dios María Josefa Recio Martín* 25
1. Ambiente histórico 25
2. Sus padres 27
3. La familia Recio-Martín 27

CAPÍTULO II — *Infancia de la sierva de Dios* 39
1. Infancia de María Josefa 39
2. Bosquejo histórico 43
3. Comunión: Primer encuentro con Cristo 49

CAPÍTULO III — *Juventud de la sierva de Dios* 55
1. La orfandad paterna 55
2. Costurera y limosnera 68
3. La primera boda en casa 72

Capítulo IV — *Proyecto matrimonial de la sierva de Dios* 85
1. El novio de Josefa es "republicano"..... 85
2. Revuelos nacionales..... 102
3. Ya casados..... 116
4. Aguas saludables..... 122

Capítulo V — *Ensayos espirituales de la sierva de Dios* 127
1. Hacia el interior..... 127
2. Una amiga para siempre..... 137
3. Peregrinas del Sacromonte 143

Capítulo VI — *Ambiente cristiano social en el que vivió la sierva de Dios* 155
1. Ambiente nacional 155
2. Síntomas de conversión 159
3. Siguen las dificultades en España..... 164

Capítulo VII — *Perspectivas fundacionales de la sierva de Dios y su amiga María Angustias Giménez* 171
1. Principios de una Institución 171
2. Nuevo director espiritual..... 177
3. Se casa el Rey 182
4. Tercer y último director espiritual 186
5. Cuatro meses de enfermedad 199

Capítulo VIII — *Madurando la idea de una fundación.* 207
1. En pos de una vocación 207
2. Insistencia y persistencia..... 211

3. Grave enfermedad del P. Benito Menni..... 222
4. Martirio de vocación 230
5. Ntra. Sra. del Sagrado Corazón: invocación intercesora milagrosa..... 237

Capítulo IX — *Una decisión esperanzadora no exenta de sacrificios* 253
1. ¡Por fin!..... 253
2. Una palabra base: "Sólo Dios basta"..... 265
3. Los primeros preparativos 272
4. Prueba para los tres 290
5. Haciendo proyectos..... 305
6. Don Fermín: visita-despedida..... 312

Capítulo X — *Realidades sostenidas en el espíritu* . 317
1. Insinuaciones y primeros ensayos..... 317
2. Primeras vocaciones..... 327
3. "Primera Regla de la Congregación"..... 349
4. Cambio de casa y de costumbres..... 360
5. Vestición y noviciado 391
6. Nuevas vocaciones y Constituciones..... 412
7. Siguen más vocaciones..... 432
8. Sor María Angustias atrasa su profesión 441

Capítulo XI — *En las alas de la caridad* 459
1. Las alas de la caridad se extienden..... 459
2. Nuevas enfermas - Segundo grupo de profesas..... 473
3. "¡Virgen Santísima... aquí es mi fin!"..... 487
4. Su testamento espiritual..... 507

SEGUNDA PARTE

SU VIDA ESPIRITUAL

Espiritualidad del siglo XIX 529
A una sola voz 539
Quedó iluminada 557
Fe cristiana 559
Devociones 577
Fundación 597
Insistió y persistió 613
Amor hasta dar la vida 643
Siempre con mesura 707
Disposición general 709
Virtud particular 720
Su encuentro: Dios 743
Importancia y necesidad de la justicia 750
La virtud de la justicia en María Josefa 751
Buscar a Dios 751
Donación a los demás 764
Se doblegó pero no se rompió 775
El justo medio 807
Amistad 813
Pobreza 819
Trabajo 824
Silencio 828
Modestia 833
Honestidad 837
Castidad 841
Las tres ofrendas en un solo amor: Pobreza, Castidad y Obediencia 847

Pobreza externa y material 853
Pobreza interna a imitación de Cristo 862
Castidad 881
Castidad-amistad 884
Castidad: Unión con Dios y con Cristo 890
Obediencia 901
Humildad 923
La primera regla de la congregación 947
Rogar 951
Trabajar 960
Amar a Dios 969
Sufrir 975
Padecer 982
Callar 988

Bibliografía 997